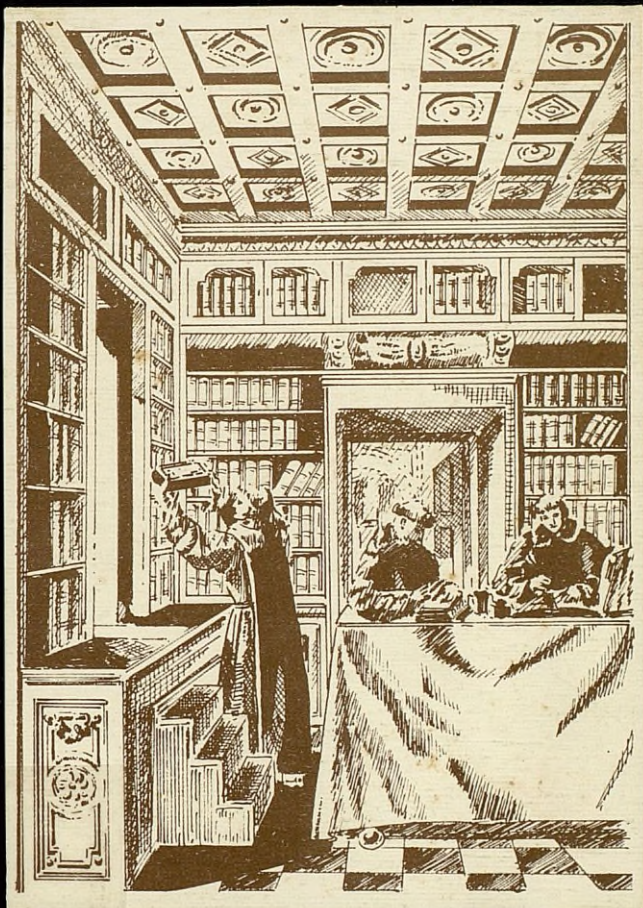


Braulio JUSTEL CALABOZO

# EL MONJE ESCURIALENSE JUAN DE CUENCA

(Estudioso y cortesano, helenista y arabista)



SERVICIO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

1987

BIBLIOTECA

DEL

Dr. D. ANTONIO J. DEL AYO RECONILLO



**EL MONJE ESCURIALENSE JUAN DE CUENCA:  
ESTUDIOSO Y CORTESANO, HELENISTA Y ARABISTA**





Braulio JUSTEL CALABOZO

271 Cuenca  
JWS  
mon

*A mi colega y amigo Antonio  
Holgado con afecto.*

6.4.87

*Justel*

# EL MONJE ESCURIALENSE JUAN DE CUENCA

(Estudioso y cortesano, helenista y arabista)



UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740242759

SERVICIO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE CADIZ  
1987

Portada:

Monjes escorialenses trabajando en la Real Biblioteca. (Del Catálogo de códices griegos de El Escorial de Fr. Juan de Cuenca, tomo I, f. VII, ms. H.II.3).

© Braulio Justel Calabozo

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

ISBN: 84-600-4592-7

Depósito Legal: CA-837-86

---

Imprime: Jiménez-Mena, artes gráficas, editorial.  
Polígono Industrial Zona Franca. Cádiz.

Printed in Spain

«Esta mañana, a las ocho y media, estando yo en mi celda[...], se entró inesperadamente la reyna[...]. Me hizo tocar vn pasage de flauta travesera y que le pusiese en vn papel todos los instrumentos que he tocado; y quando vio que eran veynte, dixo que era imposible que hubiese hecho otra cosa en toda la vida».

*(Carta de Juan de Cuenca a Campomanes)*

«Era hombre éste de laboriosidad inconcebible»

*(Luis Gil)*





## **PROLOGO**



Todo estudio relacionado con El Escorial atrae la atención del lector por lo evocativo del nombre, ya que nos recuerda uno de los monumentos más grandiosos que ha plasmado el ingenio humano. De entre los muchos aspectos destacables en la «Octava Maravilla», es el artístico —en sus tres principales secciones: arquitectura, escultura y pintura— el que ha hecho brotar una producción literaria más intensa. Pero hay otra faceta, en este magno edificio, que ha originado también numerosos estudios: la cultura literaria, cuyo foco y manantial ha sido su rica y valiosa biblioteca, que llegó a ser en la época de la fundación una de las más importantes de Europa por la calidad y cantidad de sus fondos. Y aún hay otra, más precisa: la historia cultural de los monjes del monasterio desde la fundación de éste en el siglo XVI, historia que constituye también un capítulo no desdeñable y digno de ser estudiado, ya que contribuye a esclarecer la historia artística del edificio e incluso su evolución arquitectónica.

Sería interesante llegar un día a trazar la historia de los avatares culturales de la institución jerónima que durante tres siglos tuvo a su disposición, cuidado y vigilancia tantos tesoros artísticos y librarios. Al entregar Felipe II el monasterio a la orden jerónima, frustró una de sus grandes ilusiones: que San Lorenzo fuera un centro que irradiara por doquier ciencia y cultura, particularmente en el aspecto eclesiástico. Para ello puso a disposición de sus moradores los instrumentos necesarios para que pudieran llevar a cabo tan encomiable misión: creó una biblioteca rica en códices y en libros impresos de todas las lenguas cultas, especialmente las antiguas; estableció un centro de estudios secundarios y universitarios, cuya enseñanza era reconocida en las universidades españolas, con excelentes profesores atraídos por los pingües sueldos asignados; e invitó a ilustres eruditos, como el gran Arias Montano, para que enseñaran a los monjes lenguas antiguas y les instruyeran en la catalogación y manejo de los tesoros de la biblioteca.



Pero la orden jerónima, por sus propios estatutos, no estaba precisamente bien capacitada para cumplir esta misión cultural, ya que su fin básico era la vida contemplativa, sostenida a base de prolongadas y penosas horas de coro. Ni pudo proporcionarle a Felipe II, en los comienzos, religiosos de alta talla intelectual, ni corregir, al correr de los tiempos, dicha deficiencia, y ello a pesar de los medios que el rey puso a su alcance. De entre los miles de monjes jerónimos que vivieron en El Escorial durante tres siglos, fueron muy escasos los que sobresalieron intelectualmente.

Los propios religiosos que, atraídos por la ciencia, se entregaron al estudio en el monasterio, manifestaron en más de una ocasión —principalmente en el siglo XVIII— que el ambiente les era hostil: los superiores les ponían obstáculos, y los interminables rezos —sobre todo nocturnos— restaban horas al estudio y a la investigación. Ahí creemos que está la clave del fracaso intelectual de los jerónimos de San Lorenzo.

Un ejemplo, tan concreto como elocuente, de lo que acabamos de insinuar es el caso del P. Fr. Juan de Cuenca, monje escorialense que Braulio Justel estudia en el presente trabajo, al que tan gustosamente antepone este breve prólogo.

La gran pasión de Juan de Cuenca fue el estudio de las letras griegas, y bajo este aspecto ha sido sumariamente estudiado por diversos helenistas, como Charles Graux, Alejo Revilla, Concepción Hernando, Luis Gil y nosotros mismos, ya que su obra más importante fue la catalogación de todo el fondo griego de la biblioteca escorialense, emprendida para que, de este modo, no fueran los extraños quienes tuvieran nuevamente el mérito de elaborar catálogos de El Escorial, como había sido el caso de Pérez Bayer y del maronita Miguel Casiri.

El P. Cuenca, autodidacta de la lengua griega, con escasos apoyos por parte de la comunidad —en parte por esa animadversión que había hacia el intelectual—, fue un trabajador incansable, que en otras circunstancias nos hubiera dejado un catálogo de los códices griegos de El Escorial comparable a los que entonces aparecían en Europa siguiendo la línea que había dejado trazada el gran Bernard Montfaucon. Así, por todas esas razones su catálogo y sus restantes obras no pudieron alcanzar las cotas de calidad que su esfuerzo y sacrificio merecían. De todas formas, los trabajos que nos ha dejado —todos ellos manuscritos, a excepción de la *Gramática de la Lengua Griega*— y concretamente los numerosos volúmenes de su catálogo, las versiones de autores griegos al latín, y al castellano, su misma *Syntaxis de la Grammatica Árabi-ga*, e incluso la citada gramática griega —tan despiadadamente criticada por uno de sus contemporáneos— son dignos de nuestro mayor respeto, y ello por su real valía y utilidad, por la voluntad que puso en ellos y por el deseo que lo animaba de dar lustre a las letras griegas en España. Al fin y al cabo, Juan de Cuenca estaba más o menos a la altura de los especialistas en griego de las universidades españolas de finales del siglo XVIII.

Aunque Braulio Justel, como profesional de la lengua y la literatura árabes, se ha visto atraído inicialmente por la faceta arabística de nuestro monje, no se ha circunscrito luego a ésta, sino que ha llevado a cabo un estudio biobibliográfico completo —aunque él hable de «aproximación»—, buceando para ello en los fondos documentales inéditos del archivo de Campomanes —conservado en la Fundación Universitaria Española—, del Histórico Nacional, de la Real Biblioteca de El Escorial, de la Nacional de Madrid y de otras.

Una de las facetas más interesantes del P. Cuenca que Justel nos ofrece es su íntima amistad con Campomanes, reflejada en la nutrida correspondencia que ambos intercambiaron. El conde fue el gran portector del jerónimo, y éste aprovechaba a su vez el frecuente trato que tenía con la corte para transmitirle a aquél las noticias sobre la familia de Carlos IV que pudieran interesarle y para colmarlo de elogios ante la reina.

No trata Justel de disimular las deficiencias que se observan en la producción literaria de Juan de Cuenca, sino que expone también los puntos débiles y recoge las críticas adversas, en especial la de Casimiro Flórez Canseco, que se pasó en su virulencia —no sé si por motivos personales o por su carácter amargado— y que, desde luego, fue chocantemente incorrecto en la forma.

La obra de Braulio Justel es un capítulo importante de la historia cultural del monasterio de San Lorenzo en la segunda mitad del siglo XVIII. Al trazar el perfil biográfico del P. Cuenca, que bien merecía este estudio monográfico, ha hecho un gran servicio a numerosos lectores e investigadores, por cuanto la plurifacética personalidad del jerónimo ofrece aspectos interesantes para latinistas, helenistas y arabistas, y también para los historiadores del reinado de Carlos IV.

Me congratulo personalmente de que sea un antiguo y brillante alumno mío de lenguas clásicas, convertido hoy en catedrático de Lengua y Literatura Árabes, quien haya elaborado un estudio tan documentado sobre la compleja figura del P. Fr. Juan de Cuenca.

Madrid, 2 de enero de 1986

*Gregorio de Andrés*





**AL LECTOR**



Han transcurrido algunos años desde que, en nuestro período al frente de la Real Biblioteca de San Lorenzo, nos encontramos, al hojear códices y catálogos, con un breve manuscrito titulado *Syntaxis de la Grammatica Árabe* y firmado por el jerónimo escurialense *Joannes Conchanus*.

La curiosidad, avivada por nuestra condición de arabista, nos llevó de inmediato, y hasta con impaciencia, a conocer y analizar el contenido. La curiosidad se veía también apremiada por la circunstancia de que el Juan de Cuenca autor del tratado nos era sobradamente conocido como helenista, pero nada sabíamos de sus aficiones arábicas, que constituían para nosotros una verdadera sorpresa.

Aunque la primera lectura dejó ya patente que el monje helenista no aportaba mayores novedades en lo relativo a aquella lengua semítica, sí tenía su importancia el hecho de que fuera el suyo uno de los primeros manuales de árabe literal compuestos en nuestro idioma vernáculo.

Todo ello, unido al prurito de rastrear las fuentes del opúsculo, nos determinó a examinarlo más de cerca y a programar su edición en artículo de revista, anotándolo y acompañándolo de una sucinta introducción.

No obstante, al recoger y compulsar la copiosa documentación referente al autor —mayoritariamente inédita y, en buena parte, si no totalmente desconocida, sí aún n.o despolvada—, en especial su abundante correspondencia con el Ilustrísimo Sr. Don Pedro Rodríguez, Conde de Campomanes, descubrimos una variada y rica gama de sugestivas facetas en la figura del jerónimo: su entrañable amistad con el egregio estadista, testimoniada por el incesante carteo y por la ilimitada confianza recíproca de que da fe el contenido de éste; su intensa vida cortesana, traducida en continuas visitas a la familia real durante las temporadas que ésta pasaba en San Lorenzo, y particularmente su diario trato con el príncipe Fernando —el futuro «Deseado»— y el casi diario con la madre de éste, la reina María Luisa, que en ocasiones acudía, de improvi-

so, a la propia celda monacal de Fr. Juan; sus tiranteces con varios priores de su monasterio escurialense, su escasa simpatía por algunos monjes, su fiel amistad con otros, y sus desconcertantes cambios de actitud hacia más de uno; y, por encima de todo, su perseverante entrega al trabajo intelectual, reflejada en la magnitud y diversidad de su producción literaria, casi toda ella sin publicar y, por ende, prácticamente desconocida, salvo para una ínfima minoría de especialistas en lenguas clásicas.

Así, estimulados por lo original de la vida y persona de Juan de Cuenca y por lo extenso de su obra, pasamos, con el tiempo, a concebir la idea de ampliar el primitivo esquema de nuestro trabajo y de esbozar, al menos a grandes rasgos, una aproximación biobibliográfica sobre este personaje tan complejo y controvertido como laborioso y esforzado, que bien merecía, a nuestro entender, un estudio monográfico, siquiera tan rápido y somero como el que ahora —haciendo realidad aquella idea— ofrecemos al lector en las páginas que siguen.

Vaya desde aquí nuestra sincera gratitud a quienes tan amablemente nos han proporcionado la documentación solicitada, en especial al Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia, Don Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, al Primer Secretario de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, Ilmo. Sr. Don Enrique de la Vega Viguera, y al Director de la Biblioteca de la Fundación Universitaria Española, Don Jorge Cejudo, así como al profesor e infatigable investigador Don Gregorio de Andrés, que, robando un tiempo precioso a sus múltiples y meritisimos trabajos, ha revisado nuestro texto y lo ha completado y honrado con el prólogo que antecede.



## **I.- APROXIMACION BIOGRAFICA**



Es muy escasa la bibliografía existente sobre el relativamente conocido helenista del Real Monasterio de El Escorial, P. Fr. Juan de Cuenca.

Algunos datos sobre su vida y obra nos los facilitan la mayoría de cuantos han tratado de la Biblioteca Escorialense en general o de sus manuscritos griegos en particular. Tal es el caso de los agustinos Guillermo Antolín y Pajares<sup>(1)</sup>, Julián Zarco Cuevas<sup>(2)</sup> y Alejo Revilla<sup>(3)</sup>, del francés Charles Graux<sup>(4)</sup> y del helenista y ex-director de dicha biblioteca, Don Gregorio de Andrés<sup>(5)</sup>, entre otros.

Algo más extensamente se ocupan de él dos recientes publicaciones de la Fundación Universitaria Española: *Helenismo e Ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, de Concepción Hernando (año 1975), y *Campomanes, un helenista en el poder*, de Luis Gil Fernández (año 1976).

Para la correspondencia de Juan de Cuenca es de especial interés una tercera obra, publicada también en el año 1975 por la propia Fundación Universitaria Espa-

---

(1) Véase su opúsculo *La Real Biblioteca de El Escorial. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del P. Fr. Guillermo Antolín y Pajares, O.S.A., el día 5 de junio de 1921*, Real Monasterio de El Escorial 1921, p. 91.

(2) Véase su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, t. I, Madrid 1924, p. LXXXIX, y su obra *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real de El Escorial. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del R. P. Fr. Julián Zarco Cuevas, de la Orden de San Agustín, el día 1.º de junio de 1930*, San Lorenzo de El Escorial 1930, p. 76. Este último opúsculo consta de dos partes, la primera de las cuales (pp. 1-67) fue publicada con anterioridad en la revista «Religión y Cultura» 11(1930)5-25 y 340-357, y 12(1930)5-47. Citamos por el opúsculo, no por la revista.

(3) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de la Biblioteca de El Escorial*, t.I, Madrid 1936, pp. CXXIVs.

(4) Véase su *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escorial*, París 1980, pp. XIX-XXI.

(5) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de la Real Biblioteca de El Escorial*, t.III, Madrid 1967, pp. 247-254 y 256-258.

ñola: *Catálogo del Archivo de Campomanes (Fondos Carmen Dorado y Rafael Gas-set)*, de Jorge Cejudo López, obra que citaremos por la sigla FUE, AC.

Nuestro biografiado nació en Cuenca en el año 1729. Sus padres eran José Cantero y Ana Ibáñez, naturales y vecinos de dicha ciudad<sup>(6)</sup>. Se educó en el Colegio de los Seises de su ciudad natal y aprendió a tocar con habilidad varios instrumentos<sup>(7)</sup>.

Tomó el hábito jerónimo en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial el día 10<sup>(8)</sup> de diciembre de 1748, según consta en el acta de «Recepción del hábito de Fr. Juan Cantero, natural de Cuenca», acta recogida en el *Libro de los Actos Capitulares de este Real Monasterio de San Lorenzo* <sup>(9)</sup> y que reza así:

«En diez de Diziembre deste presente año de mill setecientos y quarenta y ocho, N. Rmo. P. Prior Fr. Blas de Arganda tubo capítulo de orden sacro en la Sala Capitular Baxa a son de campana tañida según costumbre, y en él propuso su Rma. a un pretendiente a nuestro santo hábito llamado Juan Cantero, de edad de diez y nueve años, hijo legítimo de Joseph Cantero y de Ana Iváñez, naturales y vezinos de dicha ziudad de Cuenca, y aviendo informado su Rma. a la Comunidad de su

(6) Estos datos aparecen en el acta de su recepción a la toma de hábito, que veremos enseguida. En ella se dice que tenía 19 años en 1748, y de ahí deducimos el año de su nacimiento. El apellido de la madre va escrito con uve: «Iváñez».

El lugar de nacimiento —«La ciudad de Cuenca»— figura en la nota necrológica que le dedican las *Memorias sepulcrales*, t.I, f. 215r, nota que también veremos luego. Con el título de *Memorias sepulcrales* suele citarse y citamos el *Libro y Memorial de los Religiosos hijos proffessos de este Monasterio de S. Lavrencio el Real*, cuyo original se encuentra actualmente en el Archivo del Palacio Real de Madrid, y de él hay copia moderna en la Biblioteca Nacional (mss.13591 y 13592) y xerocopia en la de El Escorial.

(7) Así consta por la citada nota necrológica. Según Zarco Cuevas, el «Colegio de los Seises o Niños para la música de la Sta. Yglesia» era el de la catedral de Cuenca (Véase su obra *Los Jerónimos...*, p. 76). Más adelante veremos cómo Juan de Cuenca, siendo ya mayor, sabía tocar hasta 20 instrumentos. A su condición de niño cantor en Cuenca alude el propio Fr. Juan en su *Disertación sobre el canto eclesiástico*, de la que nos ocuparemos luego.

(8) La susodicha nota necrológica y Zarco Cuevas (ibídem) dan la fecha del 11. Con toda seguridad, lo correcto es el 10.

(9) Este libro se conserva manuscrito en la Biblioteca de El Escorial, y suele citarse por *Actos Capitulares* (Véase nuestro opúsculo *La Real Biblioteca de El Escorial y sus manuscritos árabes. Sinopsis histórico-descriptiva*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid 1978, p. 309).



vocación y limpieza de sangre<sup>(10)</sup>, los PP. Diputados, de suficiencia en la gramática, y los PP. Maestro de Novicios y Corrector, es[te] de canto y aquél de vista, pasándose a votar, regulados que fueron los votos en la formada (*sic*, por «forma») acostumbrada, dixo su Rma. a la Comunidad averle recibido, y por su parte también lo recibía, de todo lo qual a que presente fui doy fee, y lo firmo junto con el P. Vicario según costumbre deste Monasterio» (t. II, f. 119 r-v).

Los días 3 de junio, 16 de agosto y 4 de diciembre del siguiente año 1749, Fr. Juan Cantero fue propuesto y aceptado para las sucesivas recepciones de cuatro, ocho y diez meses respectivamente<sup>(11)</sup>.

Juan Cantero, convertido en Fr. Juan de Cuenca, vivió en el Real Monasterio de San Lorenzo en esa segunda mitad del siglo XVIII, y sus principales trabajos son del último cuarto de la centuria. Como luego veremos, el tomo segundo de su *Quaestionario o Leccionario de la Theologia Docmatica (sic) y Moral* estaba terminado en el 1761; y de los 22 tomos de su monumental catálogo de manuscritos griegos, la copia en limpio del primero es del año 1777, y el borrador del último fue terminado el 13 de noviembre de 1790; y el año 1794 seguía trabajando aún en un *Diccionario trilingüe* y en un *Indice de manuscritos griegos de El Escorial*.

Falleció el 6 de febrero de 1795. Esta fecha, junto con otros datos —a algunos de los cuales ya hemos hecho referencia—, nos la facilita la aludida nota necrológica de las *Memorias Sepulcrales*, que dice así:

«Año de 1795/13. En esta sepultura<sup>(12)</sup> está enterrado el P. Fr. Juan de Cuenca. Las ocurrencias y varios sucesos de su vida, de que yo no estoy perfectamente instruydo, las dejo para otro que con mayor conocimiento y exactitud pueda escribirlas. Diré tan solamente que nació en la ciudad de Cuenca y se crió en el Collegio de los Seises o Niños para la Música de la Sta. Yglesia; y haviéndose instruydo, y con abilidad, en varios instrumentos, tomó nuestro santo hábito para músico

(10) Antes de la admisión de un candidato, se recababa entonces información sobre su limpieza de sangre y sobre el no ejercicio, por parte de los padres o abuelos, de oficios viles y deshonorosos, como los de verdugo, curtidor, zapatero, arriero, molinero, mesonero, pregonero, porquerizo y cortador (Véase Zarco Cuevas, *Los Jerónimos...*, pp. 37s).

(11) Véase *Actos Capitulares*, t. II, ff. 121v (para los cuatro meses) y 122v (para los ocho y diez). Tras la toma de hábito, el candidato era propuesto, en esas tres ocasiones, a la consideración y votación de los capitulares, que decidían si debía continuar o no.

(12) Se trata de la sepultura 25, y el número 13 que sigue al año indica que Fr. Juan de Cuenca era el decimotercer religioso inhumado en ella.



en el día 11 de Diciembre de 1748, y murió el día 6 de Febrero de 1795.  
Requiescat in pace»<sup>(13)</sup>.

Fue académico de la Real de la Historia. En carta a Don Pedro Rodríguez de Campomanes, del 7 de marzo de 1781, el propio P. Cuenca hace ya referencia al propósito que tenía el destinatario de incorporarlo a la docta Institución –incorporación de la que se considera indigno–, y le comunica cómo ha informado de ello al prior, el cual ha dado su conformidad –aunque parece que no sin reservas– y le ha hecho ver la conveniencia de preparar un «memorial» para esa eventualidad:

«Al Rmo. P. Prior participé la noticia del favor que V.S. Ilma. me quiere hacer con el título de Académico, que a la verdad no hallo en mí méritos para ello, y, aunque lo que me respondió diré algún día a V.S. Ilma., vino en ello; sólo me advirtió se lo manifestase luego que viniese. Para esto me advirtió el P. Maestro que formase un memorial»<sup>(14)</sup>.

Acto seguido le manifiesta que la redacción del «memorial» –o discurso de ingreso– le resulta embarazosa y que necesita su rápida ayuda:

«Mas no sabiendo a quién se ha de dirigir ni qué asunto, me parece no fácil su execución, por cuio motivo me parece (perdone V.S. Ilma.) que o me diga el asunto o se tome el trabajo de forjarlo, que al mismo tiempo saldrá bien limado; bien entendido que yo acorparé con todo lo posible a cumplir con mi obligación, pero quiero no olvide V.S. Ilma. lo que sé que sabe, que es aquello de Ausonio: *Gratia quae tarda est, ingrata est: gratia namque dum fieri properat, fieri grata magis*»<sup>(15)</sup>.

(13) Fol. 215r. Por esos años la comunidad escorialense había perdido ya bastante de su antigua observancia y esplendor, y ello se refleja en el poco interés que solía poner entonces en la redacción de las notas necrológicas.

Esa misma fecha de 6 de febrero de 1795 es la que le asigna al fallecimiento del P. Cuenca el *Libro de las misas que ha dicho Fr. Pedro de Thomelloso por los monjes fallecidos en este Real Monasterio de San Lorenzo desde el 1790 al 1837*, y otros apuntes, f. 2v. Este título es el que Zarco Cuevas le ha dado en su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...* (t.I, p. 318) al códice escorialense §.IV.12.

(14) FUE, AC 29/28 (Los dos números que suelen aparecer en las citas de la Fundación Universitaria Española, Archivo de Campomanes, indican, respectivamente, la caja o «bibliorato» y el fascículo o documento).

(15) Es el n.º 16 de los *Epigrammata Ausonii de diversis rebus* (Véase *Ausonius with an English translation* by Hugh G. Evelyn White, 2 volúmenes, London 1961, p. 162 del volumen II). El epigrama griego que le sirve al bordelense Ausonio (+ ca.394 AD) de punto de partida, se encuentra en la *Anthologia Palatina*, liber X, epigramma 30 (Véase *The Greek Anthology with an English translation*

Aunque pueda resultar sorprendente que el P. Cuenca se tomara tales libertades con el ilustre conde, iremos viendo que la amistad entre ambos les daba pie a uno y a otro para eso y para más. El párrafo siguiente de esta misma carta es una prueba del perfecto entendimiento que había entre ambos:

«Pero, para todo esto, aún me parecía más combeniente (salvo el parecer de V.S. Ilma.) le escribiese a mi Rmo. P. Prior para que, sin decirle el motivo, ni a qué, ni cómo, me embíe por cuatro o seis días a Madrid, dándole a entender tiene que comunicarme».

Sin embargo, el nombramiento no tendría lugar hasta el 23 de mayo de 1783, fecha en que entró en la categoría de correspondiente, según consta por una certificación del día siguiente archivada en su expediente, que se conserva en la propia Academia. En la certificación se expresan las razones generales y específicas que motivaron el nombramiento. Veámosla:

«Don Josef Miguel de Flores [...], secretario perpetuo de la Academia Real de la Historia, Certifico que entre los acuerdos de la Academia que existen en la Secretaría de mi cargo hay uno de la Junta celebrada el día de ayer al tenor siguiente: «El Ilmo. Sr. Director Don Pedro Rodríguez Campomanes, Conde de Campomanes, Caballero Pensionado de la Distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo y Cámara de S.M., atendiendo la literatura y demás prendas de que se halla adornado el R.P. Fr. Juan de Cuenca, Monge de la Orden de San Gerónimo, individuo del Real Monasterio del Escorial, y señaladamente su inteligencia en la lengua Griega y en los Santos PP., de que tiene dadas muchas pruebas en los volúmenes que ha escrito, le propuso para Académico en la clase de los Correspondientes, y la Junta en vista de su notorio mérito, acreditado últimamente por su traducción latina de la Liturgia de San Basilio, le admitió desde luego en la clase propuesta, dispensándolo por esta vez de las formalidades establecidas, y acordó se le dé certificación de este acuerdo que le sirva de título». En cumplimiento de lo resuelto doy la presente, firmada a mi nombre y autorizada con el sello mayor de la Academia en Madrid, a veinte y quatro de Mayo de mil setecientos ochenta y tres».

---

by W.R. Paton, volume IV, pp. 18s.). Así traduce Evelyn White el epigrama de Ausonio: «Favours which tarry meet small favour. For a favour when it hastes to be performed, is a favour more favoured» (p. 163).





En el mismo expediente se encuentra una carta del 15 de marzo del año siguiente dirigida al conde de Campomanes por el prior del monasterio escurialense, Fr. Pedro Ximénez. En ella éste manifiesta su «muy particular complacencia» por haber «sido del gusto y aprobación de los Señores Académicos el discurso que leyó dicho P. Cuenca en la Academia». Más adelante nos ocuparemos detenidamente de dicho discurso.

También se recoge en el expediente copia de otra certificación del secretario de la Academia, fechada a 27 de septiembre de 1789, y por ella vemos que para entonces Juan de Cuenca era individuo supernumerario. En ella se le autoriza a «usar el título de Académico en la portada de la *Gramática Greco-Española* que intenta publicar». El original de la certificación se encuentra en el código escurialense H.I.11, folio 37r<sup>(16)</sup>.

Efectivamente, en la portada de cada uno de los dos tomos de su –finalmente llamada– *Gramática de la Lengua Griega* (publicados en los años 1789 y 1790 respectivamente) figura dicho título, junto con algunos otros: «Académico de la Real Academia de la Historia y de la de Bellas-letras de Sevilla, Comisario y Revisor de libros del Santo-oficio».

Recordemos que por esos mismos años fue también académico de la Historia otro catalogador de manuscritos de El Escorial: el maronita libanés Miguel Casiri<sup>(17)</sup>. Con él hubo de coincidir Juan de Cuenca alguna vez en la biblioteca escurialense, aunque no sea cronológicamente exacta la afirmación de la Dra. Hernando en el sentido de que Casiri estaba catalogando los códigos árabes de el Escorial en la década 1780-1790<sup>(18)</sup>, pues es bien sabido que los dos tomos de su catálogo fueron publicados en los años 1760 y 1770 respectivamente<sup>(19)</sup>. Tampoco es exacta, en consecuencia, la subsiguiente afirmación de la referida Doctora, que –aludiendo al catálogo del maronita– escribe: «la obra de Casiri hoy ha desaparecido casi por completo»<sup>(20)</sup>. El ca-

---

(16) El original escurialense es más completo que la copia-extracto de la Academia.

(17) Véase P. MASSAD, *Casiri y uno de sus estudios inéditos*, «BRAH» 144(1959)21s, y Marqués de SIETE IGLESIAS, *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo*, «BRAH» 175(1978)43s.

(18) Véase su obra *Helenismo e ilustración*, p. 303.

(19) Esta es la conocida portada del tomo primero: *Bibliotheca Arabico-hispana Escurialensis sive Librorum omnium Mss. quos Arabicè ab auctoribus magnam partem Arabo-Hispanis compositos Bibliotheca Coenobii Escurialensis complectitur, recensio et explanatio Opera et studio Michaelis Casiri Syro-Maronitae, Presbyteri, S. Theologiae Doctoris, Regis à Bibliotheca, linguarumque Orientalium interpretatione: Caroli III Regis Opt. Max. auctoritate atque auspiciis edita. Tomus prior. Matrini M.DCC.LX. La del segundo (Tomus posterior) es idéntica, con la sola variante de la fecha: Anno M.DCC.LXX.*

(20) Véase su o.c., p. 303.

tólogo vio la luz en los citados años 1760 y 1770, y de él ha hecho una reproducción en 1972 la editorial *Biblio Verlag* de Osnabrück.

En el año 1784 los daneses Daniel Moldenhauer y T.C. Tychsen componían en El Escorial un catálogo de manuscritos griegos<sup>(21)</sup>, y a ellos debe de referirse Juan de Cuenca cuando en sus cartas a Compomanes habla de «los dinamarqueses», que allí conoció y trató. En una del 16 de marzo de ese año le comunica que «los dinamarqueses están mui gustosos, y se irán quatro o cinco días antes de Semana Santa, según dicen»<sup>(22)</sup>. Por otra del día 24 del mismo mes y año vemos que dichos eruditos eran recomendados del conde y que, terminado su trabajo, se disponían a partir, con gran pena del monje escurialense: «siento en el alma que se huyan tan presto, pues me podrían ser muy útiles su compañía y erudición». Añade que les ha presentado sus trabajos y que han dado el visto bueno, aunque con algunos pequeños reparos: «Les he dicho (con la llaneza y sinceridad que acostumbro) me desengañen de lo que voy trabajando y han visto, para enmendarme y disponerlo del mejor modo; y me han respondido les parece bien, sólo algunas cosillas que, en encontrando el *Cave*<sup>(23)</sup>, las pondré como se debe». Más adelante agrega que se «holgaría de poder estar en su compañía a lo menos un par de años»<sup>(24)</sup>. En otra de esa misma fecha es el prior, Fr. Pedro Ximénez, quien informa al conde de que sus recomendados, los caballeros dinamarqueses, han concluido la tarea que los había llevado al Real Sitio y han determinado irse<sup>(25)</sup>.

Con quien Juan de Cuenca convivió durante años fue con el arabista Fr. Patricio de la Torre, admitido a la toma de hábito en el monasterio escurialense el día 2 de enero de 1776<sup>(26)</sup> y designado catedrático de árabe en el Colegio de San Lorenzo el año 1786 y bibliotecario segundo en la Real de El Escorial al año siguiente<sup>(27)</sup>. También él fue nombrado académico correspondiente de la Real de la Historia, pero ello sucedió ocho años después de la muerte de nuestro biografiado, concretamente el día

(21) Véase Guillermo ANTOLIN Y PAJARES, *Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, t.V., Madrid 1923, p. 327, y *La Real Biblioteca del Escorial...*, p. 91; ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...*, t.I, p. LXXXIX; y A. REVILLA, *Catálogo de los Códices Griegos de... El Escorial*, t.I, p. CXXIV.

(22) Carta conservada en la Real Academia de la Historia, expediente del P. Cuenca.

(23) Por la posdata de la carta anterior sabemos que se trata de la «Historia Ecclesiastica de Cave», es decir, de la obra maestra del teólogo anglicano William CAVE, titulada: *Scriptorum ecclesiasticorum historia litteraria...*, Oxonii 1740-1743, 2 vols., reedita en Basilea en 1741-1745. La primera edición –menos completa– es de Londres (1688-1689).

(24) Carta conservada en FUE, AC 29/28.

(25) Carta conservada en el mismo lugar que la anterior.

(26) Véase *Actos Capitulares*, t.II, f.225r.

(27) Véase J. ZARCO CUEVAS, *Catálogo...*, t.I, pp. XCV y C.



20 de abril del año 1803<sup>(28)</sup>. En carta de otro académico y arabista, el franciscano José Banqueri, dirigida —en fecha no precisada, pero ligeramente anterior al 13 de noviembre de 1790— a su «amado y venerado compañero», el «Rmo. P. Maestro Fr. Juan de Cuenca», aquél le manda a éste recuerdos para varios monjes de San Lorenzo, y entre ellos para «Fr. Patricio»<sup>(29)</sup>.

A propósito de cátedras sorprende que, al decretarse la creación de éstas (griego, hebreo y árabe) en El Escorial el año 1786, el prior del monasterio, Fr. Antonio Moreno, destinara para la de griego a Fr. Juan de Soto Rodríguez<sup>(30)</sup>, que desde hacía 19 años no se había ocupado de esa lengua<sup>(31)</sup>, cuando el P. Cuenca llevaba para entonces varios lustros trabajando en los fondos griegos manuscritos de la Laurentina, como luego veremos, y era tenido por reputado helenista y considerado como «posiblemente el hombre más experto de la época en paleografía y codicología griega», según palabras —quizá un tanto hiperbólicas— de Concepción Hernando<sup>(32)</sup>, y como un distinguido copista de códices griegos<sup>(33)</sup> y greco-latinos<sup>(34)</sup>. Y dos años antes el prior Pedro Ximénez le había insistido a Fr. Juan para que enseñara griego a cuatro monjes, según leemos en carta de éste a Campomanes fechada en San Lorenzo a 16 de marzo de 1784:

«Luego que arrivé a ésta, entregué al Rmo. su carta: existe (*sic*, por «insiste») en que dé lección a quatro religiosos, pero darme tiempo no creo tendrá efecto, antes con esta ocupación me lo quita, porque algún tiempo he de gastar en ello; y si me dejara comer y cenar quando a mi me acomodara en mi celda, se podría resarcir lo perdido: yo bien sé que así no se puede trabajar, pero sé que obedezco»<sup>(35)</sup>.

---

(28) El correspondiente título, escrito en pergamino, se conserva en el códice escorialense H.I.11, f.39. Sobre este conocido arabista tenemos prácticamente ultimado un estudio biobibliográfico de cierta extensión.

(29) Carta conservada en la FUE, AC 29/28.

(30) Así consta en el manuscrito escorialense H.I.11, f.81r: «Salió Prior el Rmo. Fr. Antonio Moreno en [17]86 y con acuerdo de los Padres de categoría resolvió que [...] se previniese al P. Fr. Juan de Soto revolviese sobre los principios de la lengua griega que traxo quando tomó el hábito, pues se le destinaba a la cátedra de griego, pero que esto lo haría por sí solo y asistiendo a todo coro».

(31) El mismo manuscrito, f.81v., añade: «Quedó, pues, designado catedrático [...] para el Griego el P. Soto, quien debía estudiar por sí solo, y con todo coro, la Gramática y Autores después de 19 años que los tenía abandonados, aunque es verdad que entró en el Monasterio con más que regulares conocimientos».

(32) Véase su o.c., p.82.

(33) Cf. *Ibidem*, pp. 306s.

(34) Cf. G. de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos de ...El Escorial*, t. III, p.258, cód. Z.IV.16.

(35) Carta conservada en el expediente del P. Cuenca, de la Real Academia de la Historia.

Luis Gil, comentando esta designación «contra todo pronóstico», la explica —acertadamente, sin duda— en los términos siguientes:

«De no mediar mala fe, como evidentemente medió, resulta incomprensible la determinación del prior. De hecho se trataba de una maniobra para hacer fracasar en el monasterio estos estudios, que estimaban los preladados ajenos al espíritu de la orden jerónima, y muy posiblemente también un deseo de venganza contra fray Juan de Cuenca a quien Campomanes estaba constantemente haciendo venir a Madrid, apartándolo así de sus obligaciones religiosas»<sup>(36)</sup>.

Obviamente, también sorprende, por las mismas razones, que en el año 1787 —año en que las cátedras fueron efectivamente erigidas y empezaron a funcionar<sup>(37)</sup>— fuera nombrado bibliotecario segundo Juan de Soto, y no su homónimo de Cuenca; no obstante, este nombramiento debe considerarse lógica consecuencia del primero, ya que también los otros dos catedráticos —el de hebreo y el de árabe— fueron nombrados entonces bibliotecario primero y segundo respectivamente<sup>(38)</sup>.

En carta a Campomanes del 12 de abril de 1786, Juan de Cuenca le hablaba ya de la concesión de las cátedras y de la división de opiniones que había en la comunidad acerca de su persona —seguramente con respecto al posible nombramiento para la de griego—:

«Tengo entendido que el P. Prior ha escrito, no sólo de mi obra, sino también sobre la concesión de las cátedras, sobre lo que cargué al Rmo. por no haverlo egecutado; lo cierto es que están dispersos sobre mi persona: el P. Maestro Arganda y el Rmo. Ximénez<sup>(39)</sup> son conmigo para todo; los demás, a la verdad, es (como dicen) a regañadientes; pero, en fin, si ellos escriben, se conocerá por el contexto»<sup>(40)</sup>.

(36) Véase su o.c., p.70.

(37) Así consta en el referido manuscrito escorialense H.I.11, f.90v: «En el año 1787 se erigieron bajo la aprobación y auspicios del Soberano las tres cátedras de Lenguas Orientales, Griega, Hebrea y Arabe, con el fin de que el público perciba algún fruto del rico tesoro que oculta esta Real Biblioteca, cubierto gran parte de él con el velo de estos idiomas. En el mismo año se dio principio a su enseñanza».

(38) Véase ZARCO CUEVAS, *Catálogo...*, t.I,p.C.

(39) Por los *Actos Capitulares* vemos que el P. Pedro Ximénez había sido prior en los años 1782-1785; a la sazón lo era Fr. Antonio Moreno (años 1785-1788); y el P. Carlos de Arganda lo sería en el trienio 1788-1791 (t.II,ff. 286r, 307v, 328r-v y 343r).

(40) La carta se encuentra en FUE, AC 29/28. Efectivamente, el prior —Fr. Antonio Moreno— le había escrito a Campomanes los días 3 y 12 de febrero. En la primera carta le hablaba del «asunto con-sabido», que, a juzgar por la respuesta del conde, eran la *Paleografía* y la *Liturgia* del P. Cuenca. En la segunda lo informaba de su proyecto de establecer en el monasterio cátedras de lenguas orien-



Cuatro meses después, Juan de Cuenca veía cómo estaban justificados sus pesimistas presagios: uno que no sabía ni leer —se refería sin duda a Juan de Soto— iba a ocupar la cátedra de griego, según le comunicaba el decepcionado monje a Campomanes en carta del 11 de agosto de 1786, bastante mal redactada por cierto. En ella comienza exponiendo la ambigua actitud de la comunidad acerca de la impresión de una de sus obras<sup>(41)</sup>, actitud que atribuye a maniobras de algunos intrigantes; y pasa luego al tema de la cátedra de griego:

«Estos, sin dar parte a la Comunidad, han echado mano del que digo a V.S.I. que no sabe absolutamente leer, y todo es (como dicen todos) porque yo no entre en la Cátedra, como si yo la quisiera, por lo que tengo que hacer; le e hecho cargo secretamente al P. Prior que mire que se exponen a un sonrojo: que será factible tengan rigurosos exámenes; pero no hace caso y así obrar (*sic*), y al caso que pretendan por Memoriales y lleven el zarpazo».

Alude luego a la inhibición del prior y a lo exiguo del número de intrigantes:

«No será más, aunque él responderá a todo que él está pronto, pero que los demás, y estos demás se reducen a quatro»<sup>(42)</sup>.

Aunque Juan de Cuenca dice no tener interés por la cátedra, es muy posible que de hecho la apeteciera y que, en cualquier caso, se sintiera profundamente humillado y ofendido por no haberle sido ofrecida. Así se desprende del comentario que hace en una carta a Campomanes, no fechada, pero posterior a la publicación de su *Gramática* (año 1789):

«[...] pero se me olvidaba decir cómo las plazas para colegiales las han provehído en los menos aprovechados en los idiomas orientales, si hay algunos, porque si *ceci cecos ducentes* (*sic*), etc. ¡Dios nos dexe verlo de otra manera!»<sup>(43)</sup>.

---

tales; pero no aludía en absoluto a la cuestión de posibles candidatos para ocuparlas. El día 15 de dicho mes el conde respondía conjuntamente a ambas: hacía referencia a la *Paleografía* y a la *Liturgia* y a la conveniencia de instituir las cátedras, pero tampoco daba nombres de posibles cate-dráticos. Las tres cartas se encuentran en la FUE, AC 23/36.

El 17 de abril el prior le dirigía una nueva carta al conde, de la que sería portador el P. Cuenca precisamente. En ella le comunicaba que el rey ya había aprobado la creación de las cátedras (FUE, AC 29/12).

(41) Se trata de la *Liturgia de San Basilio*, como veremos al ocuparnos de este trabajo.

(42) Carta conservada en FUE, AC 29/28.

(43) La carta se encuentra en FUE, AC 29/28.

Otro tanto cabe suponer acerca del puesto de bibliotecario, y tal vez haya que atribuir a su resentimiento el juicio que emite, sobre quienes lo ocupaban, en carta a su protector del 29 de agosto de 1788, tampoco muy bien redactada:

«Ilmo. Señor: En cumplimiento de la cita del *Consulado del mar de Barcelona*, cuya nota entregué a los Bibliotecarios, pero, como toqué a V.S.I., sólo lo son para no estar en el coro, me han respondido que no hay nada, e instándoles yo que iría con ellos y lo vería, a la postre me digeron que había el *Consulado de Barcelona*, pero no el del *Mar de Barcelona* [...]»<sup>(44)</sup>.

Como ya adelantamos, Juan de Cuenca gozó de la entrañable amistad del conde de Campomanes, quien le dispensó una eficazísima protección, según se desprende de la correspondencia entre ambos<sup>(45)</sup>.

Luis Gil sintetiza así las relaciones existentes entre el monje escurialense y el gobernador del Cosenjo:

«Entre los papeles de Campomanes se conserva una voluminosa correspondencia perteneciente a la década de 1780-1790, en la que se reflejan, casi día a día, la vida del monje jerónimo en El Escorial y las vicisitudes de sus relaciones con el gobernador del Consejo. Uno de los ejes en torno a los que gira son los trabajos de Cuenca en la biblioteca del monasterio, y otro, el interés del conde por su desarrollo y publicación. Veíase entorpecida la labor del monje por sus superiores, que, o no le facilitaban los materiales necesarios para sus quehaceres, o reclamaban su presencia en el monasterio, cuando se hallaba en Madrid trabajando en la Academia de la Historia. Mas Campomanes andaba listo al quite, en cartas al prior justificando ausencias, con halagos y promesas o con ruegos que eran órdenes, en beneficio siempre de las investigaciones de aquel «sabio», cuya sabiduría ponían en tela de juicio las malas lenguas»<sup>(46)</sup>.

En otro pasaje, Gil habla de «obcecada protección y desmedido afecto»<sup>(47)</sup>.

(44) Carta conservada en el mismo lugar que la anterior.

(45) Pueden verse, a este respecto, las cartas y documentos que Luis Gil reproduce en el apéndice de su mencionada obra: *Campomanes, un helenista en el poder*, pp. 183-190, así como otras misivas que se conservan en la FUE,AC, y que fácilmente pueden localizarse gracias al ya citado *Catálogo del Archivo del Conde de Campomanes* de Jorge Cejudo. A bastantes de ellas nos iremos refiriendo a lo largo de este trabajo.

(46) Véase su o.c., p. 95.

(47) Véase *ibidem*, p. 104.



Tras leer con detenimiento esa abundante correspondencia entre Campomanes y Cuenca —que, por cierto, se extiende no sólo hasta el año 1790, sino que llega hasta el 1794, aunque con el vacío de los años 1791-1793—, entendemos que las apreciaciones de Gil se ajustan a la realidad de los hechos.

Efectivamente, en carta al prior Antonio Moreno —del 27 de marzo de 1786<sup>(48)</sup>— el conde, refiriéndose al P. Cuenca, le habla de «su gran saver en el griego; y en otra del 17 de septiembre del mismo año<sup>(49)</sup> le hace ver la necesidad de que ese «sabio monje esté a la vista de la imprenta en Madrid».

Podríamos añadir que las dificultades no le venían al P. Cuenca de los priores únicamente. En ocasiones contaba también con la enemiga de otros miembros de la comunidad, como hemos visto en sus cartas a Campomanes del 12 de abril y 11 de agosto de 1786, referentes a las cátedras. En la última da a entender que el prior —Fr. Antonio Moreno—, más que un adversario, era un débil que se dejaba manejar por unos pocos. Aunque Juan de Cuenca deja entrever que no está convencido de la sinceridad del prior, éste sí parece temer una negativa de la comunidad en orden a sacar adelante algunos proyectos de aquél que él personalmente desearía ver realizados; así, en carta al conde, del 12 de abril de 1786, preve las dificultades que puede encontrar en la comunidad para llevar a cabo la publicación de la *Liturgia*, y ello por la meticulosidad de unos y la ignorancia de otros:

«Viendo este dictamen<sup>(50)</sup>, quedarán todos satisfechos, y a mi ver contemplo no habría repugnancia alguna; pero sin él me expondría a una negatiba, que me sería tanto más sensible quanto irremediable, pues a esta contingencia están expuestas las cosas que se resuelven por votos, como V.S.I. sabe mui bien ocurre en las comunidades»<sup>(51)</sup>.

Entre los motivos de esa oposición habría que incluir, sin duda, la rivalidad a que el entonces superior general de los jerónimos, P. Ramón Montes, aludiría 30 años más tarde cuando el 22 de mayo de 1805 decía: «La experiencia de muchos años nos enseña la rivalidad que siempre tienen a las personas de carrera las que no lo son»<sup>(52)</sup>.

En cualquier caso, lo que parece desprenderse de la correspondencia de Juan de Cuenca es que con algunos priores no estuvo precisamente a partir un piñón y que éstos le pusieron trabas en varias ocasiones. Siendo prior el P. Pedro Ximénez y ha-

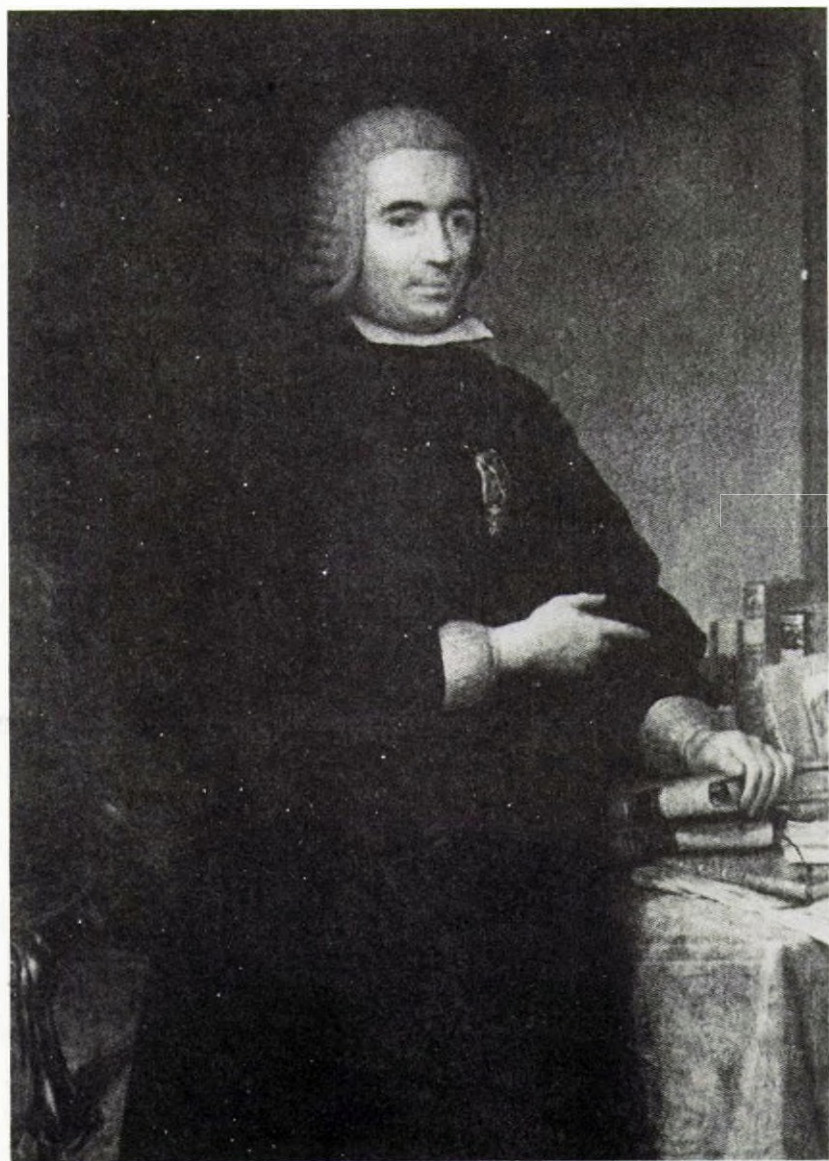
(48) FUE, AC 21/6.

(49) FUE, AC 29/28.

(50) Se refiere al que el prior requería de la Academia.

(51) FUE, AC 21/19.

(52) Ms. escurialense H.I.11, f. 81v.



El Conde de Campomanes, por Mengs (Real Academia de la Historia).



biéndole pedido Campomanes que le permitiera al P. Cuenca desplazarse a Madrid, éste le dirige al conde la siguiente, fechada en San Lorenzo a 11 de enero de 1783:

«Ilmo. Sr.: Luego que recibí la tan expresiva de V.S.I., pasé a la entrega en propia mano de mi Rmo., y en el modo de leerla advertí no tendría efecto alguno favorable; no respondió cosa alguna, ni menos responderá.

No sé, ni sabemos qué giro tomará para evadirse de la de V.S.I.; sólo sí sé que quanto pueda responder son paños calientes y en todo falso; porque, si dice que no tiene autoridad para que los monges entren en Madrid, es hiero (*sic*, por «yerro») manifiesto, porque tiene vno allá desde antes de Navidad, en casa del Nuncio, y éste ba todos los años; iluego no tendrá tan limitada autoridad!; fuera de que no son los asuntos vnos, porque ellos están a divertirse, y yo iva para aprovecharme de las instrucciones de V.S.I.

Supuesto todo esto, sólo lo siento que no dé gusto a V.S.I. en la petición, no habiendo otro motivo que no querer [...].

[...] la esención del coro que, para trabajar [...], tenía me la quitó, queriendo que por fuerza tome vna velá perjudicial a mi salud, y, si ésta no, al coro, como lo hago [...].

Y más adelante añade:

«Lo mejor está en que a todos decía [...] que estaba exento del coro [...], y estoy peor que nunca; sólo sí me atrevo a decirle que *no siento otra cosa sino que, pudiendo trabajar, al tiempo que estiendo las alas y dar (sic) un largo buelo, me las abate y corta.*

En fin, señor, no más molestia, porque lo demás era menester *os ad os loqui* [...].

Visto, señor, que esto no tiene remedio por acá, quería arrojarlo todo y dexarlo, pues quanto más trabaje es peor, como lo e experimentado hasta aora [...]; vea V.S.I. qué e de hacer, pues si V.S.I. me dice que prosiga, aunque sea con la vnción proseguiré, hasta morir con la pluma en la mano<sup>(53)</sup>. En carta a Campomanes del siguiente 4 de marzo vuelve sobre el mismo tema<sup>(54)</sup>.

Pero da la impresión de que Juan de Cuenca era bastante cambiante en sus filias y fobias. Cuando el 28 de marzo de 1785 fueron elegidos los tres candidatos al priora-

(53) FUE, AC 29/28.

(54) *Ibidem*.

to, dejado vacante tres días antes por renuncia del P. Ximénez, el conquense le comunica los nombres al conde en carta del día siguiente, y en ella se muestra decididamente partidario del segundo candidato, P. Carlos de Arganda, y hasta parece esperar de Campomanes una intervención eficaz ante el rey en orden a que éste sea el nombrado. Tras hacer grandes elogios de dicho candidato y precisar que «salió [...] con 42 votos, y el que faltó fue por equivocación», apostilla lo siguiente:

«[...] Si S.M. nombra a nuestro Carlos, tendremos Carlos el Rey, Carlos el Príncipe y Carlos el Prior de San Lorenzo, y no me parece mala circunstancia la del nombre»<sup>(55)</sup>.

Las insinuaciones de Juan de Cuenca no dieron resultado, y Carlos III nombró –con buen criterio y siguiendo la práctica habitual– al primer candidato, P. Antonio Moreno<sup>(56)</sup>. No obstante, cuando en la elección de candidatos para el trienio siguiente, celebrada el 15 de febrero de 1788, salió como primero el P. Carlos de Arganda, el resultado no fue del agrado de Cuenca, a juzgar por el tenor de la carta a Campomanes del siguiente 5 de marzo:

«Ilmo. Sr.: Nuestros asuntos de Prior, no sabemos nada, y cada día se ven mutaciones de rostros. Bien penetró V.S.I. las intenciones de Arganda, pues han salido como por alfabeto [...]»<sup>(57)</sup>.

Es más explícito en nueva carta, del día 13, cuando el nombramiento por parte del rey ya había recaído en el P. Arganda, que era confirmado el día 15<sup>(58)</sup>:

«Ya, señor, *operam et oleum perdimus*, pues salió por Prior mi mayor contrario, el que aun la enorabuena (*sic*) [no] ha querido admitir, y espero pasarlo muy mal [...]; veremos por dónde rompe [...]; muchos creen que nos ha engañado con decirnos que silencio, silencio; más valiera haver protestado, pues para mi interior no es superior, y nos ha engañado con buenas cartas, yo me lo temo»<sup>(59)</sup>.

Y en otra, no fechada, pero que debe de ser muy poco posterior a la precedente, el P. Cuenca entiende que el nuevo prior ni loco podría cometer mayores desatinos:

«Ilmo. Sr.: Con las lágrimas en los ojos escribo ésta por ver tan de cerca el total exterminio de esta comunidad; es la dispersión y reparti-

(55) *Ibid.*

(56) Véase *Actos Capitulares*, t.II, f. 307v.

(57) FUE, AC 29/28.

(58) Véase *Actos Capitulares*, t.II, f. 328 r-v.

(59) FUE, AC 29/28.



miento de oficiales tal, que, aunque absolutamente estuviera el P. Prior loco, no era posible [...]; ha echado mano de los más indingos e inútiles para los puestos más decorosos [...].»

Y más adelante:

«Aora, precisamente pegará conmigo, y me temo a mí mismo por mi viveza; pido al Señor que responda por mí, pues absolutamente *nescio quid dicam inimicis meis* [...].»

Añade finalmente que el prior y los suyos piensan mantenerse en el poder por mucho tiempo:

«[...] dicen también *que ya tienen el gobierno y tela cortada* para muchos años»<sup>(60)</sup>.

El 26 de abril vuelve a desahogarse con el conde:

«[...] el P. Prior [...] está deseando se me ofrezca alguna cosa, para negarla, y llega a tanto que, aunque por casualidad me encuentre por algún claustro, no me saluda: debo de estar excomulgado [...].»<sup>(61)</sup>.

Prácticamente lo mismo le dice en la del 22 de mayo —siempre del año 1788—:

«[...] no me atrebo a pedirle al P. Prior vnos quince o veinte días a esta sierra [...], pues sé me lo ha de negar [...].»<sup>(62)</sup>.

Y en otra, escrita nueve días más tarde, le da a entender que el prior lo tiene totalmente marginado:

«El P. Prior, aunque me ve muchas veces, no me ha dicho nada, ni se da por entendido, ni creo se dará, ni me dirá cosa alguna [...].»<sup>(63)</sup>.

Vemos, sin embargo, cómo el P. Arganda le comunica a Campomanes en carta del 28 de noviembre de ese mismo año que no hay problema alguno para que el P. Cuenca se traslade a Madrid:

«Para que el P. Cuenca passe a Madrid a entender en sus impresiones no necesita otro permiso que el mío; y en virtud de éste le despacharé vn día de éstos, para que también haga a mi nombre vna visita a V.S.I. y le ofrezca mis sinceros deseos de complacerle»<sup>(64)</sup>.

---

(60) Ibid.

(61) Ibid.

(62) Ibid.

(63) Ibid.

(64) Ibid.

Campomanes debió de quedar muy favorablemente impresionado por la respuesta del prior, pues en carta del día siguiente pone en conocimiento del P. Cuenca que el P. Arganda le ha concedido el permiso «con la mayor fineza», y trata luego de convencerlo de que el prior no tiene nada contra él:

«Debe V.m. también vivir en la inteligencia, como le he dicho, de que el P. Prior le quiere y tratará bien. Es, pues, consiguiente que V.m. le manifieste su reconocimiento sin creer en nadie que le diga lo contrario»<sup>(65)</sup>.

Da, pues, la impresión de que, al menos en ocasiones, el P. Cuenca veía fantasmas. En otras parece que no se aclaraba, hasta tal punto que sus superiores no sabían bien lo que quería; así se trasluce en la carta del prior Antonio Moreno a Campomanes del 3 de septiembre de 1786:

«Muy Sr. mío: Quando vino por San Lorenzo el P. Fr. Juan de Cuenca a este Monasterio, recibió abiso del P. Procurador en Corte en que le decía de orden de V.S.I. no podía bolber a ocupar el quarto que hasta entonces le había franqueado en su casa [...].

Significóme entonces dicho P. Cuenca la ninguna comodidad que había en el Nuevo Rezado para que él pudiera continuar sus trabajos, y que más bien y con Mayor quietud podría egecutarlos viniéndose a su celda; sin embargo de esto, se marchó a essa Corte, desde donde me escribió lo mismo y aún algo más de lo que me dijo aquí sobre este particular; en cuya vista le respondí en 30 del pasado diziendo que, atendiendo a lo que me tenía insinuado y nuebamente me hazía presente, acordase con V.S.I., manifestándole mi carta, si quería que se biniese o no a trabajar aquí, encargándole que me abisase de las intenciones de V.S.I.

Y como me contestaba ahora en vnos términos bastante equívocos y que me dejan en la misma incertidumbre que antes estaba, no puedo menos de egecutarlos yo directamente con V.S.I. a fin de saber expresamente su voluntad y egecutarla en vn todo»<sup>(66)</sup>.

Tampoco el prior del año 1794, Isidro de Jesús<sup>(67)</sup>, era santo de su devoción, según se colige de la carta a Campomanes del 28 de febrero de ese año. En ella Juan de

(65) Ibid.

(66) Ibid.

(67) Había tomado posesión el 10 de septiembre de 1791 (Véase *Actos Capitulares*, t.II, f.343r).



Cuenca le pide al conde que intervenga para que se acepte la renuncia de aquel si al fin se decide a presentarla:

«Ayer jueves llegó aquí el P. Prior [...].

Todo es proferir que renuncia (y sería lo mejor para San Lorenzo), y me han asegurado que va esta noche la renuncia al Rey; y, aunque conuinando especies y cosas con N...<sup>(68)</sup>, no cree sea de corazón dicha renuncia, a no sacar cosa más alta (ésta es la mira); sin embargo no sería malo se lo previniese V.E. al Sr. Llaguno<sup>(69)</sup>, por si acaso [...].

Lo que puedo asegurar a V.E. es que tal noticia hará tal sensación en San Lorenzo que las Bachanales serán Semana Santa<sup>(70)</sup>.

Al día siguiente –1 de marzo– vuelve a insistir en la necesidad de aceptar la renuncia, finalmente presentada por el prior, a quien deja bastante malparado:

«Ilmo. Sr.: Ya llegó de echo lo que advertí a V.E. en mi antecedente: hizo la renuncia de veras y la remitió [...]; hallá la tiene el Sr. Llaguno, conque haora<sup>(71)</sup> viene bien qualquier recomendación con este señor [...].»<sup>(72)</sup>.

Nueve días después vuelve a pedirle al conde que intervenga «si se ofrece la ocasión de advertir al Sr. Llaguno sobre la renuncia, para que tenga efecto [...]», y se lamenta de no haber tocado él mismo el tema a tiempo con S.M.<sup>(73)</sup>.

Con alguno de sus hermanos en religión le unía estrecha amistad. Tal es el caso del P. Núñez y de algún otro, según se desprende varias de sus cartas. En la dirigida a Campomanes el 17 de agosto de 1788 es así de explícito:

«El dador<sup>(74)</sup> es el maestro de zerimonias, amigo mío y del P. Núñez, y del todo *ex nostris*»<sup>(75)</sup>.

(68) La «N» es probablemente abreviatura de «Núñez», y se trataría del P. Juan Núñez, amigo del P. Cuenca, como luego veremos.

(69) Debe de tratarse de Don Eugenio Llaguno y Amírola, sobre el que puede verse: Marquês de SIETE IGLESIAS, *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo*, «BRAH» 175(1978)49s.

(70) FUE, AC 48/107.

(71) Es ésta una más de las grafías en que Juan de Cuenca no sigue varias veces un criterio uniforme: antes ha escrito «aora».

(72) FUE, AC 48/103.

(73) FUE, AC 48/106. De hecho, la renuncia no fue aceptada, y el P. Isidro tomaba incluso posesión para un nuevo trienio el 10 de mayo de ese año 1794 (Véase *Actos Capitulares*, t.II, f. 360r).

(74) Es decir, el portador de la carta.

(75) FUE, AC 29/28. Esta vez la cursiva es nuestra, por tratarse de voces extranjeras.

También parece haber existido una «verdadera y nunca inalterable (*sic*) amistad» entre Juan de Cuenca y el ya mencionado arabista franciscano, Fr. José Banqueri, según escribe éste en carta a aquél de fecha poco posterior al 13 de noviembre de 1790, carta que empieza con el siguiente encabezamiento: «Mi amado y venerado compañero»<sup>(76)</sup>. En términos similares lo trata en la del 13 de noviembre de 1790<sup>(77)</sup>.

Por los fragmentos que hemos reproducido de la correspondencia entre Campomanes y Cuenca, salta a la vista que, efectivamente, la amistad entre ambos era entrañable y que los unía una confianza mutua prácticamente ilimitada. Las sugerencias de Campomanes eran órdenes para el P. Cuenca, quien probablemente no exageraba cuando, en carta del 12 de marzo de 1794, le reproducía la contestación que le había dado al clérigo que preparaba las láminas para sus *Abreviaturas*:

«Yo le he respondido por partes, diciendo a la primera que yo sin V.E. nada soy, y, aun dado caso que lo fuera, nada haría sin su parecer y beneplácito, el que estimo aún más que a mi superior, como tan inmediato»<sup>(78)</sup>.

En otra del 28 de noviembre de 1782 lo llama «sin igual mesenas»<sup>(79)</sup>. Y en la del 20 de junio de 1785 hace suyos los elogios de la corregidora de las Navas, que llama al conde «padre de los pobres»<sup>(80)</sup>.

Podríamos añadir bastantes más testimonios acerca de la gran amistad que unía a nuestros dos personajes. Unos los omitimos en pro de la brevedad, y otros los veremos enseguida al ocuparnos de la vida palaciega del monje jerónimo. Añadamos solamente que, en las temporadas que éste pasaba en Madrid, se alojaba en casa de aquél, donde tenía un cuarto a su disposición, como hemos visto anteriormente en la carta dirigida al conde por el prior Fr. Antonio Moreno el 3 de septiembre de 1786<sup>(81)</sup>. En ella leíamos que, a partir de aquellas fechas, el cuarto ya no estaría libre: la razón era que Campomanes lo necesitaba para su hijo Don Sabino, que acababa de unirse con el vínculo conyugal. Aún así, el conde seguía ofreciéndole al monje la casa para que en ella pudiera comer y trabajar, como le dice al nuevo prior, Fr. Carlos de Arganda, en carta del 29 de noviembre de 1788<sup>(82)</sup>.

(76) *Ibid.*

(77) *Ibid.*

(78) FUE, AC 48/109.

(79) FUE, AC 29/28.

(80) *Ibid.*

(81) *Ibid.*

(82) *Ibid.*



Cuando el P. Cuenca deseaba trasladarse a Madrid, solía sugerirle al conde que escribiera al prior haciéndole ver la necesidad del desplazamiento y dando hasta falsas razones, si era necesario. Así lo vimos en la carta del 7 de marzo de 1791<sup>(83)</sup>.

Parece indudable, por otra parte, que el protegido sentía por el protector el mayor respeto, admiración y agradecimiento y que siempre estaba pronto a prestarle obediencia ciega, pronta y alegre. Así lo manifestaba en carta del 20 de junio de 1785: «[...] quedo esperando orden de V.S.I. y que me mande como y mejor que a su hijo»<sup>(84)</sup>. Y en otra del 31 de mayo de 1788 se expresaba así: «Aunque todos mis miembros se volvieran sujetos que se emplearan de contin[u]o en servicio de V.S.I., no fueran capaces de cumplir con las obligaciones aún de meros agradecidos a lo que debo a V.S.I.»<sup>(85)</sup>.

Otra prueba más de la familiaridad y confianza existentes entre ambos, sería el lenguaje nada refinado que Fr. Juan emplea en alguna carta y los comentarios picarescos que hace en alguna otra y que, considerados fuera del contexto, podrían hacernos pensar en un monje goliardo. Así, en la del 17 de marzo de 1794 le dice:

«Por aquí no hay más novedad que el magnífico entierro de Ricardos<sup>(86)</sup>, y lo que sale de este sitio; pero tan desfigurado todo, que no lo conoce la madre que lo parió»<sup>(87)</sup>.

Y en otra, escrita desde San Martín de Valdeiglesias el 6 de julio de 1788, la broma que gasta resulta bastante desconcertante:

«He sentido que no venga mi Don Sabino, como le pedí a V.S.I. y como me lo tiene ofrecido, pues aunque murió el tío Bartholomé García, está aquí Bahamonde, hombre de cuya conducta sabe todo el mundo, y yo le tengo que dar vna *salutis monita*, porque me ha dejado en su casa como por dueño absoluto, y lo que es más, el fiar su parienta a vn fraye: buena paciencia, si no fuéramos los dos vno»<sup>(88)</sup>.

Tampoco se sabe qué interpretación deba dársele a pasajes como el de la carta fechada en Toledo a 3 de junio de 1794:

«He visto esta mañana a la Colegiala, y me ha parecido más fina de lo que se puede desear en vna joven muger; y todo ha sido preguntar-

(83) Ibid.

(84) Ibid.

(85) Ibid.

(86) Se trata del general Antonio Ricardos, fallecido cuatro días antes.

(87) FUE, AC 48/104.

(88) FUE, AC 29/28.

me por V.E., manifestando el deseo de verle; y a la verdad V.E. tendría la maior complacencia, sólo con oírla; y ésta era la mejor ocasión, sólo porque V.E. tubiera este gusto»<sup>(89)</sup>.

Intima era también la amistad del P. Cuenca con el hijo de Campomanes: Don Sabino<sup>(90)</sup>. En muchas de las cartas al padre le manda afectuosos recuerdos para el hijo<sup>(91)</sup> o lo menciona en términos tan cariñosos como los usados en la posdata de la misiva fechada en Aranjuez —donde estuvieron juntos— a 19 de abril de 1790: «Mi Don Sabino, bueno, guapo, que también escribe»<sup>(92)</sup>. Y en carta no fechada, pero que creemos deber situar en el año 1787, Juan de Cuenca le dice al padre que su hijo ha pernoctado en su celda monacal: «Ilmo. Sr.: Mi Sabino dirá cómo ha dormido y lo mal que lo ha pasado en mi celda [...]»<sup>(93)</sup>. Encontrándose Juan de Cuenca en San Martín de Valdeiglesia, le pide al conde, en carta del 17 de junio de 1788, que le permita al hijo reunirse con él allí:

«Me hallo en esta villa de San Martín en casa de Bahamonde, cuja parienta lo hace conmigo como que ni en mi casa. Es Bahamonde, además de paysano, hombre de bien; pero quisiera, ya que estoy aquí, tener el gusto completo, y pues la casa de Bahamonde es la más capaz y buena del pueblo, es la ocasión que mi amigo don Sabino, ya que no sea en Robledo, como V.S.I. me lo tenía prometido, sea aora en San Martín en compañía de nuestro amigo Bahamonde, donde nos divertiremos con mucho gusto»<sup>(94)</sup>.

Pocas semanas después se lamentaba de que Don Sabino no hubiera viajado a dicha villa madrileña, como acabamos de ver en la carta al conde del 6 de julio de ese año 1788<sup>(95)</sup>.

En lo que a la actividad del P. Cuenca se refiere, el P. Zarco lo califica de «Laborioso monje» y «monje en extremo aplicado», pero reconoce que en la catalogación de

(89) FUE,AC 48/112.

(90) Sobre él puede verse: Marqués de SIETE IGLESIAS, *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo*, «BRAH» 175(1978)67.

(91) Véanse por ejemplo, las del 29.1.1785, 12.4.1786 (ambas en FUE,AC 29/28), 11.8.1787 (FUE,AC 48/121), 19.12.87 (FUE,AC 48/111), 29.8.1788, 1.10.1788, 17.10.1789 (las tres en FUE,AC 29/28), 28.2.1794 (FUE,AC 48/107), 13.3.1794 (FUE,AC 47/103), 12.3.1794 (FUE,AC 48/109), 4.4.1794 (FUE,AC 48/108) y 20.12.1794 (FUE,AC 48/105).

(92) FUE,AC 29/28.

(93) *Ibíd.*

(94) *Ibíd.*

(95) *Ibíd.*



los manuscritos griegos de El Escorial trabajó «con más alientos que fortuna»<sup>(96)</sup>. Concepción Hernando ve en él a «el buen Fr. Juan»<sup>(97)</sup>, monje «laborioso»<sup>(98)</sup> e «infatigable»<sup>(99)</sup>, «posiblemente el hombre más experto de la época en paleografía y codicología griega»<sup>(100)</sup> —como queda dicho—, y de una «celeridad poco común en el trabajo»<sup>(101)</sup>. Luis Gil lo califica de «contradictorio personaje», y traza así su silueta: «Era hombre éste de laboriosidad inconcebible, estaba bien impuesto en paleografía y tenía más que medianos saberes de lengua griega; pero por atolondramiento solía incurrir en errores impropios del principiante más lerdo. No era, sin duda, demasiado inteligente, como después se puso de manifiesto, aunque le adornasen cualidades que impresionaron al anciano gobernador del Consejo»<sup>(102)</sup>, es decir, al conde de Campomanes, a quien «dejaban boquiabierto» la «productividad y rapidez» de «aquel monje singular»<sup>(103)</sup>.

La «productividad y rapidez» de Juan de Cuenca la dejan fuera de toda duda sus innumerables trabajos —algunos enormemente voluminosos—, de los que nos ocuparemos luego.

Lo del «atolondramiento» que le hacía «incurrir en errores impropios del principiante más lerdo», es algo que ya señaló en su día el catedrático de griego de los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, Don Casimiro Flórez Canseco, como veremos al tratar de la reseña que hizo de la *Gramática de la Lengua Griega* del monje escurialense. Posiblemente haya que admitirlo, hasta cierto punto, aunque tal vez fuera más exacto hablar de estados nerviosos o depresivos, insomnios y jaquecas, producido todo ello, fundamentalmente, por el exceso de trabajo, la falta de descanso y una salud poco robusta. En su correspondencia —y en la de otros jerónimos escurialenses— con el conde de Campomanes, se encuentran frecuentes alusiones a este tipo de problemas, como pasamos a ver por orden cronológico.

El 17 de enero de 1781 el P. Carlos de Arganda le comunica a S.I. que el P. Cuenca se halla en cama «molestadado del afecto de estómago que padece con bastante frecuencia»<sup>(104)</sup>, y diez días más tarde le anuncia que «sigue trabajando» [...], pero con lentitud, a causa de los males que no acaban de molestarle»<sup>(105)</sup>.

(96) Véase su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...*, t.I, p. LXXXIX.

(97) Véase su o.c., p. 287.

(98) *Ibid.*, p. 303.

(99) *Ibid.*, pp. 287 y 304.

(100) *Ibid.*, p. 82.

(101) *Ibid.*, p. 134.

(102) Véase su o.c., p. 94.

(103) *Ibid.*, pp. 95ss.

(104) FUE, AC 29/28.

(105) *Ibid.*



El 26 de marzo de 1783 Juan de Cuenca —al final de una carta firmada y rubricada por él, pero escrita por otra mano— le dice al conde: «estoy en la enfermería y no puedo más»<sup>(106)</sup>.

Con fecha de 17 de septiembre de 1786 Campomanes le comunica al prior del monasterio, P. Antonio Moreno, que «el P. Fr. Juan de Cuenca [...] se restituye [...] a San Lorenzo convaleciente ya de sus tercianas»<sup>(107)</sup>.

El día 22 de mayo de 1788 el propio afectado se dirige en estos términos a su mecenas: «Estoy al finiquito de los quatro tomos<sup>(108)</sup> [...], pero tan acalorada la caveza, que absolutamente se me ha quitado el sueño, y me veo precisado a trabaxar lo más de la noche, y esta noche del Corpus sólo he dormido tres quartos de hora»<sup>(109)</sup>.

El 16 de noviembre del mismo año le comunica que tiene de nuevo encima las fiebres tercianas: «Ilmo. Sr.: No ocurre cosa particular más que estoy con una terciana a cuestras, que me dio en el quarto de Su Alteza, a quien la pide (*sic*, por «pedí») quina, la que me remitió, con cuyo beneficio espero en Dios no tener otra»<sup>(110)</sup>. Al responderle al día siguiente, el conde le gasta una broma con las tercianas y le da algunos consejos sobre el particular: «No sé cómo las tercianas se atreven con V.m., que ni come ni duerme. Haga V.m. pocas medicinas y guárdese del frío, que las hace bolver»<sup>(111)</sup>. A los pocos días el P. Cuenca le contesta que procurará guardarse del frío, «si es posible», y que no eran tercianas, sino cuartanas<sup>(112)</sup>.

Excepcionalmente, en carta a Campomanes fechada en Carabaña a 15 de julio de 1790, pero escrita, al parecer, en Aranjuez —por una mano distinta de la de Juan de Cuenca, el cual se limita a firmar y rubricar—, éste da a entender que se encuentra pletórico de salud y de moral:

«Excmo. Sr.: Llegué con mi compañía a este natural Aranjuez, en cuyo camino todos fueron de alcorza, si no yo que, como hijo de vna cabra, no padecí quebranto alguno, saltando y brincando por estas breñas.

Esta tarde veré si está a propósito para el baño, o a lo menos escogeré el lugar donde tomarlos»<sup>(113)</sup>.

(106) *Ibid.*

(107) *Ibid.*

(108) Se refiere a su catálogo de manuscritos griegos de El Escorial.

(109) FUE, AC 29/28.

(110) *Ibid.*

(111) *Ibid.*

(112) *Ibid.*

(113) *Ibid.*

En carta del 26 de septiembre del mismo año Campomanes le recomienda que haga ejercicio físico: «Aquí todos están buenos y se acuerdan de V.m., que debe cuidar de hacer algún ejercicio de piernas, pues en el de la cabeza no tengo duda»<sup>(114)</sup>. En otra, del 24 de octubre siguiente, Juan de Cuenca le expone a su protector que está descifrando un manuscrito difícilísimo, capaz de volverlo loco, si es que no lo está ya: «Está dificultosísima su lectura [...]; pero ello ha de salir o me he de volver loco, si ya no lo estoy con semejantes garabatos»<sup>(115)</sup>. Y el 13 de noviembre le informa de que le está costando superar un molesto catarro<sup>(116)</sup>.

El 21 de abril de 1794 le habla al conde de un cólico que le ha dado «malos ratos»<sup>(117)</sup>. Finalmente, en la última carta de esta su correspondencia —fechada en Perales<sup>(118)</sup> a 20 de diciembre de ese año, es decir, 48 días antes de su muerte—, el P. Cuenca le dice a Campomanes que desea consultar sus males con el médico<sup>(119)</sup>.

En estas causas de tipo físico-psíquico habría que buscar, seguramente, la razón de los numerosos despistes que Flórez Canseco detectó en la *Gramática* y de algunos que se observan en sus cartas.

Así, en la del 28 de noviembre de 1782 escribe «cararamanchones» en vez de «camaramanchones», aunque en esta ocasión el barbarismo podría explicarse simplemente por los extraños ruidos que el monje oía en aquéllos y que lo sacaban de quicio, según le refiere a Campomanes en el párrafo en cuestión, párrafo en el que, por otra parte, no son los ruidos lo único que resulta extraño:

«En estos días me parece que me andan ratones corriendo por los ocultos cararamanchones de la torre del Pharo<sup>(120)</sup>, con cuio movimiento retozan algunas veces algunos no sé qué, que me hacen salir de mis casillas. No e querido perder esta ocasión, no sea que las *nueve* se amontinen contra mí, y yo no puedo con tantas [...]»<sup>(121)</sup>.

Y la carta a Campomanes del 9 de agosto de 1786<sup>(122)</sup> la fecha en Madrid, cuando, de hecho, se encontraba en San Lorenzo de El Escorial, adonde acababa de llegar

(114) Ibíd.

(115) Ibíd.

(116) Ibíd.

(117) Ibíd.

(118) Aldea de la provincia de Madrid, situada a 4 km. de la Villa de El Escorial (Escorial de Abajo), a cuyo municipio pertenece.

(119) FUE, AC 48/105.

(120) Aunque no nos consta que ninguna de las torres del monasterio haya sido conocida por este nombre, Juan de Cuenca debe de referirse a la que está situada frente al llamado «Pico del Faro», es decir, la que ocupa el ángulo noroeste del edificio, tradicionalmente llamada «Torre del Seminario» y hoy «Torre del Colegio».

(121) FUE, AC 29/28.

(122) Ibíd.



para celebrar al día siguiente la festividad del patrón del Real Sitio, según consta por esta misma carta y por otra que escribe a los dos días<sup>(123)</sup>, así como por dos del prior del monasterio, del 13 de ese mes<sup>(124)</sup> y del 3 del siguiente<sup>(125)</sup>. Y ya dijimos cómo la carta del 19 de abril de 1790<sup>(126)</sup> tuvo que ser escrita desde Aranjuez, aunque esté fechada en Madrid. En otras se olvida de consignar el día, el mes o el año en que escribe.

Sobre lo de «contradictorio personaje», entendemos que tal vez fuera más acertado hablar de «plurifacético personaje». En cualquier caso, cabe reseñar que su intensa actividad investigadora no estaba reñida con una notoria afición a la música, ni con el manejo —sin duda más que aceptable— de un sorprendente número de instrumentos. Hemos visto cómo, antes de abrazar la vida religiosa, había estudiado en el Colegio de los Seises de Cuenca y tocaba ya varios instrumentos. Y en uno de los pasajes de la carta que dirigió a Campomanes el día 17 de octubre de 1789<sup>(127)</sup> —pasaje que reproduciremos más adelante— dice que eran 20 los que sabía tocar; y en sendas del 25 y 30 del mismo mes y año<sup>(128)</sup> —sobre las que también volveremos— le habla de la orquesta que tiene en su celda. Por su parte, el conde termina la suya del 9 de noviembre siguiente dándole este consejo: «Alterne V.m. sus hellenismos con las orquestas, que eso no es dado a todos»<sup>(129)</sup>. Y en el Archivo Histórico Nacional se encuentra la censura que le había sido solicitada al monje escurialense —tal vez en su condición de comisario y revisor de libros del Santo Oficio— para la publicación del escrito de Manuel Cabaza, titulado: *El Músico Censor del Censor no Músico, o Sentimientos de Lucio Vero Hispano, contra los de Symplicio Greco y Lyra, que publica Don Manuel Cabaza, criado de S.M. en su Real Capilla*; lleva fecha de 17 de julio del año 1786, ocupa las dos caras de un folio, y en ella Juan de Cuenca se dice profesor de música<sup>(130)</sup>. Asimismo, por otra carta de Fr. Juan de Cuenca a su protector, del 24 de octubre de 1790<sup>(131)</sup>, sabemos que también tenía aficiones poéticas: diariamente hacía algunas coplillas para el príncipe Fernando, futuro Fernando VII.

Su actividad investigadora tampoco era incompatible con una intensa vida palaciega, que se desarrolló principalmente tras la subida de Carlos IV al trono en el año 1788. De sus idas y venidas a palacio daba puntual y pormenorizada cuenta a Campo-

(123) Ibíd.

(124) Ibíd.

(125) Ibíd.

(126) Ibíd.

(127) Ibíd.

(128) Ibíd.

(129) Ibíd.

(130) La censura se conserva en la sección de Consejos, caja 5552, legajo 22.

(131) Ibíd.



manes, a quien sabía elogiar ante el rey Carlos y la reina María Luisa de Parma en cuantas ocasiones juzgaba oportunas para hacerlo. El conde, que era muy consciente de lo ventajosas que podían resultar para él esas relaciones cortesanas –casi celestinescas, como veremos, en ocasiones–, no se recataba en fomentarlas. En realidad, uno y otro sabían ingeniárselas de maravilla para salir ganando los dos.

Es tan abundante la información suministrada por Juan de Cuenca sobre esta curiosa faceta de su vida, que nos contentaremos con facilitar únicamente lo más significativo de la misma.

En carta no fechada, pero que ya antes situamos en el año 1787, el jerónimo le anuncia al conde su cita del día siguiente con la princesa, que no puede ser sino la referida María Luisa, casada ya con el príncipe Carlos:

«[...] y mañana, viernes, me ha enviado la Princesa, nuestra Señora, para de diez a onze pasar a su quarto; si se ofrece alguna cosa, por el parte puede V.S.I. decírmelo, porque precisamente me ha de preguntar, y yo de de hablar»<sup>(132)</sup>.

El 13 de noviembre del año siguiente le informa de otra reciente cita con la princesa, en la que le había transmitido el recado que él –el propio Campomanes, presidente del Consejo Supremo de Castilla desde el 1786– le había dado para ella:

«Hice todo lo que V.S.I. me encargó y quedó S.A. enterada, diciéndome que, si se la ofrecía alguna cosa para V.S.I., me llamaría, para que yo lo participe.

Oy la he regalado miel de cinco años y un cántaro de azeytunas riquísimas, y me ha dicho que cuándo voy a Madrid, y la respondí que para Sta. Leocadia<sup>(133)</sup>, según me dixo S.I., y me respondió que allí nos veremos, si no todos los días, a lo menos muchos [...]»<sup>(134)</sup>.

A los tres días tuvo nueva cita en el cuarto de la princesa, y allí sufrió aquel ataque de tercianas –que luego resultaron ser cuartanas–, del que hablamos anteriormente. La razón de encontrarse allí era –precisa Fr. Juan– que, al darle a la princesa el recado del conde en la cita anterior, ésta le había pedido que fuera a verla «todos los días»<sup>(135)</sup>. A causa de las fiebres no pudo visitarla los días 18 y 19, según carta al conde de esta última fecha<sup>(136)</sup>. El día 21 S.A. le manda recado interesándose por su estado de salud, como informa Cuenca a Campomanes ese mismo día<sup>(137)</sup>.

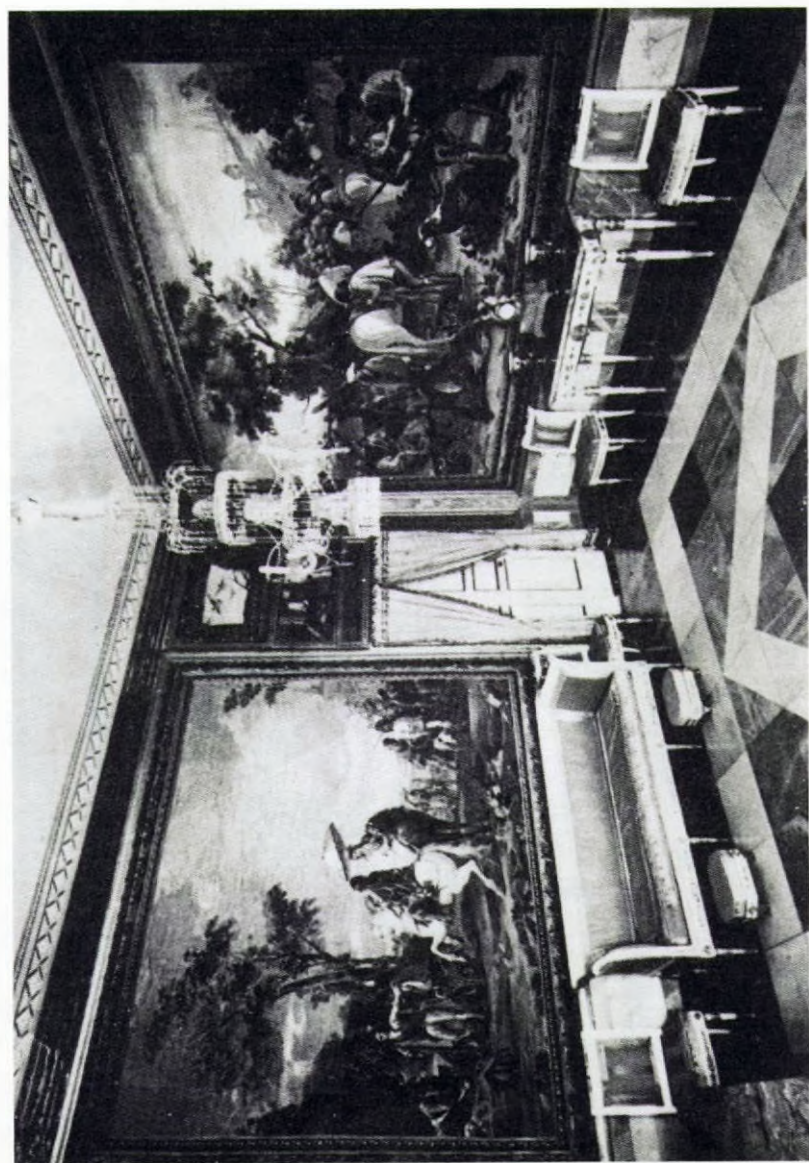
(132) *Ibíd.*

(133) La festividad de dicha virgen y mártir toledana se celebraba y se celebra el día 9 de diciembre.

(134) FUE, AC 29/28.

(135) *Ibíd.*

(136) *Ibíd.*



Sala de la reina M.ª Luisa de Parma, esposa de Carlos IV, en el Palacio Borbónico de El Escorial.



En carta del día 17 de ese mes y año el presidente del Consejo ya había informado al P. Cuenca de que el platero le había prometido que al día siguiente o a los dos días le tendría terminado el relicario destinado a los príncipes y de que se lo enviaría a él de inmediato para que hiciera la entrega<sup>(138)</sup>. Y en otra, no fechada, pero que debe de ser muy poco posterior a la anterior del conde, Fr. Juan le relata a éste la escena de la entrega del relicario a Sus Altezas y una posterior entrevista con la princesa. El relato no necesita comentarios:

«Primeramente recibí el reliquiario o theca [...] y, quando la huve de entregar, tuve aviso de los Príncipes que fuese a las 8 de la noche, y me estuve hasta las diez y media con Sus Altezas. Trabaxaron infinito por saver el nonbre del autor, el que no pude decir por no saverlo; cuánto havía costado, y qué era preciso regalarme, tanto por su artefacto como por el gusto que les dio; y en vna palabra, que era imposible que Campomanes no jugase en ello; yo aseguro que me vi apretado por ambas partes, pero respondí con algunas palabras ambitológicas, que el Príncipe (al parecer) no entendió, pero la Princesa aun siquiera dudó.

[...] y ya díge a V.S.I. que el Príncipe me abrazó. También di a S.A. vna cinta de la Virgen de Tortosa, que sirve para los partos, la que lleva S.A. ceñida, y anoche me enseñó los cuernos de ella.

Ayer, día de la batida general, no fue S.A. a ella, y me llamó a las tres de la tarde, en cuyo quarto y compañía permanecí hasta las seis, con la Sra. Tabares; y en este tiempo también pasaron ciertas questiones que a boca diré a V.S.I. conforme se vayan ofreciendo, y finalmente quedamos en que la escribiese quanto se me ofreciese en derechura, con el primer sobre a la Tabares, y que por ésta me remitiría las respuestas<sup>(139)</sup>.

Muerto Carlos III, los príncipes Carlos y María Luisa de Parma se convirtieron en reyes el día 14 de diciembre de ese año 1788. Como es sabido, el poder fue ejercido realmente por la reina y por el favorito Godoy<sup>(140)</sup>. En cualquier caso, como princesa primero y como reina después, ella es el verdadero centro de interés en la correspon-

(137) Ibid.

(138) Ibid.

(139) Ibid.

(140) Véase, por ejemplo, la *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, t. VII, p. 250.



dencia que estamos manejando. Tras la coronación, su familiaridad con el P. Cuenca hasta parece haberse incrementado como acabamos de indicar. Campomanes sigue mandándole recados para ella, y él se los trasmite puntualmente. En octubre de 1789 se trataba de entregarle algún ejemplar de la recién publicada *Gramática de la Lengua Griega* del propio Cuenca, que Campomanes le había enviado desde Madrid. A ello hace referencia el conqueuse en carta del día 17:

«Cumplí el encargo de V.S.I. con la mayor prontitud que me fue posible, que, siendo de sangre no muerta, no se tardó mucho; todos lo estimaron y a qual más me agasaxaron; pero me ha dicho la Reyna, nuestra Señora, *si habrá vno para la Carlota*<sup>(141)</sup>, y la respondí que toda la impresión era de S.M. y que dispusiese de ella, y añadí (lo verdadero, aunque por conjeturas) que no estaba V.S.I. olvidado de eso, y que no se habían traydo más de los precisos por no haber tenido tiempo para enquadernarlos».

A renglón seguido alude a otro encargo, que no especifica, y nos describe luego una típica escena de gineceo palatino, en la que la actitud de Juan de Cuenca raya con el infantilismo y la coquetería:

«Con este motivo me introduge en la conservación y cumplí mi encargo y obligación, mientras las Infantes hacían labor.

A todo estuvo atenta<sup>(142)</sup> con mucho gusto, y yo añadía lo que tenía por conveniente, y concluimos la plática con preguntar el P. Scío<sup>(143)</sup> [...] algunas cosillas de gramática castellana y latina a las Infan-

(141) Se trata de Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y de María Luisa y casada desde el año 1785 con el que había de ser Juan VI de Portugal.

(142) Es muy frecuente que Juan de Cuenca hable, en su correspondencia, de la reina María Luisa sin mencionarla expresamente.

(143) Se trata del P. Fernando Scío. Juan de Cuenca lo menciona a menudo en sus cartas, por ejemplo, en las dirigidas a Campomanes del 17, 19 y 21 de octubre de 1789, y del 19 de abril y 14 y 26 de noviembre del 1790. Tenía un hermano que era más conocido que él: El P. Felipe Scío de San Miguel, escolapio, preceptor y confesor de la infanta Carlota Joaquina y gran erudito. A él alude Juan de Cuenca en alguna de sus cartas, por ejemplo, en la del 24(?) de octubre de 1789. También Campomanes menciona alguna vez a ambos hermanos en su correspondencia con Cuenca; así, en carta del 16 de octubre de 1789 alude a ambos, y sólo al segundo en las del 20, 22 y 31 del mismo mes y año. Toda esta correspondencia se halla en FUE, AC 29/28, donde también se encuentra una carta del P. Felipe a Campomanes, fechada a 12 de noviembre de 1789. Sobre el P. Felipe Scío y su obra puede verse Juan SEMPÉRRE Y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca española...*, t. V, Madrid 1789, pp. 114-119, y Concepción HERNANDO, o.c., pp. 265-271 y 434 (en esta última página –apéndice 18– nos ofrece una interesante bibliografía sobre él). En su o.c., p. 80, nota 19, Luis Gil alude a la amistad existente entre Campomanes y los dos hermanos.

tas, y las echó esta oración: *el P. Cuenca estima a las Infantas*; pero, al analizarla (que lo hicieron garbosamente), las pregunté: ¿y si *las infantas* fuese número dual, cómo se dirá? y respondió la más pequeña: *eso no nos han enseñado*.

Fue tanto el gusto que me dieron, que prorrumpí en decir a la Reyna: «Señora, si me dejara llevar de mi genio, me las comiera a *ósculos* y *amplexos*», y creo que aún no ha acabado de reír S.M., la que me dixo me abisaría vna tarde o mañana para asistir a un medio examen».

Más adelante nos cuenta cómo la reina, acompañada del conde de Montijo y de otras dos personas, entró en su cuarto monacal, mientras estaba trabajando en el tomo segundo de su *Gramática*<sup>(144)</sup>, le hizo tocar una pieza de flauta y le pidió que le anotara en un papel todos los instrumentos que tocaba:

«He cumplido, y espero más ocasiones, con el encargo, como digo arriba, y ahora toca aquí lo del día. Esta mañana, a las ocho y media, estando ya en mi celda solo, continuando el segundo tomo, se entró impensadamente la Reyna en mi celda, con Montijo y otros dos que no conocí, y vio y preguntó qué era lo que hacía; satisfícela, y respondió: *Ahora Campomanes hará que se ponga esta Gramática en todas partes*; y yo respondí que no sabía lo que Su Señoría haría: que y[o] en todo haría lo que me mandase V.S.I.

Sí, Sí, —respondió S.M.—, y Montijo dixo otras cosas conducentes a esto. Me hizo tocar un pasage de flautas travesera y que le pusiese en vn papel todos los instrumentos que he tocado, y quando vio que eran veynte, dixo que era imposible que hubiese echo otra cosa en toda la vida, y con esto salimos de la celda; y ya no me falta más que poner cadena en la puerta»<sup>(145)</sup>.

Si bien Luis Gil, comentando este último pasaje, habla de «las vejaciones a que quedaban expuestos los religiosos de una comunidad palaciega»<sup>(146)</sup>, no creemos que la visita le resultara enojosa a Juan de Cuenca: aunque pretenda darle a entender lo contrario a Campomanes, habrá que entenderlo como mero artificio literario o fácil recurso psicológico.

En su respuesta del día siguiente, Campomanes le dice a Cuenca:

(144) El primero había sido publicado en el año 1789, y el segundo lo sería en el 1790.

(145) FUE, AC 29/28.

(146) Véase su o.c., p. 104.



«Es justo remitir, como lo ha insinuado la Reina N.S., un exemplar en tafíete para la Serenísimá Princesa del Brasil<sup>(147)</sup>, y se acompañará otro para la Reina Fidelísima<sup>(148)</sup>, pues así lo hice con el *Diccionario* del P. Cañes<sup>(149)</sup>, y merecieron estos libros aceptación en Portugal»<sup>(150)</sup>.

Más adelante veremos que la soberana de Portugal quedó muy complacida con el ejemplar.

Un día después —el 19— Juan de Cuenca informa a su mecenas de la charla confidencial que ha tenido con la reina durante un paseo que ha dado con ella, saliendo por la Compañía<sup>(151)</sup> y llegando hasta la Casa del Infante<sup>(152)</sup>:

«Ilmo. Sr.: Quedo enterado de la de V.S.I., pero ha sucedido lo que no tenía pensado, pues esta mañana en el claustro me encontró la Reyna, con su acompañamiento, que era bastante, al tiempo de entrar al quarto del Príncipe, y de allí salimos por la puerta de la Compañía y fuimos hasta la Casa del Infante Don Gabriel.

Todo el camino fue a pie, y me iba preguntando varias cosas, y S.I. también salió a plaza; y quando quería decir algo que no quería la oyeran, se acercaba vn poco, hablando sumisamente; y me dixo estaba contenta con V.S.I.; yo la dige si quería oír dos de V.S.I., y me respondió que en la casa las leería».

A continuación le trasmite recuerdos de «las señoras consavidas»; y luego añade que la reina le ha anunciado que el príncipe Fernando aprenderá algo de griego más adelante:

«También me ha insinuado S.M. que a su tiempo aprenderá el Príncipe su poquito de Griego, y a esto no respondí»<sup>(153)</sup>.

(147) Se trata, obviamente, de Carlota Joaquina.

(148) Se trata de María I, reina de Portugal en los años 1777-1799 y madre de Juan VI, esposo de la Carlota.

(149) Se refiere Campomanes al diccionario que él prologó con un «Discurso preliminar sobre la utilidad de la lengua árabe» y cuyo autor es el franciscano P. Francisco Cañes. Lleva por título: *Diccionario español-latino-árabe en que siguiendo el diccionario abreviado de la Academia se ponen las correspondencias latinas y árabes, para facilitar el estudio de la lengua árabe a los misioneros, y a los que viajaren o contraten en Africa y Levante*, Madrid 1787.

(150) FUE, AC 29/28.

(151) Edificio contiguo al monasterio escorialense. En él se encuentra actualmente el Colegio Universitario «María Cristina».

(152) Llamada también «Casa de Arriba», por oposición a la «Casa de Abajo» o «Casita del Príncipe». Se encuentra a un kilómetro aproximadamente del Real Monasterio.

(153) FUE, AC 29/28.



Campomanes le contesta al día siguiente. Tras felicitarlo por la confianza que en él deposita la reina, le recomienda la máxima discreción, tanto con los de fuera como con los de dentro:

«R.P. Cuenca: Celebro mucho las distinciones que V.m. logra y procura merecer.

Para conseguirlas es preciso redoblar la reserva con las gentes de afuera, y aun con los hermanos de V.m. Sé que V.m. sigue esta doctrina, y no debe sentir que yo, que le estimo, se la confirme».

Le pide, después, que devuelva los recuerdos a las personas que se los habían mandado, especialmente a la reina, de quien hace grandes elogios:

«Agradezca V.m. en mi nombre a las señoras y personas que se acuerdan de mí, como es debido, la memoria.

La de la Reyna N.S. es para mí de la mayor satisfacción y respeto: bien sabe V.m. cuánto venero su augusta persona, sus singulares talentos, su benignidad a (*sic*) con sus vasallos, y el gran deseo que tengo de acreditar en toda ocasión mi reverente gratitud».

A continuación alaba el interés de la reina en que su hijo, el príncipe, se instruya en los rudimentos de la lengua griega, pues «de ese modo, los áulicos que le rodeen en su mayor edad se verán precisados a cultivar las buenas letras y apreciarán a los que se aventajasen en ellas». Se extiende luego en otras consideraciones sobre la educación de los príncipes, y termina reprochándole a Fr. Juan que se quedara mudo ante tan loable idea de la reina y encareciéndole el talento y aplicación de la princesa del Brasil —la Carlota— (encarecimiento que, en definitiva, redundaba en alabanza de la madre —la reina María Luisa—, cuya amista era, sin duda, lo que a Campomanes realmente le interesaba):

«¿Por qué no respondió V.m. quando nuestra augusta Reina le comunicaba una idea tan digna del aplauso y propia de aquel esmero con que los Reyes N[N]. SS. cuidan de la educación de su Real familia?

Yo soy testigo de los progresos que hizo la Sra. Princesa del Brasil, porque improvisalmente (*sic*) me hallé convocado a un examen privado en que S.A.R. manifestó un ingenio de primer orden y un progreso en los estudios, siendo preguntada por mí de repente, que puedo asegurar a V.m. no he visto en su edad igual aprovechamiento.

Lo he manifestado a muchos porque es razón que todos sepan los talentos naturales de la Princesa del Brasil y el cultivo con que nuestros amados Soberanos cuidan de ilustrarles.

Me he extendido en este particular porque es de gran interés de la Nación el modo de pensar de S.M.»<sup>(154)</sup>.

En carta del mes de octubre de ese año 1789 —no fechada, pero «entregada la tarde del día 27» y probablemente escrita el día 23—, Fr. Juan acusa recibo de un cajón de granadas que el conde le había mandado de su Huerta del Coto<sup>(155)</sup>, y explica cómo renunció a ellas por regalárselas a la reina:

«He recibido el caxón de granadas, cuios árboles plantó V.S.I., y en cuerpo y alma lo pasé a la Reyna, a la que hoy no he visto, por haber ido a buscar al Rey camino de Guadarrama, a pie, sola con Montijo, pero sé que ha dado media docena a la Tabares, quatro a la Godoy y otras quatro a otra, quedándose S.M. con una docena; y lo más precioso es que la he embiado a decir que son de árboles que V.S.I. ha plantado por su propia mano».

Y termina diciendo:

«Con gusto me he privado de las granadas por darlas a quien las he dado»<sup>(156)</sup>.

La misiva del 25 de ese mes reproduce la conversación que el jerónimo mantuvo con la reina en un claustro del monasterio. Comenzó la soberana agradeciéndole las granadas de Campomanes, para interesarse luego por éste, hacer subidos elogios de él y encargarle a Fr. Juan le dijera que lo estimaba:

«El motivo de molestar a V.S.I. es la conversación con S.M. en el claustro, que no ha salido por haver estado la mañana fría y ayrosa.

Al salir yo del quarto del Príncipe, pasaba S.M. por el claustro, y lo mismo fue verme que darme gracias por las granadas; yo la respondí que, como otra vez me avergonzase S.M., reñíamos agriamente. Lo riyó mucho y dixo: yo no quiero reñir con V.m.

Preguntóme si había escrito V.S.I., y le díge que desde antes de anteayer no, pero que no lo estrañaba por los quehaceres; y Montijo respondió: «sí, sí, trabaja cada día más», y la Reyna: «no tiene segundo,

(154) Ibid.

(155) Especie de granja modelo que Campomanes tenía en Badajoz. La documentación administrativa referente a ella consta de unos mil papeles, y ha sido recientemente catalogada por Jorge Cejudo Lopez en su artículo: *Segunda addenda al Catálogo del Archivo del Conde de Campomanes*, «Cuadernos de Investigación histórica» 8(1984)83-137.

(156) FUE, AC 29/28.



pero tiene Campomanes lo que no tienen otros, o son poquísimos, porque Campomanes dice y hace, lo que no tienen otros, que hablan mucho y obran poco o nada».

En posdata añade cómo le dijo también a la soberana que el día de la iluminación del monasterio, que tendría lugar en la festividad de San Carlos<sup>(157)</sup>, trasladaría a la Biblioteca la orquesta de su celda, para dar allí una velada musical, y cómo ella respondió «que se alegraría mucho»<sup>(158)</sup>.

Al parecer, la iluminación del monasterio y la correspondiente velada musical se adelantaron unos días, pues de ellas da cuenta Fr. Juan a Campomanes en carta del 30 de octubre:

«Ya me parece dige en vna mía cómo la Reyna N.S. y yo hablamos de música y de otras cosas en el paseo del claustro o (como V.S.I. llama) *puerta del sol*<sup>(159)</sup>, y llegó el lanze, pues quando el P. Prior fue a tomar la razón de si Sus Magestades vendrían a la Biblioteca para desde allí lograr la perspectiva de la iluminación, le digeron los Reyes que sí y que yo les tendría mi orquesta, como se lo había prometido.

Con esta razón vino el Rmo. a mi celda y me lo dijo; y para no molestar, se la tuve de aficionados y monges, mui cumplida; y estuvieron [los reyes] tan gustosos, que pasó de hora; y yo toqué la flauta travesera, y las Infantas (el Príncipe no vino) se pusieron junto a mí, y dixo la Reyna el P. Prior: ¡Qué divertidas están las chicas con el P. Cuenca!

El Rey estuvo mirando vno por vno a los que componíamos la orquesta, y mucho más se alegraron quando vieron que los más éramos monges [...].

Luego se acabó la *Sexta Opertura*<sup>(160)</sup>, en la que yo tube un solo de flauta, me llamó el Rey a donde estaban sentados, diéronme las gracias del buen rato, y dixo a los monges y al P. Prior: «el P. Cuenca hace a todo: él a las letras y él a la música»; yo le respondí: «Señor, *tam turpe est nescire lit[t]eras quam musicam*». Y poco después de esto me dixo

(157) Debe de tratarse de la festividad de San Carlos Borromeo, celebrada el día 4 de noviembre.

(158) FUE, AC 29/28.

(159) No sabemos a qué pueda corresponder esta denominación. Sí se llamaba «corredor del sol» a la galería de convalecientes, pero no parece tratarse de ella. Actualmente se le llama «puerta del sol» a uno de los ángulos del claustro del profesorio —el que coincide con la «Torre de la Botica»—, pero esta denominación es reciente.

(160) Juan de Cuenca parece referirse a una *opertura* bien conocida, por lo que juzga innecesario añadir el nombre del autor. Sin embargo, nosotros, hoy en día, desconocemos a cuál de las muchas existentes pueda aludir.



S.M. delante de los mismos: «¿y Campomanes está bueno?», a lo que dige: «creo que sí, aunque S.I. no me ha escrito quatro o cinco días hace, porque siempre está lleno de ocupaciones [...]».

Con esto se despidieron muy contentos, y se fueron con todos los que los acompañaban de hombres y mugeres, y el P. Prior con los suyos [...]<sup>(161)</sup>.

Respondiendo el conde a las del 25 y 30 de Cuenca en una fechada a 31 de ese mes y año, expresa su gratitud por el recuerdo con que los reyes lo honran, y celebra «la confianza que tienen de la veracidad y modo prudente con que él —Fr. Juan— se conduce, añadiendo el buen uso de sus talentos en obsequio de tan dignos y respetables soberanos». Lo anima luego a que continúe así: «Prosiga V.m. en agradecerles: cosa fácil a quien se porta con hombría de bien y discreción, llevando por delante lo justo». Lo felicita después por el éxito de la orquesta y le pide dé en su nombre «las más respetuosas gracias a la Reyna N.S. por su honorífica memoria y calificación», que son para él «la mayor satisfacción» a que puede aspirar<sup>(162)</sup>.

Antes de recibir ésta, Juan de Cuenca le escribe otra con esa misma fecha de 31 de octubre. Vuelve sobre el destino que tuvo la caja de granadas y expone cómo se tomó aquella libertad de distribuir las por entender que era lo más acertado y que, en el fondo, él se alegraría de ello:

«A mí me parece que hize bien, salvo otro parecer, de remitir el ca-xón según y como vino y decir la circunstancia, que era lo más esen-cial, y así lo entendí en vn paseo claustral con S.M.

No quisiera disgustar a V.S.I., pero me pareció que lo llevaría a bien, y porque sé que, aunque sea un rábano, lo admiten Sus Magesta-des siendo de mi mano. También V.S.I. se habrá alegrado de que yo aya procedido así».

Termina garantizándole que seguirá haciendo de hábil y eficaz mediador ante los soberanos:

«V.S.I. no se canse, que, si hallo proporción (hallaré muchas), yo no dejaré de murmurar de V.S.I., porque gustan de mis murmuracio-nes»<sup>(163)</sup>.

En los primeros días de noviembre de ese año 1789 debió de pasar Campomanes, en rápida visita, por el Real Sitio de San Lorenzo, tal vez el día 4, onomástica del rey.

(161) FUE, AC 29/28.

(162) Ibid.

(163) Ibid.

Así se deduce de la carta que Cuenca le escribe el día 5: «Ilmo. Sr.: Esta mañana me pilló *aquella persona*<sup>(164)</sup> y me preguntó la hora en que V.S.I. había salido de aquí [...]»<sup>(165)</sup>. En ella le incluye otra que su amigo, el P. Núñez, le había entregado para que se la leyerá en el paseo que suponía daría con él durante la mencionada visita. Como no pudo hacerlo, se la remite ahora. Va precedida de un pliego de presentación, del P. Núñez, que dice así:

«Querido Quenquam<sup>(166)</sup>: La adjunta te he de merecer la leas a S. Ilma. quando vayáis a paseo [...]»<sup>(167)</sup>.

Al día siguiente –6 de noviembre– Juan de Cuenca siente la necesidad de escribirle de nuevo al conde para referirle otro encuentro con SS.MM., los cuales le habían quitado de la mano –antes de que él la hubiera leído– la última que aquél le había mandado y que acababa de recoger. No tenemos la del conde, pero sí la de Cuenca, y en ésta hay piropos para protector y protegido, que alternan en el papel de protagonista:

«[...] la carta de V.S.I. la ha leído el Rey antes que yo. El lande fue que, yendo a la misa, por ser del Sr. Carlos II<sup>(168)</sup>, pasé al parte, y, al volver algo deprisa sin volver la cara atrás, estaban paseando los dos, y el Rey dio vna voz: «¡Cuenca!», y, volviendo la cara, los vi y me paré. Díxome: «¿qué es eso?», y dige: «vna carta de S.I.». La tomó y la leyó toda, pero, al ver el sobre, dixo: «ésta no es letra de Campomanes», mas, a la firma, la conoció, y prorrumpió: «ésta es más echa y tiene vigor». Al leer aquello de los granos, dixo: «lo hará bien, que es egecutivo»; y la Reyna: «siempre a sido así y lo será»<sup>(169)</sup>.

Señalamos antes que el centro de interés en esta correspondencia era la reina María Luisa de Parma. Y tanto es así que en más de un caso el P. Cuenca no necesita ni nombrarla, como hemos visto, para que su destinatario sepa a quién se refiere. En carta no fechada, pero que debe de haber sido escrita el 13 de noviembre de 1789, la designa con la perífrasis: «La que V.E. sabe». En ella se alude a una nueva visita de Campomanes a San Lorenzo:

(164) Se refiere a la reina, sin mencionar su nombre. Ya dijimos antes que esto es frecuente.

(165) FUE,AC 29/28.

(166) Latinización de «Cuenca».

(167) FUE,AC 29/28.

(168) Aunque había fallecido el día 1 de noviembre, en El Escorial su aniversario se celebraba el día 5, fecha en que su cadáver había sido llevado al panteón real.

(169) FUE,AC 29/28.



«Excmo. Sr.: Nada digo de viejo, todo es de nuevo; por lo que, en primer lugar, digo que esta ma[ña]na me dijo la que V.E. sabe: «¿se ha ido Campomanes?»; respondí: «se acaba de ir», y replicó «tendrá que hacer [...]».

La he regalado hoy vnas bellotas, excelentes de dulces y grandes; y, como no han venido aún las que el Rmo. regala, las ha estimado; por tanto, si hubiesen quedad[do] media docena de granadas, las estimaré, para el mismo efecto».

Le trasmite luego las calurosas enhorabuenas que para él le han dado, sin duda por la concesión de la «Gran Cruz de la distinguida Orden de Carlos III» —de la que Campomanes le habla a Cuenca en la suya del día 14—. Prosigue así el P. Cuenca:

«Yo crey esta mañana que ellos y ellas me volviesen loco (si es que se puede hacer) en palacio dándome las enhorabuenas para que las escribiese a V.E., especialmente la Tabares, su hermana Aliaga y Macarti, y hasta las niñas, y me encargaron SS.AA. lo escribiese; de modo que creo a sido más alegría en todos que la propiedad.

Esta tarde han echo lo mismo la guarda mayor y su hija la camarista [...].

Lo participo a V.E. porque me lo han encargado mucho, y SS.AA. con especialidad».

Y termina con una escena por la que puede verse cómo su febril actividad investigadora no era tan absorbente que no le permitiera disfrutar de algunos ratos de ocio, en los que sabía entregarse a pasatiempos que, al parecer, no desentonaban en absoluto dentro de la vida cortesana de la época, pero que hoy resultarían, si no chocantes, si tan pueriles como primitivos, y que, desde luego, vienen a darle la razón a Gil en lo de «contradictorio personaje»:

«En el quarto de estas señoras me cogió la Reyna, como otras veces, pero era echando bellotas en las faldas de vna camarista; y yo creo que aún no ha dejado de reír»<sup>(170)</sup>.

De todos modos, por su carta a Campomanes del 9 de octubre de 1790, vemos que, en otras ocasiones, Juan de Cuenca sabía anteponer sus aficiones investigadoras a los visiteos palaciegos: «hoy ni ayer no e ido a palacio, sólo sí al quarto del Príncipe, porque me gustan mis manutretos (*sic*)»<sup>(171)</sup>.

---

(170) Ibíd.

(171) Ibíd.



En su respuesta del 14 de noviembre de 1789 a la del día anterior del P. Cuenca, Campomanes le comunica —entre otras cosas— que esa mañana le han avisado de la concesión de la Gran Cruz, y que le ha dejado una docena de granadas —las únicas que tenía— en el cuarto de la administración del Rezado<sup>(172)</sup>.

La contestación de Cuenca no está fechada, pero presumiblemente es de la noche del 15. Es breve, y su contenido se reduce a lo siguiente: ha estado con las infantas y, como no le había dicho nada para ellas, ha tenido que inventarlo; por la tarde ha bajado con SS.AA. a la Granjilla<sup>(173)</sup>; las granadas llegarán cuando el proveedor viaje a Madrid e «irán —le dice— donde V.E. sabe»<sup>(174)</sup>.

(172) *Ibid.* Por «Rezado» o «Nuevo Rezado» se entendía, como es sabido, la reforma y unificación tridentina de los libros del rezo divino; y por *Privilegio del Nuevo Rezado*, el derecho a imprimir y distribuir en exclusiva dichos libros y a velar por la pureza de su contenido. El privilegio le fue concedido a los monjes del monasterio escorialense, que durante más de dos siglos tuvieron instalada la administración y sede central del *Nuevo Rezado* en una «casa» o «cuarto» anexo al monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid, local que este monasterio había vendido al de El Escorial en el año 1574, como consta por la «Venta que otorgó el convento de San Jerónimo de Madrid a éste de San Lorenzo el Real de la casa [...] para libros del Nuevo Rezado. 1574», venta conservada en el Archivo General de Palacio, legajo 1745. Con motivo de construirse el Museo del Prado al lado del *Nuevo Rezado* a finales del siglo XVIII, fue voluntad de Carlos III adquirir este edificio, y, en nombre suyo, así se lo participó el ministro de Estado, conde de Floridablanca, al prior del monasterio de El Escorial en carta del 5 de abril de 1786, carta que se copió en el Libro de los *Actos Capitulares*, t. II, f. 314v. En ella informaba el ministro de que la «tasación de la fábrica y sitio del cuarto [...] llamado del Rezo» se había fijado en «473.249 reales y 8 maravedies» y de que se pensaba comprar por ese precio; alega que la compra del local se hace «para que no se cause perjuicio a esa comunidad dexándosele sin luces o cortado con la obra del Museo». En su respuesta —fechada a 9 del mismo mes y año y también copiada en los *Actos Capitulares*, t. II, ff. 314v-315r—, el prior, tras consultarlo con la comunidad, se muestra agradecido al ministro, pero le manifiesta el deseo de que, en vez de dinero, se le dé, a cambio del *Nuevo Rezado*, la Aduana Vieja. En el capítulo del día 9 de junio la comunidad vuelve a deliberar «sobre la casa o cuarto del Rezo, junto a San Jerónimo» y, en vista de que el ministro no podía conceder la Aduana Vieja, decide construir un edificio de nueva planta (Véase *Ibid.*, t. II, f. 316v). Y fue en los últimos años del siglo cuando la sede del *Nuevo Rezado* se trasladó a un edificio construido a tal efecto por el mismo arquitecto del Museo del Prado, Juan de Villanueva, y sito en la calle del León, edificio que se llamó «casa del Nuevo Rezado» —o simplemente «Nuevo Rezado» o «Casa del Rezado»— (Véase «Cuenta y razón [...] de todo lo gastado en la casa nueva construida para el nuevo Rezado en la calle del León, Huertas y Santa María de esta corte, 1793», documento conservado en el Archivo General de Palacio, legajo 1980). Dicho edificio es hoy la sede de la Real Academia de la Historia, a la que le fue concedido por real orden de 15 de junio de 1837 (Véase Vicente CASTAÑEDA, *La Real Academia de la Historia*, «BRAH» 96 [1930] 525-544, concretamente las páginas 527 y 531; y Remedios CONTRERAS MIGUEL, *Archivo y Biblioteca de la Real Academia de la Historia*, «BRAH» 179[1982] 365-381, concretamente las páginas 367s.).

(173) Propiedad que tenía el monasterio escorialense al lado de la Villa de El Escorial, en la finca llamada «La Fresneda». La entrada más próxima a la Villa se encuentra precisamente al final de la actual Avenida de la Fresneda.

(174) FUE, AC 29/28.

En otra del 23 del mismo mes y año le cuenta cómo lo cogieron «in fraganti jugando con el Príncipe a las bochas» y cómo tiene que ir al cuarto de éste «todas las mañanas». Añade que ha llegado a tener «el oficio de segundo atambor, porque el primero es S.A.», y le informa de su inmediato viaje a Madrid<sup>(175)</sup>.

En la segunda quincena de abril del año 1790 Juan de Cuenca se halla en Aranjuez, desde donde escribe a Campomanes el día 19. La corte estaba allí, y la misma tarde de su llegada pasó a palacio, donde no encontró más que a las infantas, aunque S.M. ya tenía conocimiento de que llegaría en esa fecha. Cuando retornó a palacio la mañana siguiente, ya la reina le enviaba un mensajero con recado de que a la una y cuarto fuera a su aposento. Así lo hizo. Sus majestades se interesaron por el estado de salud de Campomanes, de quien les habían dicho que se encontraba muy delicado. Permaneció con ellos «desde la una y media hasta las tres y media, y otra media hora más con la Reyna». Aunque abordaron varios temas, aún quedaba materia de conversación para más entrevistas, por lo que Fr. Juan hubo de retrasar su salida de aquel Real Sitio:

«Me preguntaron cuándo quería irme, y yo lo degé en sus manos, a lo que me dijo la Reyna que no me fuese sin estar con ella: que vaya todos los días, porque tenemos que hablar; y el Rey dixo a la Reyna: «dile aquello que...»; conque creo que es cosa de escribir algo para V.E.

Por estos motivos vien ve V.E. no puedo volverme con el compañero<sup>(176)</sup>, que lo siento, pero ¿qué hemos de hacer?».

El príncipe Fernando, al que también visitó, lo vistió de granadero una noche. Los reyes los sorprendieron así y se rieron cuanto quisieron. Al final de la carta hace referencia a unos bizcochos que, al parecer, le había dado el conde para Sus Majestades:

«Los vizcochos, o lo que eran, los ha<sup>(177)</sup>apreciado mucho, y el Rey comió dos delante de mí»<sup>(178)</sup>.

Aunque la del día siguiente Juan de Cuenca la fecha en Madrid, ciertamente está escrita —ya lo adelantamos antes— en Aranjuez, como se ve por el contenido. Ha estado de nuevo en los respectivos cuartos de las infantas, del príncipe y de los reyes. Estos le han preguntado si había escrito Campomanes y cómo le iba a él en Aranjuez. Les ha respondido que la carta de Campomanes aún no había podido llegar y que a él

(175) *Ibíd.*

(176) Se refiere a Don Sabino, con quien se encontró allí, como dice al comienzo de la carta.

(177) Tal vez quiera decir «han»; de lo contrario, se referirá a la reina.

(178) FUE, AC 29/28.



no le iba el estar ocioso. Y le han respondido que a él y a Compomanes quitarles los libros es matarlos: «[...] me digeron que yo era discípulo de Campomanes y que, en quitándonos los libros, cátales aquí muertos<sup>(179)</sup>.

Al día siguiente –21 de abril de 1790– Campomanes responde conjuntamente a las dos últimas de Cuenca. Consciente de que sus misivas iban a para a menudo a manos de Sus Majestades, en algunas de ellas parece tener muy en cuenta este extremo, y tal vez ése sea el caso de la presente. Así parece entreverse en el párrafo primero, donde le da la enhorabuena a aquél por el caluroso recibimiento que le habían dispensado los reyes:

«R.P. Cuenca: Sea enhorabuena del benigno recibimiento que ha tenido V.m. de SS.MM., que saben distinguir la cordial veneración y entrañable afecto de V.m. a sus augustas personas».

Lo mismo sucede en el párrafo segundo, en el que se la da por la condecoración de que lo había hecho objeto el príncipe, y en él nos informa indirectamente de que el P. Cuenca era de baja estatura:

«También se la doy por el distintivo de granadero con que el Príncipe N.S. ha condecorado a V.m.: aunque el tamaño de su estatura corporal de V.m. no es acrehedor a tanto progreso en la milicia, ha tenido S.A.R. razón en condecorarle, porque sabe entretenerle y con gusto suyo inclinarle a lo que su nobilísima índole naturalmente es propensa».

Y no menos presente tiene aquel extremo en el párrafo tercero:

«Estoy mui agradecido a la singular memoria de los Reyes nuestros Señores en saber de mi salud, que gracias a Dios recibe mejoría [...]»<sup>(180)</sup>.

En carta fechada en San Lorenzo a 27 de septiembre de ese año, Juan de Cuenca informa a Campomanes de la preocupante calentura que el príncipe había tenido esa noche, de cómo había dicho misa por él a las cuatro y media de la mañana, y de cómo a las diez ya estaba jugando con él encima de la cama, siendo sorprendidos así por S.M. –seguramente la reina– a las doce<sup>(181)</sup>.

---

(179) *Ibid.*

(180) *Ibid.*

(181) *Ibid.*



En otra del 20 de octubre le dice que ha estado en el cuarto del príncipe escribiéndole «unos escrúpulos»<sup>(182)</sup> que por boca de otros le había pedido<sup>(183)</sup>.

A los cuatro días le habla de las coplillas que, como ya antes dijimos, al príncipe le gustaba que le hiciera todos los días, y le informa de que la reina había leído en presencia de Godoy una carta suya que acababa de llegar:

«Excmo. Sr.: Parece fortuna o desgracia la que sucede con mis cartas: pues, llevando al cuarto de S.A. las coplillas que gusta le haga todos los días, que las lee su madre, me encontró S.M. en el claustro y me dijo: ¿qué llevas para Fernando?, y se lo enseñé, y, como la carta (la acababa de recibir) la llevaba también, la dije *era de V.E.*

No me preguntó: «¿cómo está?», como otras veces, sino que se puso a leerla delante de Godoy y otro que la acompañaba, y después me dijo: «nos veremos, pues no he podido llamar a V.m.»<sup>(184)</sup>.

En otra del día 28 le hace ver al conde que también él cuenta con las simpatías del príncipe: «El Príncipe me ha dicho que cuándo viene V.E. Se lo dije, y empezó a brincar, mostrando contento»<sup>(185)</sup>.

El 26 de noviembre le informa de un cólico y una caída del infante Don Antonio<sup>(186)</sup> y de otra del rey:

«El Infante Don Antonio no está bueno: lo vno por el género de cólico, y lo otro por la caída, y ¿qué sabremos si lo primero provendrá de lo segundo? El no quiere acabar de decir cómo fue; lo cierto es que los que iban con él dicen que la caída fue por arrojarlo el caballo, y que éste pasó por encima de él: no está bueno.

Al Rey también le sucedió otra caída<sup>(187)</sup>, pero no fue como la antecedente, y se queja de varios dolores por diversas partes, pero, como tiene espíritu, lo disimula. Dios quiera que no resulte otra cosa [...]

(182) Desconocemos que entiende Juan de Cuenca por «escrúpulos», pero parece que se trata de algo distinto de las «coplillas» que menciona a continuación.

(183) FUE, AC 29/28.

(184) Ibid.

(185) Ibid.

(186) Se trata, sin duda, del hijo de Carlos III y hermano de Carlos IV, Don Antonio Pascual, nacido en Nápoles en el año 1755, casado con su joven sobrina María Amalia (1779-1798) y muerto en Madrid en 1817.

(187) A menudo Juan de Cuenca titubea en la ortografía, como queda dicho. Vemos cómo en esta carta tan pronto escribe «cayda» como «caída» (el acento es nuestro).



En la misma le informa de su próximo viaje a Madrid, que tendrá lugar dos días antes de lo previsto<sup>(188)</sup>.

Al día siguiente le comunica que el estado del infante es crítico y que se le ha administrado el viático:

«Acabamos de dar el viático al Sr. Infante Don Antonio, que lo ha recibido con singular ternura y devoción, de rodillas fuera de la cama, y con mucha resignación en la voluntad divina».

Le confirma luego lo del viaje inminente a Madrid y le adelanta que tiene mucho que hablar con él acerca de un asunto, que no nos revela:

«Mucho tenemos que hablar a mi buelta a Madrid, que me ha dicho S.M. acerca de nuestro asunto.

Pienso salir el viernes o sábado de aquí, que así lo he dicho a la Reyna, y también lo que se va a hacer [...]»<sup>(189)</sup>.

En carta fechada en Madrid a 28 de febrero de 1794 —ya antes citada a otro respecto—, le da parte de la enfermedad del infante Don Felipe<sup>(190)</sup>:

«Al Sr. Infante Don Felipe lo he encontrado esta mañana mamando con el reposo que se produce quando ya se creía muerto, aunque, según los facultativos, no está fuera de peligro»<sup>(191)</sup>.

En la madrugada del día siguiente falleció el infante. Juan de Cuenca ayudó a amortajarlo, y en carta de ese mismo día le comunica al conde la triste noticia:

«S.A. falleció a las cinco y diez minutos de la mañana; después fui yo y le abrí los dedillos, que los tenía tan retortijados que me costó trabajo, y ayudé a labarle y después a amortajarle con el vestido más rico que tenía»<sup>(192)</sup>.

Vemos, pues, que las relaciones conrtesanas de Juan de Cuenca no eran un fenómeno episódico en su vida, sino una verdadera constante. No sólo visitaba, casi cotidianamente, a la familia real durante las largas temporadas que ésta pasaba en San Lorenzo, sino que también lo encontramos con ella en los palacios de Aranjuez y de Madrid.

---

(188) FUE, AC 29/28.

(189) Ibid.

(190) Se trata del infante Don Felipe María, hijo de Carlos IV y de M.<sup>a</sup> Luisa.

(191) FUE, AC 29/28.

(192) FUE, AC 48/103.



De una nota dirigida al P. Cuenca el 26 de septiembre —sin mención de año, aunque podría ser del 1783— por «Josepha Tavares de Villosa», azafata de la entonces princesa M.<sup>a</sup> Luisa de Parma, se desprende que la comunidad escurialense no veía con muy buenos ojos esas constantes visitas a palacio:

«Reverendísimo P. Cuenca: La Princesa Ntra. Sra., mi ama, me manda decir a V.m. que, por no dar a la comunidad que discurrir, no le llama para desirle que en esta misma noche es preciso escriba V.m. al Sr. Campomanes [...]»<sup>(193)</sup>.

Precisamente la Sra. Tavares —o Tabares—, varias veces mencionada en la correspondencia de Juan de Cuenca, era una de las grandes amistades de éste, que le dice lo siguiente a Campomanes en carta del 26 de noviembre —parece claro, por otras, que se trata del año 1790—: «La Tavares es amiga de todas veras: ha echo las cosas aún más de lo que puede vna amistad»<sup>(194)</sup>.

En la del 3 de septiembre de ese mismo año le informaba de la enfermedad de dicha señora: «La azafata ha estado dos días desvariando, y aún persevera con la calentura algo menos fuerte [...]; esta señora en medio de sus disparates se acordaba de San Juan de Dios, y aún me hizo escribir allí vna medio esquela [...]»<sup>(195)</sup>. Y lo mismo hacía en otra del día 11 —tal vez de septiembre— de ese año: «[...] he visto a la Sra. Tabares esta tarde, la que salió esta mañana con vn poco de destemplanza, y se está en la cama. [...]». Y añade luego, en el último párrafo: «[...] escribo ésta en su quarto, encima de la cama [...]»<sup>(196)</sup>.

Resulta sorprendente que un jerónimo tuviera entonces tal libertad de movimientos. Parece justificado, por ende, preguntarse si al P. Cuenca no se le habría confiado en la corte alguna misión cuyo desempeño lo vinculara a la familia real y conllevara tan frecuentes visitas; pero los documentos que hoy por hoy obran en nuestro poder no nos permiten adelantar nada al respecto.

Sí nos consta, en cambio, que Juan de Cuenca disfrutó de una pensión relativamente pingüe y que Campomanes no fue ajeno a la concesión de la misma. En breve carta del 14 de noviembre de 1787 el protegido le comunica al protector que Don Benito<sup>(197)</sup> acaba de darle «la enhorabuena por haber salido la gracia de S.M.», y le da «infinitas gracias» por lo mucho que lo «favorece»<sup>(198)</sup>. Recibida ésta, Campomanes aposti-

(193) FUE, AC 29/28.

(194) *Ibíd.*

(195) *Ibíd.*

(196) *Ibíd.*

(197) Debe de tratarse de «el Alcalde de Casa y Corte, Don Benito Puente», que el P. Felipe Scío menciona en la suya a Campomanes del 12 de noviembre de 1789 (FUE, AC 48/41).

(198) FUE, AC 29/28.



lla lo siguiente el día 15: «Sunpéndase responder a esta carta interin se recibe el papel de oficio de la Secretaría de Hacienda respecto a deberse entonces comunicar las órdenes convenientes para la continuación de la historia literaria»<sup>(199)</sup>.

Un año después, en carta del 13 de noviembre, Campomanes le anuncia a Cuenca que le despachará el papel para la cobranza, pero que, por estar «acribillado de negocios urgentísimos», no podrá hacerlo ni en esa fecha ni en la siguiente<sup>(200)</sup>. En la suya del mismo día Cuenca le manifiesta a Campomanes que puede remitirle lo preciso para la cobranza «quando guste y como guste», pues da por bueno lo que él haga<sup>(201)</sup>. Sin embargo, enseguida veremos que el envío le urgía. En otra del día 17 el conde le comunica al jerónimo que, al día siguiente o a los dos días, le mandará «el documento para la cobranza»<sup>(202)</sup>. En su respuesta del día 19 el monje puntualiza que se trata de un documento para el cobro de su pensión, documento que ya parece necesitar de manera bastante apremiante: «Estimaré venga quanto antes el documento para la cobranza de mi pensión»<sup>(203)</sup>. Finalmente, en carta fechada en Madrid a 29 de ese mes de noviembre y firmada por Francisco Montes, éste le adjunta al conde una copia «de recibo firmado por el P. Juan de Cuenca» en el que consta se le ha «satisfecho su consignación» hasta finales de dicho mes. Añade que, aunque la víspera le ha enviado una nota diciéndole que «se había dado providencia para que se le pgase» al P. Cuenca en lo sucesivo «por la renta de tavaco en el sitio de San Lorenzo», había sido una equivocación, pues sería necesario, para proceder así, que él le pasara cada seis meses un oficio «en que manifieste continúa dicho Padre con la obra de que está encargado»<sup>(204)</sup>. Por la copia del recibo —que lleva fecha del día 30— vemos que la asignación mensual era de 5.500 reales y que le había sido concedida por estar elaborando una *Historia Literaria de España*:

«Fr. Juan de Cuenca, religioso en el Real Monasterio de San Lorenzo: He recibido de el Sr. Thesorero maior, Don Francisco Montes, cinco mil setecientos cinquenta y seis reales y cinco maravedís de vellón, que ha debengado, desde el día 14 incluso de noviembre de 1787 hasta fin del presente, al respecto de 100 reales que gozo en cada vno por estar trabajando actualmente la *Historia Literaria de España* <sup>(205)</sup>, en virtud de Real Orden de 15 de noviembre de el mismo año de 1787,

(199) Ibíd.

(200) Ibíd.

(201) Ibíd.

(202) Ibíd.

(203) Ibíd.

(204) Ibíd.

(205) La cursiva es nuestra.

y se verifica por aviso del Ilmo. Sr. Conde de Campomanes, Decano Gobernador del Consejo, su fecha 22 de este mes,<sup>(206)</sup>

En el *Libro de los Actos Capitulares* del monasterio escurialense se hace referencia, con fecha de 5 de diciembre de 1787, a una pensión anual de 500 ducados que el P. Cuenca recibía. Si tenemos en cuenta que el ducado equivalía a 11 reales, debemos concluir que se trataba de la misma pensión antes aludida. El P. Cuenca solicitaba de la comunidad autorización para pasarle a su hermana la mitad de dicha pensión, y la autorización le era concedida<sup>(207)</sup>.

Damos, así, por terminada esta breve aproximación biográfica sobre Juan de Cuenca y pasamos a ocuparnos de sus escritos. A propósito del número 23 de éstos —*Gramática de la Lengua Griega*— nos ocuparemos de la virulenta polémica, que su publicación desencadenó entre nuestro autor y Flórez Canseco, polémica que, dada su gravedad y trascendencia, hubo de suponer un serio revés para el conquense. Nos permitimos recomendar su lectura, convencidos de que no resultará aburrida.

---

(206) FUE, AC 29/28.

(207) Véase el tomo II, f. 326 v.





## II.- OBRAS





La labor intelectual de Juan de Cuenca fue tan fecunda como diversificada: copia y catalogación de manuscritos, traducciones, composición de diccionarios, de tratados de paleografía y de manuales de gramática, etc. A ella alude reiteradamente en su correspondencia, y a ella nos hemos referido más de una vez en la primera parte de este trabajo.

Sin pretensiones de total exhaustividad y con la brevedad exigida por lo que no pretende ser sino una aproximación a la obra de nuestro personaje, tendente a situarlo como escritor e investigador antes de ocuparnos de su *Syntaxis de la Gramática Árabe*, trataremos de recoger en los apartados que siguen lo que conocemos de su producción. Como ésta es muy variada, no sólo en la temática, sino también en la extensión y calidad de los diferentes trabajos, y como también lo es la información que sobre éstos poseemos, lo será, asimismo, el detenimiento con que nos ocupemos de cada uno de ellos.

Por lo que acabamos de indicar y por lo que luego se irá viendo, sería preferible hablar de «trabajos» y no de «obras», aunque sea este segundo término el que figure en nuestro epígrafe.



- 1.- *Tomo segundo. Quaestionario o Leccionario de la Theología Docmática (sic) y Moral, que para su uso compuso el P. Fr. Juan de Cuenca, Monge Sacerdote professo del Real Monasterio de S. Lorenzo. Año de 1761.*

Es el tomo segundo de una obra de la que desconocemos el primero. Se conserva manuscrito en el códice escurialense J.III.19. Comprende los tratados quinto y sexto de aquélla, referentes a la «Eucaristía» y al «Sacrosancto Sacrificio de la Missa» respectivamente. Tiene 377 páginas. Según Zarco Cuevas es autógrafo<sup>(1)</sup>; si esto es cierto, con mucho esmero debió de escribir esta vez Juan de Cuenca, pues la cuidadísima letra de este tratado es bien distinta de la suya habitual. La lengua usada es el castellano, pero abundan las citas en latín.

Comienza el manuscrito con una introducción al tratado quinto:

«Tratado Quinto [...] de la Eucharistia.

*De qua D[ivus] Th[omas] 3<sup>a</sup>] part[e] a quaest[i]one] 73 usque ad 83 inclus[ive].*

El altísimo y Santísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo que en la noche de la Cena instituyó el Señor, como consta de San Pablo, 1 ad Cor., cap. 11: *In qua nocte tradebatur, accepit panem*, etc., es el más digno y santo de todos, pues en sí contiene al mismo Cristo, fuente de la gracia; por esta causa los Hereges han dicho tantas y tan abominables heregías contra él, que, si las hubiera de referir, gastaría el

---

(1) Véase su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, t. II, p. 122.

tiempo y no hacer (*sic*) nada; quien quisiere ser curioso, las podrá ver en el P. La-croix, tom. 5, lib. 6, part. 7, quaest. 74<sup>(2)</sup>.

Este tratado quinto consta de 12 capítulos, y llega hasta la página 204 del ma-nuscrito.

El sexto comprende las páginas 205-337, trata «Del Sacrosancto Sacrificio de la Missa7, y «pertenece al antecedente, por ser de una misma materia» (p. 205). Va dividi-do en 10 capítulos; el último de éstos lleva por epígrafe: «Algunas Questiones para entender las rúbricas». Con la cuestión vigésimo primera se cierra el capítulo y el tra-tado:

«21. Todos los Sacerdotes han de procurar tener presente, guar-dando en la memoria aquellas cinco letras A.B.C.D.E., esto es, que la Missa se ha de celebrar *alte, breviter, clare, devote, exacte*».

Y añade Juan de Cuenca, a modo de colofón:

«Menos exactamente de lo que convenía e escrito de este SS. Sa-cramento; pero, sabiendo que son necesarias angelicales lenguas, ten-go algún consuelo; *a te, lector optime, peto efflagitoque ut in tuis sa-crificiis orare in expiationem inertiae, ignorantiae et oscitantiae [sic] apud Deum velis, ut si forte in multis erraverim, lumen infundere dignetur quo retractare aberrationes meas valeam*» (p. 377).

---

(2) Se trata de la *Theologia Moralis antehac ex probatis auctoribus breviter concinnata a R.P. Herm. Bu-senbaum, Societatis Jesu, SS. Theologiae Licenciato; nunc pluribus partibus aucta a R.P. Claudio La Croix, ejusdem Societatis Jesu, SS. Theologiae in Universitate Coloniensi Doctore et Professore publi-co*.

La primera edición, en 8 tomos, es de los años 1707-1714; después ha habido otras ediciones, en variable número de tomos. La citada cuestión 74 lleva como epígrafe: *Quaenam in Ecclesia exortae sint haereses circa Sacramentum Eucharistiae*.

El alemán Herman Busenbaum murió en el año 1668; y el luxemburgués Claude La Croix –o Lacroix–, en el 1714.



2.- *Epistola Circularis sive Synodica Sanctissimi Leonis Archiepiscopi Romae. Fr[at]re Joan[ne] de Cuenca Interprete.*

Se trata de la transcripción del texto griego del manuscrito escurialense  $\Psi$ .II.6, ff. 25r-30v<sup>(3)</sup> y de la correspondiente traducción latina. La citada epístola es la que el papa San León dirigiera al hereje Eutiques.

El trabajo se conserva manuscrito en el códice 6069 de la Biblioteca Nacional de Madrid. La letra, esmeradísima, es de Juan de Cuenca, a quien se debe también la traducción latina.

En la portada (f.1r) el título es ligeramente distinto, y va seguido de la consignación del año en que se hizo el trabajo: *Epistola S. Leonis Papae Graeco-Latina per Fratr[em] Joann[em] de Cuenca. 1765.*

El texto greco-latino de la epístola va precedido de una dedicatoria dirigida al P. Blas de Arganda (ff.2r-5r):

*«Religiosissimo Heroi Vitae Monasticae, Meritissimo Generali totius Hieronimianae familiae, Candidissimo Praelato Regiae Domus Laurentii et Dignissimo Episcopo Ecclesiae Segovricensi, Illmo. Rmo. D. D. Fr. Blasio de Arganda<sup>(4)</sup>» (f.2r).*

(3) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos...de El Escorial*, t. III, p. 27.

(4) En efecto, el P. Blas de Arganda fue sucesivamente prior, superior general y obispo. El 20 de octubre de 1745 sucedió en el priorato del monasterio escurialense al P. Fr. Sebastián de la Victoria, que había sido nombrado obispo de Urgel (Véase *Actos Capitulares*, t.II, f.109r). Fue nombrado prior por segunda vez el 10 de mayo de 1747 (Véase *Ibidem*, t. II, f. 114v), y el año siguiente le dio el hábito a Fr. Juan, como hemos visto anteriormente —citando los *Actos Capitulares*— y como recuerda el propio Fr. Juan en carta a Campomanes del 29 de enero de 1785 (FUE,AC 29/28). El



La dedicatoria comienza con estas palabras:

*«Multi Ill. D. variis conatibus quaerunt suos labores alacri solertia, sinceritaque magna sublimioribus offerre, vel quia ad talem Patrocinium suus magnificetur labor, vel quia talibus Patronis freti opera sua non offenso lapide extolluntur»* (f. 2v).

Y termina:

*«Fabe, peto, munerisque parvi donum mihi remitte, dum quod possum, tibi liber et volens dedico. VALE. Tuus amantissimus filius Fr. Joannes de Cuenca»* (f. 5r).

Es en el folio 7r donde figura el verdadero título latino —el que hemos dado al comienzo—, precedido del mismo en griego.

En el folio 8r Juan de Cuenca expone así el contenido de la epístola:

*«Argumentum. Haec Epistola S. Leonis Papae primi et Magni, contra haeresim et perfidiam Eutychetis ac alios haereticos conscripta, et ad Flavianum Episcopum Constantinopolitanum et ad Chalcedoniensem Concilium misa<sup>(5)</sup>, docmatica et encyclica atque Synodica est,*

---

6 de mayo de 1750 volvió a ser nombrado prior, por tercera vez consecutiva (Véase *Actos Capitulares*, t.II, f.123v). De 1753 a 1756 fue superior general de la orden jerónima (Véase —en el manuscrito escurialense J.I.3— la *Quinta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, continuada por el R.P. Historiador de ella Fr. Francisco Salgado, monje profeso de su Real Monasterio de San Jerónimo de Madrid, según el orden de sus Capítulos Generales y Privados, como consta de las actas de dicha orden y otras memorias, que comprende desde el año 1768 hasta el de 1300, pp.521s., donde se precisa que el P. Blas de Arganda fue elegido general en el capítulo celebrado en el monasterio de San Bartolomé [de Lupiana (Guadalajara)] el día 18 de abril de 1753, y se añade que fue «sujeto de mucha capacidad en ciencia, virtud y prudencia, como lo manifestó en su gobierno»; y en la página 538 leemos que presidió el siguiente capítulo general, reunido el 8 de mayo de 1756, en el que salió elegido a los dos días el P. Fr. Bernardo de San Pedro. Véase también Ricardo de SEPULVEDA, *El Monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid*, Madrid 1883, p. 310, y ELIAS TORMO Y MONZO, *Los Jerónimos. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción del Excmo. Sr. D. Elías Tormo y Monzó el día 12 de enero de 1919*. Contestación del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura y Gamazo, Conde de la Mortera, Madrid 1919, p. 96). Finalmente, Fernando VI lo nombró obispo de Segorbe, donde hizo su entrada en julio de 1758, y allí falleció el día 5 de abril de 1770 (Véase ZARCO CUEVAS, *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real de El Escorial*, p. 73). Es, pues, inexacta la puntualización del propio Zarco cuando escribe: «Siendo prior de El Escorial, le nombró Fernando VI obispo de Segorbe» (ibid) —la cursiva es nuestra—. También incurrió en una pequeña inexactitud Concepción Hernando, que hace al P. Arganda obispo de Segovia (Véase su o.c., p.287; la Dra. Hernando ha debido de leer *segoviensi* en lugar de *segovricensi*, que es lo que dice el texto).

(5) La *Epístola* figura, efectivamente, en las actas del Concilio de Calcedonia, como puede verse en HARDUINUS, *Acta Conciliorum...*, París 1714, t. II, Actio II, columnas 289-300.

et vere Aurea est: qua S. Leo principaliter circa Mysterium Incarnationis Domini fidem Catholicam pulcherrime explicat, et doctrinam Chalcedoniensis Concilii confirmat<sup>(6)</sup>.

Vienen luego el texto griego y la traducción latina, dispuestos en paralelo (ff. 8r-59r), y sigue un breve apéndice sobre la importancia de la epístola (ff. 60r-61r).

---

(6) Hemos citado literalmente, sin corregir errores ortográficos.

3.- [Homilías] de San Juan Chrysóstomo Arçobispo de Cosntanti-  
nopla sobre la epístola primera a los Corintios.

Se trata de la traducción, del griego al castellano, de la introducción y los cinco primeros sermones del Crisóstomo sobre la epístola primera de San Pablo a los Corintios. Está hecha sobre el códice escurialense  $\Omega$ .II.15, ff.1r-35v<sup>(7)</sup>.

Es un borrador, con abundantes correcciones, y se conserva en el manuscrito escurialense H.III.4, ff. 1r-82r<sup>(8)</sup>. Zarco Cuevas le da a esta obra el título siguiente –tomado del comienzo de la misma–: *Argumento. Epístola de San Juan Chrysóstomo Arçobispo de Constantinopla sobre la epístola primera a los Corintios*<sup>(9)</sup>; pero creemos que ha tomado la parte por el todo, pues ése es, no el título de la obra –que no lo lleva–, sino el epígrafe de la introducción, que, ligeramente modificado, proponemos nosotros como verdadero título. Cabría también adoptar el que aparece consignado en latín en el folio IIv: *Chrysostomi comentaria in epistolam pr[imam] Pauli ad Corinthios*; título que, según Gregorio de Andrés, había sido añadido por Antonio Gracián<sup>(10)</sup>.

Tras el referido epígrafe, la traducción de Cuenca empieza así:

«Es la Ciudad de Corintho al presente la primera de la Grecia, la más antigua y opulenta [...]» (f.1r).

(7) Véase G. de ANDRÉS, *Catálogo de los Códices Griegos... de El Escorial*, t.III, pp. 151s.

(8) Véase J. ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los Manuscritos Castellanos... de El Escorial*, t.I, p.363.

(9) Ibidem.

(10) Véase su *Catálogo... de El Escorial*, t.III, p. 153.



La primera homilía —que Juan de Cuenca llama «Oración 1.<sup>a</sup>»— comienza en el folio 3v. La «Homilía 2.<sup>a</sup>», en el folio 14r. La tercera —que él llama «Sermón 3.<sup>o</sup>»—, en el folio 24r. La cuarta, en el 41r, y lleva por epígrafe:

«Sermón quarto de San Juan Chrysóstomo, Arzobispo de Constantinopla, sobre el capítulo primero, vers[ículo] 18 de la Epístola 1.<sup>a</sup> de San Pablo a los de Corinto».

Y sigue un subepígrafe:

«De la Doctrina de los Apóstoles y de la estulticia de los gentiles, judíos y griegos en la erudición».

En el ángulo superior derecho de dicho folio se lee: «Cuenca, traducción del griego». Y en el folio 44v —en el que en un principio sólo había escrita una línea—, nos encontramos con una nota firmada por «Soler», personaje que no hemos identificado y que, desde luego, no parece ser el P. Antonio Soler, conocido músico del monasterio escurialense nacido el mismo año que nuestro Juan de Cuenca<sup>(11)</sup>. En la nota, aquél le hace a éste algunas observaciones sobre un pasaje de la traducción situado en las líneas segunda y tercera del siguiente folio 45v:

«Padre Cuenca: No es lo mismo esta oración: «¿Cómo, después que resucitó, dio favor y ayuda a otros?», que ésta: «¿Cómo, pues, luego resucitó y ayudó a otros?». Pues en ellas se varía mucho el sentido, y hay entre las dos mucha diferencia, y así es preciso reflexione V.R. más bien dicha oración. El códice latino está claro, y dice lo mismo que dice la segunda. Por lo qual es preciso cotejar los dos códices, y, quando éstos se conformen, la oración de V.R. está errada, y es preciso enmendarla. Soler».

A renglón seguido se encuentra la réplica del P. Cuenca:

«Amigo Soler: No pongo yo la oración así: *¿Cómo, pues, luego resucitó y ayudó a otros?*, como tú escribes, sino así, como si digera: «Si él no pudo para sí, estando vivo, *¿cómo después que resucitó, dio favor y ayuda a otros?*», por lo que me parece que no se oponen entre sí los dos códices. Recapacita bien lo que digo y lo que tú lees. Vale. Cuenca».

(11) Sobre el P. Soler puede verse: Samuel RUBIO, *El padre fray Antonio Soler: vida y obra*, en «Monasterio de San Lorenzo el Real. El Escorial. IV Centenario de la Fundación: 1563-1963», pp. 469-513.

Y debajo puntualiza:

«El texto dice: *¿y cómo después de estas cosas resucitó y dio a otros auxilio?*».

A partir del folio 45r, y con la sola excepción de unos cuatro folios, la traducción de Cuenca va acompañada —en el margen y alguna vez entre líneas— de una segunda traducción paralela, que, a juzgar por la caligrafía, parece ser del mismo Soler de la referida nota.

En el folio 67r comienza la «Homilia quinta», y termina en el 82r.

4.— *Severianus Episcopus Gabalensis: Interpretatio Hebraicorum nominum et dictionum quarundam quae in Divinis Scripturis circumferuntur ordine Litterarum, ex graeco in latinum vers[a] a P. Joanne Conchano Regal[is] Monast[er]ii Div[i] Laur[entii] Hieromonacho. 1722.*

Como se ve por el título, es una traducción, del griego al latín, de una obra de Severiano, obispo de Gabala (Siria) —y adversario de San Juan Crisóstomo—. Se conserva en el mismo código escurialense que la obra precedente: el H.III,4, ff.83r-105v<sup>(12)</sup>. El texto griego sobre el que se hizo la versión se encuentra en el código escurialense X.II.2, ff.116r-125<sup>(13)</sup>.

La traducción va dividida en tantos apartados como letras tiene el alfabeto griego. Cada uno de ellos —que Cuenca llama *elementum*— comprende los nombres que

(12) Sobre esta traducción y las dos que siguen véase G. ANTOLIN, *Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, vol. II, pp. 423s.

El estado en que se encuentra el texto de la presente *Intrepretatio* no es tan lamentable como indica la Dra. Hernando cuando escribe: «Nos resulta imposible presentar una muestra de esta versión por el estado en que se encuentra el manuscrito. La tinta está prácticamente borrada y las tachaduras con enmiendas superpuestas hacen ilegible de todo punto el texto» (o.c., p.252). Ni la tinta está borrada, ni el texto es ilegible. Acerca del estado del conjunto del código H.III.4, la Dra. Hernando emite una opinión algo más matizada: «Se trata, sin duda, de un borrador. Contiene numerosas tachaduras y enmiendas que en muchos lugares hacen prácticamente ilegible el texto» (*ibid.*, p.244). Aún así, el estado del código es bastante mejor de lo que puede deducirse de estas palabras. Añadamos, de pasada, que en la página 251 de la obra de dicha doctora debe de haber una pequeña errata, pues da como año de la *Interpretatio* el 1771, cuando lo correcto es el 1772, como escribe ella misma en la página 244.

(13) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de... El Escorial*, t.II, p.264, n.º 6.



empiezan por la letra griega correspondiente. Así, en el apartado primero figuran los nombres que empiezan por la letra «A», y el primero de ellos es *Adam*, del que se dice: «*Hoc nomen quatour elementa seu quatour mundi terminos in se continet*» (f. 84r), y se explica a continuación que las cuatro letras del mismo significan respectivamente —en hebreo—: Oriente, Ocaso, Septentrión y Mediodía, y que dicho nombre «*interpretatur autem terrigena, indigena, terrae filius, ignis, et triticum*» (ibíd).

La traducción termina así:

«*Finis nominum Hebraicorum quae in Sancta Scriptura sunt inventa*».

Y debajo, el nombre del traductor: *Joannes Conchanus* (f. 85v.).

5.- *Severiani Episcopi Gabalensis de hominis appellatione [et alia]*.

Es un borrador de otra traducción del griego al latín. Se encuentra en los folios 106r-115v del mismo códice H.III.4<sup>(14)</sup>. El texto griego correspondiente se halla en el también citado manuscrito escorialense X.II.2, ff.115v y 126r-129r<sup>(15)</sup>.

La traducción comprende varios apartados, que corresponden a otros tantos del texto griego. Separaremos las referencias a uno y otro mediante una barra transversal, poniendo primero el latino:

- a) *De hominis appellatione* (ff.106r-v del texto latino / f. 115v del griego).
- b) *Nomina duodecim Patriarcharum Jacob Patriarchae, et filiorum ipsorum, cum interpretatione eorundem* (ff.106v-109v / f.126r-v).
- c) *Interpretatio He[b]raicoum nominum feminarum* (ff.109r-110r / f.127r).
- d) *Nomina sexdecim Prophetarum* (f.110r / f.127r).
- e) *De libris hebraeorum, quomodo ipsos nominant, et de nominibus ac signis et de numero* (ff.110r-114r / ff.127r-128v).
- f) *Quibus nominibus nominatur Deus ab Hebraeis* (f.114r-v / ff.128v-129r).
- g) *Quid erat Ephod per quod interrogabat Sacerdos Dominum* (f.115r-v / 129r-v).

En todos estos apartados se observan numerosas imprecisiones en la grafía de los nombres propios. Así, encontramos en latín: *Avdias*, *Abbacum*, *Angaeus* y *Jezequiel* (f.110r), por *Abdias*, *Habacuc* –o *Abacuc*–, *Aggaeus* y *Ezechiel*.

El *incipit* de la traducción es:

(14) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo...*, vol. II, pp. 423s., n.º 2.

(15) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de... El Escorial*, t.II, p.264, números 4 y 7-11.

*«Hominis appellatio hebraica voce ignis interpretatur; non fuit Adamo principaliter concessum hoc nomen, sed quatuor mundi elementis: Terrae, Aquae, Aeri, Igni» (f.106r).*

Y el explicit:

*«Si autem volebat Dominus in gladium tradere populum, erat sanguinolentus; si vero capitalem admittere volebat, erat niger» (f.115v).*



6.- *Divi Cyrilli Alexandrini. Quam cognitionem oportet nos de Deo habere [et alia].*

Es otra traducción del griego al latín, y se encuentra en el mismo códice H.III.4, ff.119r-128r-128r<sup>(16)</sup>. Está hecha, asimismo, a partir del manuscrito griego escurialense X.II.2, ff.110r-114v y 115v-116r<sup>(17)</sup>, aunque alterando el orden de alguno de los cuatro apartados en que convencionalmente dividiremos esta versión. También aquí indicaremos los folios que a cada apartado le corresponden en el texto latino y en el griego:

a) *Quam cognitionem oportet nos de Deo habere* (ff.119r-125v / ff.110r-114r).

Dentro de este apartado se encuentran, en la traducción latina, otros epígrafes o subepígrafes: *Quomodo oportet credere in Patrem, Filium et Spiritum Sanctum* [...] (f.119r), *Quid commune Trinitatis et quid proprium* (f.119v), *De illo quod dicitur: Quomodo oportet credere et adorare Dominum* (f.121r), *Quid est fides* (f.121v), *Quid est christianus* (ibíd.), *Quid est essentia et quid hoc nomen significat* (f.122r), *Deus quare dicitur Deus* (f.122r), *Quare Dominus dicitur Diminus* (f.123r), *Quare Dominus dicitur Deus* (ibíd.), *Quare dicitur lux, via, vita et janua Christus* (f.123v), *Qualiter de Deo sentiendum sit, et quae responsiones* (f.124r), *Quare Filius Dei dicitur Verbum, Virtus et Sapientia* (ibíd.), *Quare dicitur Splendor gloriae Patris Filius* (f.125v).

b) *Virtutum divisio* (ff.125v-126v / f.114r-v).

Se trata de las virtudes cardinales, que aparecen divididas –como en el original

(16) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo...*, vol. II, p. 424, n.º 3.

(17) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de...* *El Escorial*, t.II, p. 264, n.º 3.

griego— en cuatro, y cada una de éstas en tres. Sigue luego el *Ordo virtutum: quomodo oprotet illas quaerere* y un cuadro sinóptico de todas ellas.

c) *Symbolum et confessio fidei nostrae christianae* (f.127r-v / f.109r-v).

d) Aunque este apartado no lleva epígrafe, le conviene el que Gregorio de Andrés le aplica al correspondiente texto griego, a saber: *De transnominatione Abrami in Abrahamum*<sup>(18)</sup>. Le corresponde el folio 128r-v en la traducción, y los folios 115v-116r en el texto griego.

También este trabajo es un borrador.

---

(18) Véase su *Catálogo de...* *El Escorial*, t.II, p. 264, n.º 5.

## 7.- *Opera Cyrilli Alexandrini.*

Se trata del manuscrito Z.IV.6 de El Escorial. Es bilingüe: griego y latino. El texto griego es una esmeradísima copia que de los apartados del códice escurialense X.II.2 citados en la obra que precede hizo Juan de Cuenca, al cual se debe igualmente la correspondiente traducción latina, que va colocada en paralelo y que no es sino una límpida y definitiva copia del borrador que acabamos de reseñar, si bien altera, también aquí, el orden de los cuatro apartados, que no coincide ni con el de aquél ni con el del texto griego, sino que es como sigue:

a) *Qualiter de Deo sentiendum sit* (ff.2v-38r).

b) *Symbolum et Confessio fidei nostrae Christianae* (ff.38v-43r).

c) *Virtutum divisio* (ff.43v-48r).

d) *De sermone cujus titulus est: Declaratio Magnorum Patriarcharum quiper Divina Oracula fuerunt antiquitus: ac de mutatione et traslatione Judaeorum et Gentium* (ff.49v-54r).

A pesar de la diferencia de epígrafe, el contenido de este apartado es idéntico al del último del trabajo anterior. Recordemos que en aquél lo añadíamos nosotros, tomándolo del Catálogo de Gregorio de Andrés. Podríamos haberlo tomado de esta copia en limpio, y, si no lo hicimos, fue porque el de ésta responde menos al contenido real del apartado.

Al final (ff.54v y 55r) se encuentra un colofón, también bilingüe, del que reproducimos el texto latino:

*Mihi qui cum labore multo scripsi,  
Nomine Concano, ultimo Monachorum,  
Orate ferventer, ut locus Edem  
Et Paradisi regio, in sortem detur.  
Anno Christi Domini nostri 1772<sup>(19)</sup>.*

(19) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo de los Códices Latinos...*, vol. IV, p. 263, y G. de ANDRÉS, *Catálogo de los Códices Griegos... de El Escorial*, t.III, p. 258.



8.- *Lexicum linguae Graecae litteralis vulgaris, Latinae et Hispanae. P[er] R[everendum] P[atrem] M[agistrum] J[oannem] C[onchanum] adlaboratum, ac in R[egali] D[omo] S[ancti] L[aurentii] E[scurialensi] initiatum Ann[o] 1776, sed vbi finitum sit, solus qui scit Deus.*

Se trata, efectivamente, de un léxico trilingüe: griego, latino y español. Son cuatro voluminosos tomos, y sólo llega hasta la quinta letra del alfabeto griego. Se conserva en el códice I.II.1-4 de El Escorial<sup>(20)</sup>.

En un principio Juan de Cuenca había consignado como fecha de iniciación de la obra el año 1766. Al convertirla luego en «1776», el segundo siete resultó confuso, y Guillermo Antolín lo transcribió como un cuatro, dando por ello la fecha de 1746, que, en cualquier caso, sería inaceptable.

Si este *Lexicum* es, como creemos, el *Diccionario* de que Juan de Cuenca habla a Campomanes en la carta del 10 de marzo de 1794, en esa fecha estaba aún elaborándose y avanzaba a paso lento:

«Ahora que no salgo [...], trabajo con calor; ahora me gusta, y es tiempo de adelantar tanto el *Diccionario* como el *Indice*, pero me parece (según lo que pongo) que quanto más trabaxo, hago menos»<sup>(21)</sup>.

Como Juan de Cuenca falleció once meses después, resulta muy comprensible que la obra quedara incompleta.

(20) Véase G. de ANDRES, *ibíd.*, t. III, pp. 256s.; G. ANTOLIN, *Catálogo...*, vol. II, p. 541; y J. ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...*, t. II, p. 38.

(21) FUE, AC 48/106.

Gregorio de Andrés da como años aproximativos de los tomos 2-4 el 1780, 1785 y 1790 respectivamente. La obra está paginada –no foliada–, y su primer tomo –dedicado todo él a la leta alfa, que aún continúa en el siguiente– consta de 1199 páginas, que van repartidas en 12 cuadernos perfectamente separados y numerados. En la primera página de este tomo se repite el título, con algunas variantes: *Dictionarium (sic) Graecum Linguae Litteralis vulgaris, Latinae et Hispanae*; se discute luego –en latín y en castellano– el origen de la primera letra del alfabeto griego, se indica su valor numérico, y se exponen los diferentes valores semánticos que tiene como prefijo.

La paginación del tomo segundo es continuación de la del primero, y lo mismo sucede con la numeración de los cuadernos. Comprende 1131 páginas –desde la 1200 hasta la 2330– y 11 cuadernos –desde el «Quadernillo decimotercio» hasta el «vigésimo tercio»–. A este respecto, se observan en el presente tomo algunas anomalías: en primer lugar, el encuadernador trastocó el orden de los cuadernos –y consiguientemente el de las páginas–, pues los cuadernos 21 y 22, que deberían encontrarse hacia el final del volumen, se hallan al comienzo de éste, que empieza por ello con la página 2002 en vez de hacerlo con la 1200; en segundo lugar, desde la página 2010 en adelante se pone un cero de más en la paginación y se escribe 20010, 20011, etc., en vez de 2010, 2011, etc. A Gregorio de Andrés, que se percató de esta segunda anomalía y la corrigió, le pasó inadvertida la primera, y por ello sitúa el comienzo del tomo en el *quadernillo vigésimo primero* y en la página 2002, con lo que deja reducido el total de éstas al exiguo número de 331. En el presente tomo continúa y finaliza la serie de palabras que empiezan por la letra alfa.

En el tomo tercero empieza una nueva paginación y numeración de cuadernos. Estos son 10; y el número de páginas, 934<sup>(22)</sup>. También aquí se ha trastocado el orden de los cuadernos, y el cuarto se encuentra después del quinto; asimismo, Juan de Cuenca pone nuevamente un cero de más en la casi totalidad de las páginas 102-232, y escribe, por ejemplo, 1002, 1003, etc., por 102, 103, etc. Contiene este tomo las palabras que empiezan por las letras beta, gamma y delta.

También el tomo cuarto tiene su propia paginación y numeración de cuadernos. El número de éstos es 11; y el de páginas, 1111. Aunque todo él está dedicado a la letra épsilon, no llega al final de la serie de palabras que empiezan por ella.

Según Antolín y Zarco, el *Lexicum* es autógrafo. En nuestra opinión, lo es la parte del tomo cuarto que va desde la página 145 hasta el final, pero no lo sería el resto de la obra, con la excepción del título primero y de alguna anotación marginal.

---

(22) En su *Catálogo*, t.III, p.256, Gregorio de Andrés da –quizá por confusión con el tomo primero– la cifra de 1199 páginas.



9.- *Colección de Abreviaturas griegas, su Resolución y Significación en Latín y Castellano, sacadas de varios Códices, así Mss. como impresos, y dispuestas en forma de Vocabulario, por las letras del Alfabeto.*

Es otro autógrafo de la biblioteca escurialense: ms. H.II.21, ff. 1r-14v<sup>(23)</sup>. Le sigue un *Suplemento de las Abreviaturas*, que ocupa los cinco folios siguientes.

A esta *Colección* debe de referirse el P. Cuenca cuando, al comienzo de su carta a Campomanes del 9 de noviembre de 1780, le manifiesta sus «deseos [...] de dar a luz el *Libro de las Abreviaturas Griegas*» y le comunica que ya ha «pedido informe a Madrid sobre el coste de su impresión»<sup>(24)</sup>. Y, consiguientemente, a ella tiene que referirse también Campomanes cuando habla del «libro de las siglas y abreviaturas griegas» del P. Cuenca en su carta al P. Carlos de Arganda del 13 de enero de 1781:

«En cuanto al deseo del P. Cuenca sobre la impresión de su libro sobre las siglas y abreviaturas griegas, estoy pronto a facilitársela y ayudarle para que la Real Compañía lo imprima de su cuenta»<sup>(25)</sup>.

A los cuatro días le contesta el P. Arganda y le informa de que el P. Cuenca prefirió retrasar la impresión hasta el nombramiento de nuevo prior:

(23) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos... de El Escorial*, t. III, p. 254.

(24) FUE, AC 29/28.

(25) *Ibidem*. Luis Gil reproduce la carta en el apéndice de su citada obra *Campomanes, un helenista en el poder*, pp. 182s. Curiosamente, en las páginas 97 y siguiente de la misma obra, Gil escribe que la carta no está fechada; y Concepción Hernando, en su también citada obra *Helenismo e Ilustración*, p. 303, sitúa la misiva en «enero de 1781». En la copia manuscrita de la carta de Campomanes que estamos utilizando, la fecha está clara: «Madrid y enero 13 de 1781».



«Sobre su asunto de la impresión está resuelto el P. Cuenca a es-  
perar el nombramiento de nuevo Prior, en cuya providencia dice se  
aprovechará del favor de V.S. Ilma. con mayor seguridad y satisfacción  
que se propone por ahora»<sup>(26)</sup>.

En carta del 20 de junio de 1785 Cuenca informa al conde de que lo tiene «con-  
cluido todo, y vn quadernillo de papel aumenta[n]do las Abreviaturas»<sup>(27)</sup>.

Gil identifica esta obra con la *Paleografía Griega*<sup>(28)</sup>. Y, efectivamente, así parece  
desprenderse de la carta del prior Antonio Moreno a Campomanes, fechada a 15 de  
mayo de 1785:

«Muy Sr. mío: El P. Fr. Juan de Cuenca me ha entregado la de  
V.S.I., haviéndome sido de mucha satisfacción se haya instruido de los  
puntos que deven tenerse presentes assí en la versión al castellano con  
el texto griego, como en la formación de el Suplemento alfabético para  
los monogramas y abreviaturas, a fin de hazer más fázil la letura de los  
códices mss. de ésta y demás Bibliotecas»<sup>(29)</sup>.

Y lo mismo parece deducirse de la que Campomanes dirige a dicho prior el 27 de  
marzo de 1786:

«De las obras que [el P. Cuenca] trae entre manos, la pertenecien-  
te a la paleografía griega sólo necesita un prólogo, que irá formando, y  
lo que urge es abrir las láminas, que es cosa material y pide algún tiem-  
po.

Me parece que el sugeto encargado de abrirlas y tirarlas hace  
equidad, y entiendo convendría dar la última mano a este ajuste, por  
no perder tiempo, y éste aprovechar la oportunidad de que el P. Cuen-  
ca esté a la vista en los principios para que la cosa salga limpia y co-  
rrecta.

Todo lo merece un trabajo que ha de ser la guía de los que necesi-  
ten leer y manejar los códices griegos»<sup>(30)</sup>.

---

(26) FUE, AC 29/28. No hubo nuevo prior hasta un año después: fue el P. Pedro Ximénez, que tomó  
posesión el 12 de marzo de 1782 (Véase *Actos Capitulares*, t. II, f. 286r).

(27) FUE, AC 29/28.

(28) Véase su o.c., pp. 97 ss.

(29) FUE, AC 29/28.

(30) FUE, AC 21/6. Luis Gil reproduce la carta en el apéndice de su o.c., pp. 184s, donde señala que se  
trata de la caja 29/28. Nosotros sólo hemos encontrado el documento en la caja 21/6, referencia  
que coincide con la que da Concepción Hernando en su o.c., p. 308, nota 39. Jorge Cejudo, al  
describir en su catálogo el documento 21/6, indica que es un borrador; por nuestra parte diría-

Para Concepción Hernando se trata de dos obras distintas<sup>(31)</sup>; no obstante, respecto de la *Paleografía* termina diciendo: «la obra no vio la luz, y el original manuscrito —si es que todavía existe— no lo hemos visto»<sup>(32)</sup>.

La *Paleografía* probablemente no existe, ni ha existido nunca, como obra distinta de las *Abreviaturas*: nos inclinamos, con Gil, a creer que se trata de una misma obra.

En la correspondencia que venimos utilizando son muchas las referencias a las *Abreviaturas* o a la *Paleografía*. El punto más tratado es el del sistema a seguir para las ilustraciones: las láminas, grabados y planchas planteaban, al parecer, muchos problemas.

En carta del 15 de febrero de 1786 —antes citada a propósito de las cátedras—, el conde de Campomanes informa al prior Fr. Antonio Moreno de que la *Paleografía* del P. Cuenca ya está puesta en limpio y de que es una obra tan importante como perfecta:

«Por lo que mira a la *Paleografía*, ha puesto el P. Cuenca en limpio todo lo que le restaba de sus borradores, y es un trabajo de gran importancia y utilidad, que sólo su talento y constancia ha podido llevar a la perfección que tiene».

Añade que «su publicación requiere dos cosas, y es la primera abrir las láminas, que correspondan en la exactitud y limpieza al original». Dice luego que ya se ha puesto en contacto con un individuo que se ha comprometido a llevarle una muestra la semana siguiente. Y termina haciendo referencia a la necesidad de un prólogo y precisando cuál deba ser el contenido de éste:

«Se debe aumentar un prólogo en que se dé una noticia sucinta de los que han publicado paleografías griegas y de los manuscritos de donde se han sacado las que se publican, con que se logrará instruir al público de la importancia de este tratado y de lo que añade a los ya publicados sobre monumentos existentes».

Como acabamos de ver, en la carta de Campomanes a Fr. Antonio Moreno del 27 de marzo de ese mismo año 1786 aquél le decía a éste que la obra estaba prácticamente terminada. Y en su respuesta del 12 de abril, el segundo se congratulaba de que estuviera tan avanzada<sup>(33)</sup>.

---

mos que tiene todos los visos de ser una copia en limpio; en cualquier caso, ni él ni nosotros hemos conseguido dar con otra, que hemos buscado conjuntamente.

(31) Véase su o.c., pp. 303 y 308s.

(32) *Ibid.*, p. 309.

(33) FUE, AC 21/19.



El 18 de octubre de 1789 Campomanes informa a Cuenca de que ha estado deliberando sobre el «método» a seguir en la disposición del texto y de que pronto hará lo propio acerca de las planchas<sup>(34)</sup>. A los dos días le manda nueva misiva, y por ella vemos que el original del tratado obraba ya en su poder y que, en opinión suya, había que hacer ligeras correcciones:

«Anoche volvió a estar conmigo el clérigo de las láminas, y parece que el estampador se conviene en que se podría tirar a dos planas, como en la imprenta.

Esto facilitará mucho la edición [...].

He registrado el original, y en los alafabetos hallo algunos leves reparos, y, aunque se tarde pocos días, llevaré conmigo el original quando vuelva a ese Real Sitio, para que V.m. le retoque si los estimase fundados»<sup>(35)</sup>.

En su respuesta del día 21 Fr. Juan se muestra conforme en que «se pueda componer la edición de la *Paleographia*» según el método indicado, y supone que los «reparos» de que le habla «no serán tan ligeros»<sup>(36)</sup>.

Y en la del 6 de noviembre el P. Cuenca le resume al conde la conversación que había mantenido con SS.MM. sobre las *Abreviaturas* —que, por la alusión a las láminas, parecen identificarse claramente con la *Paleografía*—:

«[...] fue preciso hacerles corte, y hablamos [...] de las *Abreviaturas*; y me hizo<sup>(37)</sup> ir por el libro, el que le gustó mucho, haciéndome explicar muchas de ellas; y me añadió que cuándo se daba, y le dije que en acabando de abrir las láminas, en las que se gastaría tiempo, pues no es como la prensa»<sup>(38)</sup>.

Tan lento iba lo de las láminas, que, según leemos en carta de Cuenca a Campomanes del 12 de marzo de 1794, aún no estaban hechas para entonces:

«Esta sólo sirve para que V.E. sepa que el clérigo que había de abrir las láminas de las *Abreviaturas y Monogramas*<sup>(39)</sup>, ha venido a mi celda [...].

---

(34) FUE,AC 29/28.

(35) *Ibid.*

(36) *Ibid.* Luis Gil reproduce la carta en el apéndice de su o.c., p.188.

(37) El sujeto del verbo tiene que ser el rey o la reina, probablemente ésta.

(38) FUE,AC 29/28.

(39) Parece ésta una nueva variante del título. Inmediatamente veremos que, en carta del 4 de abril, Juan de Cuenca invierte el orden y dice: *Monogramas y Abreviaturas*.



Que está pronto para hacer la obra, y que, a la verdad, hasta ahora, vnas veces ha tenido algún tiempo y otras no, y que es obra que no se puede tomar y dexar».

A continuación Juan de Cuenca le refiere cómo el clérigo le había pedido que firmara todas las planas, y prosigue en estos términos:

«Que no sólo daré la firma en cada plana, sino en sun sinfín de ellas; y para esto me dice que es preciso volver a escribir la obrita y hacer otro traslado con la tinta que ellos saben [...].

A esto no he aderido (*sic*), porque la copia está buena; y si hay algunas emendadas, se copia aquella plana sola»<sup>(40)</sup>.

Y el día 4 de abril le comunica que el comienzo de la impresión es inminente:

«Ramírez me ha llevado los exemplares de los *Monogramas y Abreviaturas* para dar principio quanto antes, y también mañana acabaremos de quedar acordados»<sup>(41)</sup>.

Como el P. Cuenca fallecía diez meses después, no sorprende que la obra quedara inédita.

A los títulos de *Paleografía*, *Abreviatura*, *Abreviaturas* y *Monogramas* o *Monogramas y Abreviaturas*, habría que añadir uno más para esta obra: *Libro de Nexos*.

En el expediente de Juan de Cuenca —archivado en la Real Academia de la Historia, como queda dicho— se encuentra un Prólogo manuscrito, de 11 páginas. Está destinado a un «Tratadito» que parece corresponder justamente a la presente obra. Va acompañado de una carta de Juan de Cuenca, fechada en San Lorenzo a 16 de marzo de 1784, en la que se nos da el mencionado título de la obra a la que el prólogo estaba destinado:

«Con el motibo de haberse traspapelado el Prólogo del *Libro de Nexos*, no sé si en casa del secretario, por no estar vnido con los demás, remito a V.S.I el adjunto, para que se junte con el libro».

No se nos oculta que aquí surge de inmediato una objeción, que nosotros mismos nos adelantamos a formular: si el prólogo estaba hecho el día 16 de marzo de 1784, ¿cómo se explica que en la ya citada carta de Campomanes al P. Antonio Moreno, del 27 de marzo de 1786, aquél le dijera a éste que a la *Paleografía Griega* sólo le faltaba el prólogo?

(40) FUE, AC 48/109.

(41) FUE, AC 48/108.

Por otra parte, el prólogo parece convenir, como acabamos de apuntar, a la obra de que nos estamos ocupando. En el último párrafo del mismo, Juan de Cuenca escribe:

«[...] añadiendo, para complemento de este Tratadito, los nexos de los caracteres, con las notas finales, y nombres propios que son abreviaturas: dispuesto todo por orden alfabético, no riguroso, y con sus respectivas resoluciones en caracteres comunes, y con el significado de cada voz en latín y castellano [...]».

En efecto, en dicha obra se encuentra una lista de «Abreviaciones con sus finales» (f.11r-v), otra de «Nombres propios abreviados» (f.12r-v), y todas las abreviaturas van acompañadas de tres elementos: la resolución en griego, la significación en latín y la significación en castellano.

En cualquier caso, el contenido del prólogo tiene su interés. Empieza el monje laurentino haciendo hincapié en la importancia del estudio del griego:

«Es ocioso hablar de la vtilidad y necesidad de el estudio de la lengua griega, porque es cosa tan sabida entre los literatos, que no hay erudito alguno que ignore que, sin la instrucción en esta lengua, son mui limitados los adelantamientos en las ciencias».

Enumera luego a grandes helenistas europeos que «regularon por justo premio de sus tareas literarias el resucitar cada vno en su respectiva nación la literatura griega, porque echaron de ver que de su ignorancia prevenía la decadencia de las letras que lastimosamente experimentaban entre los suyos».

A continuación destaca, en ese sentido, al P. Bernardo de Montfaucon, benedictino de la congregación de San Mauro, el cual, «deseoso de que su constante aplicación produgese al público un sazonado fruto, dio a luz, con gran aceptación de los doctos, la célebre obra intitulada *Paleographia Graeca*, que, con las otras obras que compuso, llenó de admiración a los curiosos».

Explica después cómo es inexacto el siguiente pasaje de la *Palaographia* relativo a la biblioteca escurialense:

«Insignis illa Bibliotheca Scorialensis multis vetustissimisque Codicibus instructa erat, qui, vt quidem narratur, incendio perierunt».

Entiende Juan de Cuenca —y no sin razón— que de ese pasaje —que se encuentra de hecho en aquella obra (p.XXVIII)— podría deducir el lector que los fondos griegos escurialenses fueron aniquilados o, al menos, diezmados por el fuego, cuando, de hecho, «son más de setecientos cuerpos de mss. griegos —añade— los que, por la vigilan-



cia de los monges, expuestos por la voracidad de las llamas a un evidente peligro, se conservaron de ellas, bien que muchos de ellos, no pudiendo huir del todo de la quema, quedaron chamuscados, y algunos de ellos con caracteres tan extraños, que aún a los sujetos más peritos en la lengua griega les son enteramente desconocidos, como lo tengo experimentado con muchos de los que han venido a este monasterio a ver las singularidades que encierra su biblioteca».

Aunque en el referido incendio —del año 1671— se habían quemado unos 700 manuscritos griegos, todavía quedaban en la biblioteca unos 600, y Juan de Cuenca, emulando a franceses e italianos, se proponía darlos a conocer, para honra de España, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios:

«Advirtiéndome, pues, yo que a Italia y a Francia la han ilustrado sus naturales con la producción de ciertas obras griegas, que estaban inéditas, y con la noticia de otros manuscritos que poseen y son de honor aún para la misma Grecia, y atendiendo a que este monasterio con la copia de sus mss. griegos, rareza, antigüedad y preciosidad de ellos, debe por sí solo, sin contar con las demás bibliotecas que hay en España, ocupar vno de los lugares más eminentes entre las señaladas de la Europa, me pareció sería vn trabajo útil a mis nacionales y decoroso a mi religión el dedicarme a registrar los manuscritos griegos de este monasterio; formar de ellos vn Indice crítico; extractar algunas piezas; y dar vn espécimen de sus respectivos caracteres y abreviaturas; y en las horas que debía destinar al descanso o recreo me apliqué a este estudio con tanta intensión, que ni la continua asistencia al coro, ni la falta de salud que he experimentado, ni otros poderosos motivos para dexarlo, han podido prevalecer contra la idea que me propuse desde el principio, que fue volver por el honor de mi nación, tan desacreditada entre los estrangeros por la omisión o descuido de sus mismos patrios».

En el siguiente párrafo —sexto y penúltimo del prólogo— puntualiza cuándo empezó a examinar los códices, cómo se preparó para llevar a cabo su propósito y qué metodo de trabajo siguió. Lo reproduciremos más adelante, al tratar del catálogo de manuscritos griegos.

Finalmente, en el último párrafo expone cómo desea que sus trabajos paleográficos sean de utilidad para otros que también se interesen por los manuscritos griegos, razón por la cual quiere darlos a conocer:

«Habiendo, pues, yo experimentado en mí la vtilidad de estos alfabetos, ansioso de que el Indice crítico que estoy formando de dichos



manuscritos griegos sea provechoso a todos, no contento con las muestras, que pongo en cada tomo de los que ya tengo compuestos, del carácter de letra de cada vno de ellos, he tenido por más conveniente anticipar a la publicación de mi obra de los Alfabetos Griegos, con la mira de que puedan instruirse en los caracteres desconocidos los que carecen de las *Paleografías*, o suplir con ellos lo que no dieron a luz estos doctos, por no haber visto semejantes manuscritos; añadiendo, para complemento de este Tratadito, los nexos de los caracteres [...]

No sabemos si el «Índice crítico» de que Juan de Cuenca habla en este párrafo y en otro anterior, es su conocido catálogo —*Clavis Regiae Bibliothecae Graecae Escorialensis*— o el menos conocido *Índice de los Manuscritos Griegos de la Real Biblioteca del Escorial*, del que nos ocuparemos más adelante. Aunque el título parezca indicar lo contrario, creemos que se trata de la primera obra.

Nos preguntamos, asimismo, si la «obra de los Alfabetos Griegos» es un nuevo trabajo o se identifica con alguno de los que ya conocemos. Probablemente se trata de un suplemento a las *Abreviaturas*, como parece desprenderse de la carta de Juan de Cuenca a Campomanes del 18 de mayo de 1785, que empieza así:

«Ilmo. Sr.: En consecuencia de lo que V.S.I. me encargó, estoy haziendo por siglos los exemplares de caracteres, que se han de añadir a los Monógraphos [...]

También parece deducirse de este pasaje que el título de *Monógraphos* sería uno más a añadir a los varios que ya hemos asociado al de *Abreviaturas* o *Paleografía*.

Serán precisos nuevos datos y un estudio más profundo de las cuestiones abordadas en este apartado si se quieren despejar tantas incógnitas.

---

(42) FUE,AC 29/28.

10.- [*S. Basilii Magni divina Missa seu liturgia*].

Es un rollo en fina vitela, de 455 × 42 cm., escrito en griego y en latín, a doble columna. El texto griego —columna de la izquierda— es copia —de mano de Juan de Cuenca— del rollo escurialense en pergamino R.II.14, y el latino es la correspondiente traducción, hecha por el propio Cuenca. Se conserva en la Real Academia de la Historia, con la signatura «Código 84»<sup>(43)</sup>. El borrador de la traducción latina se encuentra en El Escorial —código H.II.21, ff.15r-34r—, y lleva el título siguiente: *Liturgia seu Missa Sancti Basilii ex vetustis[simo] Codice Membranaceo Escorial[ensi] A. F[ratre] Joan[ne] Conchano in latinum versa. 1778*<sup>(44)</sup>.

Parece claro que a este trabajo se refiere Fr. Juan en su carta a Campomanes del 28 de noviembre de 1782. De ser así, la *Liturgia* estaba terminada para esas fechas:

«Se ha presentado a S.M. la *Liturgia de San Basilio*, que e trabaja-do en bitela por orden de mi P. Prior, según el exemplar que se conserva en esta Biblioteca<sup>(45)</sup>, con su mismo carácter y abreviaturas, a la que e añadido mi traducción latina, y se ha pedido licencia a S.M. para darla a la luz, con todas las circunstancias que pide pieza de tanto mé-

(43) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos de la Real Academia de la Historia*, «BRAH» 168 (1971) 106. En el catálogo mecanografiado de los manuscritos de la Academia este trabajo de Cuenca lleva el título de *Hymnum Triumphalem*, tomado del reverso del rollo y del incipit latino, que dice: *Triumphalem Hymnum canentia, celebrantia et dicentia*.

(44) Véase idem, *Catálogo de los Códices Griegos de la Real Biblioteca de El Escorial*, t. III, p. 254.

(45) Se refiere, lógicamente, a la de San Lorenzo, desde donde escribe.



rito y antigüedad, y así creeré tener que hacerlo sin estraviarme de lo que es más principal y de lo que ya llevo diez tomos<sup>(46)</sup>»<sup>(47)</sup>.

En nueva carta al conde del siguiente 11 de enero, precisa que la entrega del ejemplar la hizo el prior –Fr. Pedro Ximénez–, y se queja de que éste no tuviera ni la delicadeza de comunicárselo:

«[...] y finalmente, Señor, ¿creerá V.S.I. que, habiendo trabajado en bitela la *Liturgia de San Basilio*, según el original, con mi versión latina a continuación, para regalarla a S.M., como lo executó él mismo, habiéndome echo pagar el adorno, que no me ha dicho este Rmo. si la ha entregado o si no? Pues así ha sucedido, bien que yo lo e sabido por los del quarto de S.M., y aun la misma Princesa me lo dixo, y lo que respondió el Rey»<sup>(48)</sup>.

Volverá a hablarle de la *Liturgia* en cartas del 26 de marzo de ese año 1783 y del 17 de abril del siguiente<sup>(49)</sup>. Lo que no sabemos es si se trata del nuevo ejemplar que hizo de la misma –del que nos ocuparemos en el apartado que sigue– o de la traducción castellana que deseaba hacer y que, por sus «ocupaciones continuas», no podía<sup>(50)</sup>. En carta de Campomanes al prior Antonio Moreno, fechada en Madrid el 15 de febrero de 1786 –y ya citada a propósito de las cátedras y de la *Paleografía*–, el conde escribe, respecto de la *Liturgia*, que «mientras se abre las láminas griegas, se puede formar el discurso preliminar y arreglar una traducción castellana, que hará más apreciable la obra con el texto griego».

Por nueva carta de Campomanes a dicho prior Antonio Moreno, fechada en Madrid a 27 de marzo de 1786, vemos que el P. Cuenca se encontraba entonces en la capital, donde utilizaba la biblioteca particular del conde y la de la Real Academia de la Historia para poner en limpio «las variantes y observaciones» de la *Liturgia*<sup>(51)</sup>.

En su respuesta del 5 de abril el prior se muestra satisfecho de la aplicación del P. Cuenca y manifiesta su deseo de que se imprima la *Liturgia*, una vez ultimada a plena satisfacción de todos:

(46) Se refiere a su catálogo de manuscritos griegos. Dicho tomo X (manuscrito escurialense, H.II.11) no lleva fecha, pero el XI (ms escur. H.II.12) fue terminado *día Ascensionis Domini in coelum, 29 mens. maii* 1783, según leemos en el f. 134r. En su *Catálogo Gregorio* de Andrés escribe que el tomo X fue compuesto An. 1786 *circiter* (t.III, p.251).

(47) FUE,AC 29/28.

(48) *Ibid.*

(49) Ambas en FUE,AC 29/28.

(50) Véase la carta de Cuenca al conde del 18 de mayo de 1785 (*ibid.*).

(51) FUE,AC 21/16.



«Muy Señor mío: La apreziabile carta de V.S.I., que he manifestado a estos PP.Diputados, nos ha dexado llenos de satisfacción, sabiendo las buenas notizias que nos participa de la aplicación del P. Cuenca; así mismo, convienen dichos Padres en que se fazilite dar a luz la *Liturgia* luego que esté en disposición y a satisfacción<sup>(52)</sup> de V.S.I. y de los señores catedráticos de San Isidro con quienes conferencia; y sólo espero me diga V.S.I. está todo a su satisfacción (y de tal modo dispuesto que nadie tenga que contradiezir en vnos tiempos de crítica tan delicada sobre qualquier materia), para hazerlo presente a esta comunidad y en seguido al Rmo. P. Maestro General, según disposición de nuestras leyes»<sup>(53)</sup>.

Una semana después, el prior escribe de nuevo a Campomanes. Vuelve a expresarle su deseo de que la *Liturgia* se imprima, e insiste en la necesidad de que le envíe antes un dictamen, suyo y de la Academia, acerca de la valía y ortodoxia del trabajo<sup>(54)</sup>.

El 14 de julio el prior respondía a una de Campomanes en la que éste le notificaba que la obra estaba lista para ser examinada por la Academia:

«Muy Sr. mío: He rezivido la de V.S.I. notiziándome hallarse ya la *Liturgia* trabajada por el P. Cuenca en estado de que la examine la Academia»<sup>(55)</sup>.

El día 11 de agosto —de ese año 1786— el P. Cuenca informaba a Campomanes de que el prior y la comunidad aún no habían resuelto nada sobre la impresión, por lo que se muestra bastante indignado:

«Ilmo. Señor: Apenas pasó la fiesta del Patrón<sup>(56)</sup>, quando me llamó el Rmo., y, luego que empezó a explicarse, conocí el *sicut erat in principio*. No hay (me parece) remedio: ellos quieren que no se imprima, y que se imprima, y todo lo quieren, no queriendo nada; haora quieren la mayor idiotez, a mi parecer, pues quieren que se les remitan

---

(52) También el prior Antonio Moreno titubeaba en la ortografía: en el mismo párrafo alternan «satisfacción» y «satisfacción».

(53) FUE, AC 29/28.

(54) FUE, AC 21/19.

(55) FUE, AC 29/28.

(56) Nueva alusión a la festividad de San Lorenzo, celebrada, como es sabido y ya hemos indicado, el día 10 de agosto.

las mismas censuras, para verlas, haciendo poca fe del secretario<sup>(57)</sup>[...]»<sup>(58)</sup>.

No parece, pues, posible que sean de la *Liturgia* las pruebas de imprenta que, a los dos días, Juan de Cuenca le devuelve al Conde tras haberlas corregido:

«Ilmo. Señor: [...] recibí por el correo las pruebas, que, corregidas, devuelvo, por su orden, a V.S.I. en el mismo día en que las recibo, para que la impresión no se detenga»<sup>(59)</sup>.

En definitiva, tampoco en este caso podemos disipar las dudas que subsisten: probablemente la *Liturgia* no se imprimió, y, en cualquier caso, no encontramos rastro alguno de dicha posible impresión.

---

(57) Se refiere, presumiblemente, al secretario de la Academia de la Historia, que habría sido el encargado de transmitir el dictamen o censura —al parecer, favorable— de la docta Institución.

(58) FUE/AC 29/28.

(59) *Ibid.*

### 11.— *Nueva copia de la Liturgia de San Basilio.*

Lo que reseñamos en este apartado no es sino otro ejemplar de la obra anterior, conservado igualmente en la Real Academia de la Historia. Lleva la signatura «Código 85». Se trata también de un rollo —esta vez en papel—, y es del año 1786. Según leemos al final del trabajo, en el mes de marzo de ese año Juan de Cuenca lo cotejaba con el original escurialense que acabamos de mencionar en el apartado que precede.

Es digno de reseñarse el hecho de que la parte central del bello frontispicio del comienzo de este ejemplar —alusiva al título de la obra, a su autor, y al copista (Juan de Cuenca)— esté escrita en árabe<sup>(60)</sup>. Aunque se trata de un árabe muy incorrecto, este detalle puede tener su importancia para nosotros: podría indicar que Juan de Cuenca tenía conocimientos de esa lengua semítica, y no resultaría inadmisibles, por ende, que hubiera compuesto la *Syntaxis de la Gramática Árabe*, objeto primordial de este trabajo, al menos en un principio.

Como colofón a las rápidas consideraciones que sobre la *Liturgia de San Basilio* hemos hecho en este apartado y en el anterior, digamos que en la biblioteca de El Escorial —código H.I.11, ff.145r-166v— se encuentra un *Prólogo a la Liturgia de S. Basilio*. Zarco Cuevas lo atribuye —aunque con interrogante— al P. Fr. Juan de Cuenca<sup>(61)</sup>; y para Alejo Revilla tal atribución no ofrece dudas: se «trata de un Prólogo a la traducción de la liturgia de S. Basilio, que [el P. Cuenca] pensó imprimir en 1786 acompañada del texto griego del rollo R.II.14»<sup>(62)</sup>.

(60) Véase G. de ANDRES, *Catálogo de los códices griegos de la Real Academia de la Historia* «BRAH» 168 (1971) 105. A continuación de la página 104 nos ofrece un facsímil del referido frontispicio.

(61) Véase su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...*, t.I, p. 347, n.º 29.

(62) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de... El Escorial*, t. I, p. CXXV, nota 1.



12.— *Sancti Augustini Episcopi: In Sermone de Expositione fidei.*

Es un apunte, también bilingüe, en el que el texto latino del sermón de San Agustín sobre la exposición de la fe va acompañado, en paralelo, de la traducción griega. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid: manuscrito 8074, ff.6v-8r<sup>(63)</sup>.

La portada de este manuscrito lleva el título del presente trabajo y del siguiente:

*«Sancti Augustini Episcopi in Sermone  
de Expositione fidei  
et  
Sancti Basilii Magni, In Sanctos Quadraginta Martyres Encomium  
Per fr[atrem] Joan[nem] a Concha».*

Tras varias hojas en blanco, comienza el texto griego en el folio 6v, en el que la firma «Joan[nes] a Concha» aparece nuevamente en la parte derecha del margen superior; en el folio 7r empieza el texto latino, acompañado también de la firma en análogo lugar y precedido del título del apunte de San Agustín.

El *incipit* es el siguiente:

*«Credere etenim nostrum est; illius vero scire. Et sic ipse Deus Verbum, omne suscipiens, quod hominis, homo sit. Et qui as[s]umptus est homo, suscipiens omne quod est Dei, aliud quid non sit praequam Deus.*

---

(63) Véase C. HERNANDO, o.c., p. 288.

*Non enim postquam Incarnatus esse dicitur et mixtus, minuisse substantiam ejus putandum est. Novit miscere Deus seipsum, sine domestica corruptione [...]*» (f. 7r).

Y el explicit:

*«Deus autem omnia capiens, sed ipse non capitur; scrutans et non scrutatur; implens et non adimpletur; ubique simul integer stans, et universorum capax; per ipsius virtutem infudit ut misericors, naturae mistus (sic) est humanae; tamen non Divinae, natura hominis permista (sic)»* (f. 8r).

Se trata, pues, de un brevísimo fragmento del sermón de San Agustín. Está copiado con el mayor esmero, pero se aprecian en él algunas incorrecciones.

Tanto el texto griego como el latino del fragmento pueden verse en: Joannes Dominicus MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima Collectio*, t. VI, Florencia 1761, columnas 969-970. Es la *Actio secunda* del Concilio de Calcedonia. Ambos se encuentran, asimismo, en: HARDUINUS, *Acta Conciliorum et Epistolae Decretales...*, t.II, París 1714, columnas 305-306. En el texto de Juan de Cuenca se observan bastantes variantes con relación al de las ediciones.

13.— *Sancti Basilii Magni Archiepiscopi Cappadociae In Sanctos  
Quadraginta Martyres encomium.*

Se encuentra en el mismo código 8074 de la Biblioteca Nacional de Madrid, ff.10v-38r. Es también un trabajo bilingüe: griego y latino.

Tras cuatro páginas en blanco después del trabajo anterior, comienza el texto griego de éste en el folio 10v; el latino —que va situado en paralelo— empieza en el folio 11r, le precede la firma de Juan de Cuenca y el título que acabamos de reproducir.

El texto griego se encuentra en el código escurialense  $\Sigma$ .I.9, ff.33a-39b<sup>(64)</sup> y en otros cinco de la misma biblioteca<sup>(65)</sup>.

El texto latino va dividido en 37 párrafos, numerados con cifras romanas. El primero de ellos reza así:

*«I. MARTYRUM memoriae quae satietas possit esse sufficiens  
Martyrum amatori? quoniam honor conseruorum in bonos declara-  
tus, benevolentiae apud communem Dominum obtinet. Manifestum  
est etenim, quod qui recipit generosos fortesque viros, in similibus  
oportunitatibus nec imitatione defecerit»* (f. 11r.).

*«XXXVII. Lapsos excitaverunt, Ancipites firmitatem habuerunt,  
Piis concupiscentiam bonam duplicaverunt. Vnum pro pietate om-  
nes exigentes tropheum, in qua Corona Justitiae ornati sunt. IN*

(64) Véase Alejo REVILLA, *Catálogo...*, t. I, p. 243.

(65) Véase Gregorio de ANDRES, *Catálogo de... El Escorial*, t. III, p. 285 a.



*CRISTO (sic) IESU DOMINO NOSTRO, cui Gloria et potentia in saecula saeculorum. AMEN» (f. 88r).*

La letra es tan cuidada como la del fragmento anterior; y tanto en el texto griego como en el latino –particularmente en éste– hay abundantes anotaciones marginales.

14.– *Sancti Gregorii Episcopi Neocesareae Ponti Thaumaturgi. Expositio Fidei.*

También este trabajo se encuentra en el código 8074 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Tras varias hojas en blanco, después del final del *Encomium* de San Basilio, sigue este fragmento de San Gregorio, que ocupa los folios 43r-47r, con algunas páginas en blanco.

El título latino va seguido de la indicación: «Joan[ne] de Cuenca Interprete».

Después de dos páginas en blanco, empieza el texto griego en el folio 44v; el latino comienza en el 45r, con el siguiente epígrafe:

*«Per revelationem a Beato Joanne Euangelista, intercedente Genitrice Dei Maria, illam Habuit».*

Y a continuación se encuentra el verdadero *incipit*:

«Vnus Deus, Pater Verbi viuentis, Sapientiae consistentis et potentiae [...]».

El *explicit* es:

«Trinitas perfecta, gloria et aeternitate ac Regno non dividitur, nec distribuitur, neque abalienatur. Non ergo creatum quid aut se-ruum in Trinitate: neque superinductum, quasi prius non existens, posterius vero adueniens. Non igitur defuit vnquam filius Patri; neque filio Spiritus: sed inmutabilis et invariabilis, ipsamet Trinitas semper est» (f. 47r).

En el margen exterior del folio 46r hay tres anotaciones.

Al igual que en los dos trabajos anteriores, la escritura –de mano de Juan de Cuenca– es muy cuidada, tanto en el texto griego como en el latino, que también en esta ocasión van dispuestos en paralelo.

15.— *Cotejo de la edición de París de los matemáticos griegos [...] con un códice manuscrito del siglo X [...] que se halla en la Biblioteca de San Lorenzo [...].*

Se trata de un trabajo encomendado por Campomanes al P. Cuenca. Lo tenía ultimado, como vamos a ver, el primero de octubre de 1788. Comprende diez cuadernillos en folio, y se conserva en el Archivo de Campomanes de la Fundación Universitaria Española. Consiste en el cotejo de la edición parisina del año 1693 con algunos manuscritos de El Escorial, especialmente «con un códice manuscrito del siglo X escrito en vitela que se halla en la Biblioteca de San Lorenzo con la signatura « $\Psi$ .IIII», según leemos en la anotación de Campomanes que precede al trabajo y que Cejudo reproduce parcialmente y Concepción Hernando totalmente<sup>(66)</sup>.

En la correspondencia que estamos utilizando hay varias alusiones al cotejo.

(66) Véase Jorge CEJUDO, *Catálogo del Archivo de Campomanes...*, p. 353, caja 52 documento 1; y Concepción HERNANDO, o.c., pp. 304 s. Cejudo transforma la signatura en «P.III», y Hernando, en «,,,». Ni éstas son exactas, ni tampoco lo es la de la anotación del conde; el códice del que se trata es el Y.III.11, como puede constatarse por múltiples detalles del cotejo de Cuenca. Es, efectivamente, un códice en vitela, que Gregorio de Andrés sitúa en los siglos X-XI (Véase su *Catálogo*, t.II, p. 157).

Al reproducir la anotación de Campomanes, Hernando omite la signatura del «otro códice en papel del siglo XIII», que es la «j.  $\Phi$ .10», es decir:  $\Phi$ .I.10. Como indica Gregorio de Andrés en el *Catálogo* (t.II, p. 15), este códice no es del siglo XIII, sino del XVI, pues así consta explícitamente en su folio 209v. Dicho manuscrito es, en efecto, el que utiliza Juan de Cuenca en la parte de su trabajo que lleva por epígrafe: «Variantes de otro manuscrito del Escorial sobre el *Spiritualia* [o *Pneumatica*] de Herón Alexandrino». Así se puede comprobar fácilmente cotejando con el mencionado manuscrito las variantes que nuestro helenista recoge.





En carta a Campomanes, del 19 de diciembre de 1787, el P. Cuenca le informa de que sigue trabajando en la colación y de que los manuscritos añaden, al final de la obra, buen número de folios que faltan en la edición:

«Prosiguiendo el cotejo de los antiguos mathematicos [...], [me] he encontrado con otro manuscrito en donde enqüentro muchas más variantes que en los dos antecedentes, tanto en el cuerpo como en las figuras; y donde me he admirado es que en los tres que aquí tenemos se enqüentra en la *Poliorectica* de Polidoro<sup>(67)</sup> no menos que desde el folio 70 hasta el 127 del manuscrito más que el impreso en París, 1693, que es el de V.S.I.<sup>(68)</sup>»<sup>(69)</sup>.

Por nueva carta a Campomanes, del 22 de mayo de 1788, sabemos que en esa fecha le remitía el segundo cuaderno de variantes, y que pocos días antes le había remitido el primero<sup>(70)</sup>.

El último día de ese mes le enviaba el tercero, según carta de esa fecha<sup>(71)</sup>.

En la del 10 de junio le avisa del envío del cuarto y de que no podía continuar de inmediato con el quinto —que «pertenece a Herón alexandrino», y ello porque ese mismo día o al día siguiente salía de viaje<sup>(72)</sup>— para San Martín de Valdeiglesias, según vemos por dos de los días 17 de ese mes y 6 del siguiente<sup>(73)</sup>.

En carta del 7 de agosto le comunica que le remite el cuaderno quinto, que el número de variantes va aumentando progresivamente, y que en el sexto, que ya está

---

(67) Obviamente, quiere decir «Apolodoro». Apolodoro de Damasco, ilustre arquitecto de Trajano, dedicó al emperador Adriano su *Poliorectica* (Véase Albin LESKY, *Historia de a Literatura Griega*, versión española de José M.ª Díaz Regañón y Beatriz Romero, Madrid 1968, p. 924).

(68) La edición de París, realizada por Thevenot, Boivin y la Hire, lleva por título: *Veterum mathematicorum, Athenaei, Apollodori, Philonis, Bitonis, Heronis, opera; gr. et lat. pleraque nunc primum edita*.

(69) FUE, AC 29/28. Aunque los datos que Juan de Cuenca nos facilita sobre este cotejo —tanto en la correspondencia como en el trabajo mismo— no siempre son claros ni precisos, parece que entre los códices aludidos se encontraban, además del Y.III.11, los dos siguientes:  $\Phi$ .II.22 y  $\Phi$ .I.10. Este último no contiene la *Poliorectica* de Apolodoro, ni encontramos la tercera copia de ésta en la biblioteca escurialense; en el código T.I.19 sí hay otra obra con ese título, pero es atribuida a Herón.

El código que añade al impreso lo que va del folio 70 al 127 es el  $\Phi$ .II.22, en el margen lateral izquierdo de cuyo folio 70v se lee la pertinente alusión al hecho: *quod sequitur non inveniuntur (sic) in ed[itione] Paris[iensi]*. Entre los restantes manuscritos relativos a estos temas podríamos citar los siguientes:  $\Sigma$ .II.13, T.I.3,  $\omega$ .IV.10 y  $\omega$ .IV.21.

(70) FUE, AC 29/28.

(71) *Ibid.*

(72) *Ibid.*

(73) *Ibid.*

elaborando, hay «no sólo variantes, sino puntos enteros, y aun capítulos y figuras, en especial un laberinto, con vna otra figura, que no se enqüentra en el impreso»<sup>(74)</sup>.

Según carta del 17 de agosto, en esa fecha le manda un nuevo cuaderno y ya tiene iniciado otro. Como a ambos los llama «séptimo», no sabemos si se trata del sexto y séptimo o del séptimo y octavo. Se lamenta de que la edición sea tan incompleta, y piensa tener ultimado en breve todo el cotejo gracias a la ayuda de su discípulo Vigil y a su propia laboriosidad<sup>(75)</sup>.

El 29 del mismo mes le notifica el envío de un nuevo cuaderno, que parece ser el penúltimo, es decir, el nono: «Remito vn quaderno de variantes, y no sé si habrá para otro entero en lo que falta del impreso, porque no tiene el impreso los dos emperadores Nicéphoro y León»<sup>(76)</sup>.

El 10 de septiembre de ese mismo año —1788— le escribe a Don Antonio Murillo, amigo suyo y de Campomanes, y le notifica que no ha tenido respuesta de éste al último envío —el del cuaderno nono—. Asimismo, le encarga que informe al conde de que para antes de una semana tendrá acabado el décimo y último; y le ruega le pregunte si el muchado debe copiar la parte que falta en el impreso:

«Al mismo tiempo, dígame V.m. que el último quaderno de variantès tengo entre manos, que lo concluiré dentro de quatro o seis días; que disponga si he de remitir el libro impreso o ha de escribir mi muchacho lo que al mismo impreso le falta, que son los dos emperadores: León, *De ordinationibus bellicis*, y Nicéphoro, *De cursu aut transcursu militari*, pues me precisa para determinar»<sup>(77)</sup>.

El Sr. Murillo debió de responderle, en nombre del conde, que el muchacho siguiera copiando. Así parece desprenderse de la nueva misiva del P. Cuenca a Campomanes, fechada en San Lorenzo a primero de octubre. En ella comienza por decirle que le envía el último de los diez cuadernos:

«Ilmo. Señor: Concluí con la obra de los mathemáticos antiguos en diez quadernillos, de los cuales el incluso es el último; y quedo enterado en lo que me dice Don Antonio Murillo para copiar la obra que se sigue del mismo autor».

(74) Ibid.

(75) Ibid. En la del 10 de septiembre (ibid.) al discípulo lo llamará «mi muchacho Francisco Vigil»; y en la del 31 de mayo lo había llamado «el chico montanésito que enseño» (ibid.).

(76) Ibid. Se trata de los emperadores Nicéforo II Focas y León VI el Sabio. Las aludidas obras de ambos —cuyos títulos facilito en la carta del 10 de septiembre, como enseña veremos— se encuentran en los citados códices Y.III.11 y Φ.I.3 (Véase G. de ANDRÉS, *Catálogo*, t. II, pp. 157ss. y 4s. respectivamente).

(77) FUE, AC 29/28. La copia de esas obras no figura en el cotejo que nos ocupa.



Añade que ya no necesita el impreso de la edición de París, aunque tiene otro manuscrito en el que también abundan las variantes:

«Quando venga V.S.I. al parto<sup>(78)</sup>, se llevará el impreso, pues ya no tenemos que hacer en él; aunque tenemos otro manuscrito en que precisamente habrá muchas más variantes, según lo que he notado en él, y en el que son diversas las figuras, pero no es tan antiguo»<sup>(79)</sup>.

Por la de Cuenca a Campomanes del 21 de noviembre vemos que el discípulo seguía copiando el *Herón*<sup>(80)</sup>. Y según una nota de Campomanes, «En 29 de abril de 1789 se entregaron al Padre Cuenca los quadernos de las variantes de matemáticos griegos y el impreso de la Librería»<sup>(81)</sup>. Esto podría significar que todo le fue devuelto al P. Cuenca para que lo revisara o añadiera las variantes del nuevo manuscrito que éste mencionaba en la suya del 1 de octubre de 1788, según queda dicho.

---

(78) Desconocemos a qué parto pueda referirse.

(79) FUE, AC 29/28.

(80) Ibid. Tampoco la copia del *Herón* se encuentra en los cuadernos del documento.

(81) Ibid.



## 16.- *Censura del Heródoto.*

Es otro trabajo –cuyo paradero desconocemos– encargado al P. Cuenca por el conde. Consistía en colacionar la traducción manuscrita del Heródoto, hecha por el jesuita expulso Bartolomé Pou, con algunas ediciones de la obra del historiador griego, anotando cuantas variantes y peculiaridades se observasen<sup>(82)</sup>.

En carta del 3 de septiembre de 1790 el monje escurialense le comunica a su protector que la tarea ha llegado a feliz término: «la *Censura del Heródoto* la tengo echa después de haverlos visto y leydo vno a vno»<sup>(83)</sup>.

Por la respuesta del conde, del día 26, vemos que lo que éste pretendía era usar los datos facilitados por Cuenca para elaborar él un prólogo destinado a la mencionada traducción, que se trataba de publicar. Convencido de que podrían encontrarse más particularidades interesantes, anima al monje a que prosiga la revisión:

«V.m. no ha dejado holgar al viejo Heródoto en la revisión de sus dos primeros libros y en la observación de usar del dialecto iónico; vaya V.m. anotando lo demás que fuere advirtiendo en el repaso de su obra, pues todo ello aprovechará para el prólogo de la presente edición.

Ojalá pudiera V.m. tener tiempo para sacar las variantes del códice de esa Real Biblioteca; pero eso lo podrá hacer por acá este invierno con ayuda de su Cireneo<sup>(84)</sup>»<sup>(85)</sup>.

(82) Véase L. Gil, o.c., pp. 83s.

(83) FUE, AC 29/28.

(84) Referencia al muchacho montañés Francisco Vigil, que le ayudaba como amanuense, según la ya citada carta de Cuenca a Campomanes del 31 de mayo de 1788, en la que decía de su «forma de letra»: «no está mala para ser al principio» (ibid.).

(85) Ibíd.

17.— *Illustrissimo Domino [...] Comiti de Campomanes.*

Se trata de un poema manuscrito de Juan de Cuenca en elogio de su mecenas Don Pedro Rodríguez de Campomanes. Ocupa algo menos de dos páginas y media, y se conserva en la Fundación Universitaria Española, Archivo de Campomanes, caja 29, documento 28.

Su dedicatoria —que, recortada, adoptamos como título— y su comienzo son los siguientes:

*Illustrissimo Domino.  
D. Petro Rodriguez,  
Comiti de Campomanes.*

*Novi stemmatis Caroli III equiti meritissimo,  
ab ejus camera et a consiliis in Supremo Castellae  
Senatu Criminum Quaestori, & & &...  
Celsa Jovi fuerint coeco Capitolia ritu,  
Sacraque Numinibus thure litata nefas!  
Scilicet ardentes circum torcumata lychnos  
Fuderit auratum, sculta lacunar, opus.*

Y termina con estos versos:

*Huic faveas, reliquisque meis sudoribus adsis,  
Qui calles tantae sentis et artis opus.  
Hoc fuit in Votis, Comes Illustrissime, nostris:  
perpetua nobis laude ferere. Vale.  
Tuus ex animo  
Fr. Joannes Conchanus.*

Si lo de «*Novi stemmatis Caroli III equiti meritissimo*» equivale a la «Gran Cruz de la Orden de Carlos III», habrá que situar el poema en una fecha posterior a la de la concesión de dicha condecoración, y ésta le fue comunicada en la mañana del 14 de noviembre de 1789, según carta de ese día a Juan de Cuenca:

«Esta mañana he recibido por Estado el aviso de la señaladísima gracia con que el Rey me ha honrado de la Gran Cruz de la distinguida Orden de Carlos III, hasta cuyo tiempo la formalidad impedía solicitar el honor de besar la mano a los Reyes NN.SS. en reconocimiento de mi profunda y verdadera gratitud»<sup>(86)</sup>.

Cabría suponer que el P. Cuenca hubiera compuesto el poema a raíz precisamente de tal concesión.

---

(86) *Ibid.*



18.- [*Transcripción y traducción latina del código griego escurialense del Akathistos*].

Fueron realizadas en el año 1771, y se conservan en el manuscrito 17.921 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Según un sello que figura en el folio 1r, el manuscrito perteneció a Pascual de Gayangos.

El código escurialense llamado *Akathistos* o *Acátistos* es el R.I.19<sup>(87)</sup>. Contiene siete obras o piezas de carácter mariano, y recibe su denominación de la primera de ellas. Es ésta el himno *Acátistos*, y con ella están relacionadas las otras seis. En el trabajo de Juan de Cuenca falta la última.

El *Acátistos* es uno de los himnos más venerados de la iglesia ortodoxa griega, y se llama así por ser cantado de pie. El código miniado escurialense que lo contiene es, a su vez, uno de los más bellos de la Real Biblioteca. De él hizo un lujoso facsímil en el año 1981 la Editora Internacional de Libros Antiguos, S.A. (Edilán), que lo publicó acompañado —en volumen aparte— de un interesante estudio de Gregorio de Andrés Martínez, titulado: *El Himno Akathistos. Primera parte del ms. esc. R.I.19. Análisis histórico-crítico del código y transcripción y versión española de su texto*<sup>(88)</sup>.

(87) Véase su descripción en A. REVILLA, *Catálogo...*, t.I, pp. 68ss.

(88) En las páginas 31s. Gregorio de Andrés hace referencia al presente trabajo del P. Cuenca; y también en la página 59 de su artículo: *El Código escurialense del Acátistos. Himno Marial Griego, «Reales Sitios»* 72(1982)57-64.

El trabajo del P. Cuenca consistió, pues, en copiar en griego y traducir al latín las seis primeras piezas del bello códice escurialense, disponiendo ambos textos uno debajo del otro o en páginas paralelas. Partiendo del texto latino, presentaremos brevemente las seis piezas:

a) *Mansiones B[eatae] M[ariae] S[emper] Virginis, scriptum ac a P[atre] Joann[e] Conchano D[ivi] Laurentii Rega[lis] Monaster[i]i Hieromonacho interpretatum. Ann[o] 1771.*

El título figura en el folio IVr, y el texto comprende los folios 1r-38r del citado manuscrito 17.921 de la Biblioteca Nacional.

Es el texto del himno *Acátistos*, pieza u obra primera del códice R.I.19 de El Escorial, en el que ocupa los folios 1r-32r. En el trabajo de Juan de Cuenca no falta lo que corresponde a los folios del original escurialense que fueron arrancados posteriormente<sup>(89)</sup>.

El *incipit* latino —que va debajo del griego— es:

*«Tibi, himinum invincibili Imperatori gratias agamus; atque, vt in acta tua Civitas tibi referatur, libera me a periculis cunctis, quae potentiam inexpugnabilem obtines, vt possim magnitudines gloriae tuae cantare dicens: Ave sponsa innupta»* (f. 1r).

Y el *explicit*:

*«O prae matribus cunctis felicior laudabiliorque Mater, quae Sanctum omnes justos sancti[fi]cans mundo peperisti! Nunc ergo suscipe deprecationem nostram quibus (sic) te poscimus nos liberare a periculis cunctis, dum quotidie clamamus: alleluia»* (f. 38r).

b) *Sapientissimi Phile mansionum SS. Deiparae Interpretatio.*

Es la *Metáfrasis de las estrofas del Acátistos* de Manuel Files. Comprende los folios 41r-63r en el trabajo del P. Cuenca, y corresponde a la segunda pieza del R.I.19: ff.33r-41v<sup>(90)</sup>.

*Incipit* latino:

(89) Véase A. REVILLA. *Catálogo...*, t. I, p. 68.

(90) De esta pieza u obra escribe Gregorio de Andrés: «La segunda obra [...] es la *Metáfrasis de las estrofas del Acátistos* compuesta por el célebre poeta Manuel Files, nacido en Efeso, que vivió durante la época de la dinastía de los Paleólogos en los siglos XIII-XIV. Sus obras poéticas fueron publicadas en París, en 1885-87, por el renombrado helenista Emilio Miller, quien incluyó la *Metáfrasis* en las págs. 317-333 del volumen II de su edición» (*El Himno Akathistos. Primera parte del ms. esc. R.I.19. Análisis...*, pp. 33s.).



*«Rex invicte, tibi dignas de pectore grates  
Promimus, atque tibi Mater Virgo immaculata  
Jam canimus laudes ob palmam sanguine partam  
Qua sumus inermes damnis (sic), mortisque perennis.  
Ostentas siquidem non expugnabile sceptrum.  
Te sup[p]lex rogo magnis nos solve peric[u]lis»* (f.41r.).

A continuación prosigue el texto, en el que se van sucediendo los diferentes epígrafes: *Angelus Nuntius, Sancta Vates, Ignotum Decretum, Virtus Altissimi, Habens in utero de Spiritu Sancto, [...], Dum tui Partus, y O prorsus Laudabilis*. Con los seis versos que acompañan a este último epígrafe termina la pieza. Este es el verso final:

*«Eloquium, quo lingua caret, diffundis Magistra»* (f. 63r).

c) *Series Assumptionis B.M. Virginis ad esse Matrem Dei*.

Comprende los folios 65r-92r del trabajo de Cuenca, y corresponde a la tercera pieza del R.I.19: ff.42r-52v<sup>(91)</sup>. Los textos griego y latino van dispuestos en páginas paralelas.

*Incipit latino:*

*«Tibi, Virgo, aeternum consilium Gabriel revelans, ad te demissus loquitur: Ave inseminata terra; Ave non ardens rubus; Ave fallens visum profunditas [...]»* (f.63r).

Siguen luego las nueve *Cantio*, y con el final de la última de éstas se termina la pieza:

*«Hodie mysterium ab aeterno revelatur, et Filius Dei, filius hominis factus est [...], qui per viscera misericordiae suae humanam carnem assumpsit. Gloria tibi, Deus noster»* (f.92r).

d) *XXV mensis. An[n]untiat[i]o SS. Deiparae Virg[inis]* (ff. 92r-120r del trabajo de Cuenca, y 53r-61v del R.I.19).

Es la cuarta pieza del código escurialense<sup>(92)</sup>.

(91) Gregorio de Andrés resume así su contenido: «Siguen a continuación (ff.42 a 52v) las disposiciones litúrgicas para celebrar el oficio del Acátistos como fiesta movable, que cae, en la actual liturgia bizantina, en la vigilia del quinto sábado de Cuaresma, llamado «Sábado del Acátistos». Aparte de breves indicaciones litúrgicas, la principal pieza que contiene es un poema, llamado «canon», sobre el himno Acátistos, de José el Himnógrafo, publicado por Migne (*Patrologia Graeca*, 105, 1020-1028)» (*El Himno Akathistos...*, p. 34).

(92) De ella escribe Gregorio de Andrés: «La cuarta pieza es otro oficio, el de la Anunciación, llamado también *Evangelismós*, con sus indicaciones litúrgicas [...]. La principal obra que encierra es un ca-



Empieza el texto latino con una breve anotación litúrgica: «*Omnia prorsus reservantes: Tibi, Virgo, aeternum; Intacta Puella; Naturae ordo; Gloria Patri: Sicut erat, ut supra* f. 65<sup>(93)</sup>» (f. 93r). Y prosigue luego:

«*Laetentur Coeli et exultet terra: coaeternus enim Patris, et aeternitatis honore par atque co[a]equalis sede, misericordiam et humanitatem clemens accipiens [...]*» (ibid).

Se van sucediendo las *Cantio*, desde la primera hasta la nona –sin mencionar la segunda– y termina así el texto:

«*Ave Virgo Sancta; Ave Mater Vitae; Benedictus fructus ventris tui*» (f. 120r.).

e) *Canon Paracleticus ad Sanctissimam Implollutamque Dominam Deiparam*.

Es la pieza quinta de la serie. Comprende los folios 121r-140r del trabajo de Cuenca, y los folios 63r-68v del código R.I.19<sup>(94)</sup>.

Debajo del título el P. Cuenca precisa: «*Opus vere Theodori Ducâ Lascaris et Cyri Imperatoris*».

*Incipit:*

«*Molestiarum tentationes mean humilem perturbant animam et nubila calamitatum, Dei sponsa, cor meum tegunt [...]*» (f.122r).

Se suceden luego las nueve u ocho canciones habituales, y termina así:

«*Cum himnis jucundissimis te glorifico et tuam inmensan (sic) misericordiam laudo. Multa omnibus virtutem confiteor, et tua beneficia quae nunc in me superaverunt praedico, atque lingua, cor[de], verbo, menteque magnifico*» (f.140r).

f) *Troparia: quae sunt Dialogus SS. Deiparae ad Dominum Christum: Suppli-*

---

non compuesto de ocho odas. Las seis primeras se deben a Teófanos de Nicea, célebre teólogo bizantino muerto entre 1380-1381. Fueron editadas por Christ-Paranikas en su *Anthologia graeca carminum christianorum*, p. 236. Las dos últimas odas del canon son de Juan Damasco y fueron editadas por Migne (P.G., 96, 852-853)» (ibid.). Para Juan de Cuenca el número de odas o canciones es siempre nueve, pero de hecho no menciona la segunda, con lo que serían ocho en realidad.

(93) De hecho se trata del folio 66.

(94) De ella escribe Gregorio de Andrés: «La quinta obra (ff.63 a 68) es otro canon, compuesto de ocho odas, dedicado a la Virgen y atribuido al emperador Theodoro II Láscaris, quien gobernó desde Nicea el imperio bizantino en los años 1254-1258. Dejó varias obras de teología y de retórica. Esta composición poética se encuentra editada también por el abate Migne (P.G., 140, 772-780)» («El Himno Akathistos...», p. 34).

cationem ejus atque intercessionem continens. Personae autem Dialogi, Dominus et Deipara, sed prius commemorat ista[m]. Initium per litteras alphabeticas hujus libri ex-adverso respondens: in fine legitur Philothei: Poemata Philothei Patriarchae Cyri.

Es la pieza sexta del mencionado conjunto. Comprende los folios 141r-155r del trabajo del P. Cuenca, y los folios 69r-73r del código griego escurialense<sup>(95)</sup>. En el trabajo del monje jerónimo los dos textos van situados en paralelo.

*Incipit:*

«O Deipara: Imperator, Domine, et Filii (sic), Verbum, Sapientia ac Salutatio Patris [...]» (f. 142r).

Prosigue luego este primer diálogo, que termina en el folio 151r con las palabras de la *Deipara* —que reproducimos literalmente—: «Tuam bonitatem, Fili, Virtus et Sapienvia ejus, laudo, atque locupletem gratiam super nos veneror, tanquam qui ineffabilis naturae relatio noscet; quare Domine istorum omnia concilio». Viene después el segundo diálogo con la indicación: «Sequentis Dialogi Personae: Domina et Servus»; y comienza: «Domina: Vocem meam audisti, et omnium petitiones atque divinam gratiam agnovisti [...]» (f.152r). La «Señora», que comienza este diálogo segundo, es también quien lo cierra, y con ello terminan la pieza y el trabajo de Juan de Cuenca: «[...] Tuam gloriam, o Deipara, celebros: gratiam colo. Te, o Sancta, magnifico, Pelagus benignitatis magnum: In posterum pretium est in futuro postulare» (f.155r).

Ya adelantamos que en el trabajo del conuense faltaba la séptima pieza del código R.I.19.

(95) Gregorio de Andrés resume así lo relativo a esta pieza: «La sexta parte (ff.69 a 73) es un tropario o diálogo de «la bendita Virgen con nuestro Señor Jesucristo» [...]. Comienza el diálogo la Virgen. El acróstico es alfabético invertido en la súplica; en la respuesta es «Filoteo». Es obra del kyr «Filoteo, patriarca». Este eclesiástico [...] fallecido en 1379, fue un enardecido defensor de las doctrinas de Gregorio Pálamos y tan admirador de éste que, según cuentan, llegó a componer un Acátistos en su honor parodiando el auténtico [...]. Al parecer, el diálogo de la Virgen y Cristo, hasta ahora inédito, está incompleto en nuestro código, ya que en otros manuscritos tiene tres partes [...]: 1.ª, súplica del siervo a la Virgen pidiendo su intercesión ante Cristo; 2.ª, diálogo de la Virgen con Cristo intercediendo por su devoto; 3.ª, respuesta de la Virgen a su devoto revelándole que su súplica ha sido oída y, además, amonestándole. La primera parte falta en el escurialense R.I.19»(ibid).



19.— [*Traducciones del códice griego del Akathistos*].

Bajo este título convencional reunimos las traducciones hechas por Juan de Cuenca partiendo del citado códice escurialense R.I.19. El presente trabajo está, pues, íntimamente relacionado con el que precede. También aquí omite el conquisense la última pieza del referido códice del Acátistos. Las seis restantes vienen traducidas sea al castellano solamente, sea al latín y al castellano a la vez.

Se trata de un borrador conservado en el manuscrito J.III.17 de El Escorial<sup>(96)</sup>. Probablemente Juan de Cuenca pretendía darle al códice del Acátistos la máxima difusión, y para ello se proponía divulgarlo en el texto original y en las traducciones al latín y al castellano. Tal vez tuviera la intención de publicarlo todo conjuntamente.

Nos referimos nuevamente, con la mayor brevedad, a las diferentes partes del trabajo:

a) *Palacio Mariano con Veinte y quatro mansiones, que son otros tantos Misterios de la Santísima Madre de Dios* (ff.1r-27v del manuscrito J.III.17).

Es la traducción castellana (ff.1r-5r) o latino-castellana (ff.7r-27v) de la primera pieza del códice griego escurialense R.I.19, es decir, del himno Acátistos.

El comienzo de esos primeros folios, traducidos solamente al castellano es:

«Justo es, o invencible rey de los mortales, que os demos infinitas gracias. Y Vos, Virgen y Madre de Dios, vencedora de todos nuestros enemigos, también sois acreedora a nuestras alabanzas» (f. 1r).

(96) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo de los Códices Latinos... del Escorial*, vol. II p. 498; J. ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los Manuscritos Castellanos... de El Escorial*, t. II, pp. 121s. La división que Guillermo Antolín hace del códice no es completa.



Y su final:

«Dios te salve, templo, a quien los Serafines sirven de cimiento» (f. 5r).

Este fragmento corresponde a las 14 primeras estrofas del himno y parte de la 15, y comprende desde el comienzo del código R.I.19 hasta la línea 6 inclusive del folio 21r. Juan de Cuenca introduce variaciones en la división del texto en estrofas.

Tras tres páginas en blanco, desde el folio 7r al 27v la traducción latina y la castellana de cada pasaje se van sucediendo, empezando otra vez desde el inicio del código R.I.19. El nuevo comienzo es:

*«Per Joan[nem] Conchanum. Edificium cum viginti quatuor mansionibus ad SS<sup>m</sup>. Deiparam».*

Debajo sigue el título castellano antes citado, y comienza luego la traducción latina del proemio:

*«Tibi, hominum invincibili Imperatori, gratias agamus; tibi Virgini Deiparae inimicorum omnium victrici laudes concinamus [...]»* (f.7r).

Dicho párrafo va seguido de otra traducción latina del mismo, al margen de la cual se lee: «*Alio modo, más literal*» (ibíd.), y a continuación se encuentra el correspondiente texto castellano, que difiere bastante del ofrecido en el folio 1r, como puede verse:

«A ti, supremo omnipotente Rey de los mortales, sea dada toda gloria; a ti sean dichas las gracias, Madre bendita de este infinito Dios cuyo auxilio enflaquece y debela a la rebelde chusma de nuestros adversarios [...]» (f.7r).

El *explicit* es:

«¡O Madre la más feliz y laudable de todas las mugeres! Tú has dado al mundo al Santo por esencia, cuya virtud santifica a los justos; escucha, pues, benigna nuestras humildes súplicas, y libranos de todos los peligros, como te lo pedimos en tu alabanza» (f.27v).

La traducción castellana de la primera parte (ff.1r-5r) aparece rehecha —y acompañada de la versión latina— en los primeros folios de la segunda (ff. 7r-20r).

El carácter de borrador de este trabajo es manifiesto: se ofrecen dos y hasta tres versiones latinas de un mismo pasaje, y suelen ir acompañadas de indicaciones marginales como la ya referida o de otras análogas: *vel sic*, *melior*, *ad sensum*; hay bastan-

tes tachaduras; en alguna ocasión, Juan de Cuenca titubea, y lo hace constar: «no le hallo significación más oportuna» (f.25r).

b) *Sapientissimi Emmanuelis Phile Mansionum Sanctissimae Deiparae Interpretatio* (ff.28r-37r).

Es la traducción latina de la *Metáfrasis* de Manuel Files.

*Incipit:*

*«Rec invicte tibi dignas de pectore grates  
Promimus, atque tibi Mater Virgo immaculata  
Jam canimus laudes ob palmam sanguine partam  
Qua sumus immunes damnis (sic), mortisque perennis.  
Ostentas siquidem non expugnabile sceptrum.  
Te sup[p]lex rogo magnis nos solve peric[u]lis»* (f. 28r).

Como puede verse, la traducción coincide puntualmente con la del trabajo anterior.

El último poema de la pieza va seguido del colofón: «*Finis Mansionum B.M.V. Sapientissimi Manuelis Phile*» (f.37r).

c) *Series Assumptionis B.M.V. ad esse Matrem Dei: Modo de rezar el oficio de la Assunción (sic) de María Sma. elegida para ser Madre de Dios* (ff. 38r-57r).

En esta tercera pieza se suceden nuevamente las traducciones latina y castellana, excepto en el último folio -57r-, en el que sólo aparece la versión latina, que va seguida de un espacio en blanco, reservado sin duda para la catellana.

El *incipit* es la salutación mariana que ya vimos en el trabajo anterior:

*Tibi, Virgo, aeternum consilium Gabriel revelans, ad te demissus loquitur: Ave inseminata terra; Ave non ardens Rubus; Ave fallens visum profunditas; Ave Pons validus in coelum deducens; Sublimis Scala Jacob vissa (sic); Ave Manna dulcis Divina hydria; Ave immanium dirarum solutio; Ave ab exilio Adae Revocatio. Dominus tecum»* (f. 38r).

Y a ella sigue el correspondiente texto castelano, en el que salta a la vista la gran libertad con que Juan de Cuenca traduce:

«A ti, o Virgen Sagrada, descendió de las celestiales esferas el soberano Arcángel Gabriel, para darte noticia de lo decretado en aquel eterno y divino consistorio; y, llegado a tu virginal presencia, con reverencia te saluda diciendo: Dios te salve, tierra virgen, donde jamás tocó la fea mancha del primer hombre; Dios te salve, Zarza, a quien la llama



de la culpa no quema; Dios te salve, Profundidad inmensa, que no puede sondear la humana vista; Dios te salve, Puente fortísima, por la cual pasan los que caminan al cielo; Altísima escala de los misteriosos sueños de Jacob; Dios te salve, Divina Hydria del maná más dulce; Dios te salve, solución de las tiranías de los demonios; Dios te salve, que revocas el destierro a los miserables hijos de Adán. El Señor es contigo» (ff.38v-39r).

Termina la pieza con el siguiente cántico a la Encarnación:

*«Hodie mysterium ab aeterno revelatur, et filius Deis filius hominis factus est, ut minus sumens maiora nobis impertiret [...]. Laetentur creaturae, exultetur natura, quia Archangelus Virgini Paventi loquitur, atque illud Ave dolores ejus omnes lenit qui per viscera misericordiae suae carnem humanam assumpsit. Gloria tibi, Deus noster»* (f.57r).

d) 25 mens[is]: An[n]untiatio SS. Deiparae (ff.57v-69r).

Es la traducción latina del oficio de la Anunciación, es decir, de la pieza número 4 del referido código R.I.19.

Desde el folio 58r hasta el final Juan de Cuenca ha dejado un espacio en blanco después de cada párrafo de su traducción latina. Los dos del folio 58r han sido utilizados por una mano distinta de la suya para añadir una nueva traducción latina de los dos respectivos pasajes. Todos los demás siguen en blanco; y nos preguntamos si el conque se los dejó para ofrecer otras posibles versiones latinas o bien para añadir la traducción castellana.

e) *Canon Paracleticus, [...] Opus Imperatoris Cyri Theodori Ducas Láscaris* (ff.69v-74v).

Es la traducción latina de la pieza quinta del R.I.19.

f) *Philothei Troparia, quae sunt Dialogus Sanctissimae Deiparae [...]* (ff.75r-79v).

Es la traducción latina de la sexta pieza del referido código del Acátistos.



## 20.— *Memorias a la Historia de la Música.*

Según carta de Juan de Cuenca a Campomanes, del 11 de agosto de 1786, la obra estaba terminada para esa fecha, si es que a ella se refiere cuando le anuncia que ya tiene «concluidos los Músicos»<sup>(97)</sup>. Pero quizá se tratara de la finalización de una determinada parte del trabajo, por cuanto justamente en la misma fecha del año siguiente le notifica al conde que no puede terminar dicha obra —suponemos que se trata de la misma— en El Escorial y que le devuelve los dos libros que le había prestado para su elaboración:

«Haviendo concluido ya por lo que respecta a lo que en esta Bibliotheca existe de manuscritos conducentes a las *Memorias a la Historia en quanto a la Música* y no poder proseguir esta obra aquí, me ha parecido devolver a V.S.I. el primero tomo de Don Pedro Cerone y el Meibomio<sup>(98)</sup>, los que me han servido muy mucho: no los hay en esta Bibliotheca [...]»<sup>(99)</sup>.

En carta del 31 de mayo del siguiente año 1788 le expone al conde su deseo de «pasar a Toledo y advertir y notar el canto muzárabe», pues con el conocimiento de éste podría «dar otro paso adelante en las *Memorias a la Historia de la Música*»<sup>(100)</sup>. Y

(97) FUE, AC 29/28.

(98) Debe de tratarse de *El Melopeo y Maestro. Tractado de mvsica theorica y pratica...*, Nápoles 1613, obra en 22 libros, de Pedro Cerone de Bérgamo, y de *Antiquae musicae auctores septem: Aristoxenus, Euclides, etc., graece et latine*, M. Meibomius restituit et notis explicavit, Amsterdam 1652, obra en dos tomos, de Marcos Meibom. Ni la obra del italiano ni la del alemán se encuentran en la biblioteca escurialense, en efecto.

(99) FUE, AC 48/121.

(100) FUE, AC 29/28.

el 19 de noviembre de ese mismo año le sugiere que, al pedirle permiso al prior para que él pueda desplazarse a Madrid, le exponga, entre otras razones, que ello es necesario «ya sea para componer el tratado de la Música, ya sea para pasar inmediatamente a Toledo»<sup>(101)</sup>. Todavía en carta fechada en Toledo a 3 de junio de 1794 le dice que ha visto a Su Eminencia, quien le «ha ofrecido manifestar sobre el asunto [...] lo que hay», asunto que él procurará «desempeñar del mejor modo» que pueda. No especifica de qué asunto se trata, pero entra luego en consideraciones sobre «el canto al que llaman eugeniano» y sobre la liturgia «que llaman muzárabe». Ello podría significar que aún no estaba ultimada su contribución a la Historia de la Música y que la terminación de ésta era tal vez el motivo de ese viaje a la «Imperial Ciudad», en la que «hay mucho que admirar de la venerable ancianidad, y mucho más que reflexionar, que se necesita mucho espacio»<sup>(102)</sup>. El tenor de estas últimas expresiones parece indicar que se trataba de su primera visita a Toledo, en cuyo caso habría que suponer que su trabajo sobre la música no estaba aún terminado, si es que lo relativo al canto mozárabe formaba realmente parte de aquél.

---

(101) Ibid.

(102) FUE, AC 48/112.

## 21.— *Historia Literaria de España.*

En los párrafos finales de la primera parte de nuestro trabajo, dedicada a la biografía de Juan de Cuenca, vimos cómo a comienzos del mes de noviembre del año 1787 Su Majestad le había concedido al monje jerónimo una «gracia» especial, gracia de tipo crematístico que, en minuta de carta del 15 de dicho mes y año, Campomanes —a quien el beneficiario de aquélla no consideraba ajeno a la concesión— relacionaba con «la continuación de la historia literaria» y de la que esperaba recibir en breve la comunicación oficial de la Secretaría de Hacienda.

Vimos, asimismo, otros pormenores que conviene tener presentes ahora: un año más tarde —el 13 de noviembre de 1788—, Juan de Cuenca no había recibido aún los papeles necesarios para poder retirar la cantidad que se le había asignado; en carta del 19 de dicho mes y año, él mismo puntualizaba que dichos papeles eran un documento para el cobro de su «pensión»; a los diez días, el tesorero mayor enviaba al conde copia del recibo en que el jerónimo daba fe de que se le había liquidado «su consignación» hasta finales de dicho mes, y apostillaba el tesorero que las órdenes que se habían cursado para que en lo sucesivo pudiera cobrar el P. Cuenca en el mismo San Lorenzo «por la renta de tавaco», quedaban anuladas, pues sería necesario, para que tal procedimiento resultara viable, que él —el conde— enviara semestralmente un oficio en el que declarara que aquél seguía trabajando en la obra que le había sido encomendada.

El recibo llevaba fecha del 30 de noviembre de 1788, y, según él, el importe de la pensión ascendía a 5.500 reales anuales; ésta había sido concedida por Real Orden de 15 de noviembre de 1787; y el motivo de la concesión era que el P. Cuenca estaba «trabajando [...] la *Historia Literaria de España*».



Aludíamos también entonces a la «licencia que dio la comunidad a el P. Fr. Juan de Cuenca para ceder a vna hermana suya doscientos ducados», licencia otorgada en el capítulo celebrado «en el Real Monasterio de San Lorenzo a cinco días del mes de Diciembre de mill settecientos y ochenta y siete años» y recogida por el secretario y archivero en los términos siguientes, al final del acta de dicho capítulo:

«Luego incontinentemente propuso su Reverendísima que el P. Fr. Juan de Cuenca pedía licencia a la comunidad para dar todos los años a vna hermana suya docientos ducados de los quinientos que el R[ey] N[uestro] S[eñor] le avía señalado; y todos se conformaron en que se le diese dicha licencia»<sup>(103)</sup>.

Adelantábamos allí que, por equivaler los 500 ducados a 5.500 reales, era harto improbable que la pensión mencionada en el capítulo de comunidad no fuera la misma que le había sido concedida para la elaboración de la *Historia Literaria de España*.

Como argumento en contra de esta identificación podría alegarse el hecho de que la licencia fuera concedida —y, lógicamente, solicitada— un año antes de que la pensión se le hiciera efectiva a Fr. Juan; pero a tal objeción podría responderse que el interesado ya sabía por entonces que la pensión le había sido otorgada y que, teniendo seguridad de que el cobro se efectuaría y pensando incluso que éste era inminente, se había adelantado a solicitar el citado permiso.

Si se trataba de la misma pensión, como parece seguro, la obra encargada al monje tenía que ser de cierta envergadura, pues la comunidad preveía que los 500 ducados seguirían llegando a manos de aquél durante algunos años.

En la referida minuta del 15 de noviembre de 1787, Campomanes hablaba de «la continuación de la historia literaria» por el P. Cuenca; pero no sabemos si se trataba de continuar una obra iniciada por otro o por él mismo.

Desconocemos, asimismo, si Juan de Cuenca llevó su empresa a feliz término. Deberemos suponer que elaboró la *Historia Literaria de España* o, al menos, parte de ella. Pero el hecho es que nuestros esfuerzos por encontrar siquiera algún borrador de la misma no se han visto coronados por el éxito. Tal vez quepa esperar que, cuando el archivo completo del conde de Campomanes se ponga a disposición de los investigadores, nos sea dado localizar lo que hasta ahora hemos buscado tan afanosamente como baldíamente.

---

(103) Véase el *Libro de los Actos Capitulares*, t. II, f. 326r-v.

## CLAVIS REGIA

Bibliothecae Regiae Escoria-  
lensis

Codicum Graecorum. Ms. ad  
primum Plutium pertinentium.



Pluteus et Codex primus

CLAVDIVS TOLOMAEVS



PLMVVS hujus Regalis Bibliothecae  
Codex, Claudij Ptolomaei Mathema-  
tici est, et cujus Synopsin hunc in modum facimus.

In prima Codicis fronte haec rubrica legi-  
tur, vulgari tamen caractere:

Κλαυδίου Πτολεμαίου μαθη-  
ματικῆς συντάξεως βιβλία τρισχάδε-  
κα, ὧν τα ἑξ μετὰ σχολίων. Claudij Pro-



22.– *Clavis Regiae Bibliothe[cae] Graecae Escorialens[is] Gracorum Manuscriptorum omnium in ea asservatorum arcana indicens thesaurosque demonstrans a F. Joanne Conchano monacho ini-bi expresse professo elaborata, notisque variis illustrata. Anno D[omini] MDCCLXXVII. Tom[us] Prim[us].*

Así reza la portada del tomo primero del monumental catálogo de manuscritos griegos de la biblioteca escorialense hecho por Juan de Cuenca. El catálogo comprende 22 tomos, distribuidos en 10 volúmenes, y se conserva manuscrito en la propia biblioteca, donde lleva la signatura H.II.3-20. Los cinco primeros volúmenes son copia en limpio, y borrador los restantes. A ellos hay que añadir tres volúmenes más, que encierran el borrador o la copia en limpio de parte de la catalogación contenida en los volúmenes anteriores. Son los volúmenes H.II.21 (antiguo H.IV.8), H.II.22 (antiguo H.IV.9) y K.I.24 (antiguo H.IV.7). El primero y tercero de estos tres volúmenes comprenden también otras obras de Juan de Cuenca, como ya hemos visto y veremos aún. El catálogo —que permanece inconcluso— fue elaborado entre los años 1764 y 1790. Como acabamos de ver, el tomo primero fue terminado en el año 1777, pero en un pasaje del ya citado prólogo al *Libro de nexos* leemos que el trabajo había comenzado en el 1764. En dicho pasaje —párrafo sexto del mencionado prólogo— Juan de Cuenca nos ofrece más datos acerca de la elaboración de esta enorme obra. Como tienen cierto interés, lo reproducimos:

«Con este obgeto<sup>(104)</sup> empecé el reñocimiento de los manuscritos

(104) El objeto era dar a conocer los tesoros de la biblioteca escorialense y volver, así, por el honor de la nación española.



griegos de esta Real Biblioteca del Escorial en el año de 1764, desde cuyo tiempo prosigo sin intermisión, y cada día con maior gusto, por saber que sirvo al público con el corto cornadillo de mi talento, habiéndome exercitado antes en la lección de las obras impresas, que podían instruirme perfectamente en el conocimiento de la lengua y erudición griega, en la traducción de algunas piezas inéditas, ya en latín, ya en castellano, en la copia de otras que, por raras o únicas en su línea y por lo desgastado de sus caracteres, estaban expuestas a que se perdiese hasta su misma memoria, y en formar para mi uso diferentes alfabetos griegos de letras y abreviaturas estrañas, desconocidas, y de que no se da idea ni en la *Paleografía* de Montfaucon<sup>(105)</sup>, ni en alguna otra de quantas Bibliotecas griegas se han publicado hasta ahora»<sup>(106)</sup>.

En la correspondencia que estamos usando se alude varias veces al catálogo. Así, en carta de Campomanes al P. Carlos de Arganda, fechada en Madrid a 13 de enero de 1781, la obra es calificada de «insigne», y el conde dice estar «pronto también a auxiliarla»<sup>(107)</sup> —sin duda, para la impresión—. En su *Noticia abreviada de las bibliotecas y manuscritos de España*, terminada el 25 de marzo de 1788, el propio conde, al tratar de la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial, menciona y elogia el catálogo del P. Cuenca: «Algunos bibliotecarios han dado catálogos diminutos y superficiales de sus códices griegos. El que está formando de ellos Fr. Juan de Cuenca, monje de aquella Casa y sujeto versadísimo en la Paleografía e inteligencia de la lengua griega, consta ya de diecisiete volúmenes en folio, y dará a conocer la preciosidad que encierra aquella Biblioteca en este ramo, siendo tan extensa en otros»<sup>(108)</sup>. Y en carta al P. Cuenca, del 26 de septiembre de 1790, lo anima a continuarlo «porque es obra que otro no podría desempeñar, y es preciso aprovechar el tiempo en ella»<sup>(109)</sup>.

Tanto Guillermo Antolín como Gregorio de Andrés puntualizan que las partes

(105) Se trata, obviamente, de la *Paleographia graeca* de Bernard de Montfaucon, publicada en París en el año 1708. En la portada del ejemplar escurialense de esta obra Juan de Cuenca escribió: *Fr. Joan Conchanus Monach. Hyeronimo escurialens. Ann. 1769*.

(106) Recordamos que el mencionado prólogo se encuentra en el expediente de Juan de Cuenca de la Academia de la Historia.

(107) FUE, AC 29/28.

(108) Página 116 del artículo de Justo GARCIA MORALES: *Un informe de Campomanes sobre las bibliotecas españolas*, publicado en la «RABM» (1968-1972) 91-126, en el que edita el texto íntegro de la *Noticia*, que ocupa las páginas 107-126.

En realidad, para la fecha en que Campomanes terminaba su *Noticia*, eran ya 20 los volúmenes del catálogo que el P. Cuenca tenía acabados (Véase G. de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos de... El Escorial*, t. III, p. 253).

(109) FUE, AC 29/28.

del catálogo conservadas en borrador son autógrafas<sup>(110)</sup>; pero nada dicen de lo pasado a limpio. Da la impresión, por ello, de que las consideran de otra mano. Sin embargo, comparando la letra de los códices escurialenses J.III.17 y Z.IV.6 –tenidos por autógrafos del P. Cuenca por Zarco Cuevas<sup>(111)</sup> y Gregorio de Andrés<sup>(112)</sup> respectivamente– con las partes en limpio del catálogo, no parece claro que éstas sean necesariamente de distinta mano; es más, habría que inclinarse positivamente a creer que también son autógrafas.

El catálogo es cumplidamente descrito por Charles Graux<sup>(113)</sup>, Alejo Revilla<sup>(114)</sup> y, sobre todo, Gregorio de Andrés<sup>(115)</sup>. La presentación que Alejo Revilla hace de él nos parece muy exacta: «Las descripciones del P. Cuenca son sumamente prolijas. Para cada uno de los mss. analiza primero su contenido; da una nota biográfica de sus autores; transcribe los títulos, el *incipit* y *desinit* de sus obras; hace amplios extractos de las que suponía inéditas o menos conocidas, vertiéndolo todo al latín; y al fin da la descripción externa del ms. respectivo»<sup>(116)</sup>. Lo que el P. Revilla echa de menos en el catálogo, comparándolo con el hecho por Iriarte para los códices griegos de la Biblioteca Nacional de Madrid, es «la exactitud paleográfica, que en el P. Cuenca deja mucho que desear», y también «la riqueza bibliográfica»<sup>(117)</sup>. El juicio que a Concepción Hernando le merece el catálogo, es muy positivo: «El trabajo del infatigable monje [...] fue sin lugar a duda exhaustivo. Describe los códices minuciosamente folio por folio; indica su contenido, y señala suscripciones, dedicatorias y manos de escribas que conoce perfectamente. Hace anotaciones de carácter paleográfico y de crítica textual [...]. Apostilla también el contenido»<sup>(118)</sup>. Y más adelante escribe cómo los de fuera sabían apreciar el catálogo más que los de dentro: «Los catalogadores extranjeros que acudieron en el siglo XIX a nuestras bibliotecas supieron apreciar el trabajo de nuestro P. Cuenca que menospreciaban hasta sus mismos superiores»<sup>(119)</sup>. No obstante, comparando el catálogo de Cuenca con el posterior de Miller –inspirado en aquél y publicado en el año 1848–, entiende que «media un abismo entre el esquemático ri-

---

(110) Véanse sus respectivas obras: *La Real Biblioteca de El Escorial. Discursos leídos...*, p. 91, y *Catálogo de los Códices Griegos... de El Escorial*, t. III, pp. 247-254 y 257.

(111) Véase su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos...*, t. II, p. 121.

(112) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de...* *El Escorial*, t. III, p. 258.

(113) Véase su *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escorial*, pp. XIX-XXI.

(114) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de...* *El Escorial*, t. I, pp. CXXIVs.

(115) Véase su *Catálogo de los Códices Griegos de...* *El Escorial*, t. III, pp. 247-254 y 257.

(116) O. c., pp. CXXIVs.

(117) *Ibid.*, p. CXXV.

(118) Véase su o. c., p. 304.

(119) *Ibid.*, p. 305.



gor del francés y la anárquica prolijidad del español»<sup>(120)</sup>. Luego, da por sentada –en contra de la opinión de Alejo Revilla– la «pericia como paleógrafo» del monje jerónimo<sup>(121)</sup>.

A pesar del interés de Campomanes por editar el «insigne catálogo de esa célebre biblioteca»<sup>(122)</sup>, éste nunca vio la luz. En cualquier caso, el catálogo de manuscritos griegos es la obra de más envergadura de Juan de Cuenca.

---

(120) *Ibíd.*

(121) *Ibíd.*, p. 306.

(122) Véase la carta de Campomanes al P. Arganda del 13 de enero de 1781 (FUE, AC 29/28), reproducida por L. Gil en su o. c., pp. 182s.



### 23.- *Gramática de la Lengua Griega.*

Ya queda dicho que se trata de una obra impresa —cuya portada transcribimos en su lugar— y que sus dos tomos aparecieron sucesivamente en los años 1789 y 1790. El tomo primero consta de XVI + 583 páginas, y de XX (no numeradas) + 479 el segundo. Las dimensiones del formato y caja de escritura son respectivamente 23 × 17 y 15 × 9 cm. En la biblioteca escurialense hemos visto cuatro ejemplares. Tres de ellos tienen las susodichas dimensiones y están lujosamente encuadernados. La encuadernación del cuarto es escurialense, y el formato del mismo ha pasado —por obra y gracia de la cizalla del encuadernador— de 23×17 a 20×14.

El tomo primero estaba terminado para el 28 de abril de 1786, fecha en que fue entregado a la Real Academia de la Historia para su revisión. Se encargaron de ésta los señores Ortega y Ayala, los cuales dieron el visto bueno por entender que «el autor [...] establece la doctrina y reglas más conformes y propias para desentrañar el artificio de este idioma». Amén de aceptar el veredicto, la Academia autorizó a Juan de Cuenca a usar en la portada el título de Académico, como antes indicamos<sup>(123)</sup>.

El borrador de la aprobación de la *Gramática* de Juan de Cuenca y de la autorización para usar en ella el título de Académico, se encuentra en el expediente del monje, archivado —como queda dicho— en la propia Institución. Es de mano del entonces secretario perpetuo Don José Miguel de Florez, y no puede ser más elogioso. Dice así:

«Certifico que haviéndose reconocido de orden de la Academia por dos

---

(123) Para lo dicho en este párrafo véase L. GIL, o. c., p. 103, nota 25.

de sus individuos la *Gramática Griega* escrita por el R. P. Fr. Juan de Cuenca, del orden de San Gerónimo, Académico correspondiente, e informado en la Junta de veinte y ocho del presente que el autor desempeña los puntos que se propone y establece la doctrina y reglas más conformes y propias para desentrañar el artificio de este idioma, la Academia se conformó con este dictamen y, pareciéndole ser obra mui digna para la inteligencia del idioma griego y la instrucción nacional, concedió licencia al referido P. Fr. Juan de Cuenca para que en su publicación pueda usar el título de Académico. Y para que conste doy la presente en Madrid a treinta y uno de Julio de mil setecientos ochenta y seis».

En el otoño del año 1789 Campomanes hizo, para la «Gaceta», una elogiosa reseña del primer tomo de esta gramática de Cuenca, reseña de la que reproducimos el último párrafo:

«El autor ha procurado demostrar con ejemplos su doctrina y autorizarla con pasajes de los mejores escritores, observándose las anomalías y excepciones con diligencia y la variedad de los dialectos, de suerte que así los maestros como los discípulos tengan toda la doctrina necesaria de los rudimentos y conocimientos que deben preceder a la sintaxis, ortografía, prosodia, métrica y ejercitaciones gramaticales que ha de comprender el segundo o último tomo de esta gramática, que se halla próximo a imprimir y podrá estar publicado para cuando los aficionados hayan estudiado el primero. El precio de este primer volumen que consta de 583 páginas es de veinte reales en papel. La encuadernación será la que elija el comprador (rústica, pergamino, o pasta). Se hallará en la librería de Dn. Antonio Sancha a la Aduana Vieja»<sup>(124)</sup>.

También el *Memorial Literario* anunció, en ese mismo otoño, la publicación de la *Gramática*. Lo hizo en forma de reseña meramente descriptiva y no firmada, que llena tres páginas<sup>(125)</sup>. Su comienzo está dedicado a consideraciones de tipo general sobre la importancia de las lenguas orientales y sobre los altibajos que su estudio ha conocido en nuestro país. Se hace luego referencia a algunas buenas gramáticas griegas escritas por españoles y apreciadas por «las Naciones cultas», y se pasa seguidamente a la de nuestro jerónimo:

(124) FUE, AC 29/28 (L. Gil reproduce la reseña en el apéndice de su o. c., p. 190).

(125) Véase el *Memorial Literario*, t. XVIII (no t. X, como leemos en la utilísima *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII* —de Francisco AGUILAR PIÑAL—, t. II, Madrid 1983, p. 714), Octubre 1789, pp. 298-301.



«El M[aestro] Cuenca, deseoso de que los que se dedican á la lengua Griega tengan una Gramática mas completa que las que hasta aqui se han dado, y que los discípulos y maestros, logren toda la doctrina y preceptos conducentes á una cabal instrucción en este idioma, teniendo presentes los Codices Griegos, que con tanta abundancia se hallan en la Real Biblioteca de S. Lorenzo, formó la que anunciamos: en su prólogo dice haberse aprovechado de varios Gramáticos antiguos[...].»

Tras enumerar una veintena de dichos gramáticos, expone finalmente cuáles son los principales puntos desarrollados en ese primer tomo, pero no emite juicio alguno acerca de la valía de la obra.

De muy distinto talante es la reseña que de dicho primer tomo hizo —con el pesudónimo de Antheo Mantuano<sup>(126)</sup>— el catedrático de griego de los Reales Estudios de San Isidro, don Casimiro Flórez Canseco (1744-1816), bajo el título de *Carta de Antheo Mantuano al maestro Fr. Juan de Cuenca, del orden de S. Gerónimo, &c., &c., &c., en que se hacen ver algunos de los innumerables errores que contiene su primer tomo de Gramática Griega. Con licencia. En la imprenta real de Madrid, 1791.*

Se trata —en palabras de Luis Gil— de «la más feroz y genial de las reseñas científicas escritas en castellano»<sup>(127)</sup>, en la que «causticidad de ingenio, acumen crítico, rigor científico y galana pluma se conjugan con tan buen tino y acierto, que el pobre autor queda, cual el asno de la fábula, reducido a ignorante o mentecato, una vez despojado de su capa de helenista»<sup>(128)</sup>; y le parece muy fundada la hipótesis de que «la crítica de Antheo Mantuano no sólo era lo que pretendía ser, un ataque frontal a Cuenca, sino también un golpe bajo asestado al prestigio político y científico de su mecenas»<sup>(129)</sup>, el Conde de Campomanes. El propio Luis Gil considera «probable que con motivo de la revisión del manuscrito [de la *Paleografía Griega* del P. Cuenca] se produjeran ciertos roces entre el fraile laurentino y don Casimiro Flórez Canseco»<sup>(130)</sup>. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que se trata de una reseña despiadada, inmisericorde y sarcástica, impropia —a nuestro entender— de un distinguido catedrático. Quizá él mismo estimara que se había pasado en la forma, y tal vez por ello prefiriera firmarla con un pseudónimo. Lo que sí parece claro es que, en lo tocante al fon-

---

(126) Véase M. MENENDEZ Y PELAYO, *Bibliografía de Traductores Españoles*, t. II, p. 68; y C. HERNANDO, o. c., p. 319.

(127) Véase su o. c., p. 110.

(128) *Ibid.*, p. 110.

(129) *Ibid.*, pp. 113s.

(130) *Ibid.*, p. 99.



do, las críticas de Flórez Canseco eran absolutamente pertinentes. Con ellas vienen a coincidir las que hace —como veremos más adelante— el catedrático de griego de El Escorial y hermano de hábito de Juan de Cuenca, el P. Fr. Juan de Soto. Y para la Dra. Hernando, «la oscuridad de las explicaciones, la inexactitud de los ejemplos, las reiteraciones, dan una pobre idea del trabajo del padre Cuenca, que no consigue paliar ni el abstruso castellano de su prosa ni su ininteligible terminología escolástica»<sup>(131)</sup>. La crítica de la Dra. Hernando es más implacable aún a propósito del tomo segundo, consagrado a la sintaxis: «contiene tal galimatías de cosas heterogéneas, tal cantidad de errores y disparates a lo largo de sus 479 páginas, que nos hacen plantearnos seriamente si el padre Cuenca cuando la compuso estaba en sus cabales»<sup>(132)</sup>.

Francamente esta hipótesis final nos parece de todo punto inverosímil: si el P. Cuenca no estaba en sus cabales, ¿no lo hubieran advertido sus superiores y protectores, que nunca le hubiesen permitido sacar a la luz dicho tomo? Repetimos, no obstante, que las críticas a la gramática de Cuenca parecen, en sí, muy fundadas. Hasta nuestros personales conocimientos del griego —que en su día alcanzaron un nivel aceptable, pero que cada vez son más menguados, por haberlos dejado totalmente de lado— nos permiten calibrar la magnitud de los abundantes errores de que adolece la obra del monje laurentino. Lo que juzgamos menos correcto es el tenor de tales críticas, particularmente el de las formuladas por Flórez Canseco en su *Carta*. Lo sarcástico y descortés de ésta —no exento de algunas notas de humor— hubo de ser lo que motivó el secuestro de toda su edición<sup>(133)</sup>, convirtiéndose así el librito en una rarísima joya bibliográfica. De ella vamos a ocuparnos brevemente, por entender que nos ayudará a comprender luego mejor las deficiencias de la *Syntaxis de la Gramática Árábica*.

Como hiciera la Dra. Hernando<sup>(134)</sup>, también nosotros utilizamos el ejemplar impreso de la *Carta* existente en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense<sup>(135)</sup>, aunque nosotros no nos hemos servido del ejemplar mismo, sino de una xerocopia. También hemos utilizado una copia manuscrita que se encuentra en la Biblioteca de El Escorial (signatura I.III.14) y que va firmada y rubricada por «Soto», que no puede ser sino el mencionado P. Fr. Juan de Soto, como lo delata la caligrafía, muy cuidada por cierto<sup>(136)</sup>.

(131) Véase su o. c., p. 141.

(132) *Ibíd.*, p. 147.

(133) Cf. C. HERNANDO, o. c., p. 139; y L. GIL, o. c., p. 119.

(134) Cf. su o. c., p. 141.

(135) Lleva la signatura: «48.An.9». En el Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, caja 5557, legajo 104, se encuentra otro ejemplar impreso; hemos sabido de su existencia cuando nuestro trabajo estaba prácticamente terminado, y, consiguientemente, no lo hemos utilizado.

(136) En el mismo legajo de la nota precedente se conserva el original manuscrito de Flórez Canseco. Por la razón alegada en dicha nota, tampoco hemos podido servirnos de él.

La coincidencia entre el manuscrito de Soto y la edición no es total. La puntuación de ésta es más moderna que la de aquél, aunque son muchos los casos en que usa signos de admiración donde eran de esperar los de interrogación. La edición va dividida en siete grandes capítulos, indicados con el signo §, numerados y provistos de los correspondientes epígrafes; asimismo, va repartida en 115 párrafos, igualmente numerados. Pero hay diferencias de mayor entidad, relativas al texto mismo. Aunque no hemos hecho una colación sistemática entre edición y manuscrito, sí hemos constatado —y así se verá más adelante— que son varios los pasajes del texto manuscrito que faltan en la edición o que figuran en ella con notorias variantes. De todo ello deducimos que Juan de Soto no copió de la edición.

En las citas remitiremos sistemáticamente tanto a la edición como al ejemplar manuscrito, aunque el texto que reproduciremos será —mientras no se indique lo contrario— el de la edición, cuya ortografía respetaremos.

Recordamos que el título completo de la reseña de Antheo Mantuano (= Casimiro Flórez Canseco) es: *Carta de Antheo Mantuano al Maestro Fr. Juan de Cuenca, del Orden de San Gerónimo, &c., &c., &c., en que se hacen ver algunos de los innumerables errores que contiene su primer tomo de Gramática Griega.*

Comienza Antheo exponiendo qué esperaba él de la *Gramática*:

«Mi P. Fr. Cuenca: Quando llegó á mi noticia que habia salido á luz un tomo en quarto grande y abultado de *Gramática Griega*, y que siendo tomo primero, era de esperar se le susiguiesen otro u otros, me persuadí á que su Autor habria recogido en él con tino y discernimiento lo mejor que se encuentra en las innumerables Gramáticas y métodos Griegos que se han publicado de más de dos siglos y medio á esta parte en casi todas las Naciones, aprovechándose principalmente de aquellos escritos gramaticales que salieron á luz despues que el célebre Sanchez, el primer Gramático Filósofo, y casi el único, escribió sus admirables obras» (ed., p. 1/ms., f. 2r).

Pero, sin hacerse esperar, manifiesta de inmediato su enorme desencanto ante la obra:

«Creía, pues, yo, mi querido Fr. Juan, que de todos estos excelentes libros, y de otros que yo sé, después de haberlos convertido en carne y sangre, como suele decirse, se habria valido V.P. para darnos esos dos, tres ú ocho tomazos de *Gramática Griega*. Pero ¡pobre de mí! quedé atónito al leer las primeras planas que la casualidad me puso delante: y vi con asombro, que V.P. no solo pretende alimentarnos con las rancisi-



mas y olvidadas bellotas de antaño, sino que las ha revuelto entre tanta basura é inmundicia, que por dulcísimas que fuesen, no podrian tragárlas ni aun mirarlas sin asco los mismo hijos de aquel Dios, á quien el picaron de Aristóphanes llama mas de una vez [...] *scatophagos*, que son los hombres de mas robusto estómago. Ello es, mi P. Fr. Juan, que si un hombre formase el loco proyecto de escribir un libro para acreditarse de ignorante, no era necesario mas que escribirlo como está escrita esta *Gramática*. Nadie creerá que su Autor sabe Griego, ni Latin, ni aun Castellano. Mis pruebas han de ser tales, que ni los mas apasionados de V.P. han de dudar un momento en darme la razon. Escogeré aquellos pasages en que para juzgar de ellos cualquiera con acierto, le baste conocer las letras griegas, y saber algo de cualquier Gramática; porque lo demás seria escribir un libro con nombre de carta. Saltan á borbotones los yerros, aun en aquellas cosas en que al parecer nadie podia errar: por exemplo, ¿habia mas que copiar el alphabeto, como está en tantas Gramáticas, declinar á *musa*, y demás nombres como ellas los declinan, y añadir aquellas cortas observaciones que todos ponen para facilitar el arte de declinar? Ciertamente no habia mas que hacer; y todo esto está ya excelentemente executado en Latin, en Español, en Frances, en Italiano, hasta en Aleman; bien que con esta lengua me sucede á mí lo que á V.R. con la Griega. Y en cosas tan claras y obvias, ¿es posible, dirá V.P. con risa, que haya yo errado? ¿Yo que me he metido de rondón á Maestro de una Nacion entera? No hay duda, P. Fr. Juan: y ahí está su libro, que no me dexará mentir» (pp. 5-8 / f. 3r-v).

Acto seguido se ocupa del análisis del alfabeto, donde efectivamente detecta ya algún error, que trata de justificar –no sin ironía– en los términos siguientes:

«Bien puede ser que esta sea noticia sacada de algun manuscrito de tantos como V.P. tiene metidos en la cabeza: con todo puede decir á esos manuscritos sin la zozobra de una justa retractacion, que no saben lo que se dicen; pues la *alpha*, como V.R. la escribe en el alphabeto [...], vale y ha valido uno; y la misma alpha con un punto debaxo [...], vale mil» (pp. 8s / f. 4r).

No es ésta la única vez que el autor de la *Carta* ironiza sobre los manuscritos. A propósito de la letra iota escribe:

«Digo, pues, Padre mio, que tiene V.R. razon sobradissima, porque aunque yo no he tenido la dicha de ver esos antiguos MSS., veo no obs-

tante, que hasta en los libros impressos en este mismo año de 1789 se encuentra la iota puesta al lado de las mismas letras» (ff. 12v-13r)<sup>(137)</sup>.

Volviendo al alfabeto, éste le da pie a Antheo para lanzarle a Juan de Cuenca un ataque tan frontal como el siguiente:

«Me parece que no ha habido mas razon para todo este trastorno, que un desordenado apetito de parecer ingenioso, y hombre de provecho, presentando un alphabeto con alguna novedad aparente; de modo que se viesen á su lado algunas garambaynas que no se hallaban en aquel mismo lugar en otros libros de esta especie, y con esto deslumbrar a los ignorantes. Si V.P. se hubiera contentado con dexar al alphabeto como está en otras Gramáticas, aunque sean Españolas, no habria caido en estas necesidades» (pp. 12s. / f.5).

Y, dirigiéndose a los lectores, todavía añade a propósito del alfabeto:

«Pero ¿para qué he de molestar por mas tiempo vuestra atencion, refiriendo por menor las necias y arbitrarias novedades que ha introducido entre nosotros la impericia de este atolondrado Escritor?» (pp. 25s. / f. 8r).

Estima, después, que el P. Cuenca lleva su penitencia en el mismo pecado de haber escrito tal *Gramática*:

«Bástale, y aun le sobra, al P. Cuenca, en pena de sus delirios y sandeces gramaticales, ser Autor de su Gramática. Lleve ésta perpetuamente su nombre; y prohibimos baxo la pena de doce mil drachmas que se la dexe anónima, ó se la ponga otro nombre que el de su verdadero Autor: é imponemos perpetuo silencio á las partes querellantes; porque ninguno de los agravios de que se quejan son hijos de la malicia, sino de una ignorancia invencible» (pp. 28s. / f. 9r).

También sobre la pronunciación de las letras griegas serían muchos los reparos que, en opinión del autor de la *Carta*, podrían ponerse a Juan de Cuenca:

«Sería nunca acabar, Padro mio, si hubiese de pararme á referir todas las preciosidades, ni vistas ni oidas, que se encuentran en esta grande *Gramática* quando se trata de la pronunciación de las letras» (p. 32 / f. 10r).

---

(137) Este pasaje está tomado de un párrafo del manuscrito que falta íntegramente en la edición.



Otra de las debilidades de Juan de Cuenca eran las repeticiones:

«V.R. tiene la loable costumbre de repetir una misma cosa en dos, tres y quatro partes diferentes» (p. 43 / f. 13r).

Sobre ellas vuelve, más indignado, al tratar de las declinaciones:

«¿Pueden sufrirse, Fr. Juan, estas fastidiosas repeticiones, frecuentísimas en esta *Gramática*» (p. 77 / f. 22r).

La indignación ya se había manifestado violentamente antes, cuando Antheo llegó a arrojar de sus manos la *Gramática* por culpa de un «dislate» que leyó en ella acerca del vocativo:

«En la pág. 14, lin. 10, se dice: Los Griegos carecen de vocativo. Al leer esto, P. Fr. Juan, arrojé el libro con indignación, y con ánimo de no volverle a tomar en la mano. Me salí de casa á que me diese el ayre, sin acabar de persuadirme á que se hubiese escrito tamaño dislate; y antes bien seria esto efecto de mi atolondramiento, teniendo la cabeza ya bastante caliente con lo que he notado y dexado de notar en las planas anteriores. Al cabo volví á leer, y hallé que decia lo mismo; con lo que me confirmé en que hay gentes que adolecen de modorra habitual» (pp. 64s. / f. 18v).

La alusión a dislates, errores, disparates, etc., es frecuentísima:

«La plana 9 es un pasmo, P. Fr. Juan. Por el nombre que me he puesto, que desde que el mundo es mundo no se han escrito 30 lineas mas graciosas, no; pero en que mas unidos, mas enlazados, y mas sin interrupcion vayan los disparates, bien se puede decir» (p. 48 / f. 14r).

No es menos categórico en el pasaje siguiente:

«Podeis, mi P. Fr. Juan, desafiar a todo el mundo á decir muchos disparates en pocas palabras» (p. 95 / f. 26v).

Más adelante repite lo mismo:

«Y bien, P. Fr. Juan, ¡pueden expresarse en menos palabras mas disparates!» (p. 141 / f. 38r).

Y sobre ello vuelve con cierto humor:

«Y he aquí, Fr. Juan, un montón de dislates mas enlazados y unidos que los mismos verbos contractos» (p. 156 / f. 42v).

Citemos un último pasaje de idéntico corte:

«Vos, Fr. Juan, quisisteis explicarlo para decir tantos disparates como palabras» (p. 197 / f. 53v).

Otras veces prefiere calificar de simplezas los asertos del P. Cuenca. Así, al analizar lo referente al adjetivo, le dice:

«¡No veis, Fr. Juan, lo que me habeis hecho hablar para poner en claro vuestras simplezas!» (p. 113 / f. 30v).

Y a propósito del adverbio:

«Que porque se deriva del verbo por esso se llama adverbio es otra simpleza, Fr. Juan, propia de vuestra cholla, y dexarán ya de llamarse adverbios todos los que se derivan de nombres y de otras partes de la oración que no son verbos» (f. 52r)<sup>(138)</sup>.

Son varios los casos en que Antheo llega a comparar a Fr. Juan con un crío. Así, a propósito de la pronunciación le dice:

«Es menester no haber cumplido los siete años para hacer uso de semejantes pruebas» (p. 47 / f. 14r).

Y a propósito de la declinación:

«Me avergüenzo, Fr. Juan, de tener que hablar de estas necedades, en que no caerían los niños» (p. 80 / f. 22v).

Y un poco más adelante, sobre el mismo tema:

«Estas son cosas que saben nuestros niños muy bien en los quince primeros días que asisten a la cátedra de Griego» (pp. 89s. / f. 25r).

También a propósito del nombre patronímico:

«¿Por qué no pedisteis á un niño el Arte de Nebrixa, y habríais definido bien el patronímico?» (p. 121 / f. 32v).

Y con motivo de la confusión entre el pronombre masculino y el neutro:

«Vea V.P. si diria mas algun chicuelo atolondrado» (p. 150 / f. 40v).

También a propósito de la formación de la voz media:

«Es menester, Fr. Juan, no haber llegado a la edad de discreción para escribir así» (p. 185 / f. 50v).

(138) Este pasaje falta en la edición. En el manuscrito no lleva ninguna coma.



En ocasiones, los desaciertos le producen risa, a pesar del mal humor:

«Confieso, Fr. Juan mio, que no pude contener la risa al leer esta traduccion, no obstante de estar de malísimo humor con la lectura de vuestro libro. Yo que estoy hecho desde muy joven á oírlo traducir bien á otros de mi edad, aun á aquellos que eran mas atolondrados, y de menos alcances, ¡cómo no me había de reír al leer tanto disparate dicho por un barbado y presumido Escritor!» (pp. 193s. / f. 52v).

En otros casos, entiende que Fr. Juan debía de estar soñando:

«¿No es esto una escoba desatada, Fr. Juan mio? ¿Lo escribisteis soñando, y en la fuerza de algun causon?» (p. 118 / f. 32r).

O ve en él una modorra progresiva:

«Comenzasteis á dormir desde el principio de esta obra, y os habeis ido amodorrando progresivamente» (p. 186 / f. 50v).

O una alucinación:

«¡Qué alucinamiento<sup>(139)</sup>, P. Fr. Juan!» (p. 121 / f. 32v).

La falta de claridad sería otro de los fallos de Juan de Cuenca:

«Gran habilidad teneis, mi P. Fr. Juan, para confundir y embrollar. Se está hablando de la formación del genitivo de singular, y sin encomendaros á Dios, y como si fuera una misma cosa, pasais a decir: *Ysus acusativos etc.*» (p. 90 / f. 25r).

Y vuelve sobre ello, esta vez más categóricamente:

«Decid, Fr. Juan, ¡en vista de esto no se os puede llamar á boca llena un miserable embrollador! ¡No veis cómo mezclais las contracciones que son propias de los Atenienses, y se han recibido en la lengua comun, con la lengua Eólica y Jónica, y aun confundís estos dos dialectos entre sí!» (p. 94 / f. 26r).

Y todavía:

«Porque ello es, mi P. Fr. Juan, que hay las tales reglas, y se encuentran en nuestros libros comprendidas en la tercera parte menos de papel que gasta V.P. para no decir nada, y disparatar mucho» (pp. 114s. / f. 31r).

(139) El manuscrito escribe esta palabra con hache.

Y no se recata en aplicarle calificativos tan despectivos como los siguientes:

«V.P. se ha metido no sé si á Filósofo cultiparlista, ó á Filósofo papanatas<sup>(140)</sup>» (p. 129 / f. 34v).

O lo califica de loco, sin ambages ni rodeos:

«Estais loco, Fr. Juan» (f. 50v)<sup>(141)</sup>.

Algunos ataques parecen tan inoportunos como infundados. Tal es el caso del siguiente:

«¿Es posible que V.R. no haya leído siquiera el Evangelio de S. Lucas hasta el cap. 10, v. 3, donde se halla este acusativo [...]» (p. 109 / f. 30r).

O de este otro:

«Pero supongo que V.P. no ha leído ningún Español, y ha hecho muy bien, si había de entenderlos al revés, y hacerlos decir gazafatones [...]. Además de que si es verdadero el adagio que dice: *Piensa el ladrón, etc.*, V.R. desde ahora para en adelante debe persuadirse á que todos estos Españoles, aunque se metieron á Escritores, no sabían ni una palabra, y no hay mas que meterse la mano en su pecho» (pp. 102s. / f. 28r).

A veces Antheo parece recrearse morbosamente en la crítica:

«Después de este miserable farrago, que ocupa 13 líneas en esta *Gramática*, nada se nos enseña, sino algunos disparates de bulto. Oiga V.P. para su confusión y gusto mío con quanta claridad y precisión ha enseñado á contraer estos nombres un Español» (p. 101 / f. 27v).

En otros casos, uno se pregunta a qué vienen ciertos calificativos de Antheo, que no pueden entenderse sino en sentido jocoso:

«Sois un santo, Fr. Juan: ¿es lo mismo *inducir* que *introducir* en Castellano?» (p. 75 / f. 21v).

Antheo dice silenciar muchos fallos, sea por no parecer demasiado meticoloso:

«Había<sup>(142)</sup> otros mil reparitos que hacer; pero no quiero que se me tenga por nimiamente escrupuloso» (p. 75 / f. 21v).

(140) En la edición sólo figura la 'p', seguida de siete puntos suspensivos: p.....

(141) Falta en la edición, que en lugar de esto dice: «¿Qué es esto, Fr. Juan?» (p. 186).

(142) El ms. escribe «Arvia», que habría que leer «Avria» (= Habría).



Sea por no molestar:

«Hay otras quantas necedades sobre esta quarta declinacion, que omito por no ser molesto» (pp. 83s. / f. 23v).

O bien por no extenderse demasiado:

«¡Válgame Dios, P. Fr. Juan, y que de necedades originales encuentro en el capítulo que habla de los posesivos! En esto solo hay materiales suficientes para escribir una carta de un tamaño razonable si me entrá-ra á examinar por menor cada cosa; pero no quiero hablar sino de una ú otra grosería» (pp. 127s. / f. 34v).

Para Antheo, el autor de la *Gramática Griega* es un perfecto ignorante. Así lo manifiesta en el pasaje siguiente:

«¡Veis cómo todo lo estropeais por vuestra ignorancia incomparable!» (p. 122 / f. 33r).

O en este otro:

«Vuestra sin par ignorancia, Fr. Juan mio, ha tendido las velas en el tratado de las partes indeclinables. Se enseña de manera esta parte de la oracion, que ella solo basta para desacreditar vuestro libro. No es menester saber Griego para conocer vuestros dislates. Desde la definición del adverbio comenzais á tontear» (p. 190 / f. 52r).

Su ignorancia se extendería también al latín, que sólo entendería a medias, como el Zotes de Campazas:

«Estos es cabalmente lo que dice Antesignano. Cotéjese la regla de este Gramático con la traducción que de ella hace V.P., y se verá que le habeis hecho decir groseros disparates, y que apenas entendeis su Latin á media rienda<sup>(143)</sup>, como es fama que entendia Fr. Gerundio el Breviario» (p. 143 / f. 38v).

Más o menos como el griego:

«Mirad, Fr. Juan, si se pueden decir mas sandeces, y si podeis dar pruebas menos equívocas de que sabeis tanto Latin como Griego» (p. 202 / f. 55r).

Según Antheo, Juan de Cuenca no sabía ni copiar:

(143) Lo que sigue de la cita falta en la edición.

«Es un dolor, Fr. Juan, que siquiera no se hayan sabido copiar las palabras Griegas con exactitud, y decir en Castellano lo que está bien dicho en Latin allí mismo» (p. 156 / f. 42v).

Y un poco más adelante:

«Me conformaría con esta necia respuesta, P. Fr. Juan, por no lidiar con vos y con vuestro libro, si hubierais sabido copiar á Antesignano; porque al fin este no enseña disparates: está sí confunsísimo en esta parte; pero yo le entiendo, y V.P. no le ha entendido» (p. 163 / f. 44v).

Después de analizar los distintos puntos de la *Gramática Griega* y de desgranar las lindezas que acabamos de reproducir y otras que omitimos, Antheo da su veredicto final sobre aquélla:

«De todo lo dicho quiero que inferais, bobas mías, decia nuestro ingenioso hidalgo á su ama y su sobrina, que se metian sin entenderlo en sus libros y caballerias. De todo lo dicho, y de muchísimo mas que he dexado por decir, quiero yo también que inferais vos, Fr. Juan mio<sup>(144)</sup>, que vuestro libro es el mas disparatado que se ha escrito desde que se escriben libros, y que hareis un señalado servicio á vuestra patria y á vos mismo, si le tratais como los padres honrados suelen tratar á los hijos pervertidos é incorregibles, que procuran ponerlos donde no los vea el sol, privándolos de todo trato y comunicacion» (pp. 206s. / f. 56r y 56v).

Y para refrendar su veredicto, pide que se recurra a jueces de países extranjeros:

«Si no me quereis creer, Fr. Juan, buscad jueces en Londres, y vereis con quanta libertad y candor exponen su sentir, y señalan los torpísimos errores de vuestro libro. Buscadlos en Alemania [...]. Dad un salto á Roma, si esta gente no os gusta, y hallareis que piensan aquí de vuestra *Gramática* de la misma manera que en Londres y en Alemania» (p. 207 / f. 56r).

Se compromete, incluso, a comparecer ante un tribunal renunciando a mencionar los errores que ha señalado en su *Carta* y contentándose con enumerar los que ha silenciado. Todo ello a condición de que Juan de Cuenca se comprometa, a su vez, a quemar su *Gramática* si es vencido en el debate:

---

(144) El ms. añade aquí: «(bobo)».



«Nómbrense<sup>(145)</sup> si no jueces, Fr. Juan, que Antheo se humillará, é irá armado con vuestro libro donde querais, y os ofrece no tomar en la boca ninguno de los errores de que habla su carta. La acusacion se ha de componer de nuevos cargos tan feos como los que se han notado; pero me habeis de dar palabra de que si logro convencer, como espero, á vuestros jueces, habeis de entregar a las llamas con vuestras mismas manos esta desatinada *Gramática*» (pp. 207s. / ff. 56v. - 57r).

Se extraña luego de que en pleno siglo de las luces sea editada una obra tan poco recomendable:

«¡Pero quién habia de preveer ni esperar que en un siglo de luces, en una Nacion en que se anima, se protega a los estudiosos, y se premian las letras, y en que se cuida de escoger lo mejor para la enseñanza de la juventud, habia de salir un libro tan miserable!» (p. 209 / f. 57r).

Para Antheo la extrañeza es tanto mayor cuanto que había otras gramáticas buenas que se podían haber imitado:

«Para escribir una Gramática buena hay tales auxilios en el dia, y tan excelentes modelos que seguir, que con un mediano estudio, y poco mas talento que el que tiene un niño para hacer la aplicacion de las reglas, se puede hacer» (p. 209 / f. 57r).

Por ello, no se puede disculpar a quien escribe una obra tan defectuosa:

«Pero el escribir una Gramática mala, no tiene disculpa. Es una prueba nada equívoca ó de una estúpida ignorancia, ó si se quiere mas, de un descaro sin exemplo!» (p. 210 / f. 57v).

Después le reprocha, una vez más, el escribir de lo que no sabe:

«¿Cómo os habeis olvidado del γνῶθι σεαυτόν<sup>(146)</sup>? Este es el primer estudio que debe hacer el hombre, y en que ha de emplearse cada dia. Entonces ese idolillo del amor propio, ese solapado y terrible enemigo que os ha deslumbrado, y os ha hecho que le hinqueis la rodilla, y le abraiseis incienso, desaparecería sin duda, y os dexaria oir libremente los gritos de vuestra conciencia, que os está diciendo á todas horas: Tú te has metido á escribir de una materia de que nada entiendes» (pp. 212s. / f. 57v).

(145) El ms. dice: «Nombrad».

(146) El ms. añade la traducción latina: «nosce teipsum».

Y termina apostrofando a las almas ilustradas para que nunca más permitan las publicación de inútiles obras de autores osados e ignorantes:

«Y vosotros, espíritus amadores de la sabiduría, almas ilustradas, ¿hasta cuándo habeis de mirar con indiferencia, habeis de permitir que estos escarabajos de la república de las letras, cargados de pelotillas de inmundicia, se acerquen al templo de Minerva, y osen pisar sus umbrales? ¿Cuándo llegará el deseado día en que veais establecido un sabio tribunal, que contenga á estos Escritores osados é ignorantes? Este solo es el que podrá reprimir á esta laya de hombres necios y atolondrados, y hará que todos estudien con teson, y no se contenten con unos conocimientos superficiales, para meterse á Autores, y afrentar la patria con sus informes é inútiles producciones» (p. 213 / f. 58r).

Al final de la *Carta*, en la edición figura la nota siguiente:

*«NOTA. Hace mas de seis meses que está escrita la critica del tomo segundo. Es de esperar que así como se han concedido las licencias necesarias para la impresion de esta carta, se concedan tambien para la de aquella; pues no trata de otro asunto que de los errores de un libro, de quien su Autor piensa tan favorablemente, que pretende que aprenda por él toda la Nacion».*

El escándalo producido por la crítica de Antheo al tomo primero debió de ser la razón de que nunca se publica la del segundo.

Quizá convenga añadir, para terminar con esta recensión, que el tono de la misma no fue un caso único en Casimiro Flórez Canseco. Idéntico a él es el que emplea en el informe que emitió sobre la *Paráfrasis de las Odas de Anacreonte Teyo* —por Don Francisco Gómez de Quevedo— a petición del abate Pedro Estala (de su verdadero nombre, Don Ramón Fernández), quien quiso reproducir el trabajo del célebre satírico del siglo XVII en su *Anacreonte Castellano*.

Entre otras cosas, Flórez Canseco dice de la *Paráfrasis*:

«No veo que se presente el original, no sólo «más corregido», pero ni aun por corregir, pues sólo se copia el primer verso de cada oda, y éstos con todos aquellos defectos en que es capaz de caer el que intenta formar los caracteres de una lengua que no entiende»<sup>(147)</sup>.

Y más adelante:

---

(147) El informe completo viene reproducido por José Simón Díaz en su obra *La Bibliografía: conceptos y aplicaciones*, Barcelona 1971, pp. 296-306. El presente pasaje se encuentra en la página 297.



«[...] a no ser que el traductor tenga por declaraciones nuevas y no advertidas hasta ahora ciertos pensamientos propios que mezcla con los del poeta griego con tan poca o ninguna oportunidad, que le hace decir lo que seguramente no penso»<sup>(148)</sup>.

Y luego:

«A todos han de fastidiar estas expresiones por hinchadas, oscuras, vacías y producidas por una imaginación agitada de un furor muy distinto del poético»<sup>(149)</sup>.

Y todavía:

«Oda 22: Diré algo del principio de esta Oda por contener un error craso, y que manifiesta con toda evidencia que el autor de la Paráfrasis no entiende ni aún los primeros rudimentos del griego»<sup>(150)</sup>.

Finalmente:

«Lo que debió siquiera hacer dudar al nuevo traductor, ya que no entendía el griego, para no hacer decir al poeta griego tan enorme desacerto»<sup>(151)</sup>.

Y termina pidiendo que no se conceda el permiso de publicación:

«Soy de opinión (si fuese del agrado de V.A.) que se le deniegue la licencia que solicita»<sup>(152)</sup>.

José Simón Díaz —que reproduce íntegramente el informe, como hemos dicho en nota— apostilla que los ataques de Canseco «no son siempre injustos»<sup>(153)</sup>, pero añade:

«Hemos de notar que frente a la posición totalmente negativa de F. Canseco [...] se alza la de los apologistas, como Astrana Marín, el cual afirma que la versión supera al original (*Obras completas* de Quevedo, 1932, t. II, p. 1209)»<sup>(154)</sup>.

---

(148) *Ibid.*, p. 298.

(149) *Ibid.*, p. 303.

(150) *Ibid.*, p. 304.

(151) *Ibid.*

(152) *Ibid.*, p. 305.

(153) *Ibid.*, p. 306.

(154) *Ibid.*, p. 306, nota 27.

Volviendo a la obra que nos ocupa del P. Cuenca, digamos que, como ya indicamos anteriormente, también el P. Fr. Juan de Soto —copista de la *Carta* de Antheo— hizo su propia crítica de la *Gramática*. Dicha crítica se encuentra —en forma de breves glosas o apostillas— en los márgenes de uno de los cuatro ejemplares de la *Gramática* existentes en la biblioteca de El Escorial, concretamente en el que lleva encuadernación escurialense, el cual seguramente era de uso particular del P. Soto. Lamentablemente algunas de las anotaciones han sido mutiladas por la cizalla del encuadernador.

Le atribuimos al P. Soto la paternidad de tales anotaciones porque nos parece incontestable que, a juzgar por la caligrafía, son de mano de este monje jerónimo, que era catedrático de griego en el Colegio de San Lorenzo, como también queda dicho.

La circunstancia de que Juan de Soto fuera nombrado —contra toda lógica— catedrático de griego y bibliotecario en lugar de Juan de Cuenca, pudo originar cierta rivalidad entre ambos, sobre todo si —como insinúa Luis Gil en un pasaje que ya citamos— medió la evidente mala fe de los superiores. Esto explicaría, tal vez, el tono poco amistoso, y menos fraterno, de las observaciones de Juan de Soto sobre la *Gramática* e incluso el hecho de que copiara tan cuidadosamente la *Carta* de Flórez Canseco. Es solo una hipótesis, quizá no muy fundada.

En el tomo primero de la *Gramática* las observaciones marginales de Soto van diseminadas a lo largo de todo él, aunque están repartidas de forma muy desigual: al lado de algunas páginas en las que aquéllas abundan, hay otras muchas que no contienen ninguna.

Se trata, en general, de anotaciones brevísimas, consistentes en una o dos palabras. Hemos encontrado no menos de 50 veces el término «disparate», convenientemente matizado en ocasiones: «disparatón», «disparate de marca», «disparate [de] 1ª clase», y «gracioso disparate». Entre las restantes apreciaciones figuran las siguientes: «falso», «embrollado», «confuso», «oscuro», «malè», «oscuro y mal», «todo errado», «mal castellano», «desatino», «no entiendo», «atasca», «atranca», etc. A veces Juan de Soto recurre a la ironía: «bello», «guapo», «bello español», y «bella cosa».

No faltan apostillas de mayor extensión. En éstas, como en las anteriores, el contenido es muy similar al de las observaciones hechas en la *Carta*. Unas veces Juan de Soto le reprocha a Juan de Cuenca la falta de sentido de un determinado pasaje:

«Este párrafo viene a no decir nada» (p. 382).

Otras, la falta de claridad:

«El que entienda esto con claridad que avise» (p. 577).



O bien, ambas cosas a la vez:

«Versión confusa, embrollada y sin sentido» (p. 333).

A veces, la falta de sentido sería consecuencia de la falta de dominio del latín:

«No hace sentido y, cotejado el latín, se ve que no entendió» (p. 509).

Al escaso dominio del latín hace alusiones muy claras —no exentas de gracia e ironía—, como la siguiente:

«Por demasiado extenso, debió acobardar al traductor, y lo dexó en latín como le trae el verdadero autor» (p. 441).

O esta otra, a propósito de la traducción de *atqui* por «aquí», donde a los menudados conocimientos del latín se sumaría el desconocimiento de la estructura del silogismo:

«*Atqui*: es assí que. Poco se le entendía de silogismos al traductor» (p. 542).

También le reprocha, por supuesto, su ignorancia en materia de lengua griega:

«Cotéjese con la [versión] latina, y se observará que ni ésta ni la griega entendió el autor» (p. 337).

O también:

«El traductor entendió *natura* en nominativo: si conociera la frase griega, no lo erraría» (p. 385).

O bien:

«Véase a Luciano en su *Arte de escribir historia*, y se verá el disparate que quiere hacer tragar el autor» (ibíd).

Análogos cumplidos encontramos en las anotaciones al tomo segundo, que solo llegan a la página 10. He aquí algunos: «faltan los ejemplos a estas reglas», «embrollo», «oscuro», «impropia locución», «repetición», «disparate», «sobra», «error», «pesado», «lo entenderá quien lo sepa», «toscamente dicho», «superfluo», «sin explicación», «común a todo idioma», «no es de aquí», etc.

Pero volvamos a la *Carta* de Flórez Canseco, que levantó enorme polvareda, como cabía presagiar. Juan de Cuenca no se resignó ante los frontales ataques del catedrático de griego, y se desencadenó una polémica a la que no iba a ser fácil poner fin. El voluminoso expediente de ésta se conserva en el Archivo Histórico Nacional, sección de Consejos, caja 5557, legajo 104, donde se encuentran, asimismo —como

queda indicado—, el original manuscrito de la *Carta* y otro ejemplar impreso. Aunque todos los documentos que comprende el expediente son interesantes, no vamos a ocuparnos de cada uno en particular —ello requeriría un espacio del que no disponemos aquí—, sino que nos referiremos únicamente a los más relevantes.

Por decreto del gobernador del Consejo, de 29 de marzo de 1791, se prohibía anunciar la *Carta* en la Gaceta, y se les ordenaba «a el autor de dicha obra, impresor y libreros en que se hallasen cualesquier ejemplares» que, «hasta nueva providencia», suspendieran «su venta vajo las penas prescriptas por las leyes».

Por notificación, de la misma fecha, del juez de imprentas, Don Felipe Rivero, al escribano de Cámara y de Gobierno, Don Pedro Escolano de Arrieta, sabemos que de la *Carta* se habían tirado 500 ejemplares y que 494 permanecían retenidos en la imprenta, mientras que los seis restantes le habían sido entregados al autor para que los llevara a la escribanía de Gobierno.

En memorial del 3 de abril, dirigido al Consejo, Juan de Cuenca manifiesta haber tenido conocimiento de un impreso en que, «ocultando el autor su verdadero nombre», lo «llena de injurias, ironías y sarcasmos»; y ruega «se le comunique el referido escrito satírico para la devida satisfacción, suspendiéndose su curso en el ser y estado en que se halle, por interesarse en ello la observancia de las leyes y requerirlo la calidad del escrito».

Dos días después, Flórez Canseco eleva al conde de Floridablanca otro memorial en el que, tras hacer referencia a una orden del gobernador del Consejo por la que se prohibía la venta de su *Carta*, «conviene muy gustoso en que se examine» ésta «por sujetos inteligentes e imparciales», y suplica que, si se hallare que es «fundada y justa», se disponga que «corra libremente y no se impida su venta». En él se reafirma en que «la Gramática [...] es, en su línea, uno de los peores libros que han visto [...] la luz».

Según oficio de Don Pedro Escolano de Arrieta, dirigido al Consejo el día 15 del mismo mes de abril, el 28 de marzo un mozo de la Imprenta Real había hecho entrega, en la escribanía de Cámara de Gobierno del Consejo, del manuscrito original de la *Carta* de Flórez Canseco y de seis ejemplares impresos, pero, cuando se le había pedido la licencia de impresión, había respondido «dicho mozo que no la llevaba, por haber manifestado el autor que se le había perdido»; y, al serle requerida dicha licencia al propio autor, éste había respondido que se le había «traspapelado». Alude el Sr. Escolano al citado decreto del 29 de marzo por el que el Consejo había mandado «se diese orden al compositor de la Gaceta para que se suspendiese el anuncio en ella de la expresada obra» y había prohibido su venta hasta nueva orden. Precisa, por último, que el 11 de mayo del año anterior se había concedido, efectivamente, licencia para la impresión de diversos papeles destinados al «Semanario erudito», entre los que se en-



contraba «vn quaderno en quarto [...] sobre algunas obserbaciones gramaticales para vtilidad de los aplicados a la lengua griega», cuaderno que resultaba ser la *Carta* de Antheo, a cuyo verdadero título se había «sobrepuesto otro papel» con la mencionada portada, como se dejaba ver por el «cerco de obleas» que aún subsistía. Y termina solicitando del Consejo «que se sirba tomar en el asunto la providencia que estime conveniente».

El 6 de julio de 1790 Juan de Cuenca había solicitado de Carlos IV que por real orden fuera adoptada su *Gramática* en todas las universidades y estudios públicos del reino. El monarca había remitido la *Gramática* al Consejo, y éste había pedido el dictamen de la Real Academia de la Historia. El 6 de diciembre la docta Institución daba, a través de su secretario perpetuo, Don Antonio de Capmany, un informe favorable, por entender que «la expresada Gramática» era «la más completa y copiosa» de cuantas se habían escrito en castellano; consideraba, no obstante, que el autor debía anteponer al tomo primero «una breve, clara y metódica instrucción, por vía de introducción o advertencia preliminar», en la que se advirtiera qué era lo que se debería enseñar a los principiantes, «para no fatigar sus memorias con multitud de reglas»; y terminaba con una puntualización tan razonable como significativa: «mas no por esto entiende la Academia que sea con exclusión de cualquier otra Gramática de la propia lengua, que en adelante se publique, más clara, más metódica y más acomodada a la capacidad de los jóvenes». El 10 de dicho mes el Consejo decretaba que la *Gramática* fuera recomendada en los términos propuestos por la Academia; y el día 27 de marzo del siguiente año 1791, el decreto era enviado por el Consejo a las universidades y colegios públicos. En el expediente del Archivo Histórico Nacional que estamos utilizando, se conservan los acuses de recibo de las universidades de Valladolid, Toledo, Zaragoza, Almagro, Oviedo, Sigüenza, Orihuela, Baeza, Granada, Burgo de Osma, Avila, Palma de Mallorca y Oñate: todos ellos son de los meses de abril y mayo de dicho año, y en ninguno se formula la menor objeción.

Con fecha de 22 de julio del mismo 1791, Fr. Juan le envía a Don Felipe Rivero, juez de imprentas, un alegato contra Canseco, firmado por él, pero escrito por otra mano. En sus siete folios (4r-10v del expediente) ataca, se defiende y hasta dice perdonar. Ha visto el «expediente formado con motivo de haverse impreso subrepticamente [...] la *Carta* de Antheo», y ha leído ésta, quedando tan escandalizado que ha compuesto una *Apología* en «desagravio y satisfacción de tantas puerilidades y baxezas»; pero luego ha preferido archivarla y limitarse a «exponer sencillamente» su punto de vista «con la maior moderación». En su opinión, el Consejo no debe darle a Canseco la oportunidad de defender su *Carta*, pues fue «impresa con engaño y sin licencia, y es un libelo infamatorio, lleno de los más viles dicterios y groseras calumnias gravemente injuriosas», no solo a su persona, sino también «a la especial soberana



protección de Sus Majestades, bajo de la qual salió a la luz la *Gramática* de la que se hace irrisión». Recuerda que la *Gramática* fue impresa con el visto bueno «de Don Jacinto Díaz Miranda, catedrático de Griego en la universidad de Oviedo y [...] de Joseph [Rodríguez] de Castro» y que nuevamente había sido examinada por la Academia de la Historia antes de recomendarla a universidades y colegios públicos. Estima que la culpabilidad de Canseco es triple: «Tres cosas hacen reo a Don Casimiro Flores (*sic*) y le obstan para ser oído: primeramente la falta de licencia y engaño con que procuró la impresión de su obra; luego, la osadía con que pretendió desacreditar dentro y fuera del reyno las sabias providencias del Consejo y hacer irrisión de la soberana protección de Sus Majestades; y finalmente las deshonorras con que en su libelo infama mi persona, estado y dignidad» (f. 6v). Entiende que la carta «deve ser quemada públicamente», y enumera las gravísimas penas que las leyes reservan a los autores en tales casos. Y volviendo sobre el contenido del escrito, carga más aún las tintas: «Su Carta es un texido o, por mejor decir, un tropel de dicterios tal que hasta ahora no había salido de las tinieblas a la luz obra alguna en que más unidas vaian sin interrupción las sátiras más denigrativas, ni más groseras; por más que revosase de ellas, parece imposible que pudiese verterlas con más abundancia a no ser que de intento huviese echo acopio en los diccionarios de las expresiones más injuriosas para tomarlas en lugar de tinta con la pluma» (f. 8r-v). Alega, en defensa propia, que en su *Gramática* no ha hecho sino repetir la doctrina de otras bien conocidas y que lo único nuevo que se le podría reprochar sería «algún ierro de imprenta». Pasando nuevamente al ataque, asegura que «no ha sido el amor del público el que movió a Don Casimiro», sino que «otro interés más siniestro y delinquente le condujo al precipicio»; y añade que el hecho de que no sea más explícito debería ser considerado por el catedrático como una «nueva prueba de moderación y respeto a él y a quantos intervinieron en el asunto». Tras insistir en que Canseco se ha hecho acreedor a gravísimas penas, termina concediéndole el perdón y pidiendo que se destruya la *Carta*: «perdono de todo mi corazón y remito quantas injurias me ha hecho Don Casimiro: únicamente pido que se rompa y rasgue su Carta y que no se le admita a provar la verdad de ella» (f. 10r); pero añade que, si Canseco no se aviniera a «tan moderada» petición, se debería proceder contra él con el mayor rigor.

El 22 de julio, Don Felipe Rivero le remite a Canseco el alegato de Cuenca, y el 16 de agosto el catedrático responde con una réplica de 19 densas hojas (folios 11r-29v del expediente). Califica el alegato de su rival de «difuso escrito» y de «papelón». Sospecha que, aunque firmado por él, ha sido redactado por otro, al que reiteradamente llama «asesor» y «acusador»; y hasta da a entender —quizá irónicamente— que la firma de Juan de Cuenca se consiguió abusando de su ingenuidad: «¡Pues este infame papelón se ha hecho firmar a un religioso abusando de su simplicidad!». Pero no



por ello son menos directos y personalizados los ataques que lanza contra el P. Cuenca. Aunque la réplica no tiene desperdicio, recogeremos solamente los puntos clave.

La inicia manifestando que Fr. Juan «lexos de responder derechamente, satisfacer o dar alguna salida a los 318 ó 20 errores» que había recogido en su *Carta* y que «son una pequenísima parte de los que contiene su primer tomo de Gramática Griega, que es el punto de la cuestión y a lo que debía ceñirse, [...] se mete a acusador, dilatándose de un modo vago y esforzándose» por sacarlo «reo, y reo de delitos tan atroces que [...] merecen pena corporal, de infamia y perdimiento de bienes» (f. 11r). Acto seguido considera que «verdaderamente es cosa escandalosa que un monje y un sacerdote se presente a hacer ruido y bullir en los tribunales, procurando sacar reo a un inocente, lebandando calumnias, torciendo el sentido de no pocas expresiones» de la *Carta*, «alterando otras y sacando todo de su lugar» (f. 11r-v). Más adelante añade cuán chocante le resulta «que a un religioso no le temblase la mano al firmar un papelón» en el que se le acusa de «delitos que falsamente se suponen» (f. 12v).

Aunque en el escrito de Cuenca ve más de treinta acusaciones que, de ser ciertas, lo harían «reo y digno del mayor castigo», se limita a responder a las tres que aquél había formulado explícitamente.

De la primera —el haber publicado la *Carta* sin licencia—, considera, de entrada, que nada tiene que ver con la crítica de la *Gramática*: «El primer cargo que se me hace nada importa al P. Cuenca, ni, por hacerse, dexa de estar su libro lleno de errores, ni de ser injurioso a la nación y perjudicial a la enseñanza pública» (f. 12v). Precisa, después, que de hecho obtuvo las oportunas licencias, aunque reconoce que cambió el título en la portada, y explica el por qué: «si yo hubiera expresado en ella el nombre del P. Cuenca, habría éste maniobrado y ahogado mi obra en la cuna; habría hecho desaparecer de sobre la faz de la tierra mi *Carta*» (f. 14r).

A la segunda —haber pretendido desacreditar al Consejo e incluso a Sus Majestades—, responde que Juan de Cuenca la formula gratuitamente, sin dar ninguna prueba. Añade, no obstante, que el P. Cuenca parece dar a entender que tal delito consiste en criticar una *Gramática* que el Consejo «había recomendado en cartas circulares a los estudios y universidades famosas del reyno» (f. 14v), y a ello replica:

«[...] se ve a un tiempo la malignidad y falsedad de semejantes aserciones. Mi crítica está escrita desde el año 1789. Púdola haber visto el público a los dos meses de publicado el primer tomo de la Gramática del P. Cuenca. Estaba ya rubricada y con las licencias necesarias en 11 de mayo de 1790, y la comencé a imprimir a principios de febrero de 1791; por manera que a 24 ó 25 de marzo del mismo año estaba ya concluida su impresión. Así que, ni quando escribí mi crítica había semejantes

circulares, ni quando la imprimí podía tener noticia de que las había, como se convence por su misma fecha, que es de 27 de marzo de dicho año de 1791. Bien sabía yo que el P. Cuenca solicitaba este honor y que no dexaba piedra sobre piedra por lograrle, no obstante que había tenido ya la amargura de haber oído que su libro estaba lleno de errores groseros; y, al ver que esto no le contenía, imprimí yo mi Carta para hacerle desistir de una pretensión tan perjudicial a la enseñanza pública, y sin otro objeto que el que no se engañase a este superior tribunal —es decir, al Consejo— (ff. 14v-15r).

A la tercera acusación —haberlo deshonrado con la *Carta*—, responde que es el propio P. Cuenca quien se ha deshonrado a sí mismo con la publicación de la *Gramática*. Y justifica el tono irónico empleado en algún pasaje de la crítica por su deseo de «amenizar una materia que es, por su naturaleza, árida, zonza y sin jugo» (f. 19v).

Vuelve, más adelante, sobre la cuestión de los más de 300 errores que ha registrado en su *Carta*, e insiste en que el P. Cuenca la ha soslayado por completo, pues «ni aun como el gato por las brasas se ha dignado su paternidad pasar por este asunto» (f. 22r). Y luego asegura que, aunque se corrigieran esos errores del primer tomo y otros tantos que ya ha espigado en el segundo, uno y otro quedarían, no bien, ni medio bien, sino simplemente tolerables, pues aún podría él descubrir «otro igual número de errores de cada tomo», y hasta se comprometería a hacer lo mismo por tercera vez (f. 23r-v).

La acusación que peor encaja Don Casimiro parece ser la que Juan de Cuenca le había hecho veladamente en el alegato y que luego habría difundido entre sus amigos y había llegado a sus oídos. Por lo visto, el P. Cuenca insinuaba que alguno de sus hermanos en religión había sido el instigador de la *Carta*. Así lo relata el autor de ésta:

«Desde el punto mismo en que leí la Gramática del P. Cuenca y sus desaciertos, me propuse no deberle nada y renunciar los provechos que podían seguirse de su amistad, por no cometer una baxeza. Y así hace muy mal en dejar de decir aquí, por moderación y respetos, lo que con poco temor de Dios ha divulgado entre sus amigos y los que no lo son. En el tribunal más recto no se han de pedir mejores pruebas para quitar la virtud a un hombre (que es la cosa de más importancia) que las que yo he de dar de que ésta es una insigne calumnia; y sobre esto me reserbo el derecho de pedir a su tiempo el testimonio correspondiente para recurrir al tribunal competente y vindicar mi honor. No han sido sus hermanos, como falsamente dice el P. Cuenca, los que me



han inducido a escribir esta Carta. Había más de quince meses que estaba escrita y rubricada quando yo conocí y traté, por una casualidad, a alguno de sus hermanos; pero ni éste ni ninguno de ellos tubo noticia, ni de que yo componía semejante crítica, ni supieron que yo imprimiese tal escrito hasta que oyeron que estaba prohibido e impedida su venta. A un hombre de bien, es la mayor injuria que se le puede hacer, suponerle inducido o coechado para hacer lo que su conciencia y su mismo honor le dictan hacer» (f. 26r-v).

Seguidamente le pide al P. Cuenca que, si está convencido de que su *Gramática* no es «un testimonio de una crasísima ignorancia» en ese ramo del saber, debe dejar «correr libremente» la *Carta* e impugnarla página por página (f. 26v). Por su parte, él dice estar pronto a aceptar el reto si el P. Cuenca desea que el público se divierta «con unos juegos literarios» (f. 27r). Y remata la faena con un desplante que no merece de los más espectaculares de su *Carta*:

«Defienda el P. Maestro la doctrina de sus libros, que yo la impugnaré, y haré patente que el que los ha escrito ni sabe griego, ni gramática griega, ni latín, ni gramática latina, ni aun la lengua castellana ni su gramática; y de todo esto se hallan completas y abundantes pruebas y copiosos exemplos en los dos tomos del P. Maestro. Si el P. Cuenca está seguro de que no yerra, triunfará la verdad» (ibíd.).

Aclara, después, que la *Carta* no está «atestada» de «groseras calumnias», como pretende el P. Cuenca, sino «llena de verdades amargas, que, por serlo, quiere» aquél «transformarlas en calumnias, para consolarse y consolar a sus amigos» (ibíd.).

En la súplica final le pide al Sr. Rivero que nombre tres censores para que examinen *Gramática* y *Carta* y con su veredicto pongan término a la polémica. Pero, sorprendentemente, termina esperando de su señoría «que dará las providencias correspondientes para que corra libremente» la *Carta* «y se recoja la Gramática del P. Cuenca, por convenir que se haga así a la causa pública y al honor de la nación» (f. 29r-v).

Por decreto del 22 de agosto de ese año 1791, fueron designados tres censores. Juan de Cuenca, que entonces ocupaba una celda en San Jerónimo el Real de Madrid, pidió, a los tres días, que fuera sustituido alguno de aquéllos y que no se hiciera ninguna diligencia hasta que llegara su abogado, pues estaba preparando una reclamación. Y el mismo día 25 manifiesta por escrito su extrañeza ante el hecho de que se haya procedido al nombramiento de censores sin haberle comunicado a él la respuesta de Canseco; y expresa su deseo de presentar la *Apología* que tiene compuesta y que no ha enviado antes por suponer que su adversario no sería oído.

Alarmado por el cariz que iban tomando los acontecimientos, el día 28 de dicho mes Don Felipe Rivero presenta su «dimisión» y «positiva renuncia» al «encargo» y «nombramiento» con que se le había honrado en este asunto. Pero a los tres días se le comunica que no era aceptada y que debía seguir con la instrucción del caso.

El 6 de septiembre Juan de Cuenca entrega la *Respuesta apologética del R.P.M. Fr. Juan de Cuenca a la Carta de Antheo Mantuano, en que se responde a las pocas objeciones de alguna entidad que, entre las infinitas injurias y dicterios de que está llena, contiene la expresada Carta*. La acompaña de un escrito en el que la presenta y en el que recusa a dos de los censores.

Incluidas las notas, la *Respuesta apologética* contiene 31 hojas: folios 37r-40r (notas) y 41r-67v (texto). Va firmada por Juan de Cuenca, pero la excelente caligrafía del escrito, con la excepción de media página al final de las notas y de alguna adición interlineal o marginal, es de otra mano bien distinta.

Juan de Cuenca adopta desde el comienzo un tono bastante similar al de la *Carta* que censura.

Se dirige a Canseco con este encabezamiento: «Muy señor mío, dueño y amigo»; pero seguidamente añade:

«Luego que llegó a mis manos la eruditísima Carta de V.m. quedé pasmado de su vasta literatura, aunque nada edificado de su christiana eloquencia; antes bien, tan escandalizado, que decía en mi interior, no pudiendo articular palabra: [...] de esto y mucho más somos capaces los hombres, y especialmente aquellos a quienes, se conoce, anima solo el espíritu de maledicencia, por más que se disfracen con la máscara de la pública utilidad» (f. 42r).

Alude luego a aquellos gramáticos cuyas obras pretendía Canseco tener bien asimiladas, y manifiesta:

«[...] pero es preciso concluir o que V.m. los conoce solo de oídas o por el forro o que alguna negra pasioncilla le ha hecho olvidar que la *crítica acertada* y juiciosa, la que se aprecia entre hombres sesudos y bien criados, no consiste ni se compone de dicterios, desvergüenzas e injurias, que es lo que, por la mayor parte, forma el fondo de su Carta.

Yo espero en Dios responder a lo pco que encuentro en ella de sustancia, y en pocas palabras, para no perder tiempo; procurando no escribir de modo que por todas las leyes se prohíba lo escrito» (ibíd.).

Le reprocha después no haber cumplido la palabra que le había dado:



«Y si supieran los lectores que, quando salió el primer tomo, procedí como hombre de bien, *ofreciéndoselo o presentándoselo a V.m. y suplicándole que, si advertía algo digno de enmienda o corrección, le estimaría me lo avisase; que no ponía reparo en sugetarme para ponerlo como debía estar, y que V.m. ofreció hacerlo, ¿qué dirían, y qué dirán, pues ya lo saben?* Ya lo he oído a quantos tienen noticia de ello: lo primero, que V.m. ha faltado a su palabra; lo segundo, que este proceder es poco noble y desmiente la pretendida causa de la utilidad pública con que intenta deslumbrar a los lectores poco cautos; y lo tercero, inferir legítimamente que el verdadero motivo que le ha hecho mover la pluma ha sido, no el dulce amor de la patria, sino solo el deseo de desahogar su espíritu bilioso, vomitando el inmenso cúmulo de dictorios que ha estampado en su Carta. Quantos la lean, si son cordatos, la han de abominar, y detestar el modo, el engaño, la superchería y otras cien cosas más, juntamente con el estilo de la locución, que no es tan limpio que no fastidie y huela mal» (f. 42v).

Seguidamente entra en el examen de la *Carta*, no sin antes protestar de que no tiene intención alguna de mancillar la reputación del autor:

«Mas, dexando a parte estas reflexiones [...], pasaré a examinar su preciosa crítica, para lo qual procederé por partes, siguiendo las palabras de V.m., bien que protestando de nuevo no es mi ánimo vulnerarle con el menor rasguño denigrativo del honor que cada uno se merece» (ff. 42v-43r).

Entiende Juan de Cuenca que don Casimiro, «desde el título principia a vomitar las arroxadas expresiones de que está colmada su Carta» (f. 43r). Acto seguido pasa al análisis del pseudónimo «Antheo», y esto le da ocasión para sugerir varios étimos, alguno de ellos gravemente ofensivo, como es el caso del último, que deja caer así:

«[...] el enemigo que no duerme me puso en la tentación de creer que la significación propia, genuina y rigurosa, la que le venía como de molde, era esta que voy a decir: ya sabe V.m., señor Antheo mío, que el *v* se añade muchas veces en las dicciones griegas [...] y que, por consiguiente, las tales dicciones pueden leerse con la tal letra y sin ella. Esto que es así, como V.m. no ignora, me puso en términos de consentir en que el único modo de que el dicho nombre *Antheo* quadrase a V.m. perfectísimamente y calificase al autor de tan erudita como modesta y christiana Carta, era quitar la *n* al *Antheo*, y de esta suerte quedaba [...] el dictado que, a mi parecer, mejor le caía» (ff. 43v-44r).

Y aún insiste en el párrafo siguiente:

«La tentación es cierto que era fuertecilla, mayormente si se considera la calidad de la Carta de V.m., porque, atendidas todas sus circunstancias y requisitos, si se ha de decir verdad, huele que apesta a chamusquina, por más que se procure huir de la quema. Yo sentiré en el alma que V.m. salga chamuscado» (f. 44r).

Y le insinúa que tal vez le sea aplicable algún decreto del Santo Oficio o alguna de las «muchas pragmáticas y leyes del reyno» dictadas contra quienes escriben como él lo hace en su *Carta* (ibíd.). Tres párrafos después, las insinuaciones de Cuenca se orientan hacia la acusación de vida licenciosa:

«[...] vea el menos cuerdo, al leerlo, si es lícito a nadie escribir semejantes dicerios y desvergüenzas, que manifiestan o haber V.m. olvidado la educación que le dieron en su niñez o que solo se acuerda del libertinage [...] con que quizá habrá pisado las calles de Salamanca» (f. 44v).

En el párrafo siguiente pretende hacerle ver que el hecho de que nunca haya oído o leído antes alguna de las cosas escritas en la *Gramática*, no significa que sean erróneas:

«[...] Mas, porque V.m. no sepa leer sino en su misal, ¿se me ha de atribuir a mí la culpa? V.m. dice bien, aunque no es su ánimo hacerlo así: yo he manejado y revuelto más manuscritos que V.m., y escudriñado rincones; y así he encontrado más noticias que V.m. tiene; si V.m. lo viera, quizá (y sin quizá) no conocería quatro elementos en ellos; lo que estoy pronto a hacer ver siempre que guste hagamos los dos la experiencia; y, si no, pase al monasterio del Escorial, gaste de esos mil ducados y diez, doce o veinte años en registrarlos, y entonces hallará cosas a la verdad admirables» (ff. 44v-45r).

La de los «mil ducados» es una alusión a su sueldo —anual— de catedrático, al que Juan de Cuenca ya había hecho referencia poco antes (f. 42v).

Refiriéndose al «cuentecillo» de Luciano sobre el *Juicio de las vocales*, recogido en la *Carta*, dice que podrá ser «salado», pero que a él le parece «muy insípido»; y, jugando con estos términos, cuenta él otro, relacionado con la comida de su monasterio escurialense, haciéndole antes una pregunta que podría llevar segundas intenciones:

«Pero, antes de empezarle, quisiera que el señor Antheo me dixese si ha estado alguna vez en el Escorial, porque me parece no puede menos



de haber visitado aquella casa, respecto a que el guisado de su obra lleva la *sal* y *pimienta* en términos tan semejantes a los en que por allá se guisa, que no parece sino que lo ha condimentado algún cocinero escorialense; mas, por si no ha estado, vaya de cuento, para que sepa mi querido Antheo cómo se sazonan allí las ollas.

Se acostumbra en aquel monasterio, por ser tan vasta en el número su comunidad, cocer la comida en una olla grandísima, que llaman capitana. Aunque hay no pequeño número de cocineros, entre quienes se reparten los quehaceres, pues unos espuman, otros soplan y otros echan la *sal*, teniendo sus señales para entenderse sin equivocación, sucede que, al menor descuido en poner dicha señal, echa otro la *sal*, o no la echa, creyendo que ya la tiene, y entonces sirven la comida salada, de modo que nadie puede comerla, o desabrida en extremo; bien que, aun quando esté echa salmuera, no puede pasarse de sosa. Aplique V.m. el cuento a la ensalada del *Juicio de las vocales* con que nos sazona su escrito [...].

¿Qué tal, amigo? ¿No es del caso el cuentecillo? Si no le gusta, pague consigo mismo, una vez que he aprendido de V.m. a componerlos tan salados y tan a propósito» (ff. 47v-48r).

Se cierra el análisis del primer «párrafo» —en realidad, primera parte— de la *Carta* con el «cuentecillo de los muchachos», en el que uno de ellos termina con la siguiente moraleja, que Juan de Cuenca subraya: «*anda, anda, que si la envidia fuera tiña, ¿quántos tiñosos habría?*» (f. 51r).

En la respuesta a la segunda parte, Juan de Cuenca prosigue en el mismo tono. Aclara, de entrada, que no vale la pena descender a detalles, y reitera que en la *Gramática* se ha limitado a reproducir lo que antes han escrito otros autores (f. 51v). Poco más adelante le reprocha el haber hecho un drama de lo que era un mero lapso y el no habérselo advertido a tiempo, como se lo había pedido:

«[...] Pero si, quando V.m. lo advirtió, me lo hubiera avisado, como se lo rogué y V.m. ofreció hacerlo, qual lo executó el rector de los Irlandeses de Valladolid en cierta palabra que se anotó en el tomo 2º, ¿no se hubiera enmendado y puesto como convenía? Luego está en el señor Antheo la inconsequencia, pues se hubiera puesto *medias* en vez de *mu-das*, que éste es el tan decantado error» (f. 52r).

Y hacia el final del análisis de esta segunda parte, le dirige el siguiente «piropo»: «La prosa de V.m. es tan famosa como V.m. mismo: bien haya la madre que la parió y la que pare tales hijos» (f. 54r).

Ya en la respuesta a la parte tercera, Juan de Cuenca vuelve a insistir, a propósito de una de las observaciones de la *Carta*, en que no ha hecho sino copiar de una de sus fuentes: «[...] Y por último, si V.m. dice que lo he copiado del *Patafino*, le confieso que sí: pues, como he aprendido por él, sé de memoria quanto dice [...]» (f. 58v).

Al entrar en la parte cuarta, adelanta que no hará referencia a cada una de las observaciones de la *Carta*, pues «el responder a todas, sería un nunca acabar» (f. 59r).

En la quinta, lo remite a conocidos manuales de griego:

«Me pregunta V.m.: ¿qué quiere decir *figura vocativa*?, y yo respondo: *Tu solus peregrinus in Hierusalem, et haec ignoras?*; y, si no, que le responda a V.m. el P. Castillo, en la página 174, libro 3, número 203.

[...] ¿Qué hace V.m. con más de 60 gramáticas que dice tiene? ¿Tenerlas una sobre otra, llenas de polvo y por solo vanidad?» (f. 62r).

En el reverso del mismo folio lo acusa de total falta de claridad, y lo hace con términos bien expresivos: «Ha vuelto V.m. y revuelto de tal modo lo que dice en la página 164, que no es posible lo conozca la madre que lo pario» (f. 62v).

Y más adelante —ya en la respuesta a la parte sexta— le habla de tergiversación, tal vez premeditada:

«[...] pues así hace V.m. siempre, ya trucando los textos, ya tomando voces y especies de distintos números y capítulos que no tienen conexión entre sí, sin más objeto, al parecer, que ridiculizarme y zaherirme» (f. 64v).

Poco después repite lo mismo:

«[...] tomando voces de una parte y otra indiferentemente y dándoles, quizá de intento, inteligencias siniestras, toma V.m. ocasión para ensangrentarse contra mí y ultrajarme» (f. 65v).

Seguidamente pasa a la conclusión, que empieza con el cuento del tío Juanico de Cercedilla, en el que un insigne catedrático de medicina por Salamanca y galeno electo de esa localidad serrana se ve humillado y confundido, y no puede tomar posesión, por no haber sido capaz de responder a tres preguntas formuladas por el tío Juanico. La moraleja que Juan de Cuenca pretende sacar es que igualmente malparado saldría el ilustre catedrático de griego si a los lectores de su *Carta* se les hicieran las tres preguntas siguientes, que subraya:

«[...]»<sup>1a</sup>, *si el dulce amor de la patria es el que le ha puesto la pluma en la mano*; <sup>2a</sup>, *si le ha dado impulso el descaro y desvergüenza, tolera-*



ble solo entre los cafres, que V.m. pretende aplicarme; 3ª, o si es hija de la emulación y de la envidia» (f. 67r).

Y termina su *Respuesta apologética* devolviéndole a Canseco los mismos cumplidos que éste le había dedicado al final de la *Carta*:

«Por tanto, señor *Antheo Mantuano*, no se dexe V.m. tampoco cegar por este *idolillo del amor propio*, y crea que (si mi libro le parece tan disparatado) todo hombre de juicio dice que su *Carta* es la más satírica, mordaz y descompuesta que *se ha escrito desde que se escriben Cartas*; que vos sois el inmundo escarabajo de la república de las letras, que, cargado, no de *pelotillas*, sino de un monte de inmundicia, os acercáis al templo de *Minerva*, y osáis pisarle y profanarle; y que vos sí que haréis un señalado servicio a vuestra patria y a vos mismo si tratáis a esa vuestra desvergonzada *Carta* como los padres honrados tratan a los hijos pervertidos e incorregibles, que procuran ponerlos donde no los vea el sol, privándolos de todo trato y comunicación. Esto sienten los espíritus amadores de la sabiduría, esto juzgan las almas ilustradas, que, al paso que saben apreciar las críticas justas, racionales y juiciosas, detestan las sátiras mordaces y los libelos infamatorios, como peste de la sociedad y oprobio de la razón; y este tribunal, no menos severo ni menos justo que el del cura y el barbero, a que V.m. dice *apelaría* par que mi libro fuese al corral y viese el mismo fin que las *Sergas de Esplandián y compañía*, condenará la *Carta* del señor *Antheo* a ser entregada al brazo seglar del ama, como la *Diana del Salmantino*, aplicando, por añadidura, a su autor el premio que, en dictamen del cura, merecía el que compuso la *Historia del famoso Caballero Tirante el Blanco*.

No quiero molestar más a V.m., y, por último, solo le pido que crea no juzgo que mi libro carece de defectos [...]; pero, no obstante, sin que me *deslumbre el idolillo del amor propio*, puedo asegurarle que no le hubiera parecido tan malo [...] si le hubiera leído con ánimo sereno y libre de siniestras preocupaciones. Bien conozco que nada de esto hará fuerza a un hombre tan insigne como el señor *Mantuano*, y que se quedará en sus trece, como antes; en cuyo caso, no chistará mi pico, dexaré a V.m. que piense y vocifere que quanto contiene mi libro es lo peor y más despreciable del mundo; y solo concluyo con *Marcial*, reponiendo a la obstinación del señor *cathedrático*: *Haec mala sunt, sed tu non meliora facis*» (f. 67v).

La *Respuesta* de Juan de Cuenca dista de ser satisfactoria. Son muchas las objeciones de la *Carta* que pasa por alto, alegando que no vale la pena perder el tiempo con ellas. Intenta refutar solamente las que considera «de alguna entidad», pero sus razones resultan, en la mayoría de los casos, poco convincentes. Así lo iban a entender los tres censores y el propio juez de imprentas, Felipe Rivero.

El día 7 de septiembre —del mismo 1791—, renuncia, por motivos de salud, uno de los censores, el P. Portillo, precisamente el que el P. Cuenca no había recusado, y es sustituido por el catedrático de latín, don Juan de Arribas. En escrito del día 9, Canseco manifiesta que le es indiferente quiénes sean los censores y que estaría dispuesto a aceptar a los dos que el P. Cuenca había propuesto —el arabista José Banqueri y el P. Benito Montejo—, si no fuera porque le consta que el primero «nada sabe de la lengua griega» y porque «tampoco ha oído que el P. Montejo entienda algo de este idioma», lo cual «es malísima señal».

Finalmente, los censores fueron Juan de Arribas y los dos que habían sido designados en un principio: Manuel Valbuena, maestro de poética, y Ambrosio Rui Bamba, oficial de la Real Biblioteca. El 19 de ese mes de septiembre prestan juramento de «executar bien y fielmente la censura». Y el 15 de diciembre, habiendo leído el tomo primero de la *Gramática* y la *Carta*, así como los alegatos y respuestas de ambos contendientes, se pronuncian al respecto en una censura de ocho hojas (folios 77r-84v del expediente), y en esa misma fecha la envían al señor Rivero para que la remita al Consejo.

Antes de entrar en el examen de los puntos controvertidos, los censores hacen ya una valoración global totalmente desfavorable al P. Cuenca. Opinan que los defectos del tomo primero de la *Gramática* pueden reducirse a tres clases:

«1ª, al desorden y falta de método que en toda ella se observa; 2ª, a que la mayor parte de sus reglas están o enteramente erradas o concebidas en términos muy confusos, ya por no haber acertado el autor a traducir el latín de aquellos gramáticos de quienes las ha tomado, y ya por haberlas aplicado a cosas diferentes de aquellas a que las aplican los autores; y 3ª, a los errores que comete a cada paso en la traducción de los ejemplos latinos que pone para inteligencia de las reglas» (f. 77r).

Y precisa que «de todas estas tres clases de defectos se hallan suficientes pruebas en la citada carta crítica, y sería muy fácil añadir otras muchas [...]» (f. 77v).

Refiriéndose a los dos escritos en que el P. Cuenca responde a Canseco —el que hemos llamado *alegato* y la *Respuesta apologética*—, se manifiestan en estos términos: «El autor confiesa algunos de estos errores en sus escritos», pero «se desentiende y guarda profundo silencio sobre otros muchos, que son ciertamente considerables»,



y «finalmente, está tan lexos de dar respuesta que convenza a los errores a que intenta satisfacer, que, antes bien, cae en otros nuevos, no menos considerables, y aun ridículos, que los que contiene su primer tomo de Gramática» (ibíd.).

Pasa luego a la «comprobación de los errores [...] según el orden en que los nota Antheo en su carta crítica» (ibíd.). Y punto tras punto le van dando la razón a Canseco y no al P. Cuenca. Los asertos de éste se ven calificados de «error», «grave error», «error muy grave», «falso», etc.; y se añade, a menudo, que «no satisface en su apología». Observamos, asimismo, que la mayoría de los fallos se enmarcan, efectivamente, en una u otra de las tres categorías mencionadas al comienzo de la censura, y en repetidas ocasiones así lo especifican los propios censores, por ejemplo: «falta de método» (f. 80r); «error tomado del P. Castillo» (f. 79v), «es un grave error en que incurrió también el P. Castillo» (f. 80r), «necedad que apunta Antheo» (ibíd.); «entendió mal al P. Castillo» (f. 79v), «incurre en mil errores por copiar mal y equivocadamente al P. Castillo» (f. 80v), «es un continuo error por haber copiado mal al Antesignano» (f. 81v), «es confusa y mal entendida la doctrina» (f. 82r), «yerra dando una regla general [...] quando la del P. Castillo, de donde la ha tomado [...], es solo particular» (f. 83r), «la conjugación de los verbos *anómalos* [...] está sacada del Clenardo [...] y el Patavino [...], pero con infinitos errores, aunque no los nota Antheo» (ibíd.); «definición malamente traducida» (f. 82r), «puede asegurarse que en todos los capítulos de adverbios no se hallará casi autoridad que esté bien traducida» (f. 83r), y «para mayor prueba de lo mala que es esta Gramática, se pone la siguiente lista de defectos clásicos que tiene en la traducción de las autoridades de los adverbios y preposiciones [...], y se trata solo del tomo primero» (f. 83v).

Tras estas apreciaciones y otras muchas no menos negativas, pasan los censores a la emisión del veredicto final:

«De esta comprobación [...] resulta: que el dicho primer tomo de Gramática Griega está lleno de errores muy graves, tanto en el método como en la doctrina del conocimiento de las partes de la oración, de sus accidentes y propiedades, y en la explicación de las reglas y las autoridades con que se comprueban; y, por consiguiente, que la crítica del catedrático de Griego de los Reales Estudios es justísima y muy bien fundada. Sobre lo qual concluyen los censores con decir, por creer que así lo pide la justicia y la honra de nuestra nación y del interesado, que no hallan razón alguna para que se suspenda la publicación de la *Carta crítica*, como lo está; ni puede discurrirse otro medio de acreditar con las personas sensatas de dentro y fuera de España que nuestra erudición no está en el infeliz estado que prueba la Gramática del maestro Cuenca, que dexarla correr libremente».

Seis días más tarde —21 de diciembre de 1791—, el juez de imprentas, don Felipe Rivero, remite la censura y el expediente completo al escribano de Gobierno y Cámara, don Pedro Escolano de Arrieta, para que los entregue al Consejo. Acompaña un oficio de siete hojas (folios 19r-25r del expediente), en el que hace la más ponderada síntesis del caso y el más imparcial y certero análisis de tan embarazosa situación, para la que propone algunas salidas que considera prudentes y justas. Por ser un oficio bien pensado y un modelo de equidad, corrección y sano criterio, lo juzgamos merecedor de ser reproducido íntegramente:

«Debuelbo al Consejo por mano de V.m. íntegro el expediente original subscitado con motivo del primer tomo de la Gramática Griega compuesta por el P. Maestro Fr. Juan de Cuenca, del orden de San Gerónimo, y la impugnación hecha en un impreso anónimo con título de Carta de Antheo Mantuano.

A lo que representé en 28 de agosto, solo tengo que añadir que, habiéndome avocado con el Maestro Montejó y Banqueri, que nombra el mismo Maestro Cuenca, me dijeron de buena fee: el primero, que absolutamente ignoraba el griego, a excepción de tal qual palabra, y que su aplicación había sido al reconocimiento de códices y manuscritos antiguos castellanos, de que abundan los archivos de los monasterios de su orden, y el segundo me confesó que, aunque tenía alguna tintura del griego, pero no para poderse erigir en censor de la Gramática y de su impugnación, que pide conocimientos más profundos y unibersales, y que su afición y aprovechamiento era en el árabe.

El P. D. Pedro Portillo, D. Tomás Sánchez, D. José de Goya, de la Biblioteca, y el mismo D. Antonio Carbonell, catedrático de griego del Real Seminario, al mismo tiempo que reusaron el encargo de censores, me abonaron cumplidamente a los que yo he nombrado, lo qual y la penuria de sujetos, no precisamente por que falten en Madrid, sino por que nadie quería comprometerse en esta diferencia, me decidió respeto de los nombrados, los quales presentan la censura que acompaña a este oficio abonando la Carta de Antheo y recomendando su publicación.

Nada tengo que hablar sobre este particular, por que no entiendo el griego ni sé quién tiene razón.

Si fuera necesario, o se quisiera autorizar más este voto, tiene el Consejo en su mismo seno persona a quien fiar la calificación, y creo que también se prestarían gustosos el Ilmo. Sr. D. Francisco Pérez



Baier, el Decano de la Sala de Alcaldes, el mismo P. D. Pedro Portillo, si está ya libre de su indisposición temporal, y otros a quienes yo he buscado, ya por reserbar este arbitrio para el caso (posible) de que no estuviesen tan acordes los tres censores, y ya, en fin, por que no hubiese el menor embarazo.

El caso, mirado en todas sus circunstancias, no deja de interesar por su trascendencia, y, aunque presenta a primera vista una diferencia entre particulares, no dejan de tener su parte también el mismo Consejo, la Academia Real de la Historia, los censores nombrados por ella por dos veces y, lo que es más, el nombre sagrado de los Reyes nuestros Señores, a quienes habrá de representarse contra la Gramática Griega tanto como se dijo en su abono quando se trató de admitirla con preferencia para la enseñanza de Estudios Públicos.

Restan dos puntos o extremos menos distantes de mi comprensión: el primero, sobre lo ocurrido en punto a licencia para la impresión de la Carta de Antheo y la Nota que se lee al fin del impreso, sin haberla en el original; el segundo, sobre sus cláusulas, voces y palabras en quanto puedan ser injuriosas o denigrativas al P. Maestro Fr. Juan de Cuenca.

Nada tendría que reponer a lo que su reverendísima reflexiona en ambos puntos si estuviéramos de acuerdo.

Confieso que la Carta de Antheo está escrita con mal humor y una libertad y expresiones que yo no tengo de ninguna manera por necesarias para la defensa de la causa, faltando aun la disculpa con que se toleran las obras apologéticas, por que ésta no lo es, ni su autor estaba zaherido, notado, ni aun nombrado por el Maestro Cuenca, siendo, por lo mismo, voluntario y delinquente quanto hai en la Carta ofensivo a su reverendísima, ya en el tono irónico, ya en las voces de vilipendio y destestimación que allí están sembradas sin pedirlo la serie de una sátira fina, que es lo único tolerable en tales casos.

Pero dígase la verdad: el P. Maestro en su Respuesta apologética ha contraído estos mismos defectos, y las dos expresiones de ella, una en que, jugando sobre el nombre Antheo, viene a apropiárselo al auctor de la Carta sin la *n*, otra, el que al párrafo inmediato habla del Santo Oficio y un decreto suyo como aplicables al impreso, y, en fin, cierta alusión a los tiempos de la juventud en Salamanca, no tienen, a mi ver, equivalente en la Carta de Antheo.

Las palabras de las Leyes de Partida y recopiladas a que alude el

P. Maestro y que salpica, ciertas son: así fueran enteras y en su espíritu y caso. Al Consejo le constan y no ha muchos meses que ha tenido que repasarlas.

Hay la fortuna de que no sólo están compensadas, sino también remitidas las injurias, por que el P. Maestro, conforme en esta parte a lo que era de esperar de su religiosidad, desde luego se aparta de toda acción y condona la ofensa, y el autor de la Carta de Antheo se allana desde luego en su escrito a besarle la mano a su reverendísima protestando que nunca ha sido su ánimo herir la persona, orden, el hábito ni el magisterio, sino manifestar la ignorancia del griego del autor de la Gramática, a lo que se creía obligado por ser un profesor público de esa misma lengua y por el interés y gloria de la nación.

El otro artículo respectivo ala licencia no tiene tan legítima satisfacción, por que a cualquiera aspecto que se mire, es ratero el procedimiento, nada noble ni digno, y la distinta portada con que se presentó la Carta de Antheo siempre es una máscara a cuio favor pasó lo que se hubiera hecho examinar más despacio por el Consejo, purgando el escrito de lo que oy se notó en él.

Tampoco es tolerable ni cierto que la licencia dada al editor del *Semanario erudito* para publicar las piezas ineditas de diferentes sujetos que por modestia o política ocultaron sus nombres o los dejaron correr vajo de otros supuestos, alcance a los autores que al presente viven, por que, en quanto a los primeros, la importancia y curiosidad de aquellas piezas y la imposibilidad de que sus autores ya muertos estamphen en ellas sus nombres o los revelen al escribano de Cámara, hace usar de esta permisión para que no carezca el público de las luces y documentos allí encerrados; pero el escritor que vive, si tiene razones o antojo para que salga anónima su obra, no está dispensado de declararse al escribano de Cámara y de Gobierno quando acude a impetrar la licencia. Fuera de lo que ella comprende, ¿cómo ha de ser lícito añadir cosa alguna?

Yo no me persuado a que esto se esconda al autor de la Carta de Antheo, pero no deja de producir algunas reflexiones que, si no quitan, rebajan la culpa; y al fin ha venido el caso a ponerse en unos términos que no tiene fácil salida.

En efecto, sentado el concepto, como dicen los tres censores, de que al interés y gloria de la nación importa la publicación dela Carta en quanto nos vindica en la Europa culta del concepto bajo en que nos



haría caer la Gramática (no dista mucho de este dictamen don Santos Díez, que, según refiere el mismo P. Maestro, vio en la Carta excelentes máximas, sana doctrina y mucha erudición), no parece ajustado ni conveniente, condenarla al fuego, ni detener por más tiempo su entrega y curso; menos, tampoco, el que se mande hacer otra impresión atenta solamente a evidenciar y confutar los errores de la Gramática con formal prohibición de todo chiste resvaladizo, por que, debiéndose hacer por buenas reglas a costa del mismo autor de la Carta, no se asegura la impresión, atendidas sus facultades, y nos oponemos realmente alo que pide el bien público, que es el que se difunda el antídoto al paso que el veneno.

Si pudiera disponerse que, desenquadrando los juegos tirados de la Carta de Antheo, se estampase en la primera o última hoja de ella o en alguna sobre añadida, en mui pocos renglones, la providencia tomada para satisfacción del P. Maestro y escarmiento de su ribal, podría escojerse este medio, por que la dilación sería corta y el gasto también, sobre que se resarciría en el precio; pero es de ver si esta marca la miraría el autor como un sanbenito de dolor y confusión.

En esta estrechez de arbitrios, y atendiendo a que el autor de la Carta de Antheo, hallándose catedrático de lengua griega en los Reales Estudios, honestamente tomó partido en desagravio dela lengua que entendió estropeada, y que el Consejo no debe mirar menos atento al castigo de las culpas que a evitar el desaliento de los escritores, no tengo más hilo de oro para salir de este laberinto que dejar correr la Carta de Antheo, entregándose todos los exemplares detenidos a su autor, con la prevención de que busque al P. Maestro Cuenca y le dé satisfacción de todo lo que contra su intención y voluntad se haia deslizado en la Carta, dándose al P. Maestro (si la quiere) certificación de este mandato, y permiso abierto a ambos para que sigan en esta lid literaria, sosteniendo respectivamente la impugnación y la defensa dentro de los términos de la urbanidad y decoro con que deben tratar al público y a sí mismos los literatos cristianos, a cuio fin se le franqueará copia de la carta apologética y demás papeles suios; y, en fin, para que el respeto al Consejo quede en su lugar y ninguno repita la tentativa de benir por su licencia sino en los términos que un escritor ingenuo y honrrado, sin oponer tretas a la observancia escrupulosa de las leyes, sus fines y mente, puede condenarse en las costas al autor de la Carta de Antheo, y, si se llega a multa, parece preciso que sea muy suabe. Esto siento, y me holgaré que el Consejo sienta otra cosa».

El 3 de febrero del siguiente año 1792 el Consejo remite el expediente a la Real Academia de la Historia «para que, en vista de todo, informe lo que se le ofreciere y pareciere». Y el 15 de mayo, tras examinar el expediente y recabar «el dictamen» de «tres de sus individuos comisionados a este efecto», «resolvió extender el siguiente juicio», de que da traslado su secretario perpetuo, Antonio de Capmany:

«Que, habiéndose instruido completamente de los méritos de las expresadas diligencias judiciales y de las razones en que funda sus reparos D. Casimiro Flórez Canseco, halla que dexa éste, en lo general, completamente probada la censura literaria de la expresada Gramática griega, y en este concepto es de parecer que, si el Consejo lo tuviese por conveniente, se le puede permitir publicar su *Carta de Antheo*, moderando u omitiendo todas las expresiones que puedan ser ofensivas a la persona y estado del Maestro Cuenca (como las de: *mentecatez, delirio, demencia, bestialidad*, etc.), a juicio del señor juez de imprentas o del señor ministro, a quien el Consejo, con su sabio y superior acuerdo, cometa el conocimiento ulterior de este asunto».

El día 23 de junio el señor fiscal manifiesta que «no halla inconveniente en que el Consejo se sirva acceder al dictamen de la Real Academia de la Historia». Y así le fue comunicado al relator el día 2 de julio.

No encontramos en el expediente documentos posteriores a esta fecha, ni se alude a ellos en el resumen de 17 hojas (folios 1r-17r) que se hace del contenido de éste y que se conserva en el mismo legajo.

Aunque parece, a tenor de lo que precede, que la *Carta* debería haber circulado con entera libertad, son tan escasos los ejemplares conocidos, que seguramente se optó por no permitir su difusión.

Al margen ya del expediente del Archivo Histórico Nacional, observamos que el informe dado por los censores de la Academia el día 5 de noviembre de 1790 estaba formulado en términos menos positivos que los usados por su secretario perpetuo al recogerlo y presentarlo —como hemos visto— el día 6 del mes siguiente. Estos son los términos en que aquéllos se habían expresado:

«No han juzgado que debían dar tan ventajoso informe, para que dicha gramática se extienda exclusiva y generalmente por las escuelas del reino para la enseñanza del griego, a causa de no haberla hallado, con respecto a este fin, la más metódica, la más clara, la más breve ni la más proporcionada a la capacidad de los principiantes, ni al tiempo que en las escuelas se destina a esta enseñanza; añadiendo a las razones con



que apoyan estos reparos, lo voluminoso y costoso de la obra; por todo lo cual no les parece que dicha gramática en el estado que tiene se deba prescribir exclusivamente para los estudios de las escuelas (bien que sirva para su consulta por los maestros, los cuales pueden sacar de ella mucha instrucción), a menos que el mismo autor forme un compendio de dicha gramática breve, claro y metódico»<sup>(155)</sup>.

Fue tal la polvareda levantada por la *Carta* de Antheo, que el 9 de marzo de 1792 la propia Academia de la Historia había llegado a poner en tela de juicio, a través de su secretario, un hecho tan innegable como el de haber emitido ella misma, por medio de los señores Ortega y Ayala, un juicio favorable a la publicación de la *Gramática*. Así se expresaba el secretario: «Ni en el Archivo ni en las Actas consta haberse censurado ni aprobado en tiempo alguno por la Academia dicha gramática para su impresión, como alega en su defensa dicho P. Cuenca»<sup>(156)</sup>.

Las gestiones para que la *Gramática* de Juan de Cuenca fuera adoptada como libro de texto, habían sido realizadas por Campomanes, a petición de aquél<sup>(157)</sup>.

En resumen, lo defectuoso de la *Gramática* de Cuenca, lo mordaz del panfleto de don Casimiro y la actitud incoherente de la Academia de la Historia, constituyeron un vergonzoso escándalo público, del que, como concluye Luis Gil, «en última instancia, era el universal prestigio lo que salía perjudicado: el de Fr. Juan, el de los académicos que aprobaron su trabajo, el del propio Campomanes, su incauto y entusiasta patrocinador, así como el del Monarca, que, no menos incautamente, le dispensó también su alta protección»<sup>(158)</sup>.

Terminadas estas digresiones —quizá demasiado largas— sobre la polémica suscitada por la *Gramática de la Lengua Griega* de Juan de Cuenca, proseguimos con la enumeración de sus restantes obras.

(155) Actas de la R.A.H., vol. IX (del 7-VIII-1786 al 31-V-1793). Citado por Luis GIL en su o. c., p. 107.

(156) Citado por Luis GIL, *ibid.*, p. 116.

(157) Véase Luis GIL, *ibid.*, p. 107.

(158) *Ibid.*, p. 119.

24.— *Índice de los Manuscritos Griegos de la Real Biblioteca del Escorial. Por el P. M. Fr. Juan de Cuenca. Profeso del mismo Real Monasterio. Año de 1794. En San Gerónimo de Madrid.*

Se conserva en El Escorial, y ocupa los folios 217r-293v del código —o mejor, carpeta— K.I.24 (signatura antigua H.IV.7). Se trata del comienzo de un índice alfabético, en griego y en castellano, en el que ambos textos van colocados en paralelo. Es autógrafo de Juan de Cuenca<sup>(159)</sup>.

La obra empieza con una breve introducción —en griego y en castellano— en la que el autor explica —no con demasiada claridad— cómo han de entenderse las signaturas de los manuscritos escurialenses. Este es el texto castellano:

«Índice dispuesto por el orden del alfabeto, en el qual se numeran los códices manuscriptos griegos que se guardan divididos y a la vista en las tablas, plúteos, estantes o pinacothecas de esta Real Bibliotheca. El orden de ellos se conoce a consecución de las señales que se ponen a la vista. La letra griega, o del alfabeto griego, que ocupa el lugar de en medio (no sin consideración de los números siguientes, por evitar la confusión) manifiesta los plúteos por cinco o seis divisiones, o repartimientos, señaladas con sus propios números. El número de la letra puesta a la frente en lo más elevado manifiesta al libro. El que sigue a la letra da a entender el orden de los códices de la mano derecha. Ade-

(159) Sobre este *Índice* véase Charles GRAUX, *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escorial*, p. XX; A. REVILLA, *Catálogo de los Códices Griegos de... El Escorial*, t. I, p. CXXIV, nota 2; y Gregorio de ANDRES, *Catálogo de los Códices Griegos de... El Escorial*, t. III, p. 257, obra tercera.



más de esto hay en cada vno de los códices los mismos números que señalan, para que se puedan encontrar más fácilmente» (f. 218r).

Probablemente Juan de Cuenca perseguía con este trabajo un fin eminentemente práctico: completar su catálogo o *Clavis* de los manuscritos griegos de El Escorial con un índice alfabético que permitiera localizar fácilmente cualquier autor o tratado de dichos fondos.

A primera vista parecería que a esta obra se refería el jerónimo cuando, en carta a Campomanes del 19 de diciembre de 1787, le comunicaba que iba prosiguiendo su *Indice*<sup>(160)</sup>. Lo mismo le repetía en la del 3 de septiembre de 1790: «También voy prosiguiendo con el índice de los manuscritos»<sup>(161)</sup>. Y un año antes de su muerte seguía trabajando en él, según carta al conde del 10 de marzo de 1794<sup>(162)</sup>. Asimismo, en el párrafo quinto del mencionado prólogo al *Libro de nexos* se habla —como queda dicho— de un «Índice crítico» de manuscritos griegos. Por el contexto creemos, no obstante, que más bien se trata, en este último caso, del catálogo o *Clavis*, como indicamos en su lugar; y las fechas de las dos primeras cartas citadas parecen indicar, a su vez, que también en ellas se alude al catálogo. En la tercera carta podría tratarse de cualquiera de las dos obras.

---

(160) FUE, AC 48/111.

(161) FUE, AC 29/28.

(162) *Ibid.*

25.— [*Copia de las Epístolas de Marco Bruto*].

Se trata de un trabajo sobre las epístolas griegas del asesino de Julio César, Marco Junio Bruto<sup>(163)</sup>.

Es un trabajo que hacen en colaboración los PP. Juan de Cuenca y Carlos de Arganda. A él se hace pormenorizada referencia en tres cartas y dos papeles del Archivo de Campomanes<sup>(164)</sup>. Estos carecen de fecha y de firma, por lo que es preciso tener en cuenta las alusiones de aquéllas para situarlos cronológicamente y recomponer los hechos.

Poco antes del 26 de noviembre de 1780, Campomanes le escribía al P. Carlos de Arganda y le adjuntaba una esquila —de excelente caligrafía, pero no fechada ni firmada— que algún investigador cuyo nombre desconocemos le había entregado o enviado para que la hiciera llegar a El Escorial. En ella se solicitaba copia de una obra conservada en la biblioteca del monasterio:

«Se tiene entendido que se hallan en la biblioteca del Escorial *Marci Junii Bruti Epistolae, latine redditae*. Son dos manuscritos, el uno en papel y el otro en pergamino; éste último se puede leer con maior facilidad y se desea conseguir copia exacta de él.

Precede un prólogo escrito por el traductor, y se cree que estas epístolas se escribieron en griego, en Asia, durante las guerras civiles. Ay pocas, y las más son breves, y se pueden copiar en mui poco tiempo.

(163) Sobre Marcus Junius Brutus y sus *Epistolae* —de discutido origen— puede verse: Wilhelm VON CHRIST, *Geschichte der Griechischen Literatur*, 6ª edic., parte 2ª, tomo I, p. 483.

(164) FUE, AC 29/28.



Se desea tener una copia entera de dicho manuscrito, inclúyendose en ella el título, prólogo y demás que haya».

El 26 de noviembre de 1780 el P. Carlos de Arganda respondía a la del conde, le devolvía la esquila y adjuntaba a ésta una nota de página y media, cuya letra es inconfundiblemente del P. Cuenca.

Se dice en la nota que en la biblioteca se hallan, efectivamente, «los códices que se citan en la esquila: vno en papel, aunque incompleto, y otro en pergamino, completo». Se precisa, a continuación, que, para sacar copia, se necesita la autorización del rey, «por tenerlo así prevenido S.M.», y se le advierte al solicitante que en la misma biblioteca «se hallan también dichas epístolas grecolatinas impresas en la impresión de *Comelino*, año de 1597, en 8º y traducidas al latín (según aparece) por Francisco Escobar, con notas de los comentarios de *Hadamario*, y dedicadas con otras varias de diversos autores a los cónsules de la República Barcelonesa». Y se añade que «así mismo ay otra traducción impresa, sólo latina, echa en Basilea, en la oficina de *Juan Oporino* en el año de 1554, y contiene el mismo prólogo y prefacio que los manuscritos; su traductor es *Raynutio*, florentino, bien que el vno de los manuscritos dice *Aretino*».

En las cuatro páginas de su carta al conde —del 26 de noviembre de 1780—, el P. Arganda le dice que se ha tomado «algún poco de tiempo» antes de contestarle, y añade nuevas precisiones: «[...] de las epístolas de Marco Bruto que se citan y de que se solicita copia, ay en esta Biblioteca tres manuscritos: dos en pergamino bellamente escritos, y el otro en papel, algo incompleto; pero ay también dos impresos [...]; ambos coinciden con los citados manuscritos, con los que se han cotejado oi, pero el segundo más que el primero, por contener éste [el segundo] el prefacio al papa Nicolao quinto, que omite el otro». Entiende el P. Arganda que la nota adjuntada a la esquila y destinada al solicitante debería ser suficiente para «satisfacer la curiosidad» de éste «y hacerle mudar de idea»; a pesar de ello, había querido «que el P. Cuenca principiasse el traslado continuando hasta concluirle sin intermisión», mas, «haviendo dicho a esto el bibliotecario que, para sacar copia íntegra, se necesita orden tan superior», ha desistido de ello; en cualquier caso, «el P. Cuenca —termina diciendo Arganda— está enterado de todo y con buenos ánimos para escribir quanto V. Ilma. mande».

No obstante haber sido informado de la existencia de las ediciones, Campomanes insiste —a petición, sin duda, del solicitante— en que se haga la copia; y ya no se contenta con la del texto latino, sino que pide también la del griego, y desea se añadan las variantes de los manuscritos y toda una serie de detalles propios de una edición crítica. Así se lo expone al P. Arganda al comienzo de su carta del 13 de enero de 1781, de la que se conserva copia:

«R.P. Mi estimado P. Arganda: Se desea, en efecto, una copia de las epístolas de Marco Bruto en griego y latín.

Me conformo con que se saque copia en los dos idiomas con separación, y con sus notas y respectivos prólogos.

Al margen estimaré se pongan las variantes de los códices del Escorial, dándose noticia separada de cada uno de estos códices y su antigüedad, y, si fuere posible, sacar una muestra o espécimen de la letra de cada códice, poniéndose todo el cuidado y diligencia que es propia de V.R. y de los padres bibliotecario y Cuenca, a quienes saludo, y no escribo separadamente por no duplicar cartas.

Yo pagaré el gasto que hubiere en todo esto, y no he respondido antes por falta de tiempo, aunque desearía que la copia de lo impreso y cotejo con los manuscritos se hiciesen con la brevedad y exactitud posible»<sup>(165)</sup>.

En su respuesta del 17 del mismo mes y año —que ya hemos citado en otros apartados—, el P. Arganda lamenta que la enfermedad del P. Cuenca haya retrasado el trabajo, que ambos se habían repartido:

«Muy Sr. mío y de mi primer respeto: La casualidad de allarse en cama el P. Cuenca al recibo de la de V.S. Ilma., molestado del afecto del estómago que padece con bastante frecuencia, me ha impedido el gusto de ver principiadas y concluidas las deseadas copias de las Epístolas de Marco Bruto con la prontitud que io quisiera; pero me queda en medio de esta ocurrencia el poder decir a V.S. Ilma cómo ayer se levantó algo reparado y tomó a su cargo las grecolatinas impresas por Comelino, encargándose de hacer con la brevedad posible los traslados separados de cada vno de los dos idiomas.

En el entretanto que el P. Cuenca hace esta obra, voi io sacando también copia del otro impreso de Oporino y, acabadas que sean ambas o qualesquiera de ellas, se cotejarán con sus respectivos códices, poniendo las variantes con lo demás que hubiese digno de notarse, y remitiré a V.S. Ilma».

Tras abordar otros temas ajenos al asunto, vuelve a éste al final de la misiva para rectificar un error que se había deslizado en la mencionada nota adjuntada a la esquila y que decíamos ser de mano del P. Cuenca, aunque el P. Arganda no lo dijera en su anterior ni lo haga en ésta:

(165) Como queda dicho, L. Gil reproduce íntegramente esta carta en su o. c., pp. 182s.



«Acerca de las notas de Escobar que citaba la razón puesta a continuación de la esuela primera, debo advertir a V.S. Ilma. que padeció equivocación el que la puso de orden del P. Bibliotecario, por averse gobernado, para tomarla, de la fachada del libro, que lo dice así en términos algo generales y sin hacerse cargo de que en la colección y volumen en que están las Epístolas de Bruto ay incluidas obras de tres o quatro autores y que Escobar fue traductor y puso notas a los exercicios rectóricos de Aphthonio Sofista solamente, que son parte de este tomo. A su tiempo irá todo puntualmente notado».

En otra, escrita diez días más tarde —también citada ya en otro lugar—, el P. Arganda informa al conde de que el P. Cuenca prosigue lentamente su trabajo y de que él ha concluido el suyo, que le remite:

«Muy Sr. mío: El P. Cuenca sigue trabajando en las copias de las epístolas grecolatinas de Bruto, pero con lentitud, a causa de los males que no acaban de molestarle; queda enterado de las apreciables prevenciones que V.S. Ilma. le hace para la mayor estimación de su obra, y, teniendo yo concluida y cotexada a mi modo la que insinué havía emprendido, con vn amigo la remito.

Es regular sirva sólo de borrador por las circunstancias que han notadas en el medio pliego separado y por otros mayores defectos que notará V.S. Ilma. Valga de alguna disculpa mi grande deseo de servir en lo que pueda y con toda prontitud a V.S. Ilma. Esta copia no lleva espécimen, por constar en el códice, como verá V.S. Ilma. al fin de la copia, así el año en que se hizo, como el amanuense que la escribió».

Termina indicando que, «para quando acabe su traslado el P. Cuenca, irá con más exactitud» el trabajo encomendado.

No disponemos de otros datos acerca de esta copia y cotejo. Con toda seguridad fueron llevados a feliz término; pero, hasta el presente, nada hemos logrado saber de su paradero.

Si recapitulamos cuanto nos aportan las cartas y papeles citados, vemos que en la biblioteca de El Escorial se encontraban por entonces tres manuscritos de las epístolas de Marco Bruto —dos en pergamino y uno en papel— y dos impresos —de los años 1554 y 1597—. Pues bien, hoy en día siguen encontrándose allí los manuscritos y la edición de 1597, pero no conseguimos localizar la de 1554.

Uno de los manuscritos en pergamino es el a.IV.12, ff. 34v-60r<sup>(166)</sup>. Es un códice de gran belleza, y de tan fácil lectura como si fuera un impreso. Contiene la traducción latina de 70 epístolas de Bruto, hecha por Rinuccio de Arezzo<sup>(167)</sup> y acompañada de un prefacio o proemio en el que se dedica la obra al papa Nicolás V. Estos son el título de la traducción y el comienzo del prefacio:

*«Renucii aretini in bruti epistolas e graeco in latinum traductas. Praefatio incipit (f. 34r): «Solent Beatissime pater qui inuigilant alicui operi quod ad mores hominis spectet uel rerum notionem seu uitae decorem illud principibus ceu diis in terris sacrare» (f. 35r).*

Sigue luego la dedicatoria del compilador a su nieto y homónimo: «*Mitridates Mitridati nepoti*».

Algunos de los folios de este códice no han sido encuadrados en el debido orden.

El otro manuscrito en pergamino es el O.III.1, ff. 2r-17r<sup>(168)</sup>. Su belleza y caligrafía son análogas a las del anterior, pero en él abundan más las abreviaturas. El copista se saltó la epístola que en el primero lleva el número 11, por lo que el total de éstas queda reducido a 69. En él se dice que la traducción fue hecha «*per Dominum Ranutium*».

El manuscrito en papel lleva la signatura S.IV.22, y comprende los folios 106r-107v<sup>(169)</sup>. Es una copia sin lujo alguno. Su lectura resulta, efectivamente, menos fácil que la de cualquiera de los dos en pergamino. Está inconcluso y sólo contiene 22 epístolas.

La referida «impresión de Comelino, año de 1597» lleva la signatura 37.V.28. Forma parte de una miscelánea cuya primera obra tiene la portada siguiente: *Aphthonii Sophistae Progymnasmata. Francisco Scobario Interprete: cum Notis ex Commentariis Hadamarii. Eiusdem Aphthonii Fabulae nunc primum in lucem prolatae. Apud Hyeronymum Commelinum. 1597*. Las epístolas de Marco Bruto —con los textos griego y latino dispuestos en paralelo— empiezan en las páginas 192 (texto griego) y 193 (texto latino), y su título latino es: *MARCI BRUTI ad civitates quasdam, et harum ad illum EPISTOLAE a Mithridate collectae*. Al final (pp. 238 ss.) se encuentra una carta de Bruto a Cicerón —solamente en latín—, que no figura en los manuscritos. Evidentemente, los datos de la portada inicial del volumen se refieren a la primera

(166) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, vol. I, pp. 95s.

(167) Humanista italiano muerto no antes del 1450. Fue secretario en la curia de Nicolás V y renombrado traductor (véase *Enciclopedia Italiana*, s.v. Rinuccio d'Arezzo).

(168) Véase G. ANTOLIN, *Catálogo...*, vol. III, pp. 224s.

(169) Véase *ibid.*, vol. IV, pp. 42s.



obra exclusivamente, y nada tienen que ver con las epístolas de Bruto, que no fueron traducidas por Francisco Escobar, como ya aclarara el P. Arganda rectificando la nota adjuntada a la esquila.

La edición del texto latino «echa en Basilea, en la oficina de Juan Oporino en el año de 1554», no la hemos localizado, como queda dicho.

Juan de Cuenca y Carlos de Arganda podrían haber añadido que en la misma biblioteca existía otra edición del texto griego, incluida también en un texto misceláneo, que lleva la signatura 68.VII.25 y cuya primera obra es: *Epistolae diuersorum philosophorum, oratorum, rhetorum sex et uiginti, quorum nomina sequenti inuenies pagina, Venetiis Apud Aldum Martio MID* [-1499]. La segunda obra fue editada en el mismo lugar y fecha, y se titula: *Epistolae Basili Magni, Libanii Rhetoris, [...], Phalaridis Tyranni, Bruti romani [...]*.

## 26.- *Discurso de entrada en la Academia.*

No se encuentra en el expediente que del monje laurentino tiene dicha Institución, sino en el envoltorio en que la misma encierra este tipo de discursos y que lleva por signatura el 11/8234. Al discurso del P. Cuenca le corresponde el número 18.

En la secretaría se le puso el epígrafe siguiente: «Del P. Cuenca. Discurso de entrada en la Academia»; y debajo se añadió una anotación cuyo primer término aparece parcialmente emborronado y que nosotros leemos: «Excútese su impresión», y no: «Exprésese su impresión».

Aunque el discurso no está fechado, deberemos situarlo entre el 23 de mayo de 1783 —día en que Juan de Cuenca fue nombrado académico correspondiente, según dijimos— y el 15 de marzo del año siguiente —día en que el prior del monasterio escorialense le escribía a Campomanes, como también dijimos, manifestándole su «muy particular complacencia» por haber «sido del gusto y aprobación de los Señores Académicos el discurso que leyó dicho P. Cuenca en la Academia».

Consta de 23 folios, con un promedio de 19 ó 20 líneas por página. Su esmeradísima letra es similar a la de las partes de la *Clavis* copiadas en limpio.

Va dirigido al «Ilmo. Señor», que no puede ser sino el propio Campomanes, presidente entonces de la Academia.

Juan de Cuenca comienza su discurso con las consideraciones estereotipadas propias de tales casos. Se muestra extrañado del nombramiento y se reconoce indigno de él:

«Quando yo me consideraba sepultado en lo más escondido del claustro, quando me contemplaba como muerto (porque así lo pide mi esta-



do), me hallo de repente vivificado con la luz de vn ilustrado, noble y nuevo mundo; me veo respirar entre los más nobles concurrentes de vn Cuerpo nobilísimo, como vno de sus individuos; y quando mis tareas, estudios y exercicios caminaban en vn profundo silencio al olvido, vna voz poderosa despierta mi alma y, alentándola con la más dulce violencia, la obliga a procurar que sean útiles las obras que ella juzgaba, y aún juzga, por inútiles y de ningún aprecio.

Así es, Ilmo. Señor: vn monge retirado en su monasterio, empleado por su instituto en obras de aiuno, oración y silencio, ¿a qué fin o para qué es llamado, incorporado y vnido al Cuerpo más noble y esclarecido del orbe literario? Que se buscase de entre tantos sabios, doctos y eruditos, que con sus ingenios enoblecen (*sic*) las vniversidades, cursan las escuelas e ilustran las iglesias y cabildos, quien al honor de individuo precediese el mérito, acompañase lo sabio y se prometiese el esperado fruto, bien se dexa entender, porque en tales circunstancias ai sobrados motivos a la elección de las personas; pero a mí, a quien ni el mérito a precedido, falta lo sabio, ni se puede esperar fruto, ¿tanto honor?, no lo entiendo; a mí, el más pequeño filósofo de tantos como en sí contiene este magnífico Real Emporio, no lo percibo.

Bien pudiera yo ahora decir con el profeta (a): *¿Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat, et humilia respicit in coelo et in terra?*, porque toda su admiración es al contemplar que aquel supremo ser, que habita en las alturas, con particular providencia mira a los humildes en el cielo y en la tierra, levantando al pobre de la misma tierra y estiércol de su miseria para colocarle en el cielo» (ff. 1r-2v).

En nota al pie de página —correspondiente a la llamada (a)— da la referencia del texto citado: «Psalm. 112, vers. 5». Por ella se ve que sigue para los salmos la numeración de las versiones de los LXX y de la Vulgata y no la del texto hebreo o masorético. Y aún prosigue con el mismo tema en el párrafo siguiente:

«Paréceme veo a V.S. Ilma. imitar este exemplo en lo pobre, humilde y abatido de mi persona. No es la comparación igual, porque nada hai, ni puede haver, en los extremos; pero esta dignación de V.S. Ilma. para con migo es, en mi concepto, digna del maior elogio y del más grato reconocimiento» (f. 3r).

Tras hacer luego varias consideraciones de tipo general acerca de la obligación que tiene quien recibe favores de exteriorizar su agradecimiento y acerca de la vileza de la ingratitud, añade cuál será su personal proceder:

«No seré perro mudo callando tus beneficios, ocultando tus faores; publicaré, sí, tus gracias, elevaré mi voz en tus loores, porque no es bien quede sepultado en el olvido vn beneficio que, siendo de tanto honor a los que le merecen, en mí deberá ser maior la gratitud» (f. 5v).

Precisa más adelante que el agradecimiento no ha de quedar sólo en palabras, sino que debe ir acompañado de obras:

«No cuesta mui cara la alabanza que al fin se queda en buenas palabras. Vn corazón generoso y liberal no busca en sus dádivas y favores recompensa; pero quien los recibe, más que con palabras, con obras ha de mostrarse agradecido» (f. 6r-v).

Y este segundo aspecto de la gratitud lo cifra en la obediencia a quien él considera el alma de la Academia, es decir, al propio conde:

«Como individuo de ese ilustrísimo y nobilísimo Cuerpo, me considero ia, con harto honor mío, su miembro; y así como en el cuerpo humano todos los miembros obedecen al alma, señora y directora, assí a V.S. Ilma., como alma de este Cuerpo Académico, pertenece el mandar, y a mí, como todo suyo, cumplir y obedecer sus preceptos» (f. 7v.).

Acto seguido entra en lo que constituye el tema central del discurso, que es hacer el elogio de la lengua griega:

«Entre los miembros que nos dio el Altísimo, no es el menor la lengua, que, no obstante ser tan pequeño instrumento, es inmenso el fruto de su vso bien ordenado. De ella, con la venia de V.S. Ilma., quiero valerme para decir algo de la lengua griega, tan peregrina en nuestra Patria, pero de vtilidad mui grande, aunque ignorada: de su origen, excelencia y progresos, como también de los frutos que sacarán de ella los que se dedican a su estudio» (. 8v).

Hace luego referencia a la torre de Babel y a la confusión de lenguas, a la diversidad de éstas y a su repartición en el mundo, y al origen, nobleza, alfabeto y dialectos del griego, al que considera como «madre y maestra de las demás lenguas» (f. 12r). Entiende que «entre las lenguas que tubieron el honor de hacer suia a la Divina Escritura, después de la caldea y syra, que fueron las primeras, es vna de las más principales la griega» (f. 13r), y estima que el mérito de ésta no es menor en el ámbito de las letras profanas:

«Pues, ¿qué diré de lo profano? Ninguno con medianas luces puede ne-



gar que los griegos son norma y exemplo, ya sea en lo historial, ya en lo filosófico, en que se comprehenden todas las ciencias y artes naturales; y en la jurisprudencia, mathemática, medicina o iátrica, ya en la poesía y la música, su hermana, y aun en todas las bellas artes, que, cultivadas en varios antiguos pueblos desde los tiempos más remotos, fueron promovidos en la Grecia desde el tiempo de Pisístrato, llegando a su maior altura y perfección en el gobierno largo de Pericles, conservándose en todo su esplendor y lucimiento hasta la muerte de Alexandro» (ff. 14r-15r).

Expone seguidamente el importante papel que los griegos desempeñaron en los más distintos campos de las ciencias, las letras y las artes, y estima que no se puede dar un paso en ellas sin el conocimiento de aquélla:

«A la verdad, se ignora mucho, quando no digamos el todo, ignorando esta lengua. El origen y la etimología de infinitos nombres, pueblos y ciudades antiguas, por sólo esta lengua se conocen. En la geografía no se adelanta, ni se puede dar paso, sin ella. Los términos facultativos y propios de todas las artes, ciencias y facultades, sagradas y profanas, sin ella no se entienden. No se puede hacer crisis en las traducciones, ni distinguir entre buenas y malas, ni tampoco conocer cuáles son literales y cuáles parafrásticas, sin el perfecto conocimiento de lo griego; ni tampoco sin la inteligencia de esta lengua se adelanta, ni aun se sabe, en ninguna materia» (ff. 17r-18r).

Y añade que no es menor la utilidad de dicha lengua para desenmascarar las tergiversaciones que del texto sagrado hacen los heterodoxos:

«Con el conocimiento en este idioma se conoce y deshace el artificio de los heterodoxos, que quieren torcer maliciosamente el sentido de los textos en que principalmente se apoian los maiores puntos de nuestra santa religión» (f. 18r-v).

Para él, quien conoce el griego puede considerarse como maestro, mientras que quien lo ignora no pasa de discípulo:

«En todas las artes y ciencias a vnos se les conoce por maestros y príncipes, y a otros por discípulos, y quanto ba del discípulo al maestro, eso ba también de los que, instruidos en la lengua griega, estudian en sus autores, a los que, por ignorarlo, se instruyen por los de otra lengua» (f. 18v).

Piensa, asimismo, que los latinos se lo deben todo a los griegos y que no se encuentra en el mundo entero escritor o sabio relevante que no haya aprendido la lengua helena, cuyo conocimiento sigue siendo necesario para editar textos escritos en ella y para revisar las traducciones hechas en el pasado:

«Los Julios, Cicerones, Sénecas y Quintilianos, con otros sin número que omito, tan justamente celebrados entre los latinos, ¿de quiénes aprendieron sino de los griegos? Luego bien se puede afirmar sin empacho que toda la sabiduría de los latinos dimana, desde sus primeros principios, de la de los griegos; que ellos fueron directores de todo el orbe y que no se encuentra en todo él sugeto alguno de mérito, ni escritor alguno que no haya estado instruido en esta abundantísima lengua, cuya instrucción es del todo necesaria para poder dar a luz las obras griegas inéditas y para poder notar los descuidos que han tenido los que se han dedicado a traducir las que hasta ahora se han publicado con traducción» (ff. 19r-20r).

Dice estar de acuerdo con Pedro de Valencia —el gran humanista y filósofo de finales del siglo XVI y principios del XVII— en que «infinitas obras griegas han tenido la desgracia de caer en las manos endebles de traductores que no las supieron traducir con aquellas expresiones, elegancia, dulzura, suavidad y primores propios de la lengua» (f. 21r).

Seguidamente, mediante la comparación de la lengua griega con una fuente, invita a leer en el texto original, y no en las traducciones, las obras escritas en aquélla:

«El agua, que es mineral y de virtud sanativa, quanto más lexos y distante se trae de la fuente, tanto más ha perdiendo de su virtud y eficacia, por más tapada que quieran conducirla: ¿y qué sería viniendo en vasos abiertos y con respiraderos? Quando llegase a casa del enfermo, ya no tendría virtud alguna. Assí, en buena filosofía, las causas quanto más inmediatas, mejores son los efectos que causan y producen. ¿Pues quién no irá a coger de la misma fuente de la lengua griega los primores que todos a vna voz publican de ella y que han sido desconocidos a tanta multitud de malos traductores?» (f. 21r-v).

Añade a continuación que el objetivo de su tosco y pesado discurso no es otro que fomentar el estudio de esa lengua, el cual se ha de acometer en los años jóvenes:

«La ilación, consecuencia y fin de este mal limado e indigesto discurso, Ilmo. Señor, es bien manifiesto, porque, además de lo expuesto y mu-



cho más que se puede exponer para lograr copiosos abundantes frutos en buenas letras, sin esta lengua se caminará a ciegas en infinitas cosas, y es manifesto ierro querer vn ciego dexarse gobernar y guiar por otro ciego. Verdad es que el que toma con empeño el saber la lengua griega, debe empezar este estudio desde la juventud y aplicarse al conocimiento de su vasta erudición y literatura, sin lo que serán mui pocos o ningunos los adelantamientos que le producirán sus fatigas; y aunque este estudio será a los principios difícil, arduo y penoso (assí lo es el de todas las lenguas), pero su recompensa será panal dulcísimo con la cosecha de sazonzados frutos, porque es innegable que, si en el invierno no se trabaja, cultiva y siembra, no hay que esperar cosecha en el estío.

En la juventud se ha de cultivar esta lengua, que ella en la senectur tendrá maduros frutos de sabiduría. No está agotada esta fuente de la Grecia; tampoco se ha trasladado o del todo pasado a la latina que no quede aún inmensa copia de aguas dulces con que sacien su sed los que lleguen a ella» (ff. 22r-23r).

Y termina haciendo un elogio del mecenazgo que Campomanes, cual otro Alejandro Magno, dispensa a quienes se dedican al estudio de la cultura helena:

«En fin, Ilmo. Señor, lo que alcanzaron tantos doctos y eruditos que en otro tiempo con sumo estudio se dedicaron a ella, esto y más, por más allanado el camino, se conseguirá ahora si con igual desvelo se estudia, por tener a la frente los aplicados jóvenes españoles en V.S.I. vn mecenaz que, a imitación del grande Alexandro, sabrá dar a conocer con su especial protección el mérito de los que se dediquen a estudiar el inmenso piélagos de la literatura y erudición griega, para el maior honor y lustre de la Nación Española. Dixe» (f. 23r-v).

## 27.- [Trabajo sobre Sexto Empírico]

Lo único que sabemos de este trabajo es lo que Juan de Cuenca le decía al conde de Campomanes en carta del 9 de octubre de 1790:

«[...] y ahora estoy con *Sexto Empíreo* (*sic*), que escribió contra todas las ciencias; pero es menester hacer crisis de sus palabras, que en mi juicio no es como dicen.

Haré la crítica como mejor pueda, como ya he empezado, examinando sus sentencias, y es vn autor que no lo he encontrado en ninguna Bibliotheca, ni en (*sic*) el tiempo en que floreció, ni la patria; pero no sé si estará édito»<sup>(170)</sup>.

Aunque no son muy abundantes los datos conservados sobre la vida y obra de Sexto Empírico, no se trata de un desconocido. Tomó su sobrenombre de la escuela a que pertenecía, y se declaró enemigo de todo dogmatismo en sus *Escépticas*, que comprenden seis libros contra los matemáticos y cinco contra los dogmáticos. Escribió a finales del siglo II d.C.<sup>(171)</sup>.

Sus obras ya estaban editadas, en latín, en tiempo de Juan de Cuenca, y de alguna de ellas —concretamente *Adversus mathematicos*— había en vida del monje —y continúa habiendo— varios manuscritos en la Real de San Lorenzo<sup>(172)</sup>, y en la primera hoja de guarda de dos de ellos se hace constar que están editados en latín<sup>(173)</sup>.

(170) FUE, AC 29/28.

(171) Véase Albin LESKY, *Historia de la Literatura Griega*, Madrid 1968, pp. 908 y 918-921.

(172) Véase el «Index nominum et rerum» del *Catálogo* de Gregorio de ANDRES, t. III, p. 328, s.v.

(173) Son los códices R.III.6 y R.III.12.



28.- [Trabajo sobre una colección de Justiniano]

El día 24 de octubre de 1790 —es decir, dos semanas después de haberle escrito al conde la misiva del apartado que precede—, Juan de Cuenca le comunica, en otra, que está ocupado con la «producción jurídica» de Justiniano:

«Yo prosigo y proseguiré con mis manutretos (*sic*), y yo me entiendo; pero al presente estoy con las institutas de Justiniano, esto es: *Collectio Constitutionum Codicis novellarum ad res divinas expositarum, cum Paratitlis et pluribus novellis diversorum Imperatorum*»<sup>(174)</sup>.

Añade luego lo que ya reproducimos antes, a saber, que el desciframiento del manuscrito —del siglo XI, según él— era tan dificultoso que temía volverse loco «con semejantes garabatos», si no lo estaba ya.

Debe de tratarse del código escurialense T.I.17, ff. 1r-9r, en el anverso de cuya segunda hoja de guarda inicial se encuentra un título en latín que, con alguna variante mínima, es el que reproduce Juan de Cuenca: *Constitutionum Codicis et Nouellarum ad res divinas expositarum cum Paratitlis et pluribus Nouellis diversorum Imperatorum Collectio*, etc.».

---

(174) FUE, AC 29/28.

Según Alejo Revilla, sería del siglo XIII<sup>(175)</sup>. Y Juan de Cuenca termina el inconcluso tomo XXII y último de su *Clavis* o catálogo con la descripción del mismo, que no hace sino incoar:

«Multa fecit scripsitque [Justinianus], quae per scriptorum campum expansa videntur; et in codice extant *Paralypomena, et Instituta Justiniani*, hoc est, *novellarum Constitutionum, et Collectio constitutionum* (f. 116v).

Así termina el folio y el tomo, quedando truncada la descripción.

A estos trabajos podríamos añadir algunos otros, a los que Juan de Cuenca hace referencia en sus cartas. Así, en la ya citada del 18 de mayo de 1785 le comunica a su protector que ya tiene extractadas varias obras de táctica militar —cuyos autores y títulos enumera en latín—; y añade que seguirá haciendo lo propio con otras muchas que hay sobre el mismo tema. Parece claro que se trata de manuscritos griegos existentes en la biblioteca laurentina; y aunque la mayoría de los autores —Ateneo, Apolodoro, Herón, los emperadores León VI y Nicéforo II, y Bitón— sean los mismos cuyos escritos colacionó posteriormente con la edición de París de 1693 —según vimos al ocuparnos de su *Cotejo de la edición de París de los matemáticos griegos...*—, creemos que es un trabajo distinto: consiste en extraer y no en colacionar, y cronológicamente el *Cotejo* es posterior. Nos encontramos sin duda ante uno más de esos trabajos de peón que el P. Cuenca hacía para el conde de Campomanes.

Esta es la lista de los autores y títulos, que reproducimos literalmente. Casi todos están tomados del códice Y.III.11:

«Los Libros tácticos que llevo extractados son:

*Athaeus: De Machinis cum Figuris.*

*Apolodorus: De ejusdem Machinis.*

*Hero: Chyrobalistræ extructio et praeparatio.*

(175) Véase su *Catálogo*, t. I, p. 440. Hay en El Escorial otro códice griego que recoge una colección similar de Justiniano. Es el X.III.2, ff. 395r-455v y 43r-47v (véase G. de ANDRES, *Catálogo*, t. II, pp. 296-301, especialmente la p. 300). El estado de conservación de éste deja mucho más que desear, concretamente en los folios finales, que son los que corresponden a la obra de Justiniano. Las hojas han sufrido la acción del agua —sin duda en el incendio del año 1671— y están pegadas unas a otras, amén de encontrarse corroidas por los gusanos. Al describirlo en su catálogo, Juan de Cuenca dice que la lectura de algunos folios «*impossibilis est*» (t. XI, f. 17r = ms. esc. H.II.12), y termina así su descripción: «*Character cursivus et intricatus, vt videtur, valde maculatus, lacertusque, et ideo lectu difficilis, atque in principio et in fine mancus, sine jotacismis, et saeculo XIII, vt arbitror exaratus*» (*ibid.*, f. 17v). Lo que Juan de Cuenca dice en la carta acerca de la difícil lectura, le cuadraría, pues, mejor a este códice que al T.I.17. De todos modos, ninguno de los dos es del siglo XI, centuria en que el P. Cuenca sitúa el mencionado en aquella.



*Ejusden: De Telorum fabrica, cum figuris.*

*Hero Ctesibius: Bellopaeica, seu de telorum fabrica: hic vocatur Alexandrinus*<sup>(176)</sup>.

*Hero: De formandis exercitibus, sine figuris*<sup>(177)</sup>.

*Ex Apollodoro: Poliorcetica.*

*Leo imp[erator]: De re militari.*

*Nicephorus imp[erator]: De eadem.*

*Biton: Fabrica instrumentorum bellicorum et catapelistarum*<sup>(178)</sup>.

*Aphricauns: Cesti.*

*Aeliani Praenestini tactica, seu struendae aciei peritia, vel De struendis aciebus: Ad Adrianum imperatorem. Auctiora quam ab Arcerio edita sunt; multiplicibus insuper tum figuris, tum correctionibus ornata.*

Hay otros muchos de esta misma materia, que iré extractando, según vengan»<sup>(179)</sup>.

En la ya citada carta a Don Antonio Murillo, fechada en San Lorenzo a 10 de septiembre de 1788, Juan de Cuenca alude a una traducción al castellano del *Cronicon* de Lacapeno, que Campomanes le había encargado:

«Díxome S.I. que el *Cronicón* de Lacapeno quería lo hiciese al castellano, para cuyo efecto le decía en mi antecedente me digere si era de empezar o no, porque no es cosa perder el tiempo en cosa que no haya de servir, ni a mí ni al público; y en caso que S.I. diga que sí, sí será conducente ilustrar los acaecimientos con otros acaecimientos, por la serie de épocas, cuja ilustración precisamente costará leer mucho, con otras circunstancias propias de la Historia.

Comunique V.m. esto con S.I. y dígame su parecer, porque con él,

(176) En la descripción del código Y.III.11 (t. XVIII de su *Clavis*, f. 85v = ms. esc. H.II.16), Juan de Cuenca escribe: *Bellopoeica seu de telorum fabrica*. En la descripción del Φ.II.22 (t. XX de su *Clavis*, f. 126v = ms. esc. H.II.18) dice: *Bellopiica, hoc est, telafactiva*.

(177) Debe de tratarse del código T.I.19.

(178) En su *Clavis*, t. XVIII, f. 82v (= ms. esc. H.II.16), Juan de Cuenca —al describir el mencionado código Y.III.11— titubea en la escritura de esta palabra. Primero parece haber puesto *catapelticarum*, para luego dejarlo en *catapelta*. El título era en un principio: *De Fabrica Instrumentorum bellicorum et catapelticarum*; y luego: *De Fabrica Instrumentorum bellicorum et de catapelta*. En el folio siguiente lo escribe así: *Bitonis, praeparatio bellicorum Instrumentorum, et de Catapultis*. Lo de *Catapelistarum* puede haberlo tomado del anverso de la primera hoja de guarda del código Y.III.11. En la descripción del Φ.II.22, Juan de Cuenca dice: *Bitonis Constructiones bellicorum instrumentorum et Catapultarum* (t. XX de su *Clavis*, f. 126r = ms. esc. H.II.18).

(179) FUE, AC 29/28.

aunque la cosa por sí es difícil, no la temeré tanto; y es obra de mucho tiempo, pero si no se empieza, jamás se cabará»<sup>(180)</sup>.

Se trata ciertamente del *Cronicón* de Laomedonte Lacapeno, que se encuentra en el manuscrito griego escurialense T.I.4<sup>(181)</sup>. No sabemos si el P. Cuenca hizo dicha traducción castellana, pero si vemos que en el tomo XXII de su catálogo o *Clavis* le dedica a esa obra más de 50 folios, en los que reproduce numerosos pasajes en griego acompañados de la correspondiente traducción latina<sup>(182)</sup>. El título de la obra lo vierte así a la lengua de Cicerón: *Laomedontis Lacapeni magni Hetaeriarchae Chronicon cum physiologica rerum naturarium (sic) disciplina in epitome, usque ad imperium Joannis Tzemisci aut Tzemischi*<sup>(183)</sup>.

---

(180) Ibid.

(181) Véase su descripción en A. REVILLA, *Catálogo*, t. I, pp. 402s. Sobre los problemas que plantea la autoría del *Cronicón* véase Karl KRUMBACHER, *Geschichte der Byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reich (527-1753)*, 2ª ed., vol. I, New York, p. 385.

(182) Véase el ms. esc. H.II.20, ff. 25v-76v.

(183) Véase ibíd., f. 26v.



## 29.- *Disertación sobre el canto eclesiástico*

Es el trabajo de Juan de Cuenca que hemos localizado en último lugar. Consta de 29 hojas autógrafas, y se encuentra en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, con la signatura: 25.I.13, tomo XIII, folios 256r-284r.

Fue leída los viernes 7 y 14 de mayo de 1784. Va dirigida al «Ilmo. Señor», que tal vez sea el Conde de Campomanes. Y las grandes líneas de su contenido vienen apuntadas en el *incipit*:

«Trátase que el canto llano pertenece a solo el clero, y cómo todos deben saberlo. Que el vsual y frecuente ha de ser el gregoriano. Que el canto de órgano y harmónico es mui propio en las fiestas de la iglesia, y si en ella pueden vsarse instrumentos» (f. 258r).

Acerca de quién deba cantar en la iglesia, constata Juan de Cuenca que ha habido «multitud de variantes [...], porque unas veces se ha prohibido que cantase el pueblo, otras se le ha mandado cantar, como lo han pedido las circunstancias de los tiempos y lugares» (f. 261v), y observa que «de la Prefación de San Ambrosio a los psalmos también se dexa ver que hasta las mugeres eran admitidas al canto eclesiástico» (f. 262r).

Considera que el canto debe ser «fácil, sencillo y sonoro» y que «en ninguno de los cantos eclesiásticos se encuentran las tres circunstancias dichas sino en el gregoriano», el cual «han adoptado todas las iglesias cathedrales, aunque con alguna alteración», de la que solo ha visto exenta a su orden jerónima y «en especial» a la «Real Casa del Escorial» (f. 264v).

Con lo que precede no quiere dar a entender «que se debe desterrar de la iglesia

el canto de órgano o harmónico, como dicen algunos que con capa de corderos suelen ser rapantes cernícalos, arrebatadores de los buenos y sinceros vsos legítimamente introducidos en la Iglesia» (f. 265v). Es más, piensa que dicho canto «no solo es propio, más también a las veces necesario» y que por ello «lo han admitido todas o la mayor parte de las iglesias catedrales y muchas religiones», y cita, como ejemplos, la catedral de su tierra —en la que fue niño cantor, como queda dicho, y a ello alude en el pasaje— y la orden de San Jerónimo: «Yo me he criado de niño en vna, y no de las menores, que es la de Cuenca, y lo demás de mi vida en la religión geronymiana, en donde todos saben cómo se celebran los oficios divinos, como que es su único, esencial instituto el culto divino» (f. 266r). Aparte de eso, en su opinión, «es conducente que los fieles conozcan por la solemnidad del canto lo grande y grave de la fiesta, pues bien se deja ver que ha de haver diferencia en las clases», y «estas diferencias son casi impracticables en solo el canto gregoriano, porque en él no hai más variedad que el llevarle más o menos pausado» (f. 266v).

Sobre el uso de «instrumentos músicos» en la iglesia, está «persuadido que no habrá hombre cordato alguno que se atreva a condenar absolutamente el uso de los instrumentos en la iglesia, porque ya, a excepción de los cartujos, ninguno canta sin este acompañamiento» (f. 267r). Y respecto de qué instrumentos se deban permitir, da la siguiente regla general: «todo el instrumento que contribuya a aumentar la magnificencia y decoro, es admisible; pero todo instrumento que haga la música afeminada en el templo o indecorosa, debe desterrarse» (f. 272r-v); y da luego su opinión sobre las trompas, clarines, violines y flautas.

Entra seguidamente en la exposición y análisis de los «abusos que en estos puntos se han introducido». El «primero y más principal» es «el descuido de los eclesiásticos en el estudio del canto», pues «apenas se encuentra quien lo aprenda, no haviéndose criado en algún seminario [...], si no es que lo necesite para ganar de comer»; la situación es menos mala en la Corona de Aragón, donde «generalmente hai más eclesiásticos que, aunque no sea más que por práctica, saben cantar vn prefacio y salmear, que es lo más preciso» (f. 273 v). Puntualiza que el descuido del canto es mayor en el clero secular que en el regular y que, por esa y otras razones, las iglesias del segundo están más concurridas que las del primero:

«Se quexan los clérigos seculares (lo he oído a muchos) de que el pueblo concurre más a las iglesias de los regulares, pero sin hacerse el cargo que tienen sobrada razón para ello: concurren ellos (obligación tienen) a sus iglesias, encuentren los pobres la asistencia y el culto que en las de los regulares, y concurrirán a ellas; pero ¿cómo quieren que asistan a la misa parroquial si basta el modo con que se oficia, no sólo para



quitar la devoción, sino para echar de ella hasta los perros? Quieren que los fieles asistan a oír estas misas, pero no quieren conocer que ellos deben asistir a cantarla: es punto mui delicado» (f. 274r).

Y no quiere entrar en el tema de los sacristanes: «¿Pues qué diré de las irreverencias, los abusos, las faltas con que los sacristanes las cantan? Nunca acabaríamos de contarlas» (f. 274 v).

Cree, respecto del clero, que «el mejor modo, sin duda, de hacer que los eclesiásticos sepan el canto y las ceremonias, es la exacta observancia en lo que determina el Santo Concilio de Trento: que los que han de ser clérigos, se críen en seminarios, con las demás circunstancias que allí se expresan» (ff. 275v-276r), y «que el mayor obsequio que pueden hacer a Dios y a la Virgen y a los Santos, es el hacer y tratar, como deben, sus oficios, y no muchas novenas» (f. 275v).

Recuerda cómo, por una parte, «ninguno ignora que en todas las iglesias cathedrales hay vna dignidad que se intitula *chantre*, cuja institución no es más que para cuidar del canto», y añade que, por otra, «no habrá cathedral en España que tenga vn *chantre* que sepa cantar» (f. 276v), y que la causa de ello es «que no se mira como mérito suficiente para ocupar vna silla de las primeras del coro el ser capaz de gobernarle» (ff. 276v-277r). Seguidamente aduce, como nueva causa del mal estado del canto y de la liturgia, la poca estima en que son tenidos en cabildos y conventos, donde les son confiados a quienes no sirven para los estudios:

«No cabe duda en que vna de las principales causas del abandono en que se halla el culto divino, es el orgullo con que todos queremos ser doctores. De aquí nace el decir que el estudio de las cerimonias es para los de cortos alcances, y el canto para los que no pueden aprovechar en los estudios; y, mientras todo el cavildo o convento se compone de doctores, la ignorancia de los sochantres y demás ministros va corrompiendo el canto» (f. 277r).

Prefiere no hablar «de la precipitación con que se hace el oficio de sepultura en las parroquias» (ibíd.), y piensa que «mejor fuera con vn solo responso rezado sepultarlo que con la escandalosa greguería con que estropean los psalmos» (f. 277r-v).

En lo referente al canto de órgano, dice que «no es menor el número de defectos que se han introducido», pero que los reducirá a tres: «el *primero*, que se vsa más de lo que era regular; el *segundo*, que se cantan cosas que no debieran cantarse, y se omiten las que [se] debían cantar; y el *tercero*, que la especie de música no es como corresponde al templo» (f. 277v). Comenta luego brevemente los tres defectos, y alude después a la importancia del canto llano y a la preferencia de Carlos III por él cuando asiste a misa en la basílica escurialense:

«Por esto solo, debíamos todos imitar el exemplo de nuestro católico monarca, el Sr. Rey Carlos III, que Dios guarde muchos años, pues los días que S.M. oye la misa conventual en esta su Real Capilla del Escorial, no permite S.M. la cante su Real Comunidad con música, sino con solo canto llano, que, como se acostumbra a cantar en aquella casa, causa la mayor admiración, ternura y devoción, prueba evidente del bueno y devoto pensar de S.M. Católica. Ojalá todos lo imitáramos» (f. 279v).

Tras hacer referencia a que «el canto de la Capilla Pontificia [...] es sin instrumento alguno» (f. 281v) y a que «en la Real Capilla de S.M. en Madrid se canta un *Miserere* de esta especie, que el papa Benedicto XIV embió al rey Don Fernando [VI]» (f. 282r), añade que ese tipo de música no es nada nuevo en el monasterio escorialense:

«Pero esta especie de música es mui antigua en el Escorial, y se canta en los *Misereres* y *Benedictus* de la Semana Maior, y en todos los psalmos del *Magnificat*, en las honras de los reyes sus fundadores y el día de las *Animas*, y de mucho más antiguo en los entierros de los monges; y cierto que se puede ir de muchas leguas solo por oírla» (f. 282r-v).

Con esto pasa Juan de Cuenca a las conclusiones, que reproducimos a modo de *explicit*:

«Ya parece tiempo de que concluyamos este asunto, sacando por consecuencia de todo lo dicho *quán útil es la música en el templo*; lo *primero*, para atraer a los fieles, quitando aquel aspecto de ferocidad con que nuestra flaqueza nos pinta los actos de virtud y de religión; lo *segundo*, para alabar en quanto nos es posible a aquel Señor a quien, por ser maior que todas las alabanzas, no podemos alabar bastantemente; lo *tercero*, para excitar en los oyentes los afectos ya de alegría, ya de gratitud, ya de amor, y ya de compunción que pretende despertar en sus hijos nuestra madre la Iglesia, y otros muchos que de aquí se originan; y finalmente, para habituarnos a reflexionar, por estos efectos que causa la melodía de vn artefacto humano, cuál será la que oigamos y la que oien los bienaventurados en la presencia de Dios.

Por último, para corregir los defectos del canto eclesiástico, me ocurre vn medio muy fácil y sencillo, y es que traten de esto los que lo entiendan; en lo que queda recapitulado todo lo ya dicho, esto es: que todos los eclesiásticos aprendan el canto llano; que asistan al coro en sus respectivas iglesias; que haya en las cathedrales vn chancre consu-



mado en la música, que apruebe o repruebe las composiciones musicales, y que no se atreva a componer para la iglesia quien no sepa perfectamente la composición y conozca el fin a que debe dirigirse lo que compone, para lo qual es necesario que sea ecclesiástico, a lo menos en el espíritu, y para que todo, en fin, se dirija a la maior alabanza de Dios y provecho de las almas. Amén» (ff. 282v-283r).

Aún siguen, a manera de anotaciones complementarias, unas explicaciones sobre los nombres de ciertos instrumentos musicales (f. 283v) y unos versos en italiano (f. 284r).

Con esto pasamos a ocuparnos de lo que será el último apartado sobre la producción de Juan de Cuenca y que constituyó, como queda dicho, el objetivo inicial de nuestro trabajo: la *Syntaxis de la Grammatica Árábica o De la unión de las partes de la oración*. A esta obra dedicamos las páginas que siguen.





### **III.- LA «SYNTAXIS DE LA GRAMMÁTICA ARÁBIGA»**





## 1.- Generalidades

La *Syntaxis de la Grammatica Árábica* es un breve tratado manuscrito; consta de 12 hojas; como el reverso de la última está en blanco, se queda en 23 páginas. Las dimensiones de la hoja son: 20'5×15 cm; las de la caja de escritura: 12'5×11'5; y el número —variable— de líneas por página, un máximo de 16.

Se encuentra en uno de los códices de *varios* de la Biblioteca de El Escorial formados convencionalmente por el polaco Félix Rozanski mientras estuvo al frente de la misma: años 1875-1884<sup>(1)</sup>.

El códice lleva la signatura &IV.15, está encuadernado en pergamino, y contiene escritos latinos y castellanos, que han sido catalogados por Guillermo Antolín<sup>(2)</sup> y Julián Zarco<sup>(3)</sup> respectivamente.

Entre los documentos castellanos del códice, la *Syntaxis* ocupa el nº 27 y comprende los folios 299r-310r. El número que, dentro de la serie global de papeles sueltos, le asignara Rozanski es el 191.

El mismo códice encierra más documentos relativos al árabe e islam. Entre ellos figuran algunos trabajos del franciscano Domingo Germano de Silesia, de los que podríamos destacar la *Textura nova Logicae Solanae ex Arabico Latino data, Latino ordine, Arabice concinata, ex diversis Arabum praecipuorum Doctorum scriptis congesta, variisque figuris illustrata. Ordita in Asphahan Regia in conuentu RR.PP.*

(1) Cf. Julián ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, t. I, p. CIX.

(2) Cf. su *Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, vol. II, p. 400.

(3) Cf. su *Catálogo de los Manuscritos Castellanos de... El Escorial*, t. I, pp. 318-322.

*Ordinis Sancti Augustini. Contexta in conuentu Regio Escurialensi, Ordinis RR.PP. Sancti Patris Hieronymi. Domo utraque magnae charitatis et hospitalitatis* (ff. 148r-149r), y un breve fragmento del *Venimecum ad Mohammaedanum ex Alcorano contra Alcoranum pro defensione Evangelicae Veritatis* (ff. 280r-285r). También se encuentran en él algunos papeles escritos por Patricio de la Torre: *Noticias históricas de Fez* (ff. 1r-3r), *Significado de algunos vocablos árabes* (ff. 323r-324v); así como una carta de Mariano Pizzi al propio Patricio de la Torre (ff. 325r-326v), y unas leyendas en árabe de una moneda de Balmasar, año 1757 (f. 327r y 327v).

La *Syntaxis* está escrita en castellano, a excepción de los ejemplos, que lo están en caracteres árabes, y de la traducción de algunos de éstos, que va en latín; también van en árabe la mayoría de los términos técnicos.

La caligrafía castellano-latina es bastante cuidada; y la árabe, muy rudimentaria. Va firmada por *Joannes Conchanus*, del que hemos dicho, desde el comienzo de este trabajo, que no es otro que el monje jerónimo laurentino P. Fr. Juan de Cuenca. Con él lo identifica el P. Zarco en la descripción que hace del códice en su *Catálogo*: «*Joannes Conchanus* (= fray Juan de Cuenca, monje jerónimo de San Lorenzo el Real)<sup>(4)</sup>. Aunque la vertiente arabística del P. Cuenca no es conocida, lo acertado de la identificación parece claro, por las razones siguientes:

a) El P. Juan de Cuenca firmaba a menudo con su nombre latinizado: *Joannes Conchanus*. Así aparece en varias de las obras suyas antes enumeradas, por ejemplo, en la mayoría de los volúmenes de su catálogo de manuscritos griegos.

b) Creemos que la caligrafía castellano-latina de la *Syntaxis* es de la misma mano que la de las obras o copias autógrafas del P. Cuenca que antes hemos mencionado.

c) Al final de la *Syntaxis* se encuentra, antes de la firma, la expresión griega *Συντάξεως τέλος*, expresión que nos recuerda la vertiente helenística del P. Cuenca y cuyos rasgos caligráficos —especialmente los de la sílaba final— también coinciden con los que encontramos en otros manuscritos griegos suyos.

d) No hay dato alguno —aunque ésta sea una razón de tipo negativo— sobre la existencia de otro *Joannes Conchanus* o Juan de Cuenca al que se le pudiera atribuir la paternidad de la *Syntaxis*.

Por lo demás, entendemos que puede considerarse como un indicio de cierta afición arabística en el P. Cuenca el hecho de que la parte central del frontispicio del rollo que contiene la copia del texto griego y la correspondiente traducción latina —ambas del monje laurentino— de la *S. Basilii Magni divina Missa seu liturgia* (códice 85 de la Real Academia de la Historia), esté escrito en árabe, como dijimos en su lugar.

(4) T. I, p. 321.



Estimamos, asimismo, que tal vez pudiera denotar cierta vinculación del P. Cuenca al mundo del arabismo la breve nota –de por sí aséptica y anodina– que se halla consignada en un trozo de papel que anda suelto y perdido entre las hojas del *Lexicon Arabicum* de Raphelengio que se conserva en la Biblioteca Escorialense (signatura: 89-VII-1), nota que dice: «Don Faustino de Borbón. Diccionario Arabigo de Raphelengio. Este se le dio [el] P. Cuenca, que Dios aya, y le remite a la Librería del Escorial». Teniendo en cuenta que el P. Cuenca nunca fue bibliotecario en dicha Biblioteca –en la que se encontraba y se encuentra el *Lexicon*–, cabría suponer que el P. Cuenca se hubiera encargado de conseguir el préstamo de la obra para Don Faustino de Borbón por estar relacionado, a título personal, con este arabista<sup>(5)</sup> y por ser, quizá, el arabismo la razón de esa relación. Son, sin duda, demasiadas las suposiciones y, probablemente, poco fundadas, pero en cualquier caso no pretendemos que a este razonamiento se le conceda más importancia de la mínima que eventualmente y en la mejor de las hipótesis pueda tener.

Finalmente, en la portada de uno de los tres ejemplares de la conocida *Grammatica Arabica* del holandés Thomas van Erpen o *Erpenius* existentes en la Biblioteca de El Escorial<sup>(6)</sup> se encuentra –tachada, pero perfectamente legible– la firma *Joannes Conchanus*, identificable en todo con la de la *Syntaxis*. Antes de esta firma se adivinan otras dos, tachadas también, pero esta vez ilegibles. En el reverso de la hoja de guarda inicial hay una cuarta firma, no tachada, que reza: *Fr. Anastasio Saabedra*. Parece lógico que estas cuatro firmas sean las de los sucesivos propietarios –o, quizá más exactamente, usuarios– de dicha obra, lo que sería un indicio más de que el heleenista *Joannes Conchanus* o Juan de Cuenca tuvo preocupaciones arabísticas.

La *Syntaxis* se ocupa sólo del árabe literal, y los epígrafes que desarrolla son los siguientes –que reproducimos literalmente–:

- mobtadao*.
- jabaro*.
- verbo*.
- agente*.
- paciente*.
- disposición*.
- especificación*.

(5) Sobre la producción –mayoritariamente relacionada con el árabe e islam– de Don Faustino de Borbón –conocido también por el pseudónimo de Felipe Muscat–, véase Francisco AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, t. I, pp. 690 y ss.; y José María FERNÁNDEZ POMAR, *Los «Anecdota Graeca Matritensia» de la Real Biblioteca, «Helmántica»* 15 (1964), pp. 313-350, especialmente las pp. 327 s.

(6) Lleva la signatura: 86-VII-30.

- contracto*.
- sequentia*.
- confirmación*.
- sequente adjetivo*.
- sequente conmutatio*.
- sequente reflexio*.
- concordancia del nombre con verbo*.
- concordancia del adjetivo con substantivo*.
- concordancia del relativo con antecedente*.
- verbos intransitivos*.
- verbos transitivos*.
- verbos irregulares*.
- deficientes*.
- de propinquidad*.
- laudis et cordium*.
- infinitivo*.
- comparativo y superlativo*.

Juan de Cuenca entra en materia sin ningún preámbulo. Por ello y por extrañarnos que exponga la sintaxis sin haber hecho previamente lo mismo con la morfología, nos inclinamos a creer que posiblemente se haya perdido la parte relativa a esta última, hecho comprensible si se tiene en cuenta la circunstancia de tratarse de hojas sueltas que anduvieron des encuadradas hasta finales del siglo pasado, como antes señalamos. Carece, por ende, de esos prolegómenos de otras gramáticas árabes de la época, en los que los autores hacen referencia a manuales anteriores que les han servido de fuentes, como es el caso de Francisco Cañes en su *Gramática árabe-española, vulgar y literal* (Madrid 1775) y de Manuel Bacas Merino en su *Compendio gramatical para aprender la lengua árabe, así sabia como vulgar* (Madrid 1807), por no referirnos más que a compatriotas nuestros.

Juan de Cuenca silencia, pues, el tratado o tratados que le han servido de base para la elaboración de su breve sintaxis árabe. Solamente a propósito de tres puntos de detalle cita a tres tantos autores u obras, como pasamos a ver.

Al tratar de la aneisión y de la pérdida de la nunación en el primer término de ésta (f. 302v), cita como autoridad a Thomas van Erpen: «El nombre que precede pierde el N como dice Erpenio»; precisión ésta que, efectivamente, se encuentra en la ya mencionada *Grammatica Arabica* del célebre orientalista holandés (p. 165 de la edición de 1748, utilizada —como queda dicho— por Juan de Cuenca).

En el folio 309r cita, al tratar del verbo عسى, el *Chamus*, es decir, *al-Qāmūs*



*al-Muḥiṭ* de Fīrūzābādī; no obstante, ésta es una cita indirecta, tomada de Guadagnoli, como enseguida explicaremos.

Y es el propio Guadagnoli la tercera autoridad que cita Juan de Cuenca. Lo hace en el mismo folio 309r, a propósito de los «verbos *laudis et cordium*», de los que escribe: «los hace Guadagnoli defectivos, pero no lo son». Más adelante veremos que esta afirmación no es exacta, pues Guadagnoli no los hace defectivos.

Guadagnoli —o Guadañoli, como escribe Cañes en el prólogo de su recién citada *Gramática árabe-española*, p. [IV]— es el *Reverendissimus Pater Philippus Guadagnolus, Procurator Generalis Ordinis Clericorum Regularium Minorum*, autor de las *Breves Arabicae Linguae Institutiones, Romae MDCXLII*, de las que hay un ejemplar en la Biblioteca de El Escorial, ejemplar que con toda probabilidad es el mismo que manejó Juan de Cuenca<sup>(7)</sup>.

Y son precisamente las *Breves Arabicae Linguae Institutiones* las que nos han deparado la agradable sorpresa de descorrernos el velo del misterio que rodeaba la cuestión de las fuentes de la *Syntaxis*, que no son otras que la obra misma de Guadagnoli. Comparando punto por punto ambos tratados, salta a la vista con absoluta evidencia que Juan de Cuenca no solamente se inspiró en Guadagnoli para el tratamiento del verbo عسى y de los «verbos *laudis et cordium*», sino para toda su *Syntaxis*.

Los veintitantos epígrafes o subepígrafes del opúsculo de Cuenca —arriba reproducidos— no solamente se encuentran todos ellos en la parte de la obra de Guadagnoli consagrada a la *syntaxis*, sino que figuran en el mismo orden y con una formulación realmente idéntica. Hasta tal punto fue Juan de Cuenca fiel al modelo en este último aspecto, que incluso reproduce servilmente la arbitraria grafía usada en algún caso por aquél. En cuanto al número de epígrafes, hemos de señalar, no obstante, que Juan de Cuenca ha dejado de lado algunos de los que Guadagnoli incluye en su *syntaxis*, concretamente los siguientes:

—*De Connexione omnium partium Orationis ad invicem.*

—*Duae formae Verborum Admirationis.*

—*De Constructione Nominis Agentis.*

—*De Constructione Adjectivi.*

—*De Nomine perfecto.*

—*De Constructione nominum Diminutorum.*

—*De Nominibus indistinctis.*

—*De Constructione Particularum.*

(7) Dicho ejemplar llevó en el pasado la signatura W.VI.20, que luego fue sustituida por la actual: 86-VIII-25. En la portada se lee la siguiente inscripción manuscrita: *Ex Libris conuentus Seminarii romani Sti. Pauli Carmelitarum Discalceatorum]. In conu[entu] S. Pancratii. Romae. Biblioteca de San Lorenzo. 150 r[eale]s.*

Aunque es evidente que Juan de Cuenca tuvo ante sí la obra de Guadagnoli y que a ella se ciñó estrictamente en su *Syntaxis* —que en realidad no es sino una traducción de aquélla al castellano—, no son las omisiones de estos epígrafes las únicas diferencias existentes entre ambos tratados. Hay otras muchas, y no todas precisamente favorables a Juan de Cuenca.

Antes que nada, recordemos que la *Syntaxis* de Cuenca está escrita en castellano. Solamente los ejemplos y la mayoría de los términos técnicos van en árabe, y a un pequeño número de unos y otros los acompaña no la correspondiente traducción castellana, sino la versión latina dada por Guadagnoli y conservada por Juan de Cuenca.

Una diferencia perceptible a primera vista es la mayor brevedad de la *Syntaxis* en el desarrollo de los temas tratados, brevedad que no siempre responde a un propósito de concisión, sino que a menudo obedece a la supresión de párrafos enteros, que a veces son hasta más importantes que los que traduce o que, al menos, serían necesarios para la cabal comprensión de éstos, que así resultan bastante confusos. Con todas estas mutilaciones la *syntaxis* de Guadagnoli queda notoriamente truncada. A ello debemos añadir que a Juan de Cuenca se le han deslizado acá y allá varios errores, algunos de los cuales fueron subsanados posteriormente, seguramente por el propio autor. De todo ello nos iremos ocupando en las anotaciones que acompañarán al texto de la *Syntaxis*, que transcribimos a continuación.

Antes, sin embargo, queremos dejar constancia —en justo descargo de Juan de Cuenca— de que, a nuestro entender, la *Syntaxis de la Grammatica Arabica* no debe, en modo alguno, ser tratada con el rigor de que Antheo Mantuano hizo gala en su crítica de la *Gramática de la Lengua Griega*: si ésta era una obra impresa en cuyo prólogo se decía que «así los discípulos como sus maestros» encontrarían en ella «toda la doctrina y preceptos conducentes a una cabal instrucción» en el idioma heleno, aquélla no pasa de ser un cuaderno de hojas manuscritas que no nos consta en absoluto que Juan de Cuenca pretendiera publicar y que bien podrían constituir meros apuntes de principiante, sacados por Juan de Cuenca para su propia iniciación —o la de algún otro— en el estudio del árabe.



## 2.- Texto anotado\*

f.299r

*Syntaxis de la Grammatica Árábica*

*o*

*De la unión de las partes de la oración.*

MOBTADAO (المبتدأ).

Es el sugeto de la oración, como v. gr. [en] *أَللَّهُ أَعْلَمُ* el *أَللَّهُ*. Si la oración empieza por interrogación, o negación, y vn adjetivo, aquel será mobtadao, v.

---

(\*) Respetaremos el texto original del manuscrito, aunque adaptaremos a las normas ortográficas actuales lo tocante a acentuación, puntuación y letras mayúsculas. A menudo vocalizaremos el texto árabe. Pondremos entre corchetes lo que es adición nuestra; si la adición la hemos tomado de las *Breves Arabicae Linguae Institutiones* de Guadagnoli, lo haremos constar.

En el margen consignaremos el inicio del correspondiente folio del manuscrito, indicando el comienzo exacto del mismo con una barra transversal cuando no coincide con el comienzo de línea.

gr.: مَاقَوِيُّ الزَّيْدَانِ o أَقَوِيُّ الزَّيْدَانِ (*num fortes duo Zeidi?*), etc. Es sugeto el<sup>(1)</sup> أَقَوِيُّ.

### JABARO (الخبير).

f. 299v. *Jabaro* es el predicado. Adviértase que el verbo no lo es.

Hay dos oraciones: una suma<sup>(2)</sup> nominal, que consta de sugeto y predicado, v. gr.: اللَّهُ أَعْلَمُ; otra *verbal*, que consta de verbo y su agente, v. gr.: نَصَرَ زَيْدٌ. El nombre ha de ser después del verbo para que sea *ex vi verbi in rafeo*<sup>(3)</sup> su agente. Y quando precede, se pone en rafeo porque de nadie procede o depende, y es *mobtadao*, y entonces el agente es el pronombre هو que se sobreentiende, v. gr.: زَيْدٌ نَصَرَ هُوَ. En este mismo caso el predicado es toda la suma verbal نَصَرَ هُوَ.

(1) El ms. añade aquí un «ly», tomado de Guadagnoli (o. c., p. 226), que lo usa con valor de artículo determinado. Como el ms. ya usa el artículo determinado castellano, el «ly» resulta superfluo, y por ello lo suprimimos.

(2) Denominación tomada de Guadagnoli (o. c., p. 226) y que es la traducción literal de جملة.

(3) Es decir, en nominativo. Juan de Cuenca, como tantos otros gramáticos, usa *rafeo*, *nasbo* y *giarro* para designar los casos sugeto, directo e indirecto respectivamente.



## VERBO (الفعل).

- f. 300r      En los verbos intransitivos el agente está en *rafeo*. En los transitivos también, y el paciente en *nasbo*. Este es paciente *claro*. Hay otro no *claro*, que es regido de partícula, v. gr.: أَخْرَجَ زَيْدٌ أُمَّهُ مِنَ الدَّارِ, [donde] el الدَّار es paciente no *claro*.

Llámase adjetivo el participio que tiene fuerza como el verbo<sup>(4)</sup>.

## AGENTE (الفاعل).

Equivale al nombre de los latinos. Verbo y participio no son agente sino en cuanto virtualmente comprehenden algún nombre. Siempre sigue al verbo, o al participio o adjetivo que es como verbo.

- f. 300v.      El agente y paciente son de dos clases: el vno, *claro*; y el otro, *virtual*; y éste, *conjunto* y *separado*. El primero [de estos dos últimos va] incluso en el mismo verbo, v. gr.: ضَرَبْتُ (aquel ت, que refiere a la primera persona, es agente conjunto) [y] ضَرَبْتُ أَنَا (aquel أَنَا es agente separado).

(4) Esta definición del adjetivo, que, formulada así, es inexacta, debe de ser una mala interpretación del correspondiente pasaje de Guadagnoli, referente sólo a los adjetivos verbales, que reza así: «Nec est silendum quod saepe Nomina Adjectiva deriuata a Verbis substituuntur loco suorum Verborum, et tribuuntur eis casus requisiti a suis Verbis, ut زَيْدٌ عَالِمٌ أَخُوهُ : Zaidus, sciens frater eius» (o. c., p. 227).

## PACIENTE ( المفعول ).

Pacientes:

Primero: el verbal<sup>(5)</sup>, que se pone en *nasbo* o *rafeo* quando el verbo es pasivo, v. gr.: سِيرَ سَيْرًا<sup>(6)</sup>.

Segundo: *patiens in quod*<sup>(7)</sup>, que recibe la acción: Es de los transitivos solo, y en los intransitivos se pone en *rafeo*. Si son dos, en el pasivo vno se f. 301r pondrá en *rafeo*, a arbitrio, / y otro en *nasbo*, v. gr.: أُعْطِيَ دِينَارٌ زَيْدًا, o al revés<sup>(8)</sup>.

Tercero: *patiens in quo*<sup>(9)</sup>, que exprime el tiempo o lugar de la acción y está en *nasbo*, v. gr.: ضَرَبَ الْيَوْمَ, y en passivo está en *rafeo*<sup>(10)</sup>, a no ser que alguna partícula lo ponga en *giarro*.

Quarto: *patiens propter quod*<sup>(11)</sup>, y es<sup>(12)</sup> el fin de la acción. Se exprime

- 
- (5) Se refiere al acusativo interno o complemento absoluto (المفعول المطلق). Lo llama «verbal» por ser un complemento de la misma raíz que el verbo. Guadagnoli dice: «*Et non est aliud quam ipsamet actio quae fit et explicatur per Masdarum seu verbale*» (o. c., p. 229).
- (6) El ms. escribe las dos veces: سِيرَ سَيْرًا; Guadagnoli distingue las dos construcciones como hacemos aquí (o. c., p. 230).
- (7) Así lo llama Guadagnoli (o. c., p. 229), que traduce de esta manera المفعول به (complemento directo).
- (8) Es decir: أُعْطِيَ زَيْدٌ دِينَارًا, como añade Guadagnoli (o. c., p. 230). Es más, esta segunda construcción es la única generalmente admitida (cf. WRIGHT, *A Grammar of the Arabic Language*, 3ª ed., t. II, p. 53B; y F. CORRIENTE, *Gramática Árabe*, 1ª ed., pp. 118s). El propio Cuenca añade más adelante: «y será mejor poner en *rafeo* el paciente animado» (f. 307v).
- (9) Así lo llama Guadagnoli (o. c., p. 230), el cual traduce de esta manera المفعول فيه (complemento circunstancial de lugar o de tiempo).
- (10) Lo que Guadagnoli dice (o. c., p. 230) es que en la voz pasiva puede estar en *rafeo*: «*Etiam passiva locutione locari possunt in Rafeo, vt سِيرَ سَهْرٌ : ambulatus est mensis*». Y habría, incluso, que añadir que esta construcción no siempre es posible.
- (11) Así lo llama Guadagnoli (o. c., p. 230), que traduce de esta manera المفعول له o المفعول لأجله (complemento de fin o de causa).
- (12) El ms. escribe: «en».



por verbal<sup>(13)</sup> en *nasbo* o por لٍ o por كِي, v. gr.: أَضْرِبُهُ لِأَدَبِهِ<sup>(14)</sup> ([lo golpeo] para corregirlo<sup>(15)</sup>).

Quinto: *patiens cum quo*<sup>(16)</sup>, que es el que acompaña la acción después de un و, y está en *nasbo*, v. gr.: جُنْتُ وَزَيْدًا. Si el agente no es explícito después del verbo, el segundo agente debe estar en *nasbo*, / v. gr.: جُنْتُ وَزَيْدًا; pero, si es explícito, se dirá: جُنْتُ أَنَا وَزَيْدًا o جُنْتُ أَنَا وَزَيْدًا.

Nota esta locución con el مَا interrogativo quando son dos nombres, o vn nombre y vn pronombre, como v. gr.: مَا لِلرَّجُلِ وَالْمَلَاكِ; y si se dice: جُنْتُ مَا لَكَ<sup>(17)</sup> وَزَيْدًا con pronombre, el segundo [término] ha de estar en *nasbo*, y no en *giarro*.

#### DISPOSICION<sup>(18)</sup> (الحال).

Es cualquier circunstancia del agente o paciente, y se pone en *nasbo* sin artículo, v. gr.: ضَرَبَ زَيْدًا قَائِمًا ([*percussit Zaidum*] *stantem*).

f. 302r Quando el objeto es indeterminado, / ha de ir antes la disposición para que no se equivoque con el adjetivo, el qual, según los árabes, no puede ir

(13) Es decir, por un *mašdar* o nombre de acción.

(14) Así Guadagnoli (o. c., p. 230). El ms. escribe ضَرَبَ.

(15) El ms. escribe: «corregirla».

(16) Denominación usada por Guadagnoli (o. c., p. 230), que traduce así المفعول معه (complemento de acompañamiento).

(17) Así Guadagnoli (o. c., p. 231). El manuscrito escribe: يَكِ.

(18) *Dispositio* o *modus agendi* son las dos denominaciones con que Guadagnoli designa el حال o complemento circunstancial de estado (o. c., p. 231).

antes del sustantivo, y así, para decir: *occurrit [mihi]<sup>(19)</sup> vir pedibus incedendo*, diré: لَقِيَْتُ رَجُلًا رَجُلًا .

Si la disposición pertenece a agente y paciente, se pone en el dual, v. gr.: ضَرَبَ زَيْدٌ عَمْرُوًا قَائِمِينَ .

### ESPECIFICACION (التمييز).

La disposición explica el modo; y la especificación, la substancia o esencia; ésta va en *nasbo*, v. gr.: <sup>(20)</sup> تَصَبَّبَ زَيْدٌ عَرَقًا ([Zayd] fue bañado en sudor), طَابَ زَيْدٌ نَفْسًا ([*bonus est Zaidus, quoad animam*])<sup>(21)</sup>.

f. 302v

### CONTRACTO<sup>(22)</sup> (المجورور).

Lo causan:

Primero: las partículas.

Segundo: por anexión (الإضافة), y es lo que los árabes llaman régimen o genitivo de posesión. El nombre que precede pierde el *N*, como dice Erpenio<sup>(23)</sup>, v. gr.: <sup>(24)</sup> كَتَّابِي زَيْدٌ (*librorum [duorum] Zeidi*).

(19) Figura en Guadagnoli (ibíd) y no en el manuscrito.

(20) Así en Guadagnoli (o. c., p. 232). El ms. dice: زَيْدٌ عَرَقٌ تَصَبَّبَ .

(21) Traducción latina dada por Guadagnoli (o. c., p. 232) y omitida por el manuscrito.

(22) Así lo llama Guadagnoli (o. c., p. 232). En realidad, se trata pura y simplemente del genitivo o caso indirecto (جَرَّ).

(23) Lo dice —como ya queda indicado— en la página 165 de su *Grammatica Arabica* (ed. del año 1748).

(24) El ms. invierte el orden en el ejemplo: زَيْدٌ كَتَّابِي . Por lo demás, Cuenca ha dado en esta ocasión



Hay otra anexión *secundum prolationem*<sup>(25)</sup>, y es la del paciente a su agente, v. gr.: ضَارِبُ زَيْدٍ , y la del adjetivo calificante, v. gr.: حَسَنُ الْوَجْهِ . Si el nombre a quien va anexo<sup>(26)</sup> es propio, en plural y dual se pondrá artículo en el anexo, pero no en singular, y así no se dirá: النَّاصِرُ زَيْدٍ , sino f. 303r نَاصِرُ زَيْدٍ , o bien: النَّاصِرُ زَيْدًا , / y entonces es presente participio<sup>(27)</sup>.

El anexo irá antes del otro, y así no se dirá bien: زَيْدٌ عَبْدٌ (*Zeidi servus*). Item el adjetivo del anexo irá después del *contracto*, v. gr.:  
<sup>(28)</sup> مَلَاكُ اللَّهِ الْعَزِيزُ (*angelus Domini fortis*).

---

un ejemplo híbrido, por cuanto ha mezclado los de Erpenio y Guadagnoli, que son respectivamente: « كِتَابِي مُوسَى : *librorum duorum, libris duobus, vel libros duos Moisis* » (p. 165 de Erpenio) y « كِتَابُ زَيْدٍ : *liber Zaidi* » (p. 233 de Guadagnoli). Recordamos que la edición de la gramática árabe de Erpenio que utilizamos es la de Leiden, del año 1748; y nos servimos, precisamente, del ejemplar de la Biblioteca de El Escorial que lleva la firma de Juan de Cuenca y que hubo de ser, obviamente, el que él usó, como antes dijimos.

(25) Guadagnoli la llama *annexio prolativa*, traduciendo con ello الإضافة اللفظية de los gramáticos árabes. Se trata, pues, de lo que los gramáticos occidentales suelen llamar «anexión impropia» (cf. W. WRIGHT, o. c., II, 221D; y F. CORRIENTE, o. c. p. 61).

(26) Es decir, el regido o segundo término de la anexión, llamado por los árabes المضاف إليه , mientras que el anexo –del que se habla a continuación– es el regente o primer término de la anexión. En su *Grammaire Arabe* (vol. II, p. 198), Donat Vernier invierte, equivocadamente, estas denominaciones.

(27) Quiere decir que entonces el primer término ha de considerarse como un verdadero participio verbal, que rige el mismo caso que el verbo de que procede y que no tiene nada que ver con la rección nominal o estado constructo o anexión.

(28) El ms. escribe: مَلَاكُ اللَّهِ عَزِيزٌ .

[1º:] *Confirmación* (التأكيد): Es quando se repite vn nombre por énfasis, v. gr.: نَصَرَنِي اللَّهُ اللَّهُ.

Otras significaciones como el نَفْس [y] el عَيْن (esencia), كُلّ [totalidad] [كَلَّا y] كَلَّمَا (amb[os/]as), أَجْمَعُ [todos], etc., que dan fuerza, como: جَاءَ زَيْدٌ نَفْسَهُ.

Ha de concordar la confirmación con su confirmado en caso, número, determinación, etc.

f. 303v 2º: *Sequente adjectivo* (الصِّفَة والتَّعْت), porque va siempre después del substantivo.

3º: *Sequente commutatio* (البدل). Es de nombre a nombre y de verbo a verbo, v. gr.: جَاءَ زَيْدٌ أَخُوكَ (venit Zeidus frater tuus).

4<sup>o(29)</sup>: *Sequente reflexio* (عطف). Es lo que se añade para mayor explicación, v. gr.: دَخَلَ إِلَى [الْمَدِينَةِ] رُومِيَّةَ الْعُظْمَى (entró en [la ciudad], Roma [la grande])<sup>(30)</sup>.

(29) El ms. repite: «3º».

(30) Guadagnoli (o. c., p. 237) traduce عطف por *conjunctio* o *reflexio*, y lo divide en «عطف البيان» (*conjunctio declarationis*) «-es decir, conjuntivo explicativo- y العطف بالحروف» (*conjunctio mediis particulis*) «-es decir, coordinación-». Cuenca sólo menciona el primer tipo de coordinación.



## CONCORDANCIA DE NOMBRE CON VERBO (مُطَابَقَةُ الْفِعْلِ وَالْإِسْمِ).

[I.-] Si precede el verbo, estará mejor en singular<sup>(31)</sup>, si el nombre va en

f. 304r dual / o plural<sup>(32)</sup>:

Concordarán en el género si precede el nombre, siendo singular o dual, v. gr.: الْأَمْرَأَةُ عَزَلَتْ. Pero si el nombre está en plural, concordará o no: الرِّجَالُ هَرَبُوا, o bien se pondrá el verbo en singular del género femenino, v. gr.: الرِّجَالُ هَرَبَتْ, y entonces es como colección<sup>(33)</sup>.

f. 304v II.- Si precede el verbo, y el nombre es singular / masculino, concordarán<sup>(34)</sup>; y también si es dual, poniendo el verbo en singular<sup>(35)</sup> masculino: أَبَقَ الْعَبْدَانِ (huieron [los] dos siervos).

Si es nombre femenino en singular o dual, y verdadero de sexo, concordarán<sup>(36)</sup>: هَرَبَتِ الْمَرْأَةُ. Quando media algo, podrán no concordar, v. gr.: بَاضَتِ الْيَوْمَ الدَّجَاجَةُ<sup>(37)</sup> (parió<sup>(38)</sup> hoy la gallina).

Si es femenino no verdadero, se podrá concordar o no, v. gr.: ارْتَجَفَتِ الْأَرْضُ o ارْتَجَفَ الْأَرْضُ. Quando media algo, es mejor la discordancia<sup>(39)</sup>.

(31) Así traduce Cuenca el «*elegantius est Singulare*» de Guadagnoli (o. c., p. 238). En realidad, dicho singular es preceptivo (cf. W. WRIGHT, o. c., II, 290B - 291D; y F. CORRIENTE, o. c. p. 195).

(32) Y también, obviamente, si el verbo va en singular.

(33) Es decir, el nombre plural debe considerarse entonces como colectivo.

(34) Este apartado II se refiere específicamente a la concordancia en género, pues de la concordancia en número ya se ha ocupado en el precedente apartado I. En Guadagnoli (o. c., p. 239) todo está claro, pero Cuenca se repite y mezcla los temas.

(35) Lo de «el verbo en singular» ya está dicho en el apartado anterior.

(36) El ms. dice: الْأَمْرَأَةُ.

(37) Así Guadagnoli (o. c., p. 239) y Cuenca. No obstante, la aplicación de la regla exigiría: بَاضَ.

(38) Así traduce Cuenca el *oua peperit* de Guadagnoli (ibíd), en vez del sencillo «puso».

(39) Guadagnoli (ibíd) añade que, si no media nada, es preferible la concordancia.

Si es plural de cualquier género (no sano), se pondrá<sup>(40)</sup> el verbo en femenino singular, por lo dicho<sup>(41)</sup>, y se dirá: قَاتَلَ الرِّجَالُ (*pugnaverunt [viri]*) o قَاتَلَتْ الرِّجَالُ.

## CONCORDANCIA DEL ADJETIVO CON [EL] SUBSTANTIVO

(مُطَابَقَةُ الصِّفَةِ وَالْمَوْصُوفِ)

f. 305r      Conviene en género, número, caso y determinación por el ال. A más del adjetivo que explica la calidad del sustantivo como: زَيْدٌ عَالِمٌ, hay otro que explica la calidad de otro sugeto que dice relación con el sustantivo, v. gr.: زَيْدٌ الْعَالِمِ أَخُوهُ.

El primer adjetivo concuerda en todo con el sustantivo: número, género, caso y determinación. Después del sustantivo con ال se puede poner el adjetivo sin ال; pero entonces se entiende su predicado con cópula, supliendo هو. Si ambos tienen ال, es adjetivo, como: الرَّجُلُ الْعَالِمُ. El sustantivo

f. 305v      plural requiere un adjetivo en singular femenino por lo dicho<sup>(42)</sup>.

(40) Corrijase y léase: «podrá ponerse». Como se ve por los subsiguientes ejemplos –y como dice Guadagnoli (ibíd)–, puede haber concordancia en masculino o en femenino. Sería preciso añadir que, cuando se trata de plurales fractos de masculinos de seres racionales, es preferible y prevalente la concordancia en masculino (cf. W. WRIGHT, o. c., II, 290B).

(41) Es decir, por considerarse como colectivo (véase f. 304r).

(42) Debe de referirse también a lo dicho en el folio 304r, a saber, que dicho plural es considerado como un colectivo. De todos modos, cuando el plural del sustantivo es sano y se refiere a un masculino racional, el adjetivo suele concertar en plural masculino; y cuando el plural del sustantivo es fracto y se refiere a masculinos racionales, la concordancia del adjetivo puede hacerse en femenino singular o femenino plural o masculino plural (cf. W. WRIGHT, o. c., II, 273), aunque éste último es el que se ha ido imponiendo a medida que nos alejamos de la época clásica. Por consi-



El otro adjetivo segundo concordará con el sustantivo que precede, de que no es calidad, en caso y determinación, y en número y género con el sustantivo. Este último es como agente del adjetivo y se pone en *rafeo*; pero el adjetivo es como verbo; y por tanto, si el verbo precede, se pone en singular si el agente está en dual y plural, aquí también el adjetivo regularmente se pondrá en singular; y<sup>(43)</sup> si el sustantivo que dije va en dual o plural, podrá ser [respectivamente dual o] plural, / pero fracto, no sano. Y sobre el género lo mismo que diximos del verbo y su agente, v. gr.: *زَيْدُ الْجَمِيلَةِ رَوْحَتُهُ* (*Zaidus pulchra vxor eius*), y en plural: *الرَّيْدُونَ الْجَمَالُ نِسَاؤُهُمْ* <sup>(44)</sup>.

Quando el adjetivo es participio passivo, o adjetivo que califica como participio de verbo intransitivo<sup>(45)</sup>, podrá su siguiente sugeto ponerse en *giarro*, v. gr.: *رَجُلٌ جَمِيلُ الرُّوحَةِ* (*vir pulcher doctus viro*) *رَجُلٌ جَمِيلُ الرُّوحَةِ* (*vir pulcher vxore*), *رَجُلٌ مَضْرُوبٌ* <sup>(46)</sup> *أَبَا* (*vir percussus patre*); y se podrá concordar en todo el adjetivo con el precedente sustantivo y ponerse el siguiente en *nasbo* como especificación, v. gr.: *رَيْدُ الْمَضْرُوبِ أَبَا*. / Y así éstos<sup>(47)</sup>, como los adjetivos y participios<sup>(48)</sup>, se concuerdan de tres modos<sup>(49)</sup>.

---

iguiente, puede decirse que el sustantivo plural que habitualmente exige la concordancia en femenino singular con el adjetivo es el relativo a seres irracionales.

(43) En lugar de «y» sería más exacto decir: «no obstante».

(44) De esta construcción, en la que el adjetivo —equivalente aquí a verbo— va en plural, Cuenca no ha hablado antes a propósito del verbo. Guadagnoli sí lo ha hecho, pero añadiendo: «*Verum hoc rudius et minus elegans censetur*» (p. 239). Aun así se queda corto en su apreciación.

(45) El ms. dice: «interrogativo». Corregimos a base de Guadagnoli, el cual precisa que se trata de la *صفة مشبهة* (o. c., p. 243).

(46) El ms. dice: *المضروب*.

(47) Es decir, los participios pasivos.

(48) Entiéndase «activos».

(49) Que serían los siguientes: *رَجُلٌ مَضْرُوبٌ الرُّوحَةِ*, *رَجُلٌ مَضْرُوبٌ رَوْحَتُهُ* y *رَجُلٌ مَضْرُوبٌ رَوْحَةٍ*.

## CONCORDANCIA DE RELATIVO CON ANTECEDENTE

(مطابقة الموصول والموصول إليه).

Concuenda en género y número, pero no en caso<sup>(50)</sup>.

Si antecede plural irracional, se toma el relativo en singular femenino, como v. gr.: الْكِتَابُ الَّتِي, por lo dicho<sup>(51)</sup>. Lo mismo del afixo ها, v. gr.: أَخَذْتُ كِتَابًا وَقَرَأْتُهَا ([cogí libros] y los [leí]); y alguna vez por energía va el afixo en plural femenino; هُنَّ; el mismo ها afixo se vsa en plural *racional*, pero en forma de desprecio.

## VERBOS INTRANSITIVOS (الأفعال غير المعدية).

f. 307r Puede[n] regir, como todos, disposición verbal, pacientes de toda clase<sup>(52)</sup>. Pero por su naturaleza sólo rige[n] su agente en *rafeo*: قَامَ زَيْدٌ. Todos se hacen transitivos con el ب<sup>(53)</sup>.

(50) Aunque también Guadagnoli dice que el relativo no concierda con el antecedente en caso (o. c., p. 245), dicha concordancia es preceptiva (cf. W. WRIGHT, o. c., II, 320C).

(51) Es decir, por equivaler a un colectivo (véase f. 304r).

(52) Excepto un complemento directo en acusativo.

(53) Es lo que dice Guadagnoli (o. c., p. 251) apoyándose en el «*eruditissimus Grammaticus Auctor Libri Tasriph*», que debe de ser el célebre Abū ‘Utmān al-Māzinī, muerto a mediados del siglo III/IX, autor del *Kitāb al-Taṣrīf* y llamado por Brockelmann «*der grösste Grammatiker nach Sibawaih*» (GAL, S. II, 168). De él escribe Henri Fleisch: «*Il importe de signaler la personnalité de cet esprit vigoureux, qui laissa une grande réputation d'homme savant* (cf. Bugya, p. 202, 1.18). *Il avait le renom de grand connaisseur du šarf. Son K. al-Taṣrīf fut honoré d'un šarḥ par Ib Ġinnī*» (*Traité de Philologie Arabe*, t. I, p. 31). Guadagnoli añade que también puede construirse con otras partículas (o. c., p. 251s).



Los intransitivos en su passiva se enuncian como impersonales, v. gr.: *لَصِقَ بِهِ* <sup>(54)</sup> (*stans est*). Lo mismo si rigen participio en *giarro*, v. gr.: *لَصِقَ بِهِ* <sup>(54)</sup> (*adhesum est illi*). Y el paciente<sup>(55)</sup> en los verbos intransitivos en su passiva se puede colocar en *rafeo*, v. gr.: *سِيرَ شَهْرًا* (se anduvo el mes), y mejor en *nasbo*: *شَهْرًا*.

## VERBOS TRANSITIVOS

f. 307v Requieren el paciente en *nasbo*.

En el passivo se pone el paciente en *rafeo*, y nada se dice del agente; por eso el verbo passivo se llama ignorado (*المجهول*): *صُنِعَ الْعَالَمُ*: (fue [h]echo el mundo).

Otros son transitivos en dos pacientes, que ambos están en *nasbo*, v. gr.: *أَعْطَى اللَّهُ النَّاسَ أَبْنَهُ*. En el passivo uno de los dos se pondrá en *rafeo*, como se dixo<sup>(56)</sup>, y será mejor poner en *rafeo* el paciente animado. Si hay más afijos, se ponen por su orden de 1ª, 2ª y 3ª persona, v. gr.: *رَوَّجْنَا كَهَا* (*copulavimus tibi eam*).

f. 308r Verbos intranseúntes que se hacen transeúntes en 2ª o 4ª conjugación, serán transitivos *in tertium*<sup>(57)</sup> con partícula: *أَعْلَمَ بِهِ* (*scire fecit eum*).

(54) Así Guadagnoli (o. c., p. 253). El ms. escribe: *لقص*.

(55) Recuérdese que por paciente no ha de entenderse —según Cuenca y Guadagnoli— el complemento directo únicamente, sino también otros complementos. En el presente caso Guadagnoli se refiere precisamente a los otros, y concretamente —a modo de ejemplo— *al patiens in quo (المفعول فيه)* o complemento circunstancial de lugar o de tiempo (o. c., p. 253).

(56) Véase ff. 300v y 301r.

(57) No está claro si lo escrito es *tertium* o *tertiam*. Suponiendo que sea lo primero —como pone Guadagnoli (o. c., p. 256)—, este párrafo habría de entenderse —siguiendo al propio Guadagnoli—

Sobre los verbos que se construyen con *عن* o con *من*, nota que la 1ª de-  
nota expresión<sup>(58)</sup> de lo que se había dentro, y la 2ª vna prohibición, v. gr.:  
طَرَدَهُمْ مِنَ الدَّارِ (*expulit [eos] de domo*), y: طَرَدَهُمْ عَنِ الدَّارِ (*arcel<sup>(59)</sup> [eos]*  
*a domo*: no los deja entrar).

Los verbos con dos pacientes, y vno en *giarro* con partícula, se ponen  
f. 308v en passiva dexando en *rafeo* el paciente *claro*, y las partículas / [quedan] lo  
mismo, v. gr.: أُرِيبَلُ يُوسُفُ مِنَ الْبَيْتِ .

---

de la manera siguiente: Un verbo de corazón (*verba quae dicuntur Cordium*), si es del tipo *فَعَّلَ* o *أَفْعَلَ*, puede tener un primer complemento (*transit in primum Patiens*), un segundo complemen-  
to (*transit in secundum Patiens*), e incluso un tercero mediante la partícula *بِ* (*imò et in tertium si*  
*dicatur cum بِ littera Giarri [...]* vt si dicatur: أُرَيْتُ بِرَيْدٍ عَمَرُوا هِنْدًا : ostendere feci Zaidum  
Amro Hindam, idest, feci vt Zaidus ostenderet Amro Hindam, seu feci vt Zaidus faceret videre Amro  
Hindam) (ibid). En realidad, no siempre es necesaria la partícula *بِ* para que uno de estos verbos  
pueda regir tres acusativos, v. gr.: أَرَى اللَّهُ النَّاسَ أَيُّوبَ صَابِرًا (God has made men think Job  
patient) (véase W. WRIGHT, o. c., II, 51A).

(58) Esto es lo que escribe Cuenca. Guadagnoli dice: *extramissio* (o. c., p. 258), que podríamos traducir  
por *expulsión*.

(59) Así Cuenca y Guadagnoli (ibid), aunque lo correcto sería el pretérito: *arcuit*; y, consiguientemente,  
la correspondiente traducción castellana sería: «dejó» (en vez de «deja»).



1º: Los deficientes التَّاقِصَة<sup>(61)</sup> son los que, siendo intransitivos, no les basta vn nombre para dar perfecto sentido, v. gr.: كَانَ<sup>(62)</sup> أَمْسَى (*ser o fuit*), بَاتَ (*pernoctó*), ظَلَّ (*fue de día*), أَصْبَحَ (*fue de mañana*), أَضْحَى (*fue de mediodía*), صَارَ (*se hizo*), etc., y así dirás, v. gr.: كَانَ زَيْدٌ قَائِمًا. Y en estos verbos se puede anteponer el *chabaro*<sup>(63)</sup>: كَانَ تَائِمًا زَيْدٌ.

*Nota:* El verbo دَامَ (*quamdiu fuit*), si tiene antes el مَا (*id quod, quamdiu*), / sólo se vsa en las voces del pretérito.

El verbo كَانَ se toma como deficiente y cópula, o como simplemente intransitivo sin operación, v. gr.: كَانَ الْأَمْرُ (*negotium fuit*).

2º<sup>(64)</sup>: Verbos de propinquidad (المقاربة): Es vno<sup>(65)</sup> عَسَى (*fortasse*), y

(60) Como se verá por el desarrollo de este epígrafe, por verbos irregulares no entiende Juan de Cuenca aquellos verbos que nuestras gramáticas árabes suelen denominar así, a saber, los verbos morfológicamente irregulares, como son los cóncavos, defectivos, etc. Aquí se trata de sintaxis, y no de morfología, y Juan de Cuenca reproduce la terminología de Guadagnoli. Este titula el presente capítulo: *De Constructione Verborum Irregularium, quae dicuntur سماعية* (Audibilia); y lo inicia con el siguiente preámbulo aclaratorio: «Quattuor tantum Verborum Audibilium species enumerantur in libello de Centum regentibus, nempe: أفعال المقاربة Verba Deficientia, أفعال المقاربة Verba Propinquitatis, أفعال المدح والذم Verba laudis et improprietatis, أفعال القلوب verba cordium, vel alio nomine أفعال السك واليقين Verba dubietatis et certitudinis. Nobis autem de quinta etiam specie est agendum, nempe de فعلا التعجب duobus Verbis Admirationis» (o. c., p. 263). El «libello de Centum regentibus» es el conocido *Kitāb al-ʿawāmil al-miʿa* o *Miʿat ʿāmil*, de Abū Bakr al-ʿYurṣānī, muerto en el año 471/1078 ó 474/1081 (véase GAL, I, 287; S. I, 503).

(61) Tales verbos nada tienen que ver con los llamados *defectivos* en nuestras gramáticas –como لَقِيَ, etc.–, aunque también éstos últimos sean llamados التَّاقِصَة por los árabes.

(62) Falta la traducción de este primer verbo, que sería «fuit».

(63) Antes lo venía llamando *jabaro*.

(64) Esta vez el ms. usa los números romanos: II.

(65) El ms. escribe: «en vno». Guadagnoli (o. c., p. 266) dice: «Primum est» (Es el primero...).

*Chamus*<sup>(66)</sup> lo pone entre las partículas. Así también كاد (*prope fuit, fere*), وُسْكَ<sup>(67)</sup> (*parum abfuit*), كَرَب (*idem*).

[3º:] Los verbos *laudis et cordium* los hace Guadagnoli defectivos, pero no lo son<sup>(68)</sup>.

[4º:] Verba *cordium*, como ظَنَ , وَجَدَ , عَلِمَ , etc. Dice [Guadagnoli]<sup>(69)</sup> f. 309v que se pueden anteponer o posponer, / v. gr.: زَيْدٌ عَلِمْتُ كَذَابًا (supe que Zaid era embustero). Estos verbos de la fórmula أَفْعَل pueden regir tres *nas-bos*<sup>(70)</sup>.

(66) En esta referencia –que Cuenca toma de Guadagnoli, como indicamos anteriormente– se trata, obviamente, de *al-Qāmūs al-Muḥīṭ* de Firūzābādī. Por lo demás, muchos gramáticos subdividen esta categoría de verbos en dos grupos: verbos de proximidad o inminencia, como أَوْسَكَ , كَاد (éste preferentemente en imperfectivo) y كَرَب; y verbos de posibilidad o probabilidad, como أَخَذَ , جَعَلَ , أُنْشَأَ , سَرَعَ , (أَفْعَالُ السَّرْعِ أَوْ الْإِنْشَاءِ), y con el primero de estos dos grupos suelen relacionar los llamados verbos incoativos إِخْلَوَقَ e حَرَى , عَسَى , etc. (véase W. WRIGHT, o. c., II, 106-109).

(67) Así lo escribe también Guadagnoli (o. c., p. 266), pero lo correcto es la cuarta forma: أَوْسَقَ (preferentemente en imperfectivo, como queda indicado en la nota anterior), aunque sí puede usarse, con el mismo valor, el *maṣḍar* de la primera forma (وُسْكَ) en construcciones como las siguientes: كَانَ عَلَى وَسْكَ أَنْ يَسْقُطَ o كَانَ عَلَى وَسْكَ السَّقُوطِ (estaba a punto de caer).

(68) Estos verbos ni son defectivos (نَاقِصَة), ni Guadagnoli los hace tales, como puede verse en el preámbulo aclaratorio que hemos reproducido en la precedente nota 60. Si los hace irregulares (سَمَاعِيَّة), y nos preguntamos si lo que Juan de Cuenca ha querido decir no es, precisamente, que no lo son. Si es así como hay que entenderlo, la afirmación de Cuenca tendría más sentido, particularmente respecto de los verbos de corazón. En cualquier caso, Cuenca mezcla aquí dos grupos de verbos que Guadagnoli distingue con toda claridad –dedicándoles a cada uno de ellos un apartado distinto–: *verba laudis et improperii* (verbos de alabanza y vituperio) y *verba cordium* (verbos de corazón). (o. c., pp. 267 y 267-269 respectivamente). Como de los *verba cordium* habla Cuenca en el párrafo siguiente, nos preguntamos si en el presente párrafo no habrá querido decir: «verbos *laudis et improperii*» en vez de «verbos *laudis et cordium*».

(69) O. c., p. 268.

(70) Cf. f. 308r y la precedente nota 57.



Rige el mismo caso de su verbo. Se pone en *nasbo*<sup>(72)</sup>: نَظَرْتُ ضَرْباً زَيْدُ أَخَاهُ.

# [PARTICIPIO PASIVO]

Con el participio passivo se puede construir el paciente en tres casos<sup>(73)</sup>.

(71) El ms. dice: المصدر.

(72) Lo que Guadagnoli dice es que el *mašdar* «*regere potest Agens in Rafeo, Patiens in Nasbo*» (o. c., p. 273). En cuanto al propio *mašdar*, irá en el caso exigido por su función sintáctica. Cuenca ha reducido este apartado a la mínima expresión.

(73) Que son, como se puede ver en Guadagnoli (o. c., pp. 274s), el nominativo, el genitivo y el acusativo, v. gr.: زَيْدٌ مَضْرُوبٌ الْعَبْدُ، زَيْدٌ مَضْرُوبٌ عَبْدُهُ، زَيْدٌ مَضْرُوبٌ عَبْدًا y زَيْدٌ مَضْرُوبٌ عَبْدًا. También este apartado ha sido reducido al máximo por Cuenca, que además ha omitido totalmente el apartado que Guadagnoli dedica al participio activo antes de ocuparse del pasivo.

Lo admiten ال con sugeto, y así se dirá: أَفْضَلُ النَّاسِ (*praestantissimus hominum*), o: رَيْدُ أَفْضَلُ مِنَ النَّاسِ, (y no: الْأَفْضَلُ النَّاسِ); pero sin sugeto, v. gr.:<sup>(74)</sup> رَيْدُ الْأَفْضَلِ<sup>(75)</sup>.

- f. 310r El comparativo no admite diferencia de *número* y *género*, sino de solo *caso*, y así los femeninos y plurales ponen el comparativo en singular [masculino]: الرَّيْدُ أَفْضَلُ<sup>(76)</sup>.

Quando se toma con artículo, concuerda en todo con su sustantivo; y si es superlativo<sup>(77)</sup>, podrá concordar o no, v. gr.: الرَّيْدُونَ أَفْضَلُ النَّاسِ<sup>(78)</sup>, o أَفْضَلُوا en plural.

ΕΥΝΤΑΞΕΩΣ ΤΕΛΟΣ

Joannes Conchanus.

(74) El ms. escribe: الفضل.

(75) Este párrafo —no bien redactado— resulta confuso. A pesar de ello, los tres ejemplos reflejan las tres posibilidades de construcción expuestas por Guadagnoli (o. c., p. 277) y que son respectivamente: estado de anexión, presencia de من y presencia del artículo. Añade Guadagnoli (ibíd) que siempre debe darse uno de estos tres requisitos y que no puede darse simultáneamente más de uno; más adelante Guadagnoli agrega (o. c., p. 278), sin embargo, que puede bastar con que el mencionado requisito se sobreentienda, aunque no aparezca explícitamente, como sucede en la fórmula: اللهُ أَكْبَرُ, en la que se sobreentiende: مِنْ كُلِّ شَيْءٍ.

(76) Esta regla es absolutamente exacta, pero el ejemplo aducido no tiene sentido, y no coincide con ninguno de los muchos que vienen en Guadagnoli (ibíd), v. gr.: رَيْدُ أَفْضَلُ مِنْ عَمْرٍو y هَيْدُ أَفْضَلُ مِنْ زَيْنَبَ.

(77) También en la regla anterior era superlativo. Aquí habría que añadir: «sin artículo y va seguido de genitivo determinado». Para mayor claridad, véase F. CORRIENTE, *Gramática Árabe*, pp. 244s.

(78) El ms. dice: رَيْدُونَا.



## SUMARIO

	Pág.
Prólogo	9
Al lector	15
I. APROXIMACION BIOGRAFICA	19
II. OBRAS	67
1. <i>Tomo segundo. Quaestionario o Leccionario de la Theologia</i> .....	70
2. <i>Epistola Circularis sive Synodica Sanctissimi Leonis</i> .....	72
3. <i>[Homilías] de San Juan Chrysóstomo</i> .....	75
4. <i>Severianus Episcopus Gabalensis: Interpretatio Hebraicorum nominum</i> .....	78
5. <i>Severiani Episcopi Gabalensis de hominis appellatione</i> .....	80
6. <i>Divi Cyrilli Alexandrini. Quam cognitionem oportet nos de Deo habere</i> .....	82
7. <i>Opera Cyrilli Alexandrini</i> .....	84
8. <i>Lexicum linguae Graecae litteralis et vulgaris, Latinae et Hispanae</i> ..	85
9. <i>Colección de Abreviaturas griegas</i> .....	87
10. <i>[Sancti Basilii Magni divina Missa seu liturgia]</i> .....	95
11. <i>[Nueva copia de la Liturgia de San Basilio]</i> .....	99
12. <i>Sancti Augustini Episcopi: In Sermone de Expositione fidei</i> .....	100
13. <i>Sancti Basilii Magni Archiepiscopi Cappadociae In Sanctos Quadraginta Martyres encomium</i> .....	102
14. <i>Sancti Gregorii Episcopi Neocesareae Ponti Thaumaturgi. Expositio fidei</i> .....	104

	Pág.
15. <i>Cotejo de la edición de París de los matemáticos griegos</i> .....	105
16. <i>Censura de Heródoto</i> .....	109
17. <i>Illustrissimo Domino [...] Comiti de Campomanes</i> .....	110
18. <i>[Transcripción y traducción latina del código griego escorialense del Akathistos]</i> .....	112
19. <i>[Traducciones del código griego del Akathistos]</i> .....	117
20. <i>Memorias de la Historia de la Música</i> .....	121
21. <i>Historia Literaria de España</i> .....	123
22. <i>Clavis Regiae Bibliothecae Graecae Escorialensis Graecorum Manuscriptorum</i> .....	126
23. <i>Gramática de la Lengua Griega</i> .....	130
24. <i>Indice de los Manuscritos Griegos de la Real Biblioteca del Escorial</i> ..	168
25. <i>[Copia de las Epístolas de Marco Bruto]</i> .....	170
26. <i>Discurso de entrada en la Academia</i> .....	176
27. <i>[Trabajo sobre Sexto Empírico]</i> .....	182
28. <i>[Trabajo sobre una colección de Justiniano]</i> .....	183
29. <i>Disertación sobre el canto eclesiástico</i> .....	187
III. LA «SYNTAXIS DE LA GRAMMÁTICA ARÁBIGA» .....	193
1. Generalidades.....	195
2. Texto anotado.....	201









